



E. F. BENSON
Lucía en Londres

de

Lectulandia

Emmeline Lucas, más conocida como Lucía, es la más inolvidable, esnob y chismosa de las heroínas de la literatura inglesa del xx. Lucía es la reina del villorrio de Riseholme, que gobierna con mano de hierro y guante de seda con la ayuda de su fiel Georgie Pilson, aficionado al punto de cruz y al cotilleo salvaje. Cuando Pepino, el marido de Lucía, hereda una fortuna y una casa en Londres, todos en Riseholme respiran aliviados, a la vez que empiezan a tramar su venganza tras largos años de opresión. Por desgracia para ellos, Lucía conquista la capital del Imperio sorteando, uno tras otro, todos los obstáculos que se interponen entre ella y la grandeza. Pero ¿puede Lucía aguantarle el paso a la exigente y estirada sociedad londinense? ¿Abandonará su amada Riseholme para siempre?

Lectulandia

E. F. Benson

Lucía en Londres

Mapp y Lucía - 3

ePub r1.0

Titivillus 20.09.16

Título original: *Lucia in London*
E. F. Benson, 1927
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota de los editores

A MODO DE DRAMATIS PERSONE

RISEHOLME es un pintoresco pueblo isabelino a cuatro horas en tren de Londres, y el escenario de una de las sagas más adictivas y divertidas de la literatura inglesa del siglo xx, la saga de Mapp y Lucía, quizá la obra más inmortal del novelista británico E. F. Benson, de la que Impedimenta ha publicado, con esta, sus primeras cuatro entregas (*Reina Lucía*, 1920; *La señorita Mapp*, 1922; *Lucía en Londres y Mapp y Lucía*, 1931).

A fin de recapitular en un somero Quién es quién los principales actores de esta comedia que retrata como ninguna otra y de manera sarcástica y satírica el *beau monde* británico, poblado de aristócratas arruinados, damas de la alta sociedad, excéntricos terratenientes, nuevos ricos que buscan medrar en la sociedad de entreguerras y esplendorosos bailes en mansiones señoriales, y poner en antecedentes al lector que por primera vez se aproxima al delirante universo bensoniano, digamos que este decadente y delicioso villorrio se rige por los designios de su propia decana del estilo, el gusto y la clase, la inigualable Emmeline Lucas, más conocida por todos como Lucía. La señora Lucas es la indiscutible reina del lugar, una dictadora benevolente que desde su imponente mansión de estilo Victoriano, The Hurst, se encarga de organizar toda actividad, ya sea cultural o no, en sus dominios. Y es que este apacible enclave está en un estado de constante efervescencia gracias a las originales y apasionantes ideas de Lucía, o gracias a las originales ideas del resto de los habitantes que Lucía, con una encantadora habilidad, hace suyas y acaba abanderando sin el menor prejuicio.

Lucía gobierna con guante de seda y mano de hierro acompañada de su discreto rey consorte, Philip, a quien ella, en un alarde de esnobismo, apoda Pepino, un apasionado de la poesía y de los crucigramas que apoya a su excepcional esposa en cada nueva cruzada que emprende. No menos importante para Lucía es la ayuda de su mano derecha, el devoto Georgie Pillson, un solterón amante del *petit point* y de la pintura embarcado en una lucha constante contra el encanecimiento y la caída del cabello que comparte muchas de sus aficiones con Lucía. Aficiones como esos duetos que ambos se dedican a practicar y que, aderezados con sus conversaciones en un italiano macarrónico, constituyen unas oportunidades únicas para poner en práctica el más importante de todos sus *hobbies*: el cotilleo más mordaz.

Críticas de las que no se libra ni *lady* Ambermere, altiva representante de la nobleza local siempre acompañada de su fiel sirvienta Lyall, ni la señora Antrobus con su inseparable trompetilla, ni la señora Boucher en su silla de ruedas, ni siquiera la varonil y resuelta sirvienta de Georgie, la adusta Foljambe... Pero, con mucha más frecuencia, eligen como objetivo de sus dardos envenenados a Daisy Quantock, su peculiar y envidiosa vecina que, ayudada por su acaudalado marido Robert y su

criada de afrancesado nombre, De Vere, intenta infructuosamente, a veces incluso recurriendo a espíritus sobrenaturales, arrebatarle el trono a una Lucía que siempre acaba sometándose a su indiscutible superioridad.

Y es que solo una vez se vio amenazado su reinado, con la llegada al pueblo de la fulgurante estrella de la ópera Olga Bracely, *prima donna* y musa del afamado compositor Córtese, que compra la mansión de Old Place para disfrutar de la supuesta tranquilidad de un pueblo alejado de la vorágine de la capital.

La encantadora naturalidad de Olga contrasta con la artificiosidad de Lucía e, inmediatamente, subyuga a todos los habitantes del pueblo, entre ellos a Georgie, que ya la admiraba como artista desde la distancia y ahora la adora como persona. Pero Olga, una apasionada de la vida, se encariña inmediatamente con el pueblo y no tiene intención alguna de destronar a su reina... Una reina que, ahora, acompañada de todo este fantástico y fastidioso elenco, está dispuesta a conquistar nuevos territorios.

Un apasionante y divertidísimo fresco de la burguesía rural británica en el que la crítica social y el humor traspasan las fronteras del relato para poner patas arriba a la sociedad inglesa al completo. Bienvenidos a Riseholme.

Lucía en Londres.

Capítulo I

SI tenemos en cuenta que la tía de Philip Lucas, fallecida a primeros de abril, tenía nada menos que ochenta y tres años, y que llevaba los últimos siete postrada en cama en una casa de orates, entraba dentro de lo razonable que entre los amigos del matrimonio hubiese cundido la esperanza de que ninguno de los dos se tomara ese revés como una tragedia irreparable. En este sentido, la señora Quantock, quien, como el resto de Riseholme, había enviado a la señora Lucas una sentida notita de pésame, si bien no había utilizado directamente las palabras «feliz liberación», sin duda había insinuado la idea o había empleado un equivalente bastante cercano.

La vecina esperaba recibir una respuesta, pues, por mucho que en su mensaje le hubiera insistido a la buena de Lucía en que ni se le ocurriera escribirle, una mera formalidad, en realidad le había pedido a su camarera, que había llevado la misiva a The Hurst justo después de comer, que no se moviera de la puerta, alegando que ignoraba si se le daría una contestación. Tal vez la señora Lucas mostrara algún indicio, por vago que fuera, de las expectativas que tenía el matrimonio en relación con lo que todo el mundo ardía en deseos de saber...

Mientras esperaba, Daisy Quantock, como el resto del pueblo en aquella hermosa tarde primaveral, andaba entretenida en el jardín, destrozando los parterres con un rastrillo pequeño pero implacable. Era una jardinera de naturaleza despiadada, que cercenaba cualquier tímido atisbo de verde que osara despuntar de la tierra, no fuese una mala hierba. Después de una pequeña desavenencia, le había explicado al jardinero profesional que hasta entonces trabajaba para ella tres tardes a la semana que ya no requería sus servicios. Ese año tenía pensado ocuparse ella misma del jardín y del huerto, y estaba convencida de que obtendría como resultado una hermosa explosión de flores y una plétora de verduras riquísimas. Al fondo del caminito del huerto había una carretilla de estiércol fresco que, cuando terminara con la matanza de inocentes, repartiría por los arriates despoblados. Al otro lado de la empalizada, su vecino Georgie Pillson estaba pasándole el rodillo a su parcela de césped, donde en verano solía jugar partidas de *croquet* a pequeña escala. De vez en cuando, intercambiaban comentarios a voz en grito, pero, conforme el trabajo les fue dejando sin aliento, dichos comentarios se espaciaron. La última pregunta de la señora Quantock había sido: «¿Tú qué haces con las babosas, Georgie?», a lo que este había respondido entre jadeos: «Hacer como que no las veo».

En los últimos tiempos, la señora Quantock había ganado algo de peso debido a una dieta a base de leche agria, un brebaje intragable, a no ser que se le añadieran previamente grandes cantidades de azúcar. Así y todo, la leche agria y las pirámides de verduras crudas eliminaron los síntomas de tisis que, a su vez, había provocado el

estudio de un pequeño pero escabroso tratado médico. Ese día, en cambio, había tomado un almuerzo normal, tirando a abundante, para probar las mañas de la nueva cocinera, que, sin duda, debía de ser una joya, pues su marido había engullido la comida con gran avidez, en lugar de removerla con el tenedor como si fuera heno. De resultas, entre el peso de más, el empacho y tanto andar agachada, acababa de sufrir un vahído. Estaba incorporándose, intentando recobrase y preguntándose si el mareo sería síntoma de algo funesto, cuando De Vere, pues tal era el increíble nombre de su camarera, bajó las escaleras que conducían del comedor al jardín con una nota en la mano. La señora Quantock se apresuró a librarse del recio cuero de los guantes de podar y la desplegó ante sí.

A una frase de cortesía para agradecerle sus condolencias, que la señora Lucas apreciaba enormemente, le seguían unas palabras ridículas:

Ha sido un golpe terrible para mi pobre Pepino y para mí.

Teníamos la esperanza de que nuestra querida tía Amy nos obsequiara con al menos otro par de años más.

Profundamente apenada, tuya siempre, querida Daisy,

Lucía

¡Y ni una sola palabra sobre sus expectativas!... La querida Daisy de Lucía hizo una bola con la absurda nota y soltó un «¡paparruchas!» en voz tan alta que, en el jardín de al lado, Georgie Pillson pensó que hablaba con él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

—Georgie, acércate un momento a la valla, que quiero hablar contigo.

El vecino, ávido de chismes, soltó el mango del rodillo, que, ante la repentina liberación, rechinó y le dio un buen raspón en el codo.

—¡Qué fastidio de trasto! —exclamó Georgie.

Acto seguido, se encaminó a la cerca, cuya escasa altura le permitía mirar por encima: allí estaba su furibunda vecina, sepultando la nota de Lucía en el parterre que acababa de desmalezar.

—¿Qué es? ¿Me va a gustar? —La cara roja y sudada por el esfuerzo de Georgie, que en ese momento asomaba justo por encima de la cerca, parecía el sol a punto de ponerse bajo el horizonte liso y gris del mar.

—Pues no sé si te va a gustar, pero es de tu Lucía. Le he mandado una pequeña nota de pésame por lo de la tía, y dice que ha sido un golpe terrible para los dos, para Pepino y para ella. ¡Tenían la esperanza de que la anciana les obsequiara con un par de años más!

—¡No! —exclamó Georgie, que se enjugó la humedad de la frente con el dorso de uno de sus bonitos guantes gris perla.

—Pues sí —replicó Daisy, furiosa—. ¡Con esas mismas palabras! Te la enseñaría si no la hubiera enterrado... ¡Qué sarta de bobadas! Yo, desde luego, prefiero que alguien me estrangule con un cordón o con lo primero que pille a pasar siete años postrada en cama. ¿A qué viene tanta pena? ¿Qué significa todo esto?

Georgie llevaba tiempo siendo el valedor de Lucía —de la señora Lucas, la mujer de Philip Lucas, esto es, de Lucía—, y, aunque por dentro a veces la criticaba —cuando estaba a solas en la cama o en la bañera—, siempre la defendía a capa y espada de las críticas de los demás. Daisy, en cambio, nunca se privaba de censurar a cualquier persona en cualquier lugar...

—A lo mejor significa exactamente lo que pone —observó con el delicado sarcasmo que jamás surtía efecto en su vecina.

—Eso no tiene ningún sentido. Lucía y Pepino llevaban años sin verla, ¡ni siquiera se les oía hablar de ella! La última vez que Pepino fue a visitarla, ¡la vieja le metió un bocado! ¿No te acuerdas de que se pasó una semana con un cabestrillo, aterrado con la idea de que le hubiese envenenado la sangre? ¿Cómo va a suponer su muerte «un golpe terrible» para ellos?... Y lo de que les hubiese obsequiado con... —Daisy se interrumpió bruscamente al recordar que su camarera seguía allí, sin perder ripio—. Eso es todo, De Vere.

—Lo que usted mande, señora —dijo esta, retirándose hacia la casa.

La criada llevaba zapatos de tacón, de modo que, cuando levantaba un pie, el talón del otro se le hundía por el peso en el césped mullido. Cada vez que sacaba el tacón incrustado en la tierra parecía que estuviese descorchando una botella.

Daisy se aproximó entonces a la cerca, imbuida por la luz del razonamiento inductivo, una práctica muy cultivada en Riseholme, y velando la furia de su mirada.

—Georgie, ¡lo tengo! Ya sé lo que significa.

Pese a ser leal a su Lucía, Georgie también lo era al razonamiento inductivo, y, a excepción de él mismo, Daisy Quantock era, con mucho, la lógica más portentosa de todo el pueblo.

—¿El qué?

—¡Qué tonta, no haberme dado cuenta antes! ¿Es que no lo ves? ¡Pepino es el único heredero de la tía, que nunca se casó, y, siendo como era su único sobrino, seguro que le ha dejado dinero a espuertas! Por fuerza, ha debido ser «un golpe terrible» para ellos. Estar encantados de la vida habría resultado muy poco apropiado. No les queda más remedio que fingir que ha sido un golpe terrible para hacer ver que no les importa el dinero. Y, evidentemente, cuanto más les haya dejado, más tristes estarán. Es de cajón... ¡Qué cabeza la mía, no haberlo pensado antes! ¿La has visto desde entonces?

—Sí, pero no he podido hablar con ella tranquilamente. Estaban delante Pepino y un hombre que creo que era su abogado. Me trató con una deferencia espantosa.

—Ahí lo tienes. ¿Y no dijeron nada al respecto?

Georgie contrajo la cara, haciendo un enorme esfuerzo por recordar.

—Sí, algo me pareció entender, pero yo estaba charlando con Lucía y los otros dos hablaban en voz muy baja. Aunque le escuché decirle al abogado algo sobre unas perlas. Recuerdo perfectamente la palabra «perlas». Tal vez se refirieran a las de la anciana...

La señora Quantock soltó una risita lacónica.

—Podría ser la de Pepino. Tiene un alfiler de corbata con una. Dicen que es periforme, pero, en realidad, no tiene ninguna forma clara. ¿Cuándo se leerá el testamento?

—¡Bah!, esas cosas tardan una eternidad... Quizá meses. Pero por lo que sé hay una casa en Londres.

—¿Ubicación? —preguntó ansiosa Daisy.

La cara de Georgie adoptó una expresión de intensa concentración.

—No podría asegurarlo. Pepino fue a la capital no hace mucho para no sé qué arreglos en casa de la tía... Creo recordar que por algo del tejado.

—A mí me trae al fresco lo que arreglaran o dejaran de arreglar —dijo con impaciencia Daisy—. Yo lo que quiero es saber dónde está la casa.

—Me has interrumpido justo cuando te lo iba a contar. Sé que después se pasó por Harrod's, y que fue andando, porque esa noche cené con Lucía y con él y lo comenté. Así que la casa tiene que estar cerca de Harrod's... Al lado, de hecho, porque llovía... Si no, habría cogido un taxi. De modo que debe de andar por Knightsbridge.

La señora Quantock volvió a enfundarse los guantes de podar.

—¡Es un horror lo reservada que es la gente! No sé adónde vamos a ir a parar... Figúrate que ni siquiera quiso contarte dónde estaba la casa de la tía...

—¡Pero si nunca hablaban de ella! Llevaba muchos años en aquel asilo...

—Llámalo asilo, si quieres —comentó la señora Quantock—, o, ya puestos, estafeta de correos, ¡pero era un manicomio! Y se han mostrado de lo más reservados con todo ese asunto de la herencia.

—Ya sabes que de las herencias no se habla hasta después del entierro. Y creo que es mañana.

La señora Quantock dio un resoplido de campeonato.

—Si no fueran a heredar nada, ya lo habrían hecho.

—Mira que eres malvada. Mira que...

Sus palabras se vieron interrumpidas por varios estornudos sonoros. Por bonitos que fuesen los gemelos, nunca era buena idea andar en mangas de camisa después de haber pasado tanto calor.

—¿Que qué? —preguntó la señora Quantock cuando terminaron los estornudos.

—Ya se me ha olvidado lo que iba a decir. Tengo que volver al rodillo, que me enfrío, y solo llevo la mitad del césped.

La señora Quantock llevaba unos segundos escuchando el sonido de un teléfono que ubicó en la casa de su vecino, no en la suya. Georgie estaba medio sordo, por

mucho que se esforzara en disimularlo.

—Está sonando tu teléfono, Georgie.

—Eso me ha parecido —convino el otro, que no había oído absolutamente nada.

—¡Pásate luego a tomar un té! —gritó la señora Quantock.

—Encantado, pero antes tengo que darme un buen baño.

Georgie corrió a la casa, pues una llamada telefónica siempre prometía algún chisme entre amigos. Una voz muy familiar, aunque algo ronca y quebrada, pronunció su nombre.

—Sí, soy yo, Lucía —le dijo en un firme y amable tono de compasión—. ¿Cómo estás?

Su amiga suspiró. Un suspiro largo, afectado y perfectamente audible. Georgie se la imaginó pegando la boca al auricular para asegurarse de que el sonido llegaba hasta él.

—Bastante bien. Y mi Pepino también, a Dios gracias. Estamos llevándolo de maravilla. Él acaba de irse.

Georgie estuvo a punto de preguntarle dónde, pero lo adivinó a tiempo.

—Comprendo. Y tú no has ido. Me alegro, muy sensato por tu parte.

—No me veía con fuerzas, y Pepino ha insistido en que me quedara. Es mañana. Va a dormir en Londres esta noche... —Una vez más Georgie estuvo tentado de preguntar dónde, porque era imposible no cuestionarse si dormiría en aquella casa de ubicación desconocida cerca de Harrod's—. Y volverá mañana por la noche —dijo Lucía sin detenerse—. Me preguntaba si te apiadarías de mí y vendrías a cenar conmigo. Algo frugal, claro: la casa está de capa caída. No te arregles.

—Encantado —dijo Georgie, a pesar de que había encargado unas ostras. Siempre podía hacérselas gratinar con pan rallado al día siguiente—. Será un placer.

—¿Te parece a las ocho? Estaremos solos. ¿Te importa traerte nuestro dueto de Mozart?

—Por supuesto que no. Es bueno que te entretengas, Lucía. Le daremos un buen repaso.

—¡Ay, Georgie, querido! —dijo con desmayo Lucía.

Tras volver a oírla suspirar, en una interpretación menos lograda esta vez, colgó el auricular con un clic.

Georgie se apartó del teléfono con la sensación de estar inmensamente ocupado: ¡tenía tanto que pensar y que hacer...! Lo primero era arreglar lo de las ostras y, como la camarera había salido, bajó directamente a la cocina. La ausencia de Foljambe lo obligó a prepararse él mismo el baño: abrió a la mitad el grifo del agua caliente y bajó rápidamente al jardín para guardar el rodillo en el cobertizo —pues no le daba tiempo a terminar con el césped si quería darse un baño y cambiarse antes del té—. Después tenía que sacar la ropa y escoger un atuendo que le sirviera tanto para la merienda como para la cena, pues Lucía le había dicho que no se arreglase. Aún no había estrenado su atrevido traje nuevo, con los pantalones de corte Oxford beis

oscuro, pero, al verlos de nuevo, le parecieron muy infantiles. Los había encargado en un arrebatado de temeridad sartorial, y un té tranquilo con Daisy Quantock, seguido de una tranquila cena con Lucía, parecía la ocasión perfecta para darles una oportunidad. En todo caso, mejor que estrenarlos un domingo para ir a la iglesia y que Riseholme al completo los viera al mismo tiempo.

La chaqueta y el chaleco eran de un azul tan oscuro que parecerían azules en el té y negros en la cena. Y tenía unos calcetines de seda gris, tirando a plateada, y una corbata a juego. Le costó encontrarlos y, además, la búsqueda se vio interrumpida por las oleadas de vapor que llegaron al dormitorio. Corrió hacia el baño, donde se encontró la bañera llena de agua hirviendo casi hasta el borde. Como el día anterior estaba demasiado tibia, aquella mañana, tras el desayuno, le había dirigido unas palabras algo afiladas a la cocinera. Evidentemente, esta se las había tomado tan a pecho que no le quedó otra que quitar el tapón para reducir el contenido en ebullición y poder rellenarla con agua fría.

Regresó al dormitorio y empezó a desvestirse. Todas aquellas nuevas sobre Lucía y Pepino, sumadas a los perspicaces comentarios de Daisy Quantock, le interesaban extraordinariamente. La anciana señora Lucas llevaba años en ese asilo o manicomio privado, y Georgie no creía que los gastos de internamiento fueran menores de quince libras semanales, y quince multiplicado por cincuenta y dos daba como resultado una cantidad nada desdeñable. Eso les reportaría un nuevo ingreso y, suponiendo que rindiera a un cinco por ciento, el capital que arrojaba era digno de consideración. Y también estaba la casa de Londres. Si la heredaban en plena propiedad, supondría un buen pellizco más de golpe, mientras que, si estaba arrendada, les proporcionaría pequeños pellizcos que ir sumando a su renta. Era cierto que tendrían que descontar la contribución y los impuestos, y el sueldo de un guardés, y unos gastos fijos, obviamente. Pero quedaban las perlas.

Georgie cogió una cuartilla del cajón del escritorio donde guardaba las cuartillas y los cordeles de los paquetes abiertos, y empezó a echar cuentas. La tarea requería necesariamente una buena dosis de especulación, y debía omitir por completo las perlas, pues nadie podía aventurar lo que valían dichas «perlas» sin saber su cantidad ni su calidad. Pero incluso omitiéndolas, y tasando por lo bajo el posible alquiler de la casa cerca de Harrod's, le asombró el capital que aquellos gastos anuales parecían representar.

«Ni un penique menos de cincuenta mil libras —se dijo—, y una renta de dos mil seiscientas».

Mientras hacía estos cálculos, le entró algo de fresco y, relamiéndose ante la perspectiva de un agradable baño caliente, corrió al aseo. El agua que antes estaba hirviendo ahora estaba helada.

—¡Qué fastidio! ¡Maldita sea! —exclamó Georgie, que volvió a colocar el tapón y abrió los dos grifos a la vez.

Por supuesto, sus cálculos se edificaban solo con los materiales de su

imaginación, que trabajaba a marchas forzadas entre vistazo y vistazo a los pantalones que se reflejaban en el espejo de cuerpo entero que estaba delante de la ventana. ¿Qué harían Lucía y Pepino con aquel aumento exponencial de su fortuna? Su amiga ya tenía la casa más grande de Riseholme, la decoración más isabelina, un automóvil y todos los vestidos que quería. A decir verdad, no se gastaba mucho en trapos, porque su mente elevada despreciaba la ropa, pero Georgie se permitió acariciar la cínica reflexión de que las perlas la harían más estilosa si cabe. Por lo demás, ya daba todas las recepciones que le apetecía... ¡Más dinero no haría que quisiera celebrar más cenas! Iba a Londres cada vez que se estrenaba alguna película, obra teatral o musical que consideraba imbuidas por el germen de la cultura. Despreciaba a la supuesta «alta sociedad» con el mismo ahínco que los ropajes, y siempre decía que volvía a Riseholme con una sensación de hambruna intelectual. Tal vez donara un fondo permanente para celebrar las fiestas del Primero de Mayo en la plaza del pueblo, pues había expresado su deseo de repetirlos todos los años. La primera edición había sido un gran éxito, si bien extenuante, puesto que todo el mundo se vio obligado a ponerse trajes del siglo XVI y a bailar la danza morris hasta regresar a casa renqueando, medio cojos, cuando el sol por fin se apiadó de ellos y tuvo a bien esconderse. Un gran esplendor isabelino lo impregnaba todo, y Georgie apenas podía soportar el daño que le hacía el jubón.

Lucía era un personaje prodigioso, pensó Georgie, sin duda encontraría una manera edificante y cultivada de gastar dos o tres mil libras más al año. —¿Se suponía que los bajos de los Oxford se llevaban con una vuelta? No le parecía oportuno. Y qué pequeños le hacían los pies aquellos pliegues voluminosos...— Bien sabía él lo que haría con otras dos o tres mil libras al año: de hecho, a menudo fantaseaba con la idea de intentarlo, aunque no podía permitírselo. Deseaba con todas sus fuerzas tener su propio pisito en Londres —se conformaba con un par de habitaciones—, con el único propósito de sumergirse de vez en cuando en esa vida que Lucía encontraba tan insulsa. Pero también sabía que su personalidad no era ni tan fuerte ni tan sobria como la de su amiga, que solo se permitía frivolidades artísticas o isabelinas.

Su mirada recayó en una gran fotografía con marco de plata que presidía su mesilla de noche, un retrato de Brunilda. Estaba firmada con un «De Olga, para mi adorado Georgie», y sintió el chaleco más ceñido de la cuenta cuando, con un profundo suspiro, recordó aquellos maravillosos seis meses durante los que Olga Bracely, la prima donna, había comprado Oíd Place, se había instalado en el pueblo y había alterado el valor de todas las cosas. Georgie creía haber estado perdidamente enamorado de ella, pero esa no era la única razón por la que la recordaba como una época estimulante. Los viejos valores se habían evaporado. A la soprano, Riseholme le pareció la broma más espléndida del mundo: adoraba a cada uno de sus habitantes y, al mismo tiempo, se reía de todos por igual, pero a nadie le importaba lo más mínimo... Más bien al contrario, todos se plegaron a sus caprichos como si fuera el

flautista de Hamelín. Todos menos Lucía, había que reconocérselo, quien tuvo que ver cómo Olga, sin la menor pretensión, le arrebató su trono y cómo su cetro salía despedido en una dirección y su corona en otra. Más tarde, la soprano partió para hacer una gira operística por los Estados Unidos y, seis triunfantes meses después, continuó su *tournee* por Australia. A esas alturas, y puesto que esa temporada le tocaba cantar en Londres, ya habría regresado a Inglaterra, y su casa en Riseholme, tanto tiempo cerrada, pronto volvería a abrirse... Se abrochó la chaqueta con mucha elegancia, tan solo el último botón, dejando que el resto de la tela cayera abierta, con un toque desenfadado. A continuación pasó por la corbata gris el alfiler de amatista, que le dotó de una bonita nota de color, se cepilló el pelo hacia atrás para despejarse la frente y evitar que el peluquín se distinguiera de su propio cabello, y se apresuró a bajar para ir a tomar el té con Daisy Quantock.

Al entrar la encontró sentada ante su escritorio, muy atareada con un lápiz y un papel y contando algo con los dedos. El rastrillo del jardín estaba tirado a los pies de la chimenea, junto al atizador y el hurgón, mientras que en la alfombra se veían un par de agallones de barro del jardín, que sin duda se habían desprendido de sus botas. Los guantes de podar se encontraban a sus pies, en el suelo. Georgie dedujo al instante que sin duda había ocurrido algo importante que había provocado que su vecina entrara en la casa a toda prisa, porque la alfombra era prácticamente nueva, y siempre se ponía hecha una fiera cuando le caía la más mínima partícula de ceniza.

—Treinta y siete, cuarenta y siete, cincuenta y dos, me llevo cinco... —murmuró mientras Georgie se apostaba delante del fuego, en un ángulo que hacía resaltar su traje nuevo en todo su esplendor—. Espera un momento, Georgie... Y diecisiete más cinco son veintitrés..., veintidós... Hay algo que no cuadra: voy a tener que empezar otra vez. Debe de haber un error. Sírvete, si De Vere ha traído el té, y si no llama... Anda, me había dejado cuatro, lo que suma un total de dos mil quinientas libras.

De entrada Georgie había creído que Daisy estaba simplemente haciendo unas cuentas domésticas atrasadas, pero, en cuanto dijo dos mil quinientas libras, lo comprendió todo, y ni siquiera se molestó en pasar por la formalidad de preguntarle qué eran esas dos mil quinientas libras.

—A mí me han salido dos mil seiscientas. Pero nos hemos acercado bastante.

Por supuesto, Daisy comprendió que comprendía.

—A lo mejor has contado las perlas como capital y has añadido el interés.

—No, no las he contado. ¿Cómo voy a saber lo que valen? No las he incluido.

—El caso es que se trata de una buena suma. Vamos a tomar el té. ¿Qué pensará hacer Lucía con tanto dinero?

Parecía no haber reparado en los pantalones Oxford, y Georgie se preguntó si se debería solo a la pérdida de visión. Por mucho que se negara a reconocerlo, Daisy era miope, aunque jamás en su vida consentiría ponerse unas gafas. De hecho, en una época de cierta frialdad entre ambas, Lucía había compuesto un epigrama malintencionado sobre el tema: «La querida Daisy tan miope es, que no ve lo miope

que es». No cabía duda de la mala intención del comentario, pero, al mismo tiempo, era brillante... Tanto que Georgie había leído La importancia de llamarse Ernesto, que Lucía había visto representada en la capital, con la esperanza de descubrirlo allí. Aunque tal vez la ceguera ante sus pantalones se debiera solo a su obsesión por los posibles ingresos de Lucía... O quizá ocurría que los Oxford no eran tan atrevidos como él había creído...

Se sentó y, como si tal cosa, pasó una pierna por el brazo del sillón, para que Daisy no pudiera obviarlos. A continuación, se sirvió un trozo de bizcocho con pasas.

—Eso mismo digo yo: ¿qué crees que hará con el dinero? —preguntó Georgie—. Yo también he estado dándole vueltas.

—Ni idea. Ya tiene todo lo que quiere. A lo mejor se lo guardan sin más, para que, cuando Pepino muera, nos demos cuenta de que era mucho más rico de lo que creíamos. Aunque eso es demasiado póstumo para mi gusto... A mí que me den todo lo que quiero en esta vida y que luego me entierren como a una mendiga.

—Estoy contigo —dijo Georgie meneando la pierna—. Pero no creo que Lucía sea de la misma opinión. He estado pensando que...

—La casa de Londres, ¿no? —lo interrumpió como un rayo Daisy—. Está claro que mantener las dos casas abiertas, con servicio en ambas, para poder ir y venir a su antojo, haría una buena mella en su economía. Lucía siempre ha dicho que no podría vivir en Londres, pero tal vez no le cueste tanto si tiene allí una casa.

—Hoy voy a cenar con ella. Tal vez me cuente algo.

La jardinería le había dado una sed tremenda a la señora Quantock, pero el té estaba demasiado caliente, de modo que echó un poco en el platillo y le sopló.

—Pues, si pretende disfrutarlo un poco, más le valdría no perder mucho el tiempo, ¿sabes? Empezamos a hacernos mayores. Yo ya he cumplido cincuenta y dos. ¿Qué edad tienes tú?

A Georgie, ese tipo de preguntas de bárbaros no le hacían ni pizca de gracia. El hábito de ser el joven de Riseholme estaba tan profundamente arraigado en él que apenas podía creer que tuviera cuarenta y ocho años.

—Cuarenta y tres..., pero ¿qué importa la edad mientras nos mantengamos ocupados y nos divirtamos? Y estoy seguro de que Lucía tiene más energía y vitalidad que nunca. No me extrañaría nada que empezara de cero en Londres e incluso que acabara gustándole. Tenemos que contar también con Pepino, aunque a ese hombre lo único que le interesa es escribir sus poemas y mirar por su telescopio.

—¡Qué manía le tengo a ese telescopio! La otra noche me hizo subir al tejado y me enseñó lo que decía que era Marte, y te juro que hacía una semana me había dicho que aquello mismo era Venus. Pero como ninguna de las dos veces llegué a ver nada, la verdad es que no noté mucha diferencia.

La puerta se abrió y entró el señor Quantock. Robert parecía un escarabajo redondito, marrón y sarcástico. Georgie se levantó para saludarlo y se detuvo bajo el resplandor de la luz. Robert sí que se fijó en sus pantalones, parecía incapaz de

apartar la vista de los extensos pliegues que rodeaban los tobillos del otro: los miró como si fuera Hernán Cortés y estos, un nuevo planeta. Acto seguido, sin mediar palabra, se cruzó de brazos y dio unos pasitos en lo que claramente pretendía imitar una danza *hornpipe* de marineros.

—¡Ha del barco, Georgie! ¡Amarra anclas, grumete!

—¿De qué habla este? —preguntó Daisy.

Georgie, más allá de su buen talante habitual, siempre se esforzaba en sosegar al señor Quantock. Era de lejos la persona más sarcástica de Riseholme y disparaba agudezas a bocajarro. Georgie, en cambio, no solo tenía que pensar un rato antes de sacarle punta a cualquier comentario, sino que, además, era incapaz de utilizar su temperamento afable para apuñalar a nadie.

—Habla de mi traje nuevo, y está siendo muy malo. ¿Alguna novedad?

«¿Alguna novedad?» se había convertido en la apertura conversacional de rigor en Riseholme. Y era insuperable, porque siempre había alguna novedad. Como en esos instantes.

—Sí, Pepino ha ido a la estación —anunció el señor Quantock—. Parecía un cuervo con patas. Y saludó con una mano negra. ¡Bah! ¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre y dejarse de tonterías? ¡Ha sido una liberación! Y si no sabéis a qué se debe..., os lo cuento ahora mismo. Es porque les va a caer del cielo una fortuna. ¡Sí, sí, he calculado que...!

—¿Ah, sí? —preguntaron al unísono Daisy y Georgie.

—¿Así que vosotros también habéis estado echando cuentas? Podríamos hacer una porra a ver quién se acerca más. Yo digo tres mil anuales.

—¡Exagerado! —dijeron de nuevo al unísono los otros dos.

—Vale, aunque eso no es razón para que no me ponga un azucarillo en el té.

—¡Ay, qué cruz! —exclamó irritada Daisy—. Pero ¿cómo te han salido tres mil?

—Sumando —contestó aquel hombre desquiciante—. Hasta el último penique. Después de comer he pasado por la biblioteca y todos los que sabían sumar dos más dos han llegado a la misma conclusión.

—Entonces esta noche cenarás a solas con Lucía —le dijo Daisy a Georgie.

—¡Ah, sí! Ya lo sabía —respondió este—. Me dijo que Pepino se iba. Supongo que esta noche ya dormiré en la casa.

El señor Quantock sacó sus cuentas, y la riña se acaloró aún más. Todavía seguían peleando cuando Georgie se retiró para descansar un poco y practicar el dueto de Mozart antes de la cena. Iba a ser la primera vez que lo tocaran juntos, de modo que no estaba de más que ensayase ambas partes y que luego ella escogiera. Foljambe, que había vuelto de su tarde libre, le dijo que había recibido una conferencia mientras estaba con los Quantock, pero ella no logró sacar nada en claro.

—Parecía alguien con mucha prisa, y no paraba de preguntar si yo era..., perdone el señor, si yo era Georgie... Le insistí en que no, aunque le expliqué que podía ir a buscarlo, pero el caso es no quiso, y me dijo que le mandaría un telegrama.

—Pero ¿quién era?

—No sabría decirle. La señora no me dio ningún nombre, no paraba de preguntar por usted.

—¿La señora?

—¡A señora me sonó!

—¡Qué misterioso todo! —No podía ser ninguna de sus hermanas, porque ninguna sonaba a señora, más bien a caballero. Acto seguido, se tendió un rato en el sofá a ver si podía descansar algo antes de ponerse con Mozart.

Como había empezado a refrescar, se echó sobre los hombros su capita azul con el cuello de terciopelo para ir a casa de Lucía.

La doncella lo recibió con una leve sonrisa ajada a modo de saludo, para volver a sumirse al punto en su fúnebre talante de costumbre. Caminó ante él, no con su habitual paso ágil, sino triste y lentamente, hasta la sala de música, abrió la puerta y pronunció su nombre con un susurro mortuorio. De ordinario era una habitación alegre y risueña, pero ese día solo ardía una luz, y, de entre las sombras más profundas, llegó un frufú de telas: Lucía se levantaba para recibirlo.

—Georgie, querido. ¡Qué bien que hayas venido!

Su amigo le estrechó la mano durante una fracción de segundo más de lo que habría resultado normal y le aplicó un plus de presión para transmitirle su compasión. A su vez, Lucía, para reconocérselo, apretó un poco más y Georgie entonces estrujó aún más para demostrarle que entendía, hasta que sus respectivas uñas se pusieron blancas con tanta transmisión y recepción de compasión. Fue un intercambio bastante angustioso, porque a Georgie se le había quedado pillado un trocito de piel del meñique entre dos de los anillos que llevaba en el corazón, y se alegró cuando por fin se entendieron del todo.

Evidentemente, no cabía esperar que en esos primeros momentos Lucía se fijase en sus pantalones. Ella misma iba vestida de riguroso luto, y Georgie creyó reconocer el gorrito que llevaba, el que también se puso para expresar su moderada pena por la muerte de la reina Victoria. Pero el negro le sentaba bien y, a decir verdad, tenía muy buen aspecto. Acto seguido anunciaron que la cena estaba lista, y Lucía lo cogió del brazo y lo llevó con paso alicaído hasta el comedor.

Georgie había decidido mostrarse compasivo, pero a la vez vigorizante: Lucía tenía que reponerse del golpe, y que le hubiese sugerido traer el dueto de Mozart era ya esperanzador.

Y, aunque hablaba con voz baja y quebradiza, nada más sentarse, le preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Apenas he salido de la casa y del jardín en todo el día. He estado pasando el rodillo. Y Daisy Quantock..., ¿lo sabías?, se peleó con su jardinero y ahora pretende hacerlo ella todo. Así que la he tenido al otro lado de la empalizada desde esta

mañana con el rastrillo y una carretilla llena de estiércol.

Lucía esbozó una sonrisa débil.

—¡Esta Daisy! ¡Habría que ver el jardín! ¿Algo más?

—Sí, he tomado el té con ellos y, mientras estaba fuera, alguien me ha llamado. ¡Qué fastidio! Quienquiera que fuese no ha dado más señas, y ha dicho que va a telegrafiar. No me figuro quién puede ser.

—¡Quién será! —exclamó Lucía con cierto interés. Después se reconvino—. Tuve una especie de presentimiento, Georgie, cuando hace dos días vi el telegrama para Pepino sobre la mesa. Supe que contenía malas noticias.

—Qué curioso... ¡Y qué rico está este pescado! ¿Cómo te las ingenias para conseguir siempre mejores productos que todos nosotros? Sabe a mar. Y, después de tanto trabajo, tengo un hambre feroz.

Lucía siguió a lo suyo:

—Se lo llevé al pobre Pepino y se puso más blanco que la pared. Y luego..., muy propio de él, pensó en mí. «Son malas noticias, querida —me dijo—, ¡y tendremos que ayudarnos el uno al otro para sobrellevarlas!».

—¡Qué propio de Pepino! El señor Quantock lo ha visto camino de la estación. ¿Dónde va a dormir hoy?

Lucía tomó otro bocado de pescado.

—En casa de la tía, en Brompton Square.

«¡Ajá, conque ahí está!», pensó Georgie para sus adentros. Si a su vuelta veía luces en la planta baja de la casa de Daisy, tendría que pasarse un minuto para darle el parte.

—Ah, entonces, ¿tenía una casa?

—Sí, una casa hermosísima, y llena, por supuesto, de recuerdos muy queridos para Pepino. Será muy duro para él, porque de niño solía ir allí a visitar a su tía.

—¿Y se la ha dejado en herencia? —preguntó Georgie haciendo un gran esfuerzo por parecer indiferente.

—Sí, y en plena propiedad. Así resultará más fácil si Pepino decide ponerla en venta. Y con un bonito mobiliario reina Ana.

—Querida, ¡qué hermosura! Y seguro que vale todo una fortuna.

No cabía duda de que Lucía estaba recobrándose del terrible golpe, pero, no queriendo recobrase antes de la cuenta, meneó apenada la cabeza.

—Para Pepino supondría todo un suplicio deshacerse de las cosas de la tía. Son tantos recuerdos... Todavía la ve sentada ante su buró de avellano (uno de esos altos, ¿sabes los que te digo?, que se abren por delante, y con los tiradores originales de los cajones), haciendo sus cuentas por las mañanas. Y, en lo alto de la chimenea, un retrato de ella con sus perlas, de la primera época de Sargent. Y unos bonitos sillones de estilo Chippendale chino en el comedor. Deberíamos intentar conservar algunas de esas cosas.

Georgie se moría de ganas de hacer cientos de preguntas, pero no habría sido muy

apropiado, porque saltaba a la vista que Lucía estaba disfrutando de lo lindo dejando caer esos suntuosos detalles entremezclados con los recuerdos de la difunta. Empezaba a quedar claro que la cínica sugerencia de Daisy era cierta, y que la acongojada desolación del matrimonio ocultaba, en realidad, una herencia de lo más sustanciosa. Durante su discurso, no paraban de asomar atisbos de júbilo, que Lucía, a su vez, trataba de ocultar de nuevo por todos los medios.

—Pero ¿dónde vas a poner esas monerías si vendéis la propiedad? Vuestra casa es perfecta como está.

—Todavía no hay nada decidido. Ninguno de los dos podemos pensar ahora en nada más que en la buena de la tía. Pepino recuerda que en su infancia ella era una mujer con una mente inteligente y privilegiada. Y en el retrato de Sargent seguía estando de muy buen ver. Ha sido todo tan repentino... Fíjate que la última vez que Pepino la vio aún conservaba una energía envidiable.

«Eso fue la vez que lo mordió», pensó Georgie, pero en voz alta dijo:

—Ya, claro, estaréis desolados. ¿Cómo es el Sargent? ¿De medio cuerpo o de cuerpo entero?

—Creo que entero. No sé dónde podríamos colgarlo. Y una esquinera Guillermo III. Pero, claro, resulta imposible pensar en nada de eso ahora mismo. ¿Una copita de oporto?

—Te voy a permitir una, porque te va a venir bien después de tantas preocupaciones y tanta pena.

Lucía le acercó la copa.

—No más de la mitad. ¡Eres tan bueno y comprensivo, Georgie! Solo me veía capaz de hablar contigo, y puede que en realidad me haga bien. Dice Pepino que la tía guardaba un oporto estupendo en la bodega. —Acto seguido se levantó y le propuso —: Vayamos a la sala de música. Podemos seguir hablando allí, y tal vez tocar un poco de Mozart si me veo con fuerzas.

—Eso también te va a hacer bien.

Lucía se vio con fuerzas suficientes para iluminar más la sala que cuando se había levantado de entre las sombras antes de la cena y, finalmente, se acomodaron bastante a gusto adelante del fuego.

—Todo esto va a suponer un enorme trabajo para Pepino. Por suerte, su abogado pertenece al mismo bufete que el de la tía, y es amigo de la familia. Según nos ha contado, Pepino figura como el heredero de todas las posesiones de la tía, aunque en realidad aún no tenemos ni idea de cuáles son exactamente y de su cuantía. Pero, entre el impuesto de sucesión y todas esas historias, sí nos queda claro que debemos prepararnos para una pobreza extrema hasta que veamos entrar algo de dinero, y ya se sabe que los impuestos aumentan perversamente en proporción a la herencia. Y luego habrá que tasar todo lo que hay en Brompton Square, y nos veremos obligados a pagar más impuestos por todo lo que hay dentro, porque hasta las alfombras y los tapices son valiosos, hay incluso algunos persas, preciosos. Y después tendremos que

pagar a un tasador, por no hablar de la minuta del abogado. Y cuando terminemos de liquidar todo eso, vendrá la sobretasa.

—Pero al final saldréis ganando —comentó Georgie.

—Sí, bueno, es una forma de verlo. Aunque Pepino dice que los gastos van a ser enormes. La sala de música es preciosa. —Lucía le dedicó entonces una de sus miradas taladradoras—. Georgino, imagino que los vecinos de Riseholme se mueren por saber qué va a heredar Pepino. Me parece de una vulgaridad extrema, pero supongo que es normal. ¿Está todo el mundo hablando de lo mismo?

—Bueno, algo he oído de pasada. Pero yo no veo por qué te resulta vulgar. A mí, por ejemplo, me interesa. Es algo que os concierne a ti y a Pepino, y lo que incumbe a mis amigos también me incumbe a mí.

—Caro, eso ya lo sé. Pero, mucho más allá del dinero en sí, se trata de la responsabilidad que conlleva. Pepino y yo ya tenemos cubiertas y satisfechas nuestras modestas necesidades, y ahora nos vemos ante este aumento exponencial de nuestra riqueza... (y digo exponencial en comparación con la humilde renta con la que contamos ahora), y, como te decía, esa riqueza conlleva unas responsabilidades. Estamos obligados a utilizar con sensatez y sin extravagancias lo que nos quede después de los inmensos desembolsos que debemos hacer. Está claro que vamos a comprar, sin pensárnoslo, el prado que queda al fondo del jardín, y así perderemos el miedo a que nos construyan cualquier cosa que nos estropee las vistas. Y luego puede que otro telescopio para Pepino. Pero, aparte de lo que ya tengo, ¿qué otra cosa puedo yo querer en Riseholme? Música, amigos, y la posibilidad de invitarlos a casa, mis libros y mis flores. Tal vez una biblioteca, en la otra punta de esta ala, para que nadie moleste a Pepino, y puede que de vez en cuando traigamos de Londres un cuarteto de cuerda. Eso sí que sería un gusto, y la música trasciende el mero placer, ¿no te parece? —Volvió a clavar en Georgie la mirada taladradora—. Y luego está lo de la casa de Brompton Square, donde nació la tía. ¿Crees que debemos venderla?

Georgie sabía perfectamente lo que Lucía tenía en mente. Tampoco él se lo había quitado de la cabeza desde que su amiga mencionara de pasada la preciosa sala de música. La voz se le había detenido en esa preciosa sala de música: pareció subrayarla, acariciarla, apropiársela.

—Lo que creo es que estás pensando en quedarte con la casa y vivir allí parte del año.

Lucía miró a su alrededor como si cientos de curiosos hubieran entrado sin anunciarse.

—¡Chist, Georgie! ¡Que no se te escape una sola palabra sobre ese asunto! Aunque te confieso que Pepino y yo hemos barajado esa posibilidad.

—Pero yo creía que odiabas Londres, que te parecía vulgar y chabacano. Se te ve tan contenta siempre que vuelves...

—Y lo es, en comparación con la paz y la sobriedad infinitas de nuestro Riseholme, donde jamás se escucha una nota discordante, o al menos casi nunca.

Pero también es cierto que en Londres hay cierto movimiento, una agitación que en nuestro pueblo echamos en falta. ¡Está en el meollo, Georgie, en todo el cogollo! A lo mejor aquí, donde todo es armonía y cultura, nos volvemos susceptibles, quizá estamos demasiado protegidos. Si siguiera mi instinto, no pasaría fuera de Riseholme ni un solo día. Ay, ¡qué fácil sería todo si una pudiera seguir siempre su instinto! Dame una mañana entre libros, Ja tarde en el jardín, el piano de después del té y un amigo como tú que venga a cenar con Pepino y conmigo, y que me critiquen lo que quieran... ¡Como harás tú dentro de nada cuando destroce a nuestro Mozartino!

Lucía se puso a darle vueltas al espetón isabelino que había en la amplia chimenea y, una vez más, fijó en su amigo una mirada al más puro estilo del viejo marinero de Coleridge. A Georgie no le quedaba más remedio que escuchar... Las frases elocuentes y bien ordenadas de Lucía no tenían nada de improvisado: su discurso estaba pensado y probablemente hasta ensayado. Ni aunque Pepino y ella no hubieran hablado de otra cosa desde que recibieran aquel golpe terrible, podría haber estado más lúcida y cristalina.

—Georgie, me siento como un caballo viejo y ocioso que pasase sus días pastando al que de repente hubieran vuelto a ensillar y embridar. Pero todavía me queda mucha guerra que dar, a pesar de haber creído que me dejarían envejecer tranquila y podría deleitarme con la paz y el ocio de nuestro querido y rutinario Riseholme. Ahora siento que tal vez no sea ese mi destino. Mi conciencia me flagela con su fusta y me dice: «Tienes que volver a trotar, vieja perezosa». Y, además, debo pensar en Pepino. Mi maridito, que nunca pone un problema, no se quejaría si me negara a moverme. Leería su periódico, mataría el tiempo en el jardín, escribiría sus queridos poemas... (ayer mismo empezó uno precioso: «Duelo», un soneto), y se dedicaría a mirar las estrellas. Pero ¿es eso vida para un hombre? —Georgie se removió incómodo en la silla y Lucía se apresuró a rectificar la crítica implícita—. Tú eres distinto, querido. Tienes esa capacidad maravillosa para interesarte por todo. ¡Todo! ¡Pero piensa en lo que puede suponer Londres para Pepino! Con su club, del que es miembro el mismísimo astrónomo real, y su otro club, el político... La verdad es que últimamente la política lo tiene bastante obsesionado. La sala de lectura del Museo Británico. No, sería muy egoísta no querer verlo. Tengo que pensar, y pienso, en Pepino. No debo ser egoísta, Georgie.

La sola idea de que Lucía se fuera de Riseholme amenazaba con convertirse en una bomba a punto de estallar. Ya se la imaginaba detonando y haciendo volar por los aires al pueblo entero en mil pedazos. Y luego, vagamente, entre el humo, le pareció vislumbrar un Riseholme aún intacto. Por supuesto, alguien tendría que ocupar el trono vacío y dirigir sus asuntos. Y la imagen de Beau Nash en Bath se cruzó por el horizonte lejano de su mente. Era una idea malévol, pero su vaguedad la eximía de la traición. Se la quitó de la cabeza.

—Pero, por favor, ¿cómo vamos a sobrevivir sin ti?

—Eres un encanto, Georgie —dijo dándole otra vuelta al espetón. (El pasado

Primero de Mayo habían ensartado una pierna de cordero y la habían asado, enfundados en sus jubones, sus perillos y sus calzas, y ni todos los perfumes de Arabia habrían bastado para eliminar el olor a carne asada que impregnó la habitación durante semanas—. Eres un encanto por decir eso, pero no creas que voy a abandonar Riseholme. Es posible que pasemos en Londres dos o tres meses en verano (aunque, como te digo, todavía no hay nada decidido), y que vengamos aquí todos los fines de semana, y tal vez de noviembre a Navidad, y otra temporadita en primavera. Y, además, todo Riseholme vendría de visita continuamente. Cinco habitaciones de invitados, si no me equivoco, y una con su propio baño y su saloncito. No, mi querido Georgie, jamás abandonaré mi querido Riseholme. Si me pusieran en la disyuntiva de elegir entre Londres y el pueblo, no lo dudaría ni un instante.

—Entonces ¿la idea sería mantener las dos casas abiertas? —preguntó Georgie, emocionado hasta los huesos.

—Pepino cree que podríamos ingeniárnoslas —dijo, acabando de un plumazo con la pantomima del sobrino desolado—. Anoche estuvo calculándolo, ¿sabes?, y dijo que, si en la otra casa pagamos al servicio con comida y pensión, contando con las verduras que tenemos de aquí, del campo, podríamos vivir bien, con moderación, dentro de nuestros medios. Se le veía entusiasmado, y lo oí andar de un lado para otro mucho después de acostarme. Pepino tiene muy buena cabeza para los detalles. Su intención es dejar una muda completa de todo, ropa, esponja y esas cosas, en Londres, para no andar de aquí para allá con maletas. Y ahorráramos en propinas y en otros pequeños gastos en los que, como él dice con tanta razón, se va el dinero. Además, en Londres también nos evitaríamos el garaje: dejaríamos aquí el coche y allí nos apañaríamos con el metro y los taxis.

Georgie estaba tan entusiasmado o más que Pepino, y no pudo mantener la discreción por más tiempo.

—Dime: ¿a cuánto crees que puede ascender el total? Del dinero que va a heredar, me refiero.

Lucía también mandó a tomar viento la discreción y se olvidó por completo de la pobreza extrema que iban a sufrir durante un tiempo.

—Unas tres mil al año, según Pepino, una vez que lo paguemos todo. En realidad, doblaríamos nuestra renta.

Georgie soltó un suspiro de pura satisfacción. ¡Cuántas revelaciones, y no solo del futuro, sino también del pasado, porque hasta la fecha nadie sabía con qué renta contaban! ¡Y qué inteligencia la de Robert Quantock para hacer una conjetura tan exacta!

—Me alegro mucho por ti. Y sé que lo gastarás con buen tino. Había estado calculándolo esta tarde, pero nunca imaginé que ascendiera a tanto. Y luego está el tema de las perlas. Te felicito de corazón.

De pronto Lucía tuvo la sensación de haber dejado ver un rayito de luz —¿o de oro?— demasiado grande entre la nube de aflicción que se había cernido sobre ella.

—¡Pobre tía! No nos olvidamos de ella. Nos habría gustado que nos hubiera obsequiado pasando un poco más de tiempo entre nosotros.

Esas últimas palabras provenían de la nota que le había escrito a Daisy Quantock —y tal vez a otros—, pero Lucía no podía saber que Georgie ya estaba al tanto.

—Pero, bueno, yo he venido a apartarte de esas tristezas. No debemos pensar más en eso.

Lucía se levantó con brío.

—Has sido siempre tan bueno conmigo... De estar sola, me habría deprimido. — Y entonces empezó a hablar en el idioma infantil que a veces adoptaba, alternándolo con un italiano de andar por casa—. ¿Muchiquita, Georgie, bonito? Pero tienes que ser bueno con la nena. Estos días no ha ensayado. ¿Has traído a Mozart? ¿Cuál es la parte más fácil? Lucía quiere la parte más fachilita.

—Lucía puede coger la parte que más le guste —respondió Georgie, que había ensayado bien ambas.

—Entonces escojo la de soprano. Ay, ¡pero si es muy difícil! Tiene un montón de notitas chiquititas. ¡Y con lo mal que se me da leerlas! Venga, vamos allá. Empiezas tú... Uno, due, tre...

No había mucha luz cerca del piano, pero Georgie no quería ponerse las gafas, a no ser que fuera estrictamente necesario. Creía que Lucía no sabía que las usaba y, además, le daba la sensación de que no «pegaban» con los pantalones Oxford. Pero no veía nada y, después de hacer una escabechina con la primera página, se rindió.

—El nene necesita cuatro ojos. El nene, viejo cegato.

Recibió una agradable sorpresa.

—Y la nena vieja cegata. Yo también las uso, desde hace poco. Ay, Georgie, ¿nos estamos haciendo vecchio? Venga, empecemos de nuevo. Uno, due...

Después de eso, el Mozart salió muy bien, aunque por dentro cada uno se preguntaba si el otro estaría leyendo correctamente. Lucía sospechaba que Georgie había ensayado, pero, bueno, al fin y al cabo, le dio a elegir y, de haber practicado, seguro que había sido la parte de soprano. No se le pasó por la cabeza la posibilidad de que hubiese sido tan meticuloso como para practicar con ambas. Después, lo interpretaron una vez más, desde el principio, intercambiando las partes, y volvió a sonar de maravilla. Se hacía tarde, y Georgie no se demoró mucho más en levantarse para irse.

—¿Y qué digo si alguien que sepa que he estado cenando contigo me pregunta si me has contado algo?

Lucía cerró la tapa del piano y se concentró.

—No digas nada de nuestros planes sobre la casa de Brompton Square, aunque tampoco hay razón para que no se sepa que existe una casa, claro está. Aborrezco el secretismo, y, al fin y al cabo, cuando el testamento se haga público, acabará enterándose todo el mundo. Así que di que tenemos una casa llena de cosas hermosas. Y con el dinero pasa lo mismo, acabarán enterándose. Si te parece, di lo

que ha calculado Pepino.

—Entendido.

Lucía lo acompañó hasta la puerta y salió al jardín delantero, donde los narcisos estaban ya en flor. La noche estaba despejada y, aunque no había luna, la *troupe* de estrellas brillaba con fuerza.

—¡Aldebarán! —exclamó Lucía, y señaló hacia arriba abarcando el arco de lentejuelas del cielo—. Esa brillante de allí. Ay, Georgie, qué descanso contemplar Aldebarán cuando se está preocupada y triste... Le levanta a una el ánimo por encima de preocupaciones terrenales y penas personales. ¡Las patenas de oro brillante! ¡Qué maravilla de Shakespeare! Pásate mañana por la tarde, ¿quieres?, y me cuentas si hay alguna novedad. Yo, por supuesto, no voy a salir.

—Anda, ven a comer conmigo.

—No, querido Georgie: el funeral es a las dos, en Putney Vale. *Buona notte*.

—*Buona notte*, querida Lucía.

Georgie volvió a toda prisa a su casa, pero se sintió decepcionado al no ver luz en la sala de estar de Daisy ni en el estudio de Robert. Sin embargo, cuando subió al dormitorio, donde Foljambe había olvidado bajar los estores, vio luz en el cuarto de Daisy. En cuanto miró hacia allá, se descorrieron las cortinas y apareció su vecina profusamente enfundada en un camisón, abriendo las ventanas por arriba y por abajo, pues por entonces el principio más saludable consistía en dormir en pleno vendaval. A juzgar por las señas descontroladas de Daisy, ella también debía de haber visto luz en su cuarto y su cara tras la ventana. Así que no le quedó más remedio que abrir la suya.

—¿Y bien?

—En Brompton Square. ¡Y tres mil al año!

—¡No!

Capítulo 2

EN la lengua vernácula de Riseholme, esta sencilla palabra, «no», venía siempre cargada de connotaciones. Por supuesto, sin énfasis alguno, se utilizaba como una mera negativa y, en caso de querer abundar en dicha negativa, se acompañaba de un «desde luego que no». Pero cuando se utilizaba con vehemencia, como lo había hecho Daisy desde la ventana de su dormitorio, nada tenía de negativa, y, en resumidas cuentas, venía a significar: «Jamás había oído nada tan extraordinario y me regocija de pies a cabeza. Haz el favor de continuar inmediatamente, cuéntamelo todo y vamos a hablarlo».

En esa ocasión, sin embargo, Georgie no continuó inmediatamente, pues, tras haber alcanzado el clímax con genial maestría, cerró la ventana y bajó el estor, con lo que dejó a Daisy media noche en vela, cavilando sobre tan extraordinarias noticias y preguntándose qué harían Pepino y Lucía con tanto dinero. Llegó a varias conclusiones: adivinó que comprarían el prado junto al jardín y un nuevo telescopio, pero no cayó en lo de la biblioteca. Antes de irse a dormir, se le planteó un problema más importante aún, y se apresuró a escribirle una nota a Georgie, con la idea de que se la llevaran a primera hora de la mañana, para preguntarle: «¿Y ha contado algo de la casa? ¿Qué va a pasar con ella? Tampoco me has dicho en qué número está», igual que si Georgie no hubiese interrumpido la conversación cerrando rápidamente la ventana y echando el estor, corriendo el telón en aquel momento de espectacular clímax.

Foljambe le subió la nota con el primer té de la mañana y el vaso de agua muy caliente que a veces se tomaba en lugar de la infusión —cuando sospechaba algún desbarajuste dietético de la noche anterior—, así como el vasito de cristal con las sales Kruschen que en ocasiones añadía al agua caliente o al té. Georgie tenía mucho sueño y, medio dormido, se volvió en la cama para que Foljambe no viera el claro donde se ponía el peluquín, y ahogó un ronquido, porque no quería que la criada pensara que roncaba. Pero cuando le dijo: «Señor, hay un telegrama para usted», no pudo evitar incorporarse de golpe con su pijama de seda rosa.

—¡No! —exclamó con énfasis.

Al rasgar el sobre, cayeron un buen montón de hojas. En cuanto puso los ojos en las primeras palabras, tuvo tan claro quién se lo había mandado que no se molestó en mirar la última hoja para corroborarlo con la firma.

Queridísimo Georgie:

Te he llamado hasta perder la paciencia, así que te mando esto. Más caro, pero de suma importancia. Llegué ayer a Londres y me gustaría ir a

Riseholme el fin de semana. Quiero cenar contigo el sábado para que me cuentes. Ven a comer y cenar el domingo, y dile a todo el mundo que nos acompañe a lo uno o a lo otro, sobre todo a Lucía. Llevo cocinera, pero encarga comida suficiente para el domingo. Gira estupenda por EE. UU. y Australia, y alquilo casa en Londres para temporada. Iré en coche. Cuídate.

Olga

Georgie saltó de la cama tras mirar por encima la nota a lápiz de Daisy y tirarla a un lado. De todas formas, como le habían prohibido que divulgase el proyecto de la casa de Brompton Square, y tampoco sabía en qué número estaba, no podía responderle gran cosa. Pero el telegrama de Olga venía con tarea suficiente para entretener a cualquiera un día entero: debía invitar a todos los amigos a que fueran a cenar o a comer el domingo, encargar la comida necesaria y disponer una cena frugal a solas con Olga para la noche del sábado. Apenas sabía qué estaba bebiendo, si té, agua caliente o sales Kruschen, tal era su emoción. Previo que con Lucía tendría que hacer acopio de la más diestra diplomacia. Sin duda, debía invitarla a ella la primera, y no le quedaría más remedio que recurrir a ciertas presiones para conseguir que accediera a ir, al almuerzo o a la cena, por mucho que quisiera seguir observando su luto riguroso. También debería limitar la reunión a tan solo uno o dos invitados de su agrado. Con todo, a Georgie le daba la sensación de que acabaría cediendo y se dejaría convencer, porque como todo el mundo iba a ir a casa de Olga el domingo, habría sido un fastidio para ella tener que explicar una y otra vez en los días venideros que la habían invitado pero no se había visto con fuerzas para asistir. Y, si no se paraba a explicarlo en cada ocasión, Riseholme se inclinaría a pensar que no la habían invitado. «Un poco de diplomacia», se dijo Georgie, camino ya de casa de Lucía después de desayunar, sin sombrero pero con su estola de piel al cuello.

Lo hicieron pasar a la sala de música, mientras la doncella iba en busca de su señora. El piano estaba abierto, prueba de que Lucía había estado practicando, y vio sobre el atril el libreto del dueto de Mozart que con tanta maestría interpretara su amiga la noche anterior. Por un momento, pensó que había olvidado llevarse su ejemplar, pero, cuando lo examinó con más detenimiento, vio unas anotaciones para la digitación, garabateadas a lápiz en los pasajes más difíciles del soprano, que sin lugar a dudas no eran suyas. En ese instante vislumbró a Lucía por la ventana, de vuelta del jardín, y se apresuró a tomar asiento lejos del piano y a enfrascarse en la lectura del Times.

Se sentaron juntos al lado del fuego y Georgie empezó con su misión.

—Esta mañana he recibido noticias de Olga, un telegrama muy largo. Viene para el fin de semana.

Lucía sonrió con desgana. No le interesaba la llegada de Olga, esa mujer que tenía a Riseholme embobado.

—Me alegro por ti, Georgie.

—Te manda un mensaje especial.

—Le agradezco el sentimiento. Tal vez podría haberme escrito a mí, pero estoy segura de que sus intenciones son nobles. Puesto que te ha escrito a ti personalmente, ¿podrías darle las gracias personalmente por mí? Te lo agradecería. —Mientras aún expresaba tan gélidos sentimientos, Lucía se levantó rápidamente y pasó a su lado. Algo blanco en el atril del piano había llamado su atención—. No te muevas, Georgie, entra en calor y enciéndete tu cigarrillo. ¿Algo más?

Fue al fondo de la estancia, donde estaba el piano, y Georgie, pese a su ligera sordera, distinguió sin problema un pasar de páginas. Los rudimentos más elementales de educación le impedían darse la vuelta para mirar. Por lo demás, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Después, escuchó una segunda pasada de hojas que no supo interpretar.

—¿Algo más, Georgie? —repitió Lucía al volver a su silla.

—Sí. El caso es que el mensaje de Olga no iba por ahí. Es evidente que no está al tanto de tu pérdida.

—Qué raro... Había pensado que tal vez la muerte de la señorita Amy Lucas... Pero ¿qué decía entonces el mensaje?

—Le apetece mucho que..., ha dicho «sobre todo Lucía», vayas a almorzar o a cenar a su casa el domingo. Con Pepino, claro está.

—Es muy amable por su parte, pero lo veo imposible, desde luego.

—¡Ay, no digas eso! —le insistió Georgie—. Viene solo para un día y quiere ver a todos sus viejos amigos. Sobre todo a su querida Lucía, como te acabo de decir. De hecho, me ha pedido que convoque a dos grupos pequeños para el almuerzo o bien para la cena. Así que, por supuesto, he venido a verte a ti primero para saber qué preferías.

Lucía sacudió la cabeza.

—¿Pero cómo se te pasa siquiera por la cabeza que me apetezca ir a una fiesta?

—Es que no sería una fiesta como tal. Solo un par de amigos. Pepino y tú no vais a ver a nadie ni hoy ni mañana. Para el domingo ya te lo habrá contado todo. Y no es bueno quedarse en casa rumiando las cosas.

Nada más decir que le era imposible, Lucía ya estaba deseando que Georgie le insistiera, y hasta se había hecho a la idea de animarlo a insistirle si no lo hacía él motu proprio. Sus últimas palabras le proporcionaban una apertura estupenda.

—¿Tú crees? A lo mejor a Pepino le apetece, siempre y cuando no se trate realmente de una fiesta. No tiene sentido rumiar: llevas razón, no puedo permitir que Pepino se quede rumiando. ¡Qué egoísta por mi parte no haberlo pensado antes! Dime, Georgie, ¿quién iría?

—Eso es cosa tuya.

—¿Y tú? —le preguntó.

—También —respondió Georgie, a quien no le pareció necesario añadir que Olga

iba a cenar con él el sábado, y que además estaría tanto en el almuerzo como en la cena del domingo—. Sí, me ha invitado.

—Bueno, entonces, ¿por qué no se lo dices a la pobre Daisy y a su marido? Sería todo un detalle. Así hacemos seis. Creo que con seis bastará. Haré todo lo posible para convencer a Pepino.

—Divino. ¿Y qué prefieres: almuerzo o cena?

Lucía suspiró.

—Creo que cena. Se siente una más capaz de hacer el esfuerzo necesario por las noches. Pero, por supuesto, todo depende de cómo se encuentre Pepino. —Miró de reojo el reloj—. A estas horas debe de estar saliendo de Brompton Square. Y luego, más tarde, ha quedado con su abogado a comer para charlar con él. Tienen muchos asuntos que tratar.

Georgie se acordó entonces de que todavía no sabía el número de la casa.

—Me hago cargo. ¡Qué bonita plaza, por cierto! Aunque tengo entendido que algo ruidosa en los números bajos...

—Sí, pero en el otro extremo es una delicia lo tranquila que es. Hace una curva y luego un *cul-de-sac*. El número 25 está justo al principio de la curva. Y no tiene casas por detrás, solo el apacible jardincito de la iglesia (aunque Pepino se habrá entristecido al verlo esta mañana), y a un tiro de piedra de los jardines Ennismore. Mi sala de música da a la parte de atrás. —Lucía se levantó—. Bueno, Georgie, supongo que estarás muy ocupado esta mañana, tendrás que ir a ver a todos los invitados del domingo, y no me gustaría entretenerte. Pero antes me apetecería tocarte un fragmento de Stravinski que he estado ensayando. Es tremendamente moderno, por supuesto, y al principio puede sonarte a rayos... Apenas una cancioncilla, comparada con las obras de nuestros inmortales. Pero tiene algo, y tampoco hay por qué condenar todas las obras modernas sin haberlas escuchado. No me cabe duda de que hubo un tiempo en que hasta las más grandes sonatas de Beethoven se consideraron modernas y revolucionarias. —Acto seguido se acercó al piano, en cuyo atril estaba el fragmento de Stravinski, lo que explicaba el segundo y hasta entonces ininteligible pasar de páginas—. Siéntate aquí a mi lado, Georgie, y ve pasándolas rápido, cuando te lo indique. Es algo así.

Lucía interpretó la primera página con buen tino, si bien luego todo pareció embrollarse. Aunque Georgie se había preparado para algo extraño y sin sentido, le resultaba inconcebible que Stravinski hubiera tenido en mente lo que Lucía estaba tocando. Se dio cuenta entonces de que la clave cambiaba, de manera totalmente insospechada, justo en medio de un compás, y Lucía no se había percatado. Siguió tocando con una agilidad sorprendente, le hizo una seña al final de la segunda página, y luego, por suerte, la pieza volvió a su clave original. ¿Sería oportuno hacérselo ver? No le pareció conveniente: la próxima vez que lo ensayara, o la siguiente, ella sola se daría cuenta del cambio.

Unos arpeggios brillantes de dos escalas cromáticas en divergencia pusieron fin a

aquellos fuegos artificiales. Al concluir, Lucía se estremeció ligeramente.

—Tengo que trabajarlo más antes de poder juzgarlo...

Acarició las teclas con los dedos e hizo una pausa. Luego, con la expresión melancólica que tan bien le conocía su amigo, tocó el primer movimiento de la sonata Claro de luna. Georgie puso también cara de Beethoven y, al final, emitió el suspiro de rigor.

—¡Ideal! Lo has tocado mejor que nunca. Gracias, Lucía.

Esta se levantó.

—Agradéceselo al inmortal Beethoven.

Mientras corría a hacer sus tareas de anfitrión en funciones, la mente de Georgie bullía de razonamientos inductivos. No cabía duda de que Lucía había decidido poner una segunda residencia en Londres, pues, al referirse a la casa de Brompton Square, había dicho muy claramente «mi sala de música». También era fácil entender por qué se había dignado tocar Stravinski con algo más que la yema de un dedo. Estaba visualizándose en el mundo moderno, y no le quedaba otra que modernizarse también: en la sala de música de Brompton Square no iban a resonar solamente los ecos del primer movimiento del Claro de luna...

«Qué emoción», se dijo Georgie, cuando, acalorado por la actividad mental, casi olvidó ponerse la estola de piel.

Su primera visita fue, ni que decir tiene, a Daisy Quantock. Sin embargo, no pensaba quedarse más tiempo del necesario para confirmar que el matrimonio iría a cenar el domingo con Olga y revelarles el número de la casa de Brompton Square. Se encontró con que su amiga había cavado una gran zanja alrededor de la morera y se entretenía podando las raíces exteriores con un hacha a plena luz del día: es más, había llenado la carretilla, liberada ya del estiércol, con todas las puntas que había cortado para llevarlas a la leñera.

—Veinticinco, bien, un número fácil de recordar —comentó esta—. ¿Y piensan venderla?

—No está decidido aún. Querida, ¿no te parece que estás siendo demasiado drástica? Podría morir...

—Desde luego que no. Dará el doble de moras. El año pasado solo dio una. Cuando un frutal no da fruto, hay que podarle las raíces. ¿Y las perlas?

—Sin novedad, salvo que aparecen en un retrato que Sargent le pintó a la tía.

—¡No! ¿El mismísimo Sargent?

—Sí, y también hay muebles reina Ana y sillones estilo Chippendale chino.

—¿Cuántos dormitorios? —preguntó Daisy restregando el hacha contra la hierba.

—Cinco de invitados, así que supongo que siete en total, y uno con salita y baño propios. ¡Y una bonita sala de música!

—Mira, Georgie, Lucía tiene pensado vivir allí, te lo haya dicho o no. Uno no

pierde el tiempo contando los cuartos de una casa que pretende vender. No lo veo.

—Te digo que no hay nada decidido. Bueno, entonces quedamos en que venís a cenar con Olga el domingo. Y, ahora, tengo que irme volando para ver quién viene al almuerzo.

—¡No! ¿También un almuerzo?

—Sí. Quiere ver a todo el mundo.

—¿Has dicho cinco habitaciones de invitados? —preguntó Daisy, que había empezado ya a rellenar la zanja.

Georgie atravesó a la carrera la puerta de la cerca, mientras que Daisy, en cuanto terminó de devolver las paladas de tierra a su sitio, se apresuró a entrar en la casa para compartir las noticias con su marido. Este andaba quejándose de reuma en el hombro, de modo que le administró una buena dosis del método Coué antes de ir a cancelar el pollo que había encargado para la cena dominical.

A Georgie le pareció oportuno pasar primero por casa de Olga para asegurarse de que la guardesa estaba al tanto de la llegada de su señora. Era el tipo de cosas que solían olvidar las *prime donne*. Al aproximarse, vio a un hombre con un rollo de alambre sobre el tejado de Oíd Place y a otro junto a la chimenea. Aunque la radiocomunicación todavía no había llegado a Riseholme, Georgie supuso al instante que tenía que ser justo eso lo que Olga estaba instalando, ¿y qué pensaría Lucía al respecto? Para empezar, aquello no podía ser menos isabelino y, si bien había acabado transigiendo con el teléfono, también había manifestado su firme oposición al asunto de la radiocomunicación. No hacía mucho había tenido una experiencia desafortunada al respecto. En una reciente visita a Londres, su anfitriona había encendido el aparato y el grupo allí congregado se había visto agasajado con una sentida lectura sobre la piorrea declamada por una enfermera de hospital... Fuera como fuese, Georgie vería a Olga antes de la cena del domingo y le explicaría la abominación que sentía su amiga por aquel artefacto.

Aún tenía por delante la estupenda tarea de invitar a todo el mundo al almuerzo. Era la hora en la que Riseholme se dedicaba a entrar y salir de las tiendas y a recabar las últimas novedades. Ya se sabía que Georgie había estado cenando con Lucía la noche anterior y que Pepino había ido al funeral de su tía, y todo el mundo se moría de ganas de confirmar si se había decidido algo concreto sobre la inmensa fortuna que sin duda heredarían los Lucas... La señora Antrobus había visto a Georgie entrar en casa de Olga —pues la agudeza de su vista compensaba su sordera— y se había quedado allí plantada, con la trompetilla en el oído, contemplando las vistas a la puerta de Oíd Place, a la espera de que Georgie saliera. Los cálculos populares sobre la fortuna de los Lucas se habían hinchado ya como una calabaza.

—Un cuarto de millón, me han dicho, señor Georgie, y una casa en Grosvenor Square, ¿no es cierto?

Antes de poder responder, aparecieron brincando, cogidas de la mano, las dos hijas de la señora: Piggy y Goosie. Estas muchachas nunca andaban como la gente

normal: patinaban y cabrioleaban para demostrar lo aniñadas que eran a sus treinta y cuatro y treinta y cinco años de edad.

—¡Ay, no se vaya, señor Georgie! —Pago intentó retenerlo—. Queremos saber. Y las perlas ¿valen más que un potosí?

—¡Qué tontería! Yo no me creo lo de las perlas.

—Pues yo no me creo lo de Grosvenor Square. ¡Y tonta tú!

Cuando semejante arrebato de fogosidad remitió, Piggy le pegó un palmetazo a su hermana en la mano y ambas dijeron «chist» al unísono, dispuestas a escuchar.

—La verdad es que de las perlas no puedo contaros mucho.

—¿Eh? ¿Qué es lo que no puede contar? —Quiso saber la señora Antrobus.

—¡Lo de las perlas! —repitió Georgie dirigiéndose al extremo de la trompetilla de la señora Antrobus. Parecía, en verdad, la trompa de un elefantito, que la mujer agitaba como el que pide un mendrugo.

—¡Lo de las perlas, madre! —chillaron a la vez Goosie y Piggy—. No interrumpa al señor Georgie.

—Y la casa no está en Grosvenor Square, sino en Brompton Square.

—Pero eso está casi en los arrabales. ¡Qué decepción!

—En absoluto, es un barrio con mucho encanto. —Aquello no se parecía en nada a lo que estaba esperando: gritos de sorpresa envidiosa ante sus noticias—. Y, en cuanto a la fortuna, unas tres mil libras anuales.

—¿Solo? —preguntó Piggy, con cara de estar indignada.

—Calderilla para millonarias como Piggy —la provocó Goosie, y se enzarzaron en una pelea.

—¿Alguna novedad más? —preguntó la madre.

—Sí. Olga Bracely llega mañana...

—¡No! —exclamaron las tres a una.

—¿Y el marido? —preguntó Piggy.

—No, él no —contestó Georgie sin énfasis alguno—. O al menos no me ha dicho que vaya a venir. Pero quiere que todos sus amigos almuercen con ella el domingo. De modo que puedo contar con ustedes, ¿no? Me ha pedido que invite a todo el mundo.

—Sí —respondió Piggy—. ¡Ay, qué maravilla! Me encanta Olga. ¿Me dejará que me sienta a su lado?

—¿Eh?

—¡A comer el domingo, madre, con Olga Bracely! —chilló Goosie.

—Pero si no está.

—¡Pero va a venir, madre! —gritó Piggy—. Venga, Goosie. Ahí está la señora Boucher. Vamos a contarle lo de la pobre señora Lucas.

La silla de ruedas de la señora Boucher estaba estacionada frente a la carnicería; su marido había entrado a encargarse de un corte para el asado del domingo. Para cuando Georgie llegó a su altura, Piggy y Goosie ya le habían regalado el oído con el cuento

de la súbita pobreza relativa de Lucía.

—Una fortuna inmensa, yo a eso lo llamo una fortuna inmensa... —Estaba recalcando la señora Boucher cuando Georgie se acercó—. Buenos días, señor Georgie, ya me han contado las nuevas. Espero que la señora Lucas le dé buen uso. ¡Y encima en Brompton Square! Yo tenía una tía que vivía allí, la hermana de mi madre, no de mi padre, ¿me comprende?, y siempre repetía que prefería Brompton Square al palacio de Buckingham. ¿Y qué piensa usted que van a hacer con la casa? Debe de valer su peso en oro. ¡Qué insólita coincidencia que mi tía y la de la señora Lucas vivieran en el mismo barrio! ¿Alguna novedad más?

—Sí. Olga llega mañana...

—Vaya, ¡eso sí que es una novedad! —exclamó la señora Boucher, cuyo marido salía entonces de la carnicería—. Jacob, dice el señor Georgie que Olga viene mañana. ¡Seguro que te alegras! Estás perdidamente enamorado de Olga, Jacob, reconócelo. Eres todo un donjuán con canas, eso es lo que eres. Me temo que tendré que pasar sin tus atenciones hasta que Olga se marche. A mí me daría vergüenza... ¡A tu edad! Además, si hasta podría ser tu hija... ¡o la mía! Y tres mil al año, dice aquí el caballero. Yo a eso lo llamo una fortuna inmensa. Y todo para la señora Lucas, ¿te lo puedes creer? Yo había pensado como mucho en dos mil. Me deja de piedra, caramba... Cuando la anciana señora Toppington (no la mujer del joven señor Toppington, que se casó con la sobrina del hombre que inventó el gas de la risa, sino la del padre, o puede que del tío, no recuerdo bien), pero el caso es que cuando el anciano señor Toppington murió, le dejó a su hijo o a su sobrino, lo mismo da, una suma que le reportó más o menos ese dinero, y se le tenía por un hombre muy rico. Vivía justo al lado de la iglesia de Scroby Windham, de la que mi padre era rector, y construyó un ala nueva, con una sala de billar...

Georgie supo que jamás terminaría sus compromisos matutinos si se quedaba a escuchar todo lo que la señora Boucher tenía que contarle sobre el joven señor Toppington, de modo que la interrumpió:

—... Y quiere que usted y el coronel vayan a almorzar con ella el domingo. Me ha pedido que invite a todos sus viejos amigos.

—Bueno, bueno, yo a eso lo llamo ser amable. Por supuesto que iremos... ¡Jacob, el asado, no vamos a necesitar la carne! Iba a ponerte una chuleta de ternera para la noche, así que, ¿qué sentido tiene ya el asado? Solo un pedazo de bistec para los criados, bien servido. Bueno, bueno, ¡será un placer comer con nuestra querida Olga! Menuda fiesta, diría yo.

El desdeñado pollo de la señora Quantock le vino de maravilla a Georgie para la cena del sábado con Olga. Para cuando terminó todos sus recados, la mañana se le había escapado de las manos y no había podido practicar con el piano, trabajar en el jardín o dar una sola puntada a su labor de bordado. Pero nuevas perplejidades le esperaban cuando volvió fatigado a casa: Foljambe le contó que Lucía había mandado a su doncella para pedirle prestado el manual de *bridge* subastado. Estaba

demasiado cansado para ponerse a conjeturar sobre el tema, pero era cuando menos extraño que su amiga, que despreciaba toda suerte de juegos de naipes y solo los creía apropiados para quienes no tenían la inteligencia necesaria para hablar o escuchar, quisiera ese libro. Las cartas seguían a los crucigramas en el repertorio de vanidades de Lucía. ¿Qué significaba aquello?

Nadie vio al matrimonio hasta el domingo por la mañana, salvo por la visión de pasada que captó Daisy Quantock, el viernes por la tarde, de un Pepino atravesando encorvado por el duelo y con andares titubeantes la pequeña plaza pavimentada, de camino a The Hurst. Lucía le abrió la puerta, y ambos sacudieron la cabeza apenados y se perdieron dentro de su hogar, del que se creía que no habían salido en todo el sábado. Eligieron la misa del domingo para su primera aparición pública, aunque en realidad de Lucía apenas se podía decir que hubiese aparecido, tan impenetrable era su velo negro. Sin embargo, aquello señalaba el final del duelo, por así decirlo — además, todo el pueblo sabía que esa noche iba a cenar con Olga—, y, cuando terminó la misa, se apartó el velo de la cara y celebró una suerte de recepción en el pórtico, donde se paró a estrechar la mano de los amigos que iban saliendo. Y todo el mundo dio por sentado que aquello suponía su reaparición en la escena de Riseholme.

La presencia de Georgie no tenía nada que desmerecer en relumbrón. A pesar de los comentarios sarcásticos de Robert acerca de sus pantalones Oxford, había decidido superar sus recelos y, después de la misa, recorrió lentamente el césped que había frente a la iglesia un par de veces, hablando con todo el mundo, pero manteniéndose siempre a cierta distancia, a fin de ofrecer una visión de cuerpo entero. Cierto es que la odiosa Piggy prorrumpió en una risita chillona y dijo a voz en grito: «¡Vaya, señor Georgie, parece que lleva usted pantalones de cuello vuelto!», y su madre se llevó la trompetilla a la oreja como para imprimir una mayor perspicacia a su interés. Con todo, más allá de este incidente, quedó satisfecho con la acogida que recibieron sus pantalones. Estaban muy bien cortados, tenían una caída estupenda y parecían infundir cierto respeto. Pero la mañana había sido tan agobiante que se alegró cuando por fin terminó.

¡Y cómo había charlado la noche anterior con Olga! Esta había ido a cenar a su casa y alargó tanto la sobremesa que Foljambe se presentó hasta tres veces a mirar si había algo que retirar. Olga le dijo que sus aventuras eran insignificantes, que ya le contaría tranquilamente en otro momento su gira por los Estados Unidos y Australia y su nueva temporada en Londres. Lo que ella quería saber era hasta el más mínimo detalle de todo lo que había pasado en Riseholme desde su partida hacía un año.

—¡Cielo santo! Y pensar que en otros tiempos creí que este era un tranquilo páramo donde podría descansar y dedicarme solamente al estudio. ¡Pero si es un revuelo! Siempre está pasando algo emocionante. Ay, qué necia la gente que no se preocupa por lo que cree minucias. Pero, venga, cuéntame más de Lucía. Era la tía de él, ¿no? ¿Y estaba loca?

—Sí, y Pepino ha heredado su casa en Brompton Square —empezó Georgie.

—¡No! Pero si ahí es donde he alquilado yo una casa para pasar la temporada...
¿En qué número?

—En el 25.

—¿El 25? Pero si eso es justo donde empieza la curva. Y es grande...

—Con una sala de música que da a la parte de atrás.

—La mía está casi enfrente, pero es más pequeña. Un dormitorio para nosotros dos y uno de invitados. Sigue, no pares.

—Y unas tres mil anuales más las perlas. Y la casa está llena de muebles buenos.

—¿Y van a venderla?

—No está decidido.

—Eso significa que crees que no. ¿No pensarás que van a instalarse en Londres para siempre?

—No, no lo creo —dijo Georgie con mucha cautela.

—Estás siendo muy diplomático. Lucía te lo ha contado todo, pero también te ha insistido en que no está decidido. Así que no pienso presionarte. Por cierto, me he cruzado con el coronel Boucher por el camino. ¿Por qué solo un bulldog?

—Porque el otro no paraba de gruñirle a su señora, la tenía atemorizada. Se lo ha dado a su hermano.

—¿Y Daisy Quantock? ¿Sigue con el espiritismo?

—No, eso ya ha pasado, aunque yo diría que volverá a ponerse de moda. Después fue la leche agria y ahora son las verduras crudas. Ya verás mañana en la cena. Se las trae en una bolsa de papel: zanahorias, nabos, apio... Todo crudo. Aunque no sé, a lo mejor no trae. De vez en cuando come como la gente normal.

—¿Y Piggy y Goosie?

—Siguen igual. Pero la señora Antrobus se ha comprado una trompetilla nueva. Aunque lo que me gustaría saber es por qué me ha pedido Lucía el manual de *bridge* subastado. Siempre ha dicho que los juegos de cartas son para imbéciles.

—Ay, Georgie, ¡esa es fácil! ¡Pues por Brompton Square, naturalmente, por mucho que diga que no está decidido! Querrá que a sus fiestas vaya gente a la que le gusta jugar al *bridge*.

Georgie se enfrascó en sus pensamientos.

—Puede ser. Pero es tremendamente rebuscado.

—¿Y cómo te lo explicas, si no? Por cierto, he instalado radiocomunicación en Oíd Place.

—Ya lo sé. Lo vi ayer. Pero no lo comentes mañana por la noche: Lucía le tiene manía. Solo la ha escuchado una vez y ¡estaban emitiendo una charla sobre piorrea! Pero cuéntame de ti. ¿Por qué no pasamos al salón? Foljambe está impacientándose.

Olga permitió que la apartara de los temas que le resultaban mucho más fascinantes, y le contó entonces el gran éxito que había cosechado en su gira por los Estados Unidos y le habló de la temporada de ocho semanas que empezaba en el Covent Garden a mediados de mayo. Pero todo condujo de nuevo a Riseholme.

—Dos funciones por semana: Brunilda, Lucrecia y Salomé. Ay, querido, ¡estoy encantada! Aunque vendré todos los fines de semana. Pero volvamos a Lucía: ¿piensas que se instalará en Londres para la temporada? Yo creo que esa es su idea: nuevos mundos por conquistar.

Georgie se quedó callado un momento.

—Creo que puedes tener razón en lo del *bridge* subastado —dijo por fin—. Y eso también explicaría lo de Stravinski.

—¿De qué hablas? ¿A qué te refieres? —Olga se moría por saber más.

—Pues a que ayer por la mañana me tocó un fragmento de Stravinski al piano, cuando antes se negaba rotundamente a escuchar cualquier cosa moderna. ¡Todo cuadra!

—Perfectamente —sentenció Olga.

La noche siguiente Georgie y los Quantock fueron juntos a cenar a casa de Olga. Daisy llevaba una bolsita de papel; sin embargo, resultó toda una decepción, porque no contenía zanahorias, sino unos zapatos de noche. Como era habitual, el matrimonio Lucas llegó tarde, porque Lucía tenía por costumbre ser la última en hacer acto de presencia en todas las fiestas, como correspondía a la reina de Riseholme, para poder hacer su grácil ronda entre los invitados. Naturalmente, todo el mundo se preguntaba si se habría puesto las perlas, pero también ahí se vieron decepcionados, porque los únicos adornos que traía eran unos brazaletes negros y el broche rodeado de agallones de oro con un mechón de pelo de Beethoven. —En realidad, el cabello del músico hacía años que se había caído y había sido sustituido por un mechón del mismo color que le había cortado a Pepino... Este nunca se lo había contado a nadie—. Al punto resultó evidente que, si bien todavía se ataviaba con ropajes de luto, ya se había desprendido de la paralizante aflicción del duelo.

—¡Qué amable por su parte invitarnos! —le dijo a Olga—. No se imagina lo bien que le viene a mi pobre Pepino —añadió en un susurro—. He estado diciéndole que tiene que volver a encarar el mundo y no dejarse hundir en la miseria. ¡Daisy, querida! ¡Qué alegría verte, a ti y al señor Robert! ¡Georgie! Desde luego, ¡qué reunión más exquisita!

Pepino la siguió. Era como la llegada de la realeza: Olga tuvo que tensar las rodillas para no hacerle una reverencia.

Una vez que hubo saludado a todos los que tenían el honor de conocerla, Lucía pasó de la gracilidad a la afabilidad. Robert Quantock se sentó entre Olga y ella durante la cena. En las comidas todo el mundo lo dejaba en paz porque sabían que si se le distraía de esa actividad, era capaz de comportarse como un perro con un hueso, e incluso no habría dudado en gruñir. Si, por el contrario, lo dejaban a su aire, luego estaba de un humor excelente.

—Y ha venido solo para un par de días, señorita Olga —comentó Lucía—, o al

menos eso me ha dicho Georgie, y él suele estar al tanto de todos sus movimientos. Y después irá a Londres, supongo. Estará muy ocupada ensayando para la ópera. Es posible que este año pueda escaparme a la capital un par de semanas para ver Sigfrido y La valquiria, en las que, por lo que he leído en el periódico, representa usted un papel. Georgie, tienes que llevarme a Londres cuando empiece la temporada de ópera. O a lo mejor... —Hizo una pausa—. Pepino, ¿te parece que les cuente a nuestros amigos nuestro secretito? Si me dices «no», nada. Pero, anda, querido, por favor...

Pepino, quien, por el contrario, había recibido instrucciones para decir «sí», hizo lo propio.

—Verás, querida Olga, a raíz de la tragedia de la semana pasada resulta que nos encontramos en posesión de un pequeño inmueble. Pepino ha heredado una casa en Brompton Square, completamente amueblada, y con una bonita sala de música. Así que estamos pensando que, como no hay una urgencia inmediata por venderla, podríamos pasar allí unas cuantas semanas al año, una cosa muy discreta, claro, aunque tal vez incluso invitemos a algunos amigos. Luego ya habrá tiempo de mirar por nosotros, porque, mientras tengamos la casa, ¿por qué no usarla? Nos gustaría ir a final de mes.

Este pequeño discurso había sido primorosamente preparado de antemano, pues Lucía tenía la sensación de que si anunciaba su plan en toda su crudeza, Riseholme sufriría un duro golpe. Debía ir desgranándose poco a poco: primero sabrían que se marcharían a la ciudad una o dos semanas, mientras tramitaban la venta de la casa. Más tarde ya se enterarían de que ni se les había pasado por la cabeza venderla.

Miró a su alrededor para ver cómo había encajado la noticia aquella delegación de riseholmenses. Una traca de «no» enfático estalló en Georgie, pasó por la señora Quantock, por Olga —que, por supuesto, ya habían discutido esa revelación largo y tendido—, e incluso Robert, muy ocupado con su cena, profirió un «no» y siguió engullendo.

—Qué detalle que todos digáis «no» —les agradeció Lucía, que sabía perfectamente que la interjección enfática solo era una muestra de sorpresa y de ganas de saber más, y no la negación de que aquello fuera posible—, pero así es. Pepino y yo hemos estado hablándolo (*non é vero, carissimo?*), y tenemos la sensación de que, en cierto modo, Londres nos llama. La buena de la tía Amy, como sabéis, ¡y todos esos bonitos muebles! De ser por ella, no se habría vendido ni media silla, y eso parece indicar que tenía la esperanza de que Pepino y yo no nos deshiciéramos de golpe del viejo caserón familiar. La tía Amy nació allí mismo, hace ochenta y tres años...

—¡Querida! ¡Qué recuerdos debe de traeros! —exclamó Georgie.

—Y tantos —coincidió Olga.

Lucía estaba al máximo de revoluciones, por así decirlo. La presencia de Pepino la alentaba; Robert no contaba, ocupado como estaba en alentarse a sí mismo; Olga y

Georgie no perdían ripio de cada palabra que salía de su boca.

—Pero no estamos pensando solo en el pasado, sino también en el presente y el futuro. Por supuesto, nuestro hogar espiritual está aquí (como lord Haldane lo tenía en Alemania)... ¡La de cosas que hemos aprendido de Riseholme, de su encantadora sobriedad y de su alegría, de su cultura, de su manera de apreciar todo lo que merece la pena en arte y literatura, de sus viejas costumbres, de su sencillez...!

—Sí —asintió Olga. Llevaba un rato queriendo decirle a Lucía que había alquilado una casa en Brompton Square, justo enfrente de la suya, pero ¿cómo interrumpir el esplendoroso discurso con el que estaba deleitándolos?

Lucía se palpó por un momento el broche con el pelo de Beethoven. Tenía la sensación de que se le había abierto.

—Querida señorita Olga, ¡qué generosa interesándose por nuestros pequeños asuntos, con la gran misión melódica que tiene usted en el mundo! Eso me da ánimos. Bueno, Pepino y yo creemos... (¿verdad, *sposo mió*?) que, ahora que se nos ha presentado esta oportunidad, tal vez podríamos tener un saloncito en Londres, y aprovechar mientras sea posible. Existen en el mundo movimientos modernos de los que en realidad nada sabemos. Queremos ilustrarnos. Queremos saber en qué está pensando la mente cosmopolita. Somos ya viejos, nos hacemos cargo, pero nunca es tarde para aprender. ¡Ateoraremos todo lo que tengamos la suerte de cosechar y lo traeremos a nuestro querido Riseholme!

De repente, se oyó un leve golpe amortiguado en el suelo, y Lucía se llevó los dedos adonde antes estaba prendida la joya.

—Georgino, mi broche. ¡Se me ha caído el broche de Beethoven!

Georgie se levantó y lo recogió con cierta rigidez: el rodillo del jardín le había enseñado lo que eran los músculos de las lumbares. Olga se puso de pie.

—¡Qué emocionante, señora Lucas! Tiene que contarme más. ¿Vamos? Y qué suerte para mí: justo acabo de alquilar una casa en Brompton Square para la temporada de ópera.

—¡No! ¿Cuál?

—Oh, una de las pequeñas. Justo enfrente de la suya. La 42 A.

—¡Qué casitas más monas! Pero yo tengo una sala de música. Cuando quiera ensayar es toda suya.

—Una cena de primera, sí, señor —terció Robert, que llevaba un rato sin hablar.

Lucía pasó el brazo por la ancha cintura de Daisy Quantock, para evitar, con mucho tacto, la cuestión de quién entraba primero en la otra sala. Daisy, desde luego, era con mucho la mayor, pero Lucía era la reina Lucía.

—Sí, estaba todo delicioso —corroboró esta—. ¡Georgie, tráeme el Beethoven!

—¡Y no tardes! —lo urgió Olga.

Georgie no frecuentaba la compañía de su mismo sexo, a no ser que fueran varones jóvenes, que le hacían sentirse igual de joven, o mucho mayores que él, con el mismo resultado. Pepino, en concreto, tenía la fea costumbre de decirle cosas como

«cuando uno llega a nuestra edad» —una asunción de juventud poco razonable por su parte—, y Robert, en cambio, la de sorber el oporto con un ruido muy acuoso durante un tiempo indefinido. Finalmente, tras esperar a que Robert se tomara dos vasos de vino bien cargados, rompió el simposio y los arrastró a ambos hasta el salón, parándose solamente para admirar de reojo su bastidor, en el que trabajaba en un bordado que en principio iba a ser para una colcha, pero que estaba quedándole tan bonito que tal vez acabara sobre el piano. Reparó asimismo en que Lucía había llevado una carpeta con partituras, y al mirar dentro vio el fragmento de Stravinski...

Y entonces, cuando llegó a sus oídos la conversación de las damas, a punto estuvo de caerse a causa de la conmoción.

—¡Ah, no, me encanta! —estaba diciendo Lucía—. Me parece uno de los inventos más maravillosos de los tiempos modernos. ¿No lo comentábamos anoche, Pepino? Me decía la señorita Olga que en Londres todo el mundo tiene un receptor de radiocomunicación. Se lo ruego, Olga, póngalo: ¡será un placer escucharlo! Ay, el broche de Beethoven: gracias, Georgie..., *mille grazie*.

Olga giró una manija, un tornillo o algo parecido, y se hizo una pausa breve: era posible que ya hubiesen anunciado la siguiente emisión. Y entonces, maravilla de las maravillas, de la bocina salieron los primeros compases de la sonata Claro de luna.

Se daba el caso de que esta pieza —en particular su primer movimiento— tenía un carácter casi sagrado en Riseholme. Era la canción de Lucía, en gran medida como el Dios salve al rey era la del rey. Independientemente del entretenimiento musical, si Lucía estaba presente, tarde o temprano, la convencían fácilmente para que tocara el primer movimiento. Ya asombrados como estaban todos no solo por su transigencia, sino por su beneplácito, ante el encendido de aquel mecanismo —tan abominado por ella en los últimos tiempos—, aún más pasmoso resultó que le permitiera tocar Su canción. Pero allí estaba, componiendo su consabida cara de Beethoven, ligeramente inclinada hacia delante, con la barbilla sobre la mano y los ojos vistiéndole esa mirada distante de la que el último acorde la traería de vuelta. Al final del primer movimiento, todo el mundo dio un leve suspiro, como era de rigor, y borró de sus caras la melancolía que la pieza les inspiraba. Lucía, acallando con un gesto todo atisbo de comentario o aplauso, esbozó una alegre sonrisilla para dar a entender que sabía lo que seguía. La sonrisa fue a más cuando empezó el *scherzo*, y hasta se convirtió en un pequeño ripio de risa. Después, con la mano en la que tenía apoyada la barbilla, buscó el broche de Beethoven una vez más y se mantuvo a la escucha, ansiosa, risueña y alerta, sacudiendo de tanto en tanto la cabeza a modo de crítica tácita y, en cierto momento, incluso musitó un «tks-tks» cuando la nitidez de un pasaje no estuvo a la altura. Entonces la sonata tocó a su fin.

—¡Qué placer! —dijo Lucía—. Francamente ameno. ¡Mi canción más querida! Aunque el primer movimiento me ha parecido algo acelerado... Si no recuerdo mal, Cortot lo tocaba algo más lento, y más *legato*, pero ha sido una interpretación meritoria.

Lucía no alcanzaba a ver a Olga, que estaba al lado del aparato, pero Georgie se había fijado en que durante la interpretación su amiga había estado mirando de reojo el periódico dominical. Y, en cuanto Lucía mencionó a Cortot, se apresuró a dejarlo en el poyete de la ventana y a cambiar de tema.

—Tenía que haberlo apagado: la radio no está para eso. ¿Por qué no nos enseña, señora Lucas, lo que decía del primer movimiento?

Lucía se dirigió grácilmente hacia el piano.

—Solo un par de compases, ¿de acuerdo?

Se escuchó un murmullo unánime de asentimiento, al que siguió, una vez más, el primer movimiento.

—Es solo mi impresión de cómo la toca Cortot. Y a mí me gusta más su estilo.

—No pare, no pare —dijo Olga.

Todos murmuraron a una un «no» o un «por favor». El «por favor» de Robert llegó mucho después que el resto porque estaba adormilado; pero él también quería que siguiera la música, pues prefería dormir un poco más y así no tener que hablar.

—¡Cómo me engatusáis! —exclamó Lucía acariciando suavemente el teclado—. Después de Riseholme, Londres será todo un descanso. Pepino mio, acércame la carpeta que está encima de mi capa, ¿quieres?... Mi marido me ha insistido para que traiga algo de música: no me deja salir sin ella. —Este pintoresco apunte lo hizo en ausencia de Pepino, aunque tal vez habría sido más preciso decir que lo había mandado de vuelta a casa a por la carpeta, pero menos pintoresco—. Gracias, *carissimo*. Un pequeño fragmento de Stravinski. Estoy convencida de que Olga se lo conocerá de memoria, y me aterra. Georgie, ¿quieres pasarme las páginas?

El fragmento de Stravinski había mejorado mucho desde el viernes. Era una pieza insólita y moderna, aunque no tanto como cuando, unos días atrás, Lucía no había reparado en el cambio de clave. Pero para el riseholmense acérrimo era extraño oír a la arcipresta de Beethoven y enemiga de toda la música moderna, a la que solía calificar de puro bolchevismo, emitiendo esos tintineos agudos y entrecortados que tan a menudo le habían arrancado una mueca de disgusto en el pasado. Con todo, casaba bien con su aprobación de la radio y con que le hubiese pedido prestado el manual de *bridge* subastado a Georgie. Lucía no solo estaba ensayando el fragmento de Stravinski —la interpretación, aunque muy mejorada, tan solo podía calificarse de ensayo—: también lo hacía con la vida moderna, las ideas modernas que había abrazado anticipando su advenimiento en Londres. Aunque seguía en el puerto de Riseholme, por así decirlo, todo el mundo sintió que Lucía había levado anclas y se preparaba para zarpar.

—Muy bonito: yo a eso lo llamo muy bonito. ¡Mee, mee! —dijo Robert cuando terminó el fragmento—. Yo a eso lo llamo música.

—Querido Robert, qué amable... —dijo Lucía girándose sobre la banqueta del piano—. Aunque no voy a tocar ni una nota más, os lo aseguro. Pero ¿podíamos..., por qué no escuchamos otra tonadilla en esa maravillosa radio, señorita Olga? ¡Qué

placer! En breve pediré que me instalen una en Brompton Square, y la escucharé mientras Pepino hace sus crucigramas. Ahora está que no piensa en otra cosa que no sean el *bridge* subastado y los crucigramas, y me interrumpe en medio de los ensayos para preguntarme por un escultor ateniense de diez letras cuyo nombre empieza por pe.

—Ah, lo tengo —dijo Pepino—: ¡Praxíteles!

Lucía aplaudió.

—¡Bravo! Así no tenemos que estar en ascuas hasta mañana por la mañana.

Había cierta magnificencia en la crudeza con la que Lucía derribaba, como bolos, cada artículo de su propio credo acerca de Riseholme, un credo que veía bolchevismo en todo arte moderno, insulsez en los crucigramas y en el *bridge* y una vacuidad baldía en la ciudad de Londres... En ese justo momento empezó la nueva canción en la radio, y la suerte quiso que fuera la Marcha fúnebre por una marioneta. Un espasmo de dolor atravesó la cara de Lucía, y Olga silenció de golpe ese triste recordatorio de duelo inútil.

—No lo pares: ¡me encanta esa pieza! —intervino el somnoliento y desconsiderado Robert, y un zumbido de conversación se apresuró a disimular la melancólica coincidencia.

Pero ya se había hecho tarde, y Lucía se levantó para irse.

—¡Una velada deliciosa! Y es una maravilla pensar que pronto seremos también vecinas en Londres. Por supuesto, mi sala de música estará siempre a su entera disposición. ¿Vienes, Georgie?

—Todavía no —dijo Georgie con firmeza.

Aquella respuesta pilló a Lucía por sorpresa, pues su amigo solía irse de todas las fiestas a la vez que ella. Alzó la cabeza al pasar a su lado, pero luego volvió a ablandarse.

—Bueno, entonces ¿te parece que cenemos mañana? No tendremos música después de este recital de hoy —dijo olvidando que prácticamente había sido ella quien lo había dado entero—. Pero tal vez podamos echar una partidita de *cutthroat*, Pepino, tú y yo.

—Iré encantado.

Olga volvió corriendo después de acompañar al resto de invitados a la puerta.

—¡Ay, Georgie, cuántas emociones! Por cierto, sí, en efecto: era Cortot el que estaba tocando el Claro de luna más rápido que Cortot.

Georgie dejó a un lado el bastidor.

—Confieso que se me había pasado por la cabeza. Lucía suele tener esos deslices. Pero ahora ya sabemos en qué punto estamos. Va a formar un círculo en Londres y ¡ella será su centro! ¡Qué emocionante! Está más claro que el agua. Lo único que todavía no sabemos a ciencia cierta es lo de las perlas.

—No pondría yo la mano en el fuego por esas perlas.

—No, yo creo que sí existen —repuso Georgie tras un momento de intensa concentración—. Si no, no me habría dicho que aparecían en el retrato que le pintó Sargent a su tía.

Olga soltó una risotada enloquecida.

—Ay, ¿por qué paso siquiera una hora lejos de Riseholme?

—Ojalá no tuvieras que hacerlo. Al final, ¿te vas mañana?

—Sí, a París. La excusa es ver a mi Georgie...

—Pero si lo tienes delante de tus narices...

—Sí, bendito sea. ¡Pero hablo del que resulta ser mi marido! Georgie, creo que me voy a cambiar el nombre y a convertirme en lo que realmente soy: la señora de George Shuttleworth. ¿Por qué las cantantes se empeñan en llamarse *madame* Macaroni o *signora* Semolina? Sí, esa es mi excusa, como decía cuando me has interrumpido: la razón real son los vestidos. ¡Quiero comprarme un montón de vestidos!

—Cuéntamelo todo. —A Georgie le encantaba oír hablar de trapos.

—Todavía no sé nada. Voy a París a ver qué descubro por allí. Tienes que venir de visita cuando esté instalada en Londres. Y cuando vaya a ensayar a la sala de música de Lucía podrás acompañarme al piano. ¿Debería cortarme el pelo a lo *garçon*?

Georgie puso de pronto cara de concentración.

—No tendría problema en apostar a que... —empezó.

Olga volvió a soltar una risotada.

—Si apuestas tres a uno a que no sé lo que vas a decir, acepto.

—Pero ¿cómo vas a saberlo?

—Porque lo sé. ¡No tendrías problema en apostar a que Lucía va a cortárselo!

—¡Mira que eres rápida! —dijo Georgie con admiración.

Por supuesto, a la mañana siguiente todo el pueblo sabía ya que Lucía y Pepino pretendían pasar varias semanas en Londres antes de vender la casa, y ¿qué significaría eso? Pronto tendrían que empezar los ensayos para las fiestas del Primero de Mayo, y Foljambe, camarera sin parangón entre todas las camareras del mundo, había preparado ya el jubón, las calzas y las botitas de cazador con las solapas dobladas. Pero cuando Georgie, en la cena en The Hurst la noche siguiente, mientras jugaban al *cutthroat* con el manual de *bridge* subastado a mano para resolver las pequeñas disputas que podían surgir por el valor de las distintas jugadas, comentó algo acerca de las fiestas de mayo —en las que Lucía, por supuesto, volvería a ser la reina—, lo único que dijo fue:

—¡Ay, los viejos disfraces! ¡Qué pintorescos! Y van cincuenta más para mí, Pepino, ¿o son cien? Voy sumando yo mientras tú repartes, Geòrgie.

Aquella total apatía de Lucía podía indicar dos cosas: bien que el luto le impedía ser reina, o bien que no pensaba asistir a las fiestas. Geòrgie, por tanto, volvió a doblar y a guardar el jubón, porque estaba decidido a que nadie, salvo Lucía, lo obligase a participar en algo que el año anterior había supuesto un auténtico purgatorio... Con todo, no podía llegarse a ninguna conclusión de todo aquello: tal vez fuera cosa del luto. Pero empezaron a acumularse nuevos indicios que apuntaban a que Lucía pretendía pasar una buena temporada en Londres, como, por ejemplo, la tarjeta que había encargado imprimir en la librería de la plaza del pueblo, *Ye Signe of Ye Daffodille*, donde tenían a la venta los poemas de Pepino:

El señor Philip Lucas y señora solicitan el placer de la compañía de... a las... el día...

Brompton Square, 25 S. R. C.

En realidad, había sido Daisy Quantock quien lo había divulgado después de ver la plancha de grabado sobre el mostrador y, mientras el tendero estaba de espaldas, tener la perspicacia de leerla, pese a estar del revés y resultar muy confusa. Con todo, el caso es que lo consiguió, y su significado era más que evidente: Lucía contemplaba oficialmente la posibilidad de invitar a alguien a que fuera a algo a alguna hora al 25 de Brompton Square.

—Y digo yo: ¿crees que encargarían imprimir tanta tarjeta si solo pretendieran quedarse una o dos semanas? —preguntó Daisy con amarga ironía.

Y, por si eso no fuera suficiente, Georgie descubrió una postal sobre el escritorio de Lucía con un «De la Sra. de Philip Lucas, Brompton Square, 25, distrito suroeste 3» claramente impreso al dorso.

Era, por tanto, cada vez más innegable —y naturalmente, durante esa semana, Riseholme no pudo pensar en otra cosa— que Lucía tenía pensado pasar en la estridente metrópolis más tiempo del que quería admitir. Dado que ella optaba por no divulgar información sobre el asunto, el puro orgullo y el desdén por la curiosidad vulgar del resto del pueblo les impedía a sus vecinos preguntarle, aunque, por supuesto, era oportunísimo —es más, era su deber— llegar al fondo de la cuestión con todos los medios a su alcance. Por lo demás, conforme las pruebas iban encajando unas con otras, Riseholme empezó a adoptar una visión muy lúgubre de la naturaleza real de Lucía. En suma, cuando la señora Boucher se detuvo en su silla de ruedas en medio de su paseo por la plaza, moviendo la cabeza enfáticamente y berreando en la trompetilla de la señora Antrobus, todos la vieron como el reflejo del sentir popular.

—Va a abandonar Riseholme y a todos sus amigos —concluyó la señora Boucher

—: ¡eso es lo que va a hacer! Pretende causar sensación en Londres, y manejar la ciudad a su antojo. Dará fiestas elegantes, ya verás, y se publicarán sueltos en los periódicos, y luego, cuando acabe la temporada, volverá y nos los restregará a todos por las narices. ¡Por lo que a mí respecta, no pienso prestar la más mínima atención a nada de eso! A lo mejor hasta se trae a algunos de sus amiguitos elegantes a pasar un puente. Habrá duques y duquesas en The Hurst. Eso es lo que pretende hacer, te lo digo yo, y me da igual quién me oiga.

¡Y menos mal!, porque todo el mundo en un radio de medio kilómetro debía de haberla escuchado.

—Bueno, no importa, querida —le dijo el coronel Boucher, que iba empujando la silla de su mujer.

—¿Que te importa? Espero que no, Jacob. Y venga, volvamos a casa o llegaremos tarde a comer, y eso no puede ser, porque espero al príncipe de Gales y al señor canciller, y vamos a pasarnos la tarde jugando al *bridge* y haciendo crucigramas.

Tal furia y sarcasmo emponzoñado, aunque posiblemente algo excesivo, tenían —según el sentir general— su justificación, pues ¿acaso Lucía no llevaba años esbozando sonrisitas indulgentes cuando alguien mencionaba los deleites baratos y las azoradas charlas afectadas de Londres? Cuando visitaba la ciudad, siempre regresaba a ese pueblo genuinamente provinciano —que se creía en sí mismo una capital— hastiada de su actividad falsa y necia, de su marchamo de cultura y su furor pseudoateniense por cualquier novedad. En Riseholme tenían entretenimiento de sobra, pero con cosas que merecían la pena, como Beethoven y Shakespeare, el pensamiento elevado o el estudio de las verdaderas obras de arte. Y ahora resultaba que/en cuanto la muerte de la tía Amy les proporcionaba a Pepino y a ella los medios para vivir en aquel insignificante hormiguero junto al Támesis, les daban la espalda a todos los que hasta la fecha habían hecho de la existencia una realidad tan espléndida y sobria, y se dedicaban a entrenarse, y bien en serio, para la frivolidad de los ejercicios de Stravinski, el *bridge* subastado y los crucigramas. Solo un día después del advenimiento de esa inyección fatal de fortuna, Lucía había pasado por casa del coronel y la señora Boucher a la hora del té y, al encontrárselos resolviendo muy a gusto el crucigrama infantil del periódico de la tarde, tras haberse dado por vencidos con el de los adultos, que era demasiado difícil, había fingido que hasta ese pasatiempo sobrepasaba con mucho su seso, y se había ido a casa justo después de arrearse el té para terminar un canto del «Purgatorio» de Dante... Y de nada servía que Lucía dijera que pretendían pasar solo una o dos semanas en Brompton Square antes de vender la casa: la agilidad y la perspicacia de Daisy con la plancha de grabado en Ye Signe of Ye Daffodille habían cortado de raíz aquella pantomima. Por lo demás, era evidente que Lucía se veía también presa de un sentimiento de culpabilidad: pretendía, y la señora Boucher estaba firmemente convencida de ello, escabullirse dejando la impresión de que volvería.

Reflexiones vigorosas de este talante salían en cascada de la señora Boucher

mientras su marido la empujaba de regreso a casa para el almuerzo.

—Y por lo que a las perlas respecta, Jacob —dijo mientras se bajaba, acalorada por la indignación—, si quieres que te diga lo que pienso, si de verdad quieres saberlo: no me lo creo. No te digo que no haya una docena de aljófares en un pastillero viejo, pero esas son todas las perlas que hay. Perlas... ¡Ja!

Capítulo 3

UNA mañana de aquella semana febril, Georgie acababa de bajar a desayunar y no había hojeado aún su Times cuando sonó el teléfono. A Lucía no se le había visto el pelo en todo el día anterior, y su amigo tuvo entonces la clara premonición, aunque no le dio tiempo a escribirla, de que la que llamaba era ella. Así fue: al coger el aparato escuchó una voz muy enérgica y retozona.

—¿Es mi Georgino? Georgie, ¿eres tú?

Y en ese instante tuvo una segunda premonición, más fuerte aún que la primera.

—Sí, soy yo.

—¿Va a venir el pequeño George a decirles chao-chao a Lucía y a Pepino, pobre chitos?

«Lo sabía», pensó.

—¿Por qué? ¿Es que os vais?

—Sí, ya te lo conté la otra noche —dijo Lucía con mucho apremio—, cuando estabais Pepino y tú con los crucigramas. Estoy segura. A lo mejor no me escuchaste pero...

—No, a mí no me dijiste nada —negó rotundo Georgie.

—Ay, el nene está de morritos. Anda, pásate por aquí, Georgie, y charlamos juntitos. Vamos a hacer la excentricidad de ir en coche, y a lo mejor hasta nos quedamos con él un par de días.

—¿Y cuándo pensáis volver?

—No está del todo decidido —respondió radiante Lucía—. Mi Pepino bonito tiene que hacer muchas cositas. No sabría calcular el tiempo que pueden llevarle. ¿A las once entonces?

Acababa de colgar el auricular cuando llegó una sucesión de golpes y timbrazos desde la puerta de la calle, y Foljambe, que venía de la cocina con un plato de beicon en la mano, se volvió para abrir. Era solo De Vere con un ejemplar del Times.

—Saludos de parte de la señora Quantock —anunció De Vere—. ¿Querría el señor Pillson hacer el favor de leer el suelto que le ha señalado y luego devolvérselo? Mi señora lo recibirá a la hora que guste.

—¿Eso es todo? —preguntó muy contrariada Foljambe—. ¿Para eso hace falta echar la puerta abajo?

De Vere no ofreció respuesta alguna y se limitó a girarse lentamente sobre sus zapatos de tacón y a quedarse contemplando el paisaje.

Ante aquella invocación martilleante, Georgie también había salido al vestíbulo, y Foljambe le tendió el periódico. Una gran marca a lápiz azul y varios signos de exclamación rodeaban uno de los sueltos: «El señor Philip Lucas y señora llegan hoy

desde The Hurst, en la localidad de Riseholme, al 25 de Brompton Square».

—¡No! —exclamó Georgie—. Dile a tu señora que iré en cuanto desayune.

A continuación, regresó a toda prisa a la mesa y abrió su ejemplar del Times para comprobar que ponía lo mismo. Así era. No se trataba de una errata ni podía dársele ninguna otra interpretación. Aunque ya conocía los hechos, verlos impresos pareció darles carta de naturaleza. Lo impreso también revelaba el hecho de que Lucía debía de haberlo tenido todo decidido al menos desde el momento en que envió el correo de la mañana anterior, de lo contrario aquel suelto no habría podido aparecer ese día. Engulló el desayuno, chamuscándose la lengua con el té...

—Menuda engañifa —le dijo Daisy sin siquiera saludarlo en cuanto apareció en su puerta—, aunque eso ya nos lo imaginábamos. Pero también se huele el canguelo que tiene. No se atrevía a decírnoslo.

—Van a ir en coche y saldrán poco después de las once. Me acaba de pedir que vaya a verla para despedirme.

—Entonces más engañifa todavía, porque, naturalmente, cualquiera que lea el suelto creerá que van a coger el tren de la tarde, se plantará en su casa para despedirlos después de almorzar y se encontrará con que ya no están. Si yo fuera tú, ni se me ocurriría ir a decirles adiós después de esto. Está poniendo tierra de por medio entre Riseholme y Londres... Ahora que, si mi opinión cuenta en algo, por mí aquí no se iba a volver a celebrar ninguna fiesta el Primero de Mayo.

—¡Y por mí tampoco! Pero no sirve de nada enfadarse con ella. Además, es tan interesante... No me extrañaría que estuviera escribiendo invitaciones en las tarjetas esas que viste...

—No, las tarjetas no las vi —dijo muy escrupulosa Daisy—, solo la plancha.

—Lo mismo es. Seguro que está escribiéndolas ahora para mandarlas desde Londres.

—Pues preséntate un poco antes de las once, a ver si es verdad. Aunque no esté escribiéndolas en ese momento, seguro que hay sobres por ahí.

—Ven conmigo.

—¡De ninguna manera! Si Lucía ha decidido no contarme que se va, lo único digno que me cabe hacer es comportarme como si no supiera nada. Le deseo que tenga un viaje muy agradable, eso sí. Pero es todo lo que puedo decirte; a partir de ahí, no pienso interesarme en absoluto por sus movimientos. Además, estoy muy ocupada: tengo que terminar de desmalezar el jardín, porque llevo unos días que ni lo he tocado, y hoy por la mañana me llega la *planchette*. ¡Y la tabla de güija!

—¿Eso qué es?

—Una especie de *planchette* pero mucho más..., mucho más poderosa. Aunque tarda más porque, en lugar de escribir, va señalando letras. Quiero ponerme con la *planchette* y tomármelo en serio porque sé que poseo muchos poderes sensoriales. Vamos a tener tiempo de sobra, ahora que no hará falta pasearse el día entero con gorguera y perillo para las dichas fiestas. A lo mejor, para variar, se celebran en

Brompton Square. No me extrañaría: ya nada me sorprendería de Lucía. Y si quieres que te diga mi parecer, creo que nos las apañaremos muy bien sin ella.

Georgie sintió que tenía que dar la cara por su amiga: estaban cayéndole palos por todas partes.

—Bueno, tampoco es ningún crimen pasar varias semanas en Londres —esgrimió.

—¿Quién ha dicho que lo sea? Yo estoy muy a favor de que cada uno haga lo que le venga en gana. Me limito a encogerme de hombros. —Alzó sus redondeadas espaldas con cierto esfuerzo—. Pero, Georgie, dime: ¿cómo crees que se abrirá camino Lucía? Tiene a esa prima suya con la que se queda a veces, Aggie Sandeman, y luego, por supuesto, está Olga Bracely. ¿Se limitará a ir cosechando conocidos, y a cosechar otros nuevos de estos, a su vez, como en uno de esos bailes benéficos de invierno? ¿La presentarán en sociedad? Aunque no es que me interese lo más mínimo...

Georgie miró la hora y se levantó.

—Pues a mí sí. Me parece muy emocionante y espero que consiga sus propósitos. Después de todo, el año pasado ninguno queríamos celebrar el Primero de Mayo y ella acabó convenciéndonos a todos. Es muy persuasiva.

—Yo a eso lo llamo más bien ser atosigante. Vuelve luego y me cuentas con detalle qué ha pasado.

—¿Algún mensaje?

—Desde luego que no —contestó Daisy, que empezó a desatar el cordel del paquete que contenía los utensilios de adivinación.

Georgie atravesó rápidamente la calle al ver el auto de Lucía aparcado ya frente a la puerta y recorrió el camino pavimentado que pasaba por delante del reloj de sol, que estaba bordeado por lo que se conocía como el arriate circular de Perdita, pues solo contenía las flores que esta recogía en Cuento de invierno. Ese día estaba especialmente radiante, con narcisos, violetas y primulas en flor, y resultaba extraño pensar que Lucía ya no volvería a chismorrear al lado del arriate de Perdita, como solía hacer siempre en esa época del año. Tendría que conformarse con las flores que hubiese en Brompton Square: quizá unos cuantos azafranes llenos de hollín y un puñado de hierba doncella... Lucía estaba esperándolo en la ventana, le lanzó un beso y fue a abrirle la puerta.

—¡Hala, a charlar un ratito! —le dijo colocándose un sombrero muy elegante que Georgie habría jurado no haberle visto antes. Todo signo de luto se esfumaba con aquel sombrero, que derrochaba alegría, como la propia Lucía—. Siéntate, Georgie, y anímame un poco. La pobre Lucía se pone siempre tan triste cuando tiene que irse...

—Es muy repentino todo. Nadie se imaginaba que te irías hoy... Al menos hasta que han leído el Times de esta mañana.

Lucía soltó un suspiro.

—Ya lo sé, pero Pepino ha creído que era lo mejor. Me dijo que si Riseholme se

enteraba de que me iba, todos ibais a querer dar cenas y almuerzos en nuestro honor, y vuestra amabilidad y vuestra hospitalidad me habrían dejado rendida. Y había tanto que hacer... Además de que no estábamos para muchos trotes... ¿Has visto a alguien hoy? ¿Alguna novedad?

—He estado con Daisy.

—¿Y se lo has dicho?

—No, ha sido ella la primera que ha visto el Times y me lo ha mandado a casa. Se ha comprado una tabla de güija, por cierto. Le ha llegado esta mañana.

—Eso está bien. Así pensaré en Riseholme, tan entretenido como siempre... Y tiene que venir todo el mundo a visitarnos, y quedarse en casa... Tú el primero. ¿Cuándo podrás venir?

—En cuanto me invites.

—Entonces déjame un par de días para instalarme y te escribo. Te pasarás el día cruzando la calle para ver a Olga.

—Está en París.

—¡No! ¡Qué contrariedad! Acabo de escribirle una tarjeta para invitarla a cenar con nosotros pasado mañana. Pensaba llevármela a Londres para mandársela desde allí.

—A lo mejor ya ha vuelto para entonces.

Lucía se levantó y fue a su escritorio, sobre el que Georgie vio con emoción una pila de sobres timbrados y con direcciones escritas.

—Entonces creo que no me arriesgaré. Le había adjuntado otra tarjeta para el *signor* Córtese, al que quería que me presentara, invitándolo para esa misma noche. Es el compositor de Lucrecia, ¿lo sabías?, la ópera que va a estrenarse en Londres la primera semana de la temporada, con ella, por supuesto, en el papel homónimo. Pero me parece que será más seguro invitarlo cuando sepa que Olga está de vuelta.

Georgie se moría por conocer los destinatarios del resto de invitaciones. Vio que la primera estaba dirigida a un parlamentario, y supuso que sería el diputado de la circunscripción de Riseholme, el mismo que había estado almorzando en The Hurst en las últimas elecciones.

—¿Y qué vas a hacer esta noche? —le preguntó.

—Voy a cenar con mi querida Aggie Sandeman. Lo he dejado todo en sus manos, porque mis criados todavía no se habrán instalado y esperaba pasar una velada tranquila en su casa. Pero al parecer ha organizado una gran cena. No es lo que yo hubiera preferido, pero ya da igual. Ay, Georgie, y pensar que tú estarás aquí, en el tranquilo Riseholme, mientras el pobre Pepino y yo jugamos y damos cuenta de una copiosa cena... —Miró con melancolía la estancia—. ¡Adiós, querida sala de música! —dijo lanzando besos en todas direcciones—. ¡Qué alegría me va a dar cuando vuelva! Ay, Georgie, he metido sin querer en la maleta tu manual de *bridge* subastado. Lo siento mucho. Te lo mandaré. Ven cuando quieras y toca el piano, así no estará todo tan solitario. Tenemos que irnos o Pepino va a impacientarse.

Despídeme de todos, y explícales.

¡Y el arriate de Perdita...! ¿Me perdonará la dulce Perdita por dejar todas sus bonitas flores y escaparme a Londres? ¿Acaso no fue allí, al fin y al cabo, donde escribió Shakespeare su Cuento de invierno? ¡Hermosos narcisos! ¡Y violetas oscuras! Déjame que te dé unas violetitas, Georgie, para que te acuerdes de tu pobre Lucía vagando por esas largas calles feas, como decía Tennyson.

Georgie tuvo la impresión de que Lucía no quería que se hablase o se le preguntase nada más sobre su partida, y de hecho siguió soltando delirios por el estilo hasta que estuvo a salvo en el coche. Había esperado encontrarse a Pepino esperándola e impaciente ya, pero, lejos de impacientarse, ni siquiera había aparecido. Fue ella la que empezó a impacientarse.

—Georgino, ¿quieres por favor volver y darle una voz a Pepino? Vamos a llegar tardísimo. Dile que estoy ya en el coche, esperando. ¡Ah, míralo! Pepino, ¿dónde te habías metido? Anda, entra y vámonos, que estoy viendo a Piggy y a Goosie en la plaza, y como tengamos que repartir besos a todo el mundo no vamos a arrancar nunca. Transmíteles nuestro cariño, Georgie, y diles lo mucho que sentimos no habernos despedido. Cierra la puerta, corre, Pepino, y dile al chófer que arranque.

El coche ronroneó y empezó a moverse. Lucía se había ido.

«Tiene mala conciencia —pensó Georgie cuando Piggy y Goosie aparecieron retozando, entre jadeos y gritos juguetones—, y no me extraña nada».

La noticia de su partida se extendió como la pólvora, y para la hora de comer todo Riseholme había decidido qué hacer: sellar para siempre sus labios sobre el tema de Lucía. Podían pensar lo que quisieran, pues estaban en un país libre, pero la mejor opción era el silencio. Sin embargo, resultó difícil poner en práctica este ideal, tan encomiable como inalcanzable, cuando al día siguiente llegó el periódico de la tarde. El mundo entero podría leer dos sueltos bastante largos en la sección de «Merienda de cotilleos», que firmaba la célebre Hermione, dedicados de principio a fin a Lucía y al 25 de Brompton Square, y el mundo entero podría contemplar la reproducción de uno de sus retratos más elegantes, donde miraba con ojos soñadores un poco hacia arriba y a un lado, con los dedos aún hundidos sobre el último acorde, posiblemente, de la sonata Claro de luna... Lucía había llegado, contaba Hermione a sus innumerables lectores, desde su residencia rural en el isabelino Riseholme —donde era vecina de la señorita Olga Bracely— para pasar la temporada en una bonita casita de Brompton Square que su marido tenía en plena propiedad tras haberla recibido recientemente en herencia tras la muerte de su tía. Era una auténtica cueva del tesoro, llena de muebles exquisitos, con una encantadora sala de música donde Lucía le había servido a Hermione una taza de té en su maravilloso juego de porcelana de Worcester... —En ese punto, Daisy, a la que le temblaban las manos de la emoción, exclamó con voz sonora y herida: «¡El mismo día que llegó!»—. La señora Lucas —de los Smythe de Warwickshire— era, como todo el mundo sabía, una talentosa intérprete musical, además de una experta en Shakespeare, y había convertido

Riseholme en un centro de arte y cultura. Sin embargo, nadie habría sospechado la naturaleza intelectual de tan radiante, hermosa e ingeniosa anfitriona, cuya presencia sin duda añadiría jovialidad a la temporada londinense.

Daisy empezó a sentir un malestar físico. Leyó por encima las líneas que quedaban y luego, tras escupir un «¡Ingeniosa!

¡Hermosa!», mandó a De Vere a casa de Georgie con el periódico, aunque le pidió que se lo devolviera porque todavía no lo había terminado. Pero creía que su amigo debía saberlo todo...

Este lo leyó de cabo a rabo y, con una contención admirable, envió a Foljambe a devolverlo con una simple nota de agradecimiento por el préstamo. Daisy, que para entonces se encontraba ya mejor, procedió a aprenderse el artículo de memoria.

La vida de los riseholmenses bajo aquellas nuevas condiciones no resultaba nada fácil, pues un solo vistazo al periódico era capaz de sumir a cualquier vecino de a pie en un paroxismo de rabia facunda o bien en una profunda melancolía indignada. El Times volvió a hacerse eco de que el señor Philip Lucas y señora habían llegado al 25 de Brompton Square y publicó un nuevo suelto titulado «Cena» en el que se afirmaba que la señora Sandeman había invitado a cenar a las siguientes personalidades: un embajador, un marqués, una condesa —viuda—, dos vizcondes y sus esposas, un *baronet*, un puñado de excelentísimos y caballeros, así como los señores Lucas. Todos excepto estos últimos ostentaban un título. Aquella lista fue demasiado para la señora Boucher, quien, mientras la leía en el desayuno, exclamó de pronto:

—¡Esto no me lo esperaba de ellos! Y es poco consuelo que los hayan nombrado los últimos.

Luego volvió a sellar sus labios sobre el doloroso asunto y, cuando hubo terminado el desayuno —había perdido súbitamente el apetito—, se puso a buscar a cada participante de esa velada degradante en el Quién es quién del coronel Boucher.

El anuncio de que el señor Philip Lucas y señora habían llegado al 25 de Brompton Square se repitió una vez más, por si acaso alguien lo había pasado por alto —desde luego en Riseholme no—, y Robert Quantock comentó que a ese ritmo las tres mil anuales iban a durar bien poco y que solo quedaría un puñado de recortes de periódico. Fue un comentario muy inteligente y mordaz, pero era muy fácil mostrarse mordaz con el tema. No se puede negar que cundió una vaga esperanza tácita de que la llegada de Lucía a Londres no hubiera producido, por combustión espontánea, el efecto deseado; de lo contrario, ¿por qué había que repetirlo tanto? Pero eso no supuso ningún consuelo real y, al cabo de unos días, recayó sobre ellos un golpe aún más perturbador. Se celebraba una recepción en la corte y la señora Agnes Sandeman iba a presentar en sociedad a la señora de Philip Lucas. ¡Peor todavía, se describían al detalle su vestido y sus joyas: diamantes y perlas!

Era ya imposible guardar el voto de silencio: la naturaleza humana es la naturaleza humana, y, de no hablar, Riseholme habría explotado. Georgie, que estaba en la salita trasera que daba al jardín enfrascado en una meditación exasperada, se

levantó al oír gritar su nombre desde el jardín vecino y, al alzar la mirada, vio la imagen sin precedentes de la silla de ruedas de la señora Boucher plantada en el césped de Daisy.

«Ha debido de llegar por el camino de gravilla, por la puerta de atrás. Creía que era demasiado estrecho...», se dijo. Acto seguido, tras comprobar que tenía bien puesta la corbata, se asomó a la valla para contestar.

—Georgie, ven aquí un minuto. ¿Lo has visto?

—Sí. Ahora voy.

Cuando llegó, la señora Boucher estaba hablando ya con su sonora voz enfática.

—Y de las perlas no puedo decir nada hasta que no las vea. Pero respecto a los diamantes... ¡Los únicos que ha tenido en su vida han sido dos o tres piedrecitas incrustadas en la correa del reloj! Eso estoy en posición de jurarlo.

Las dos damas no le hicieron el menor caso. Daisy repasó una vez más la descripción del vestido de Lucía.

—Creo que es el último vestido de noche que le vimos, pero con una cola añadida. Era de una especie de brocado...

—Sí, igual que la felpa es una especie de terciopelo —le reconvino la señora Boucher—. Me dan ganas de escribir al Times para señalarles su error. ¡Brocado! ¡Bobadas! Lo suyo es atosigar y atropellar, no los diamantes ni las perlas. Pero yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. No me extrañaría en absoluto que un día leyéramos que los reyes han asistido a una discreta comida en Brompton Square.

—Eso está muy bien, pero ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿A hacer? Hay mucho que hacer en Riseholme, ¿no te parece? A mí nunca me ha faltado trabajo, eso te lo aseguro, y me apenaría pensar que tengo menos aficiones de las que tenía el miércoles de la semana pasada. ¿Qué fue, el miércoles o el jueves cuando esos se escabulleron de esa manera? El día que fuera, me da igual, y si esta noche ni tú ni el señor Georgie tenéis ningún compromiso, al coronel y a mí nos encantaría que vinierais a cenar con nosotros. ¡Y el señor Quantock, por supuesto! Pero olvidémonos de los diamantes y de las perlas. Esta noche me pondré la tiara de esmeraldas y el collar de rubíes. Los zafiros los he mandado a limpiar.

Sin embargo, a pesar de que Riseholme estaba encendido, y con razón, por la mundanidad de Lucía, por todo ese atosigamiento, ese atropello y ese autobombo, rara vez había vivido algo con mayor interés. Por lo demás, cuando las primeras punzadas de vergüenza perdieron su fiereza, una clase muy distinta de emoción empezó a apaciguar los corazones heridos: veían a Lucía bajo una nueva luz. Había salido directamente de la vida cultivada y aislada de Riseholme para entrar en aquel gran mundo efervescente, y ya había logrado hacerse notar. Aunque ella misma le hubiese dictado a Hermione lo que tenía que anunciar en esos modernos sueltos suyos —y los que mejor conocían a Lucía eran sin duda los más capacitados para llegar a tales conclusiones—, no se le podía negar el mérito de haber conseguido que la cronista de sociedad hiciera saber a la opinión pública lo ingeniosa y hermosa que

era, y la casa tan maravillosa que tenía. Además, en su primerísima noche había sido invitada a una fiesta obviamente soberbia, y después había sido presentada en la corte. Todo esto, si se analizaba con ecuanimidad, arrojaba cierto esplendor sobre Riseholme, y, si en cierto modo era imposible no avergonzarse de su conducta, por otro lado era aún más imposible no enorgullecerse de ella. Lucía había ido y, casi sin haber visto, había vencido. Podía considerarse una especie de embajadora y, desde esa perspectiva, sus conquistas eran también las de Riseholme. Pero el orgullo no eliminaba el bochorno, ni viceversa, y las escalofriantes expectativas sobre qué nueva enormidad revelarían los diarios se entremezclaban con conjeturas secretas y alborozadas sobre cuál sería el siguiente triunfo de Riseholme.

Hasta el día después de su presentación en sociedad no llegaron al pueblo las novedades desde el mismísimo cuartel general de la embajadora. Georgie esperaba a diario recibir algún mensaje de Lucía y, adelantándose a que lo convocara a Londres y lo invitase a dormir en la habitación con baño y salita propios, había repasado detenidamente su guardarropa.

Había quedado satisfecho porque podría presentar un aspecto respetable. Según Foljambe, en el portamanteo pequeño le cabría todo lo que quería llevar, incluido el traje de los pantalones Oxford y los botines con la caña de tela. Por tanto, cuando llegó la ansiada carta, estaba listo para partir esa misma tarde, y, tras abrirla con una urgencia desatada, la apoyó contra la tetera para leerla.

Georgino mio:

¡Qué revuelo ha sido todo desde nuestra partida! No he tenido ni un momento de paz. Pero esta noche, ¡qué alivio!, Pepino y yo hemos cenado por fin solos, alla Riseholme, y por primera vez he tenido media hora de ensayo tranquilo en mi sala de música y, ahora, he podido sentarme para escribirte. (Me repudiarías si me oyeras tocar, tan almidonada y oxidada estoy).

Bueno, empiezo con mis pequeñas crónicas. La primera noche que pasamos aquí fuimos a una gran cena en casa de mi queridísima Aggie. Alguna gente interesante: disfruté de una agradable charla con el embajador italiano, y fui a verlos al día siguiente, pero en realidad no mantuve ninguna conversación larga con nadie, porque Aggie no hacía más que presentarme a gente nueva y tu pobre Lucía se confundía con tanto gentío. Más tarde, Pepino y yo nos entretuvimos averiguando quién era quién. Todo el mundo parecía saber de nuestra llegada a la capital, y te aseguro que el teléfono, ¡qué fastidio!, no ha parado de ser una molestia absoluta, aunque agradable: que si iremos a almorzar un día o a cenar al siguiente, que si hay una visita privada en tal sitio y una soirée musical por la tarde en tal otro... ¡Te aseguro que jamás me han mimado tanto ni me han dado tanta coba!

También hemos dado ya una pequeña recepción, con tan solo un par de

viejos amigos, como nuestro diputado, el señor Garroby-Ashton. —«Su viejo amigo de un día», pensó Georgie en un paréntesis—. Nos invitó a tomar el té con él en la Cámara de los Comunes. Yo sabía que a Pepino le interesaría, porque está cada día más politizado, de modo que allá que fuimos. Té en la terraza y una agradable charla con el primer ministro, que se sentó a nuestra mesa un buen rato. Cómo me habría gustado que estuvieses allí y hubieses hecho un dibujo del Támesis... ¡Estábamos contemplando el tipo de paisaje que te gusta pintar, y que tan bien se te da! Un río maravilloso, y no paraba de repetirme para mis adentros: «Ay, dulce Támesis, que tus aguas corran apacibles hasta que termine mi canción». Y después tuvimos que darnos prisa para llegar a cenar a casa de no sé quién e ir a una obra de teatro. La queridísima Aggie —que tiene un corazón de oro— también se había empeñado en presentarme en sociedad, y no podía decepcionarla. ¿Leíste en los periódicos la descripción de mi vestido? ¡Me disgustó muchísimo que lo sacaran en los papeles! ¡Qué vulgaridad! Ya sabes lo mucho que odio yo la publicidad, pero me insisten en que tengo que resignarme y no darles importancia a esas cosas.

Vamos adecentando la casa poco a poco, aunque quedan muchos pequeños cambios y reformas que hacer antes de que me atreva a enseñársela a alguien tan crítico como tú, Georgino. ¡Pegarías un grito si vieses la alfombra del comedor! Estoy segura de que te provocaría una indigestión. Pero cuando la casa esté presentable, te insistiré para que vengas, tengas los compromisos que tengas, y para que te quedes una buena temporada. Ya fijaremos una fecha cuando vaya, uno de estos fines de semana.

Tu querida Olga ya está de vuelta, pero aún no la he visto. Invité al *signor* Córtese a cenar para que coincidieran una noche, y lo mismo hice con ella. Pensé que sería una fiestecita agradable, pero resultó que ambos tenían compromisos. Espero que no se hayan peleado. Su casa, justo enfrente de la mía, parece muy pequeña, pero yo diría que es suficiente para ella y su marido. La semana que viene canta en el estreno de la temporada de ópera, en Lucrecia. A ver si me las apaño para ir, aunque solo sea a un par de actos. Pepino —una extravagancia por su parte— ha reservado un palco para dos noches a la semana. Me lo ha regalado por mi cumpleaños, ¡así que no podía hacerle un feo, al pobre! Y al fin y al cabo, cuando nosotros no queramos ir, podemos tener un detalle prestándoselo a nuestros amigos.

¡Todo mi amor para mi querido Riseholme! A veces me siento como en el exilio y añoro su dulce paz y tranquilidad. Pero es innegable que a Pepino Londres le sienta de maravilla, y yo tengo que ponerle buena cara a este bullicio incesante. Tenía la esperanza de poder escaparme el próximo domingo, pero la señora de Garroby-Ashton —al parecer lo van a hacer par cuando promulguen los honores por el cumpleaños real— ha insistido en que

lo pasemos con ellos... Buenas noches, querido Georgino. La nena quiere momir.

Lucía

Georgie se bebió la carta de un trago para luego volver al principio y tomársela de nuevo a sorbitos. En la primera pasada, le había dado la impresión de que no era nada propia de su amiga, pero, degustada sorbo a sorbo, cada frase le pareció maravillosamente típica de ella: no estaba adaptándose a las nuevas circunstancias, estaba adaptándolas a ella con su inventiva y su éxito habituales, y, por supuesto, con su energía indomeñable. Ciertamente que en algunos puntos había que leer entre líneas y dividir entre tres para ajustar las exageraciones, y cuando Lucía hablaba de no decepcionar a la queridísima Aggie, que se había empeñado en presentarla en la corte, o de que la señora de Garroby-Ashton había insistido en que pasasen con ellos el fin de semana que pretendía ir a Riseholme, Georgie solo tuvo que recordar cómo la habían «obligado» a ser la reina de las fiestas del Primero de Mayo. Tan solo su fuerza de voluntad había conseguido que todos se convirtieran en un Robin Hood, una lady Marian o lo que fuera, y luego, cuando los hubo enredado uno por uno, se quejó de que le habían hecho trabajar como una mula para las fiestas del pueblo. La habían obligado a organizárselas, se habían empeñado en que fuera la reina, había inaugurado todos los bailes y cantado más alto que nadie, y había sido coronada y reverenciada. Los había moldeado a su antojo como si fueran cera y ahora, en esas nuevas circunstancias, a Georgie no le cabía ninguna duda de que la queridísima Aggie se había visto obligada a presentarla y, con total seguridad, la señora de Garroby-Ashton había sido arrinconada en la terraza de la Cámara de los Comunes, mientras las aguas del dulce Támesis corrían apacibles, y no había tenido más remedio que invitarla ese domingo a su casa. Como siempre, su fuerza de voluntad, esa perseverancia indómita que la caracterizaba, estaba dándole justo lo que quería: gracias a ese ímpetu había sido coronada reina de Riseholme y gracias a él estaba escalando con paso firme por la alta sociedad londinense, y ya andaba contando que todo el mundo le insistía para cenar o almorzar, aunque fuera su poderío moral lo que los empujaba irremediabilmente a sus garras. Riseholme ya no le servía de nada: estaba ocupado con otros menesteres. No quería que Georgie le molestase, de ahí que hubiese comentado lo de la alfombra del comedor.

—Muy bien —dijo éste con acritud—. Si no quiere saber nada de mí, yo tampoco de ella. ¡Que así sea!

Apartó de su vista la carta y empezó a considerar qué hacer con su persona el resto del día. El tiempo era lo suficientemente cálido para salir a pintar; de hecho, había empezado un dibujo de la fachada de su casa desde la plaza de delante. Tenía también el piano, si se decidía por una mañana musical. El periódico, con las novedades por cosechar. A Daisy Quantock en la puerta de al lado, siempre dispuesta

a una sesión de *planchette*, que había empezado a escribir palabras enteras, en lugar de trazos y garabatos sin sentido. Con todo y con eso, sin embargo, ninguna de todas esas actividades que, aderezada con unas largas conversaciones o con alguna pequeña tarea del hogar o incluso una manicura, llevaban tanto tiempo haciendo de su vida un espectáculo entretenido y extenuante parecía ofrecerle el estímulo adecuado. Y sabía muy bien qué era lo que las despojaba de sentido: Lucía no estaba y, por mucho que se dijera que no la quería, al igual que el resto de Riseholme, notaba que empezaba a echarla tremendamente de menos. Lucía los agraviaba y los exasperaba: era una hipócrita —toda esa comedia de no haber leído el dueto de Mozart y la desolación por la muerte de la tía—, una farsante, una impostora y una esnob, pero tenía algo que encendía en los demás una actividad intensa si bien subversiva y, por mucho que los enfureciera, les impedía caer en la insulsez. Georgie disfrutaba pintando, pero sabía que la idea de enseñarle su dibujo a Lucía dotaba de más gracia a su entretenimiento, y que su amiga, a pesar de saber tanto de pintura como un rinoceronte, lo observaría a cierta distancia, con la cabeza ladeada y los ojos entornados, y diría: «Sí, Georgie, muy bonito, de verdad. Pero ¿has captado bien la proporción de la media distancia? Y tal vez algo más de profundidad a lo lejos, ¿no te parece?».

O, cuando tocaba el piano, sabía que lo que inspiraba su destreza era la perspectiva de interpretar para Lucía, y, cuando ensayaba a escondidas un dueto para tocarlo con ella, la de ganarle por la mano y sorprenderla —aunque su amiga pudiera sospechar la causa de su desenvoltura—. Y, en cuanto a la conversación, era inútil negar que en Riseholme esta languidecía si el tema de Lucía, sus hazañas y sus flaquezas, se convertían en tabú.

«Tenemos que reponernos y empezar de cero —pensó Georgie—. Debemos seguir con nuestras vidas y aprender a vivir sin ella, del mismo modo que ella está ingeniándose las tan divinamente sin nosotros. Voy a ir a ver cómo va esa *planchette*».

Daisy andaba ya enfrascada en la tarea, y el lápiz empezaba a echar humo. Hacía un par de días había escrito no una sino varias veces una extraña especie de jeroglífico que podía fácilmente interpretarse como la palabra mística «Abfu». En consecuencia, Daisy había establecido —¿qué podía ser más evidente?— que el nombre del espíritu que guiaba esos extraños virajes era Abfu, que sonaba muy egipcio y muy antiguo. Por consiguiente, razonó con tino, los garabatos que no parecían encajar con ninguna combinación conocida de letras inglesas bien podían ser árabe. Por qué Abfu escribiría su nombre con caracteres ingleses pero se comunicaba con ella en árabe no era del interés de Daisy, pues a saber cómo eran las condiciones al otro lado... Para cuando Georgie apareció, ya había rellenado una hoja, y aunque solo presentaba alfabeto árabe, la *planchette* se movía de una forma tan ágil y vehemente que Daisy hasta se olvidó de preguntarle si había alguna novedad.

—Abfu está estableciendo un contacto más directo conmigo en cada nueva sesión. Estoy segura de que dentro de poco conseguiremos algo de suma importancia.

Pon la mano sobre la *planchette* tú también, Georgie. Siempre he creído que tienes poderes espiritistas. Primero concéntrate: es decir, aparta todo lo demás de tu mente. Y ahora tenemos que estar un par de minutos con los ojos cerrados. Respira profundo. Relájate. Según el libro a veces sobreviene una leve hipnosis, lo que significa que te entra mucho sueño.

Se hizo el silencio por unos instantes: Georgie quería contarle a Daisy lo de la carta de Lucía, pero eso sin duda interrumpiría a Abfu, de modo que acercó una silla y, tras poner la mano sobre la de Daisy, cerró los ojos y respiró hondo. Y entonces, de pronto, ocurrió algo de lo más extraordinario.

La *planchette* tembló: vibró como una tetera hirviendo y empezó a patinar sobre el papel. No tenía ni idea de qué significaban esos movimientos tan disparatados: solo sabía que estaba escribiendo algo, tal vez árabe, aunque sin duda lo hacía con firmeza y decisión. Le daba la impresión de que, más que asistir el movimiento, lo vigilaba, por si acaso. Abrió los ojos porque era imposible no querer ser testigo de esa extraordinaria manifestación de fuerza paranormal, aparte de que también deseara asegurarse —por mucho que no tuviese una sospecha fundada al respecto— de que su colaboradora no estaba empujándola, por hablar a las claras. Esta misma secuencia de pensamientos recorría en ese momento la cabeza de Daisy, que abrió también los ojos.

—¡Georgie, están tirándome de la mano, de verdad! —dijo emocionada—. Si acaso, intento oponer resistencia.

—A mí también, y eso mismo hago. Es demasiado maravilloso. ¿Crees que sigue siendo árabe?

El lápiz hizo un gran rayón para detenerse al punto.

—No es árabe —dictaminó Daisy examinando el mensaje—, o al menos hay también trazos de inglés.

—¡No! —exclamó Georgie, que se puso emocionado las gafas, sin importarle ya que Daisy se enterase de que las usaba—. Sí, se ve que es inglés, pero ¡qué caligrafía más enrevesada! Mira, aquí pone «Abfu», ¿no? Y eso de ahí es también «Abfu».

Estudiaron detenidamente el mensaje cifrado.

—¡Esto parece una L! —chilló Daisy—, y aquí se repite. Y después pone «c de L». Y luego aparece «muerte» dos veces. No puede significar que Abfu está muerto, porque esto es la prueba definitiva de que está bien vivo. Y, luego, ¿ahí no pone «mosca»?

—¿Dónde? —preguntó ansioso Georgie—. ¿Y qué puede significar «mosca muerte»?

—¡Mira! —exclamó Daisy señalando—. No: no es «mosca muerte». Es «muerte» y luego un montón de árabe y luego «mosca».

—Yo no creo que sea «mosca», aunque tú conoces la letra de Abfu mucho mejor que yo, claro. Yo diría que más bien pone «museo».

—¡A lo mejor quiere que envíe al Museo Británico todo lo que ha escrito en árabe

—dijo Daisy en un arrebatado de genialidad—, para que lo lean y nos digan qué significa!

—Pero ahí luego vuelve a aparecer lo de «mosca» o «museo», y está claro que esa palabra de después... ¡Sí! ¡Es «Riseholme»! ¡La mosca o el museo de Riseholme!! Aunque no sé a qué puede referirse ni una cosa ni otra.

—Ten por seguro que algo significa, y esa L mayúscula... ¿Crees que puede referirse a Lucía? Pero lo de «muerte»...

—No: lo de «muerte» no tiene nada que ver con la L. Entre medias aparece «museo» y un montón de árabe.

—Creo que voy a apuntar la hora exacta: será más científico así. Las once y cuarto. No, ese reloj está tres minutos adelantado con respecto al de la iglesia.

—No, es el de la iglesia el que está atrasado. —De pronto Georgie pegó un brinco—. ¡Lo tengo! ¡Mira! C de L: carta de Lucía. Y es verdad. La he recibido esta mañana y la tengo guardada en el bolsillo.

—¡No! Está claro que es una señal que nos manda Abfu para demostrarnos que está aquí con nosotros de verdad, y que sabe lo que está pasando. ¡Una prueba indiscutible!

Aquel mensaje cifrado los tenía tan obnubilados que ni Daisy manifestó la menor curiosidad por lo que contaba Lucía ni Georgie el menor deseo de comunicárselo.

—Y luego está lo de «muerte»... —reflexionó Georgie mirando por la ventana—. Me pregunto qué significará.

—Desde luego espero que no sea por Lucía —dijo Daisy con una calma estoica—, pero no se me ocurre nadie más.

Los ojos de Georgie vagaron por la plaza del pueblo: la señora Boucher ya la había rodeado rápidamente varias veces en su silla de ruedas, propulsada por su marido, y pasó también el vicario caminando a toda velocidad, y la señora Antrobus, y Piggy y Goosie... Ninguno parecía muerto. Después volvió la mirada al primer plano del jardín delantero de Daisy.

—¿Qué le ha pasado a tu morera? —preguntó en un paréntesis—. Se le están cayendo todas las hojas. No deberías haberle podado las raíces a la buena de Dios.

Daisy pegó un brinco.

—Georgie, ¡eso es! Es la morera la que está muerta. ¿No es maravilloso?

Este mostró un asombro a la altura de la revelación.

—Es muy curioso, muy muy curioso. La carta de Lucía y una morera muerta. Creo que esconde algo. Pero intentemos descifrar el resto de las letras. Ahora que lo vuelvo a mirar tengo claro que pone «museo de Riseholme» y no «mosca». Lo único extraño es que en Riseholme no hay museos.

—Pero sí muchas moscas —apuntó Daisy, que había tenido problemas con esos insectos voladores—. A lo mejor Abfu quiere darme consejo sobre alguna especie de antiguo matamoscas egipcio... Si no tienes mucho que hacer esta mañana, Georgie, podríamos ponernos otra vez para ver si conseguimos algo más concreto. ¡Intentemos

lograr templanza, como aconsejan en las instrucciones!

—¿A qué te refieres con templanza?

Daisy le pasó las instrucciones. Al parecer, la templanza era una suerte de mezcla entre una concentración intensa y una vacuidad mental absoluta.

—Parece que no hay que concentrar la mente en nada —dijo Georgie tras leerlas.

—Justo eso. Apartas todos los pensamientos de la cabeza y luego concentras la mente. Tenemos que ser meros instrumentos, meras herramientas para Abfu.

Tras tomarse un momento para respirar hondo y relajarse, volvieron a la faena, y casi al instante la *planchette* empezó a desplazarse por el papel cada vez con más firmeza y estabilidad. En ocasiones se detenía unos cuantos minutos, una prueba más de la autenticidad de aquella fuerza espiritual, porque, pese a los esfuerzos por alcanzar la templanza, ambos tenían las mentes llenas de cosas que ansiaban preguntarle a Abfu, y si alguno de ellos hubiera estado dirigiendo conscientemente esos movimientos, no habría hecho ninguna pausa. Cuando por fin dibujó otra vez el gran rayón para indicar que la comunicación había terminado, los resultados fueron impresionantes.

Abfu había llenado dos folios con una caligrafía alargada y recta que en nada se parecía a la escritura normal de Daisy ni de Georgie, lo que suponía otra prueba de su autenticidad —en caso de que llegara a exigirse—. En comparación con lo anterior era bastante legible y, salvo por un largo pasaje en árabe al final, estaba escrito casi por completo en inglés.

—Mira, pone «Lucía» con todas sus letras, ¡cuatro veces! —exclamó Daisy entusiasmada—. Y «perico». ¿Qué es «perico»?

Georgie ahogó un grito.

—¡Pepino, qué va a ser! Esto sí que es raro. Y a ver cómo sigue... «Moco compañía», no «mucho compañía, mucha compañía grande, superior».

—¡Pobre Lucía! ¡Qué sarcasmo! Esto es lo que Abfu piensa del tema. Por cierto, todavía no me has dicho qué te ha contado. Bueno, da igual, esto es mucho más interesante... Y después viene un poco en árabe, o al menos yo diría que es árabe, porque no entiendo ni jota, y por último..., ¡ah! Creo que las siguientes palabras son: «De Olga». ¿Has sabido algo de Olga?

—No, pero Lucía me contaba algo de ella en la carta. A lo mejor es eso.

—Seguro. Y luego distingo «Riseholme», y no, no es «mosca», pone claramente «museo», y después..., eso no lo entiendo, pero parece inglés, y luego «ópera»... Y de nuevo «Olga» y «muerte», que se refiere a la morera. Y «Mejor es el trabajo que la ociosidad. No tengáis»... No sé qué...

—«Majos»... No, «malos».

—Eso. «No tengáis malos pensamientos y aplicad vuestra mente a mejorar el trabajo»... Georgie, ¿no te parece estupendo? Y luego sigue en árabe, ¡qué lástima! Seguro que es algo más sobre el museo. ¡Tengo que mandar sin falta todo lo que escribió en árabe al Museo Británico!

Georgie lo consideró.

—No sé, pero creo que no es eso lo que quiere Abfu. Dice «museo de Riseholme», no Museo Británico. ¡Ahí desde luego no pone «Británico»!

Georgie dejó a Daisy intentando detectar más palabras inglesas en medio de los pasajes en árabe y se comprometió a volver de nuevo tras la hora del té para seguir con las investigaciones. Al minuto de su partida sonó el teléfono de Daisy.

«Qué fastidio de interrupciones», se dijo para sí antes de correr al aparato.

—Sí, sí, ¿quién es?

La voz de Georgie tenía la serenidad del entusiasmo desorbitado.

—¡Soy yo! Acaba de llegar el segundo correo y hay carta de Olga. «De Olga», ¿recuerdas?

—¡No! Dime si dice algo sobre...

Pero Georgie, que quería leer sin más dilación la carta de Olga, ya había colgado, dejando de nuevo a Daisy muy conmocionada por aquella revelación ulterior. Resultaba evidente que Abfu conocía el futuro tan bien como el pasado, pues Georgie aún no sabía nada de la misiva de la señorita Bracely cuando aparecieron en el texto las palabras «de Olga». Y si le contaba algo sobre la «ópera» —cosa harto probable—, todo sería más increíble aún.

Daisy, francamente asombrada, constató que la mañana tocaba ya casi a su fin. Había pasado como un rayo —un rayo de una energía iluminadora de lo más potente—, así que salió a toda prisa al jardín con la pala y el rastrillo en ristre para dedicarle media hora antes de comer. Era ciertamente desconcertante darse cuenta de que, a pesar de que se pasaba el día en el jardín, y por lo general no se ponía con la *planchette* hasta que el ocaso le impedía ver los laberintos de hilos de algodón que había tendido sobre los arriates recién sembrados para espantar a las golondrinas — en una ocasión había destrozado con un par de pasos apresurados el grueso de esas fortificaciones defensivas—, parecía estar cada día más retrasada con su horticultura, pese a las ampollas de las manos y el dolor de espalda. Ese rufián de Simkinson, en cambio, a quien había despedido por holgazán tras encontrarlo fumando una pipa y haciendo un crucigrama en el cobertizo en horas de trabajo, conseguía mantener el jardín en muy buena forma ganduleando solo tres medias jornadas a la semana. No podía negarse que había dedicado un día entero a podar las raíces de la morera —y, de paso, había acabado con el árbol— y, aunque la muerte de esa planta vetusta le había dado a Abfu una buena oportunidad para demostrar su valía, los testimonios a su favor empezaban a acumularse de tal forma que Daisy casi deseaba que no hubiera pasado. Por lo demás, comenzaba a albergar en secreto serias dudas sobre si había arrancado o no, aparte de la maleza, un buen puñado de brotes que el indolente Simkinson había plantado recientemente, porque, si bien en los parterres no había ni rastro de mala hierba, tampoco lo había de la buena. Y o los letreritos de madera de Daisy se habían mezclado, o había plantado coles de Bruselas en el arriate circular que había justo al otro lado de la ventana del comedor, en lugar de *Phlox drummondii*.

Creía haberlo etiquetado todo bien, pero lo había hecho en plena oscuridad y, por la mañana, en el letrero ponía claramente «coles de Bruselas». En ese caso, tenía que haber un parterre de polemonios al fondo de la pequeña hilera de verduras. Como ya empezaban a despuntar brotes en ambos sitios, tarde o temprano, averiguaría qué había sembrado realmente.

Y luego estaba también el tema de la rocalla que le había mandado construir a Simkinson, y que había descuidado por culpa de los crucigramas. Aunque Daisy trabajaba seis u ocho horas diarias en el jardín, no había encontrado tiempo para tocar siquiera una piedra, y los fragmentos dispuestos como una morrena sobre el camino que daba al cobertizo seguían convirtiendo cualquier intento de emprender la tarea en una hazaña monumental. Era un batiburrillo de trozos de mampostería medieval, traídos del enclave de la vieja abadía: pináculos, florones y pedazos de ventanas con parteluz que habían aparecido durante las obras del nuevo ramal del ferrocarril. Casi todo el mundo había cogido algo, salvo la señora Boucher, que lo había calificado de auténtica basura. También había unos cuantos fósiles, amonitas, espato y curiosos pedernales con perforaciones y trozos de talco, pues un año a Lucía le había dado por abocar al pueblo al estudio de la geología, y todos habían comprado martillos y se habían puesto a picar delante de la vieja cantera para desprender esas reliquias petrificadas y, de paso, machacarse los dedos. Fue el mismo año en que habían arado el castro romano que había a las afueras del pueblo y todo Riseholme había acudido allí como una bandada de grajos. Georgie había llenado bandejas enteras de fragmentos de cristales iridiscentes, el coronel Boucher había cosechado trozos de *térria sigillata* y la señora Antrobus había encontrado una fíbula o un imperdible de bronce. Daisy había cogido varios fragmentos de ladrillos romanos y un trozo de una cañería de la misma época, que ahora se encontraban entre los materiales acumulados para su rocalla, y había comprado, casi por su peso en oro, unas doce monedas de bronce. Estas, por supuesto, no pensaba colocarlas en la rocalla, pero se había cuidado de guardarlas a buen recaudo en algún sitio que luego había olvidado por completo. Mientras contemplaba los materiales para la rocalla efectuando estas asociaciones arqueológicas, creyó recordar de repente haberlas guardado al fondo del cajón de la mesa de naipes.

La visión de aquellos fragmentos de historia la desagradaba: empantanaban el camino y no se los imaginaba conformando una rocalla que pudiera tener el mínimo derecho a decirse atractiva. ¿Cómo podía la yuxtaposición de un parteluz de piedra, una cañería y una amonita resultar agradable a la vista? Además, ¿quién iba a yuxtaponerlos? Si no lograba llevar al día el resto de necesidades del jardín, ¿cómo iba a hacer una rocalla, que, para colmo, no sabía dónde poner? El arriate de espárragos parecía el único lugar posible y, para ser sinceros, prefería los espárragos.

Robert estaba aullando desde la ventana del comedor para avisarla de que la comida estaba lista, y, mientras volvía sobre sus pasos a la casa, Daisy pensó que tal vez fuera mejor tragarse su orgullo y pedirle a Simkinson que volviera. Tenía claro

que si quería cumplir sus funciones como médium entre el Antiguo Egipto y el mundo actual, el jardín iba a deteriorarse más rápidamente de lo que ya lo hacía. Sin duda Robert consentiría en tragarse su orgullo por ella y explicarle a Simkinson que no podían pasar sin él, y que, cuando lo había llamado holgazán, en realidad había querido decir hacendoso, y todo lo que hiciera falta para que regresara.

Robert estaba ese día de un humor extraordinario porque el crudo rumano, que era su principal fuente de ingresos, había arrojado un dividendo mayor del habitual, y prometió ir a buscar a Simkinson y explicarle lo que significaba holgazán, y, si este no lo entendía, mitigaría sus sentimientos heridos con una pequeña propina.

—¡Y dile que no hace falta que haga ninguna rocalla! Siempre le ha disgustado la idea. Puede cavar un hoyo y enterrar los fósiles, los fragmentos arquitectónicos y toda esa morralla. Será la forma más fácil de deshacernos de todo.

—Y ¿qué pretendes que haga con la tierra que saque del hoyo, querida mía? —preguntó Robert.

—Volver a ponerla en su agujero, digo yo —replicó Daisy algo cortante.

Robert estaba tan satisfecho de haberla «pillado» en falta que no se molestó siquiera en explicarle la incoherencia...

Después del almuerzo, Daisy encontró por fin las monedas. Resultaba cuando menos curioso que, tras haber olvidado durante tanto tiempo dónde las había puesto, lo recordara de la noche a la mañana, y se atrevió a atribuir tal inspiración a Abfu. Sin embargo, una vez que las hubo encontrado, se le planteó la dificultad de decidir qué hacer con ellas. Había algunas en las que aún se podían distinguir perfiles desdibujados de emperadores romanos, y estaba segura de haber oído que ciertas monedas de esa época tenían gran valor; probablemente fuera el caso de las suyas. Quizá, cuando enviara el escrito árabe al Museo Británico, podía mandarlas también para que las tasasen... Y entonces las dejó caer al suelo de golpe cuando le sobrevino la idea definitiva.

Salió corriendo al jardín y llamó a Georgie, que estaba colocando los aros de *croquet*.

—¡Georgie, lo tengo! Está más claro que el agua. ¡Lo que quiere Abfu es que montemos un museo! ¡Un museo en Riseholme! Escribió claramente «museo de Riseholme». ¡Piensa además en lo que podremos sacar cuando vengan las hordas de turistas estadounidenses en verano! Ninguno querrá perderselo. Yo cobraría un chelín por entrar, y seis peniques por el catálogo.

—No sé yo si era eso lo que quería decirnos Abfu... —desconfió Georgie.

—Lo dijo. ¡No lo niegues ahora!

—Pero ¿qué vamos a poner en el museo?

—Pues, querido, lo llenaremos de antigüedades y de todas las cosas que nadie quiere tener en su casa. Yo podría donar los fragmentos esos tan bonitos de la abadía,

que están arrumbados en mi jardín, donde nadie puede admirarlos, y mi cañería. Se lo regalaré todo al museo... Y los fósiles, y tal vez algunas monedas... Y los ladrillos romanos.

Georgie se detuvo con un aro en la mano.

—Es una idea. Y yo tengo todos esos trocitos de cristal iridiscente tan bonitos que no hacen más que estorbar en casa. Los donaré.

—Y la *térrea sigillata* del coronel Boucher —chilló Daisy—. Justo el otro día estaba contando que le había cogido manía, pero que no quería tirarla sin más. La cuestión sería pensar de qué cosas queremos deshacernos, no cuáles aportar. Además, estoy convencida de que eso es justamente lo que quería Abfu. Tenemos que formar un comité ahora mismo. Tú, la señora Boucher y yo, con nosotros tres creo que bastará. Los comités numerosos son un gran error.

—¿Y Lucía no? —preguntó Georgie aferrándose a la poca lealtad que le quedaba por su amiga.

—No, desde luego que no. Lo único que haría sería darnos órdenes desde Londres y luego, a su vuelta, nos chafaría todo lo que hubiésemos hecho ya... Por no hablar de que se atribuiría la idea, ¡e incluso se erigiría en presidenta!

—No suena mal, tiene algo...

—Pues claro, ¡tiene todo el sentido del mundo! Bueno, me voy ahora mismo a ver a la señora Boucher.

Georgie le dio unos cuantos golpecitos acertados con el mazo al aro que estaba colocando.

—Yo también voy —resolvió entonces—. ¡El museo de Riseholme! Creo que es lo que quería Abfu. ¡Volveremos a estar entretenidos!

Capítulo 4

EL comité se reunió esa misma tarde, y al día siguiente, y a la tarde siguiente, y el plan no tardó en tomar forma. Invitaron como asesor financiero a Robert, que nadaba entre las fumarolas doradas del crudo rumano y, tras hacer los cálculos pertinentes, les recomendó llevar a cabo su plan. El pueblo se llenaba de turistas todos los veranos y las curiosas mentes estadounidenses serían incapaces de no visitar el museo de tan isabelino enclave.

—No sé qué pensáis poner en vuestro museo —les dijo Robert—, pero estoy convencido de que irán a curiosear y, aunque no se encuentren con nada interesante, ya habrán pagado sus chelines. Y si la señora Boucher cree que su marido puede cederos su colecturía a cambio de un modesto alquiler, me atrevería a decir que sería rentable.

Pasaron a abordar de inmediato la cuestión de la financiación para convertir la colecturía en un museo. Robert se declaró perfectamente capacitado para acondicionar la colecturía con todo el mobiliario y la decoración necesarios, siempre y cuando pudieran recaudar suficiente capital. Sin embargo, su empeño en asumir todas las responsabilidades financieras hizo pensar al comité que también ellos podían sacar tajada, visto que un empresario tan ducho veía claras posibilidades de embolsarse algo en limpio. Hasta ese momento la sórdida cuestión del dinero ni se les había pasado por la cabeza: habría un museo que volvería a tenerlos entretenidos y el comité se encargaría de dirigirlo, ahí se acababa la historia. Estaban más que dispuestos a dedicar todo su tiempo a la tarea, pues Riseholme era uno de esos alegres sitios donde el refrán de que el tiempo es oro era una enorme falacia, y es que nadie había sacado nunca un penique de él. Pero, dado que el juicio financiero de Robert aseguraba que el museo podía resultar una inversión rentable, el comité, naturalmente, quiso tomar partido, y los tres miembros suscribieron acciones por cincuenta libras cada uno, e invitaron a Robert a unirse a la junta y aportar el resto. De esa forma los beneficios —en caso de haberlos— se dividirían entre los miembros del comité en proporción a sus participaciones. Robert, hombre de finanzas, se encargaría de todo eso, de manera que los demás pudieran centrar su atención en el aprovisionamiento de curiosidades.

Este último punto no sería ningún problema, pues todo el mundo en Riseholme tenía almacenados «especímenes» variopintos de antigüedades de todo tipo, verdaderos estorbos en sus casas, que sí, requerían una buena limpieza de polvo, pero que tampoco se podían tirar sin más. Solo un puñado de objetos asombrosos se donaron en préstamo —entre ellos, la caja de monedas de Daisy y la fíbula de la señora Antrobus—; la mayoría, en cambio, como los cristales de Georgie o los trozos

de cerámica del coronel Boucher, se aportaron generosamente a la causa con gran fervor. Aparecieron toda clase de cachivaches: una rueca de tejer casi completa, un mortero isabelino con su maza, infinitas tejas romanas, un gran poste de madera al que no dudaron en llamar «poste de azotar», pergaminos lacrados con unos documentos indescifrables que pertenecían al vicario, un mapa del distrito del servicio de cartografía, numerosas colecciones de fósiles y piedras talladas provenientes del yacimiento de la abadía, colchas antiguas, una cuna —tan carcomida que buenamente podía ser anglosajona—, botellas de formas insólitas, una jarra de loza atigrada, accesorios de chimenea demasiado pesados para su uso y, tras una votación especial del concejo municipal, los cepos de tortura que hasta entonces habían estado al borde del estanque de la plaza.

Todo Riseholme volvía a estar entretenido: había fósiles que clasificar —pronto comprendieron que hasta un museo podía tener exceso de amonitas—, cortinas que confeccionar para las ventanas, cartelas que escribir, cerámica de *térra sigillata* que reconstruir, urnas que disponer y un catálogo que preparar. Atrás había quedado el período de monotonía que siguió a la deserción de Lucía, y sin duda la idea de que esta nada tenía que ver con el museo había contribuido a aunar el celo con la industriosisidad. Cuando volviera a dignarse a visitar su reino repudiado, vería con sus propios ojos lo atareados que habían estado en su ausencia —y con qué éxito y originalidad— y que en el comité no quedaba sitio para ella, y probablemente tampoco para el espetón isabelino que tan a menudo hacía humear la chimenea de su sala de música.

Desde luego, Riseholme estaba más entretenido que nunca, porque no solo tenía un museo al que consagrarse fervientemente, con la idea de poder abrirlo a tiempo para la temporada turística de ese año —y, de ser posible, antes de que Lucía llegase para uno de sus prometidos fines de semana—, sino que también estaba inmerso en una oleada de experimentos parapsicológicos. Reconocer que la idea del museo no había sido suya, sino de Abfu, su gurú egipcio, había sido todo un dechado de honestidad por parte de Daisy Quantock. Era cierto que había sido igual de ingenua que el patriarca José al interpretar las indicaciones de Abfu, pero era a él, que evidentemente mostraba un profundo interés por los asuntos de Riseholme, a quien había que atribuirle todo el mérito. Incluso se ofreció a donar al museo el folio en que había escrito las palabras «museo de Riseholme» —que no «mosca»—, pero el sentir general del comité, si bien agradeciendo su munificencia, había sido que no sería de buen gusto exhibirlo, ya que en esa misma hoja sibilina estaban aquellos comentarios sarcásticos sobre Lucía. También se demostró que Abfu quería que se abriese el museo, pues había dicho en varias ocasiones posteriores: «Muy contento con los planes para el museo. Abfu da su aprobación». Todo el mundo quiso igualmente ponerse en contacto con Abfu, y varios miembros de la alta sociedad de Riseholme corrieron a encargarse ni más ni menos que cuatro *planchettes* o tablas de güija. De momento Abfu no se había manifestado a nadie más, salvo en lo que era

posiblemente alfabeto árabe —tenía un gran parecido con sus primeros esfuerzos de comunicación con Daisy—, y si bien esta animó a los demás escribas a que perseveraran, con la esperanza de que pronto los obsequiara con algo en inglés, en realidad no se moría precisamente de ganas de que fuera así. Sin embargo, con ella se volvía cada día más inglés, y si Simkinson, una vez que le hubieron explicado detalladamente el verdadero significado de la palabra «holgazán», no hubiera accedido a ocuparse de nuevo de su jardín, sin duda este habría degenerado en un bosque primigenio, porque no tenía ni un minuto libre para cuidarlo.

Simkinson, sin embargo, era un tipo muy afable.

—Nada, señora, encantado de volver. Sabía que no podría usted pasar sin mí mucho tiempo, ahórrese las explicaciones. Vamos a echar un vistazo a ver qué ha estado haciendo. Arrea, ¿qué le ha pasado a mi morera?

Así era Simkinson: hablaba de «mis flores» y «mis espárragos» cuando en realidad se refería a los de Daisy.

—He estado podándole las raíces.

—En fin, señora, lo ha hecho lo mejor que ha podido. De todas formas, creo que no ha muerto, y hasta me atrevería a decir que se recuperará.

Abfu le había dado a entender que estaba muerta, pero a lo mejor se refería a otra cosa, pensó Daisy, y avanzó hacia el pequeño arriate circular que había bajo las ventanas del comedor.

—Polemonios —anunció esperanzada Daisy.

—Brócoli —repuso Simkinson examinando los pequeños brotes verdes—. Y aquel arriate alargado de allí... Sembré un buen puñado de anuales, pero no veo que asome nada. —La miró con ojos divertidos—. Algo me dice que la señora ha estado desmalezando. ¡Voy a tener que comprarle muchas plantas jóvenes si quiere algo de color en esa zona! Es demasiado tarde para volver a sembrar mis semillas.

En esos momentos, Daisy deseó haberse quedado en la casa, y cambió de tema, a uno más alegre.

—Bueno, al final no voy a querer la rocalla. No tendrá que molestarse con eso. Y dentro de un par de días van a llevarse todas esas piedras en una carretilla.

—¡Gran noticia, señora! Así podré volver a entrar en mi cobertizo. En fin, intentaré arreglar el desaguisado. Será mejor que primero trate de quitar el brócoli... No querrá usted que le salga debajo de las ventanas, ¿verdad? Si quiere cuidar su jardín, límitese a pasarle el rodillo al césped, señora. Con eso es difícil causar ningún estrago.

Era una manera espantosa de ponerla en su sitio, pero Daisy no quiso propiciar una segunda pelea, y la visión de Georgie en la ventana del comedor —habían quedado para «desmalar», como habían dado en llamar a los procesos parapsicológicos, ya fuese la güija o la *planchette*— le supuso todo un alivio. Desmalezar, comparado con desmalar, era de poca trascendencia.

—Y creo que no llegué a contarte lo que me decía Olga en su carta —le dijo

Georgie en cuanto Daisy estuvo lo suficientemente cerca—. No hablamos de otra cosa que del museo. Ah, y a la señora Boucher le ha llegado la *planchette*. Pero se le ha partido en el camino y está pegándola.

—No sé yo si así funcionará. Pero ¿qué decía Olga? La verdad es que se me pasó preguntarte.

—Es un cielo de mujer. Me ha pedido que vaya y me quede en su casa la noche que debuta en la ópera. Hará de Lucrecia, y me ha conseguido una butaca.

—¡No! —exclamó Daisy mientras hacía una prueba sobre el secante para ver si el lápiz estaba afilado—. ¡Será todo un acontecimiento! Supongo que irás.

—Desde luego. Van a emitirlo también por radio, ¡y yo estaré escuchándolo en directo!

—¡Qué interesante! Y estarás en Brompton Square, justo enfrente de Lucía. Por cierto, ¿sabes algo de ella? ¿Qué se cuenta?

—Al parecer le va estupendamente. No tiene un momento libre. Justo como a ella le gusta.

Daisy dejó a un lado la *planchette*. Ya habría tiempo para eso cuando conversaran un rato sobre Lucía.

—¿Y vas a quedarte unos días con ella? —Quiso saber.

Georgie estaba decidido a no hacerse mala sangre. No había participado —o muy poco— en aquel asalto a la soberanía de Lucía que tan alegremente había estado practicándose en Riseholme.

—Si me invita, me encantaría. Por ahora solo ha dicho que lo va a hacer. En cualquier caso, me pasaré a verla.

—Pues yo no iría —repuso con fiereza Daisy—. Cincuenta veces que me invitara, cincuenta veces que le diría que no. Lo que pasa es que nos ha abandonado. No la dejaría entrar en el comité de nuestro museo ni aunque..., ni aunque donara sus perlas y dijera que pertenecían a la reina Isabel. No sé por qué no tienes más sangre en las venas.

—Tengo, y mucha. Reconozco que me sentí herido por su carta. Pero, en fin, ¿qué importa ya?

—Si vas a quedarte con Olga, la verdad es que poco importa. ¡Cuando se entere te va a echar la cruz!

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Lucía no me ha invitado, y Olga sí. Por lo visto, le ha recordado un par de veces que puede usar su sala de música para ensayar cuando quiera. ¿No es muy amable por su parte? Le encantaría poder ir contando por ahí que Olga siempre utiliza su sala de música para ensayar. Pero ¿no estamos haciéndonos mala sangre? ¿Por qué mejor no desmatamos?

Cuando, la tarde siguiente, Georgie llegó a Brompton Square, se encontró con que Olga ya había cenado. Tendría que cenar a solas, a las siete, para que le diera tiempo

a llegar a la ópera.

—Estoy a punto de desmayarme de puro nervio. Me pasa siempre antes de cantar, y luego, por pura desesperación, me recompongo. Si sobrevivo, y digo «si», hasta medianoche, daré una fiestecita aquí. Vendrá Córtese, y la princesa Isabel, y un par de personas más. Georgie, es muy atrevido por tu parte venir aquí, cuando sabes que mi marido no está... ¡Una pobre mujer desvalida a solas con un donjuán! ¿Cómo va todo por Riseholme? Cuéntame. ¿Te has prometido ya con Piggy? Y, al final, ¿qué ha salido en el arriate circular de Daisy, brócoli o polemonios? Tu carta era tan misteriosa... Todavía no sé nada del museo. Pero ¿qué museo? ¿Vais a matar y a disecar a Lucía para exhibirla? Mencionabas el museo como si yo estuviera al tanto de todo. Si no me lo cuentas ahora mismo, me pongo a gritar.

Georgie se metió de lleno en la tarea, encantado de poder hacer algo por Olga. Le describió con todo lujo de detalles y mucho énfasis lo acontecido en Riseholme, desde esa primera epifanía en árabe con Abfu y la *planchette* hasta el regreso de Simkinson. La soprano se dejó llevar por sus crónicas y, cuando apareció la camarera para decirle que era hora de ir al teatro, se levantó muy alegre.

—¡Así que era brócoli! Menos mal que al final no eran polemonios. Eres un ángel, Georgie, por animarme en mis horas bajas. Donaré al museo lo que queráis. Espérame luego en la entrada de artistas. Volveremos juntos en coche.

En cuanto Olga salió a escena, el éxito de la ópera estuvo garantizado. Córtese, el director, había compuesto una música a la medida de la cantante, quien estuvo soberbia tanto en el canto como en la interpretación, por no hablar de su aspecto. Tras el primer acto, tuvieron que subir el telón una y otra vez, y, hasta que el respetable no quedó satisfecho, Georgie no dedicó alguna de sus miradas a escrutar a los asistentes.

Entonces, bajo el resplandor de un pequeño palco de la segunda planta, vio a una mujer que estaba mandando un beso en su dirección, y a un hombre agitando un programa. Cuando consiguió enfocarlos, se dio cuenta de quiénes eran y subió corriendo a saludarlos; allí estaba Lucía: con una falda extremadamente corta, el pelo a lo *garçon* y, alrededor del cuello, tres sargas no muy largas de aljofares.

—Georgino mió! —chilló—. ¡Menuda sorpresa! Has venido para asistir al triunfo de nuestra Olga. A eso lo llamo yo lealtad. ¿Por qué no me has avisado de que venías?

—Pensaba llamarte mañana —contestó Georgie, con los ojos todavía brincando del corte de pelo a las perlas y las piernas.

—Ah, ¿te quedas? ¿No vuelves en el tren de medianoche? El viejo tren de medianoche, ¡y despertarse en Riseholme! ¿En tu club?

—No, duermo en casa de Olga.

Por unos instantes Lucía pareció sufrir una ligera cataplejía, pero se recompuso.

—¡No! ¿De veras? Me parece muy descortés de tu parte, Georgie. Podrías haberme avisado de que venías.

—Pero me dijiste que no tenías la casa adecentada. Y ella me invitó.

Lucía esbozó una sonrisa radiante.

—Bueno, te perdono. Es verdad que todavía está todo manga por hombro. Y ni siquiera hemos visto a la querida Olga..., o la señora Shuttleworth, como la anuncian ahora en los carteles. Por supuesto, te vienes con nosotros en coche a casa. Tienes que quedarte un rato a charlar, antes de que la señora Shuttleworth regrese... Y, además, seguro que está agotada, querrá irse a la cama...

Mientras hablaba, Lucía había estado repasando al respetable con sonrisitas esporádicas aquí y allá y movimientos de mano en direcciones indefinidas.

—Ah, ahí está Elsie Garroby-Ashton, y ¿quién es el que está al lado, Pepino? Claro, lord Shrivensham. Bueno, vuelve luego y ven a charlar con la nena, Georgie. ¡Ay, mira, la embajadora italiana! ¡La querida Gioconda! Qué encanto de mujer. Y fíjate en el palco real. ¡Qué elenco! El palco real es ese de ahí, Georgie, a la izquierda..., el más grande..., en la fila de abajo. Demasiado cerca del escenario para mi gusto: deja poco a la imaginación...

Lucía se levantó de pronto e hizo una gran reverencia.

—Creo que nos ha visto, Pepino. Tendrías que haberte postrado. No, ahora está mirando a otra parte: hay que ser más rápido. ¡Y cuánta gente hay en el palco de la querida Aggie! ¿Quién será ese? ¡Ah, sí! Es Toby Limpsfield. Lo conocimos en casa de mi prima, ¿te acuerdas?, en nuestra primera noche aquí. Bueno, Georgie, reúnete con nosotros en la entrada principal para volver juntos. Seguramente no nos quede más remedio que llevar a alguien más, pero, cuando se tiene auto, es de mala educación no ofrecerse a llevar a los amigos. Yo siempre lo hago: pronto nos llamarán «los taxistas de Londres», como me dijo Marcia Whitby.

—Me temo que no voy a poder. Tengo que esperar a Olga, que además va a dar una fiestecita en su casa, según me ha dicho.

—¡No! ¿De verdad? —preguntó Lucía con la vivacidad propia de Riseholme—. ¿Quién irá?

—Creo que Córtese —titubeó Georgie pensando que tal vez fuera demasiado mencionar a una princesa—, y un par de cantantes.

Lucía empezó a salivar y se apresuró a tragar. Era la clase de fiesta a la que estaba deseando que la invitaran, porque sería maravilloso, glorioso, poder mencionar de pasada la reunión, la fiestecita en *petit comité* en casa de Olga tras la primera noche de la temporada... En realidad no podía considerarse una fiesta, solo unos cuantos íntimos: ella, Córtese y algún otro más. ¿Cómo se las ingeniaría?, se preguntó. ¿Podía fingir que no sabía que iba a tener invitados y pasarse un momento para felicitarla con entusiasmo, como habría hecho cualquier vecina? ¿O debería fingir que su auto no había aparecido y esperar con Georgie en la puerta de artistas —Pepino podía regresar en el coche— para volver con ellos? ¿O tal vez lo mejor fuera insinuarle claramente a Georgie lo mucho que le gustaría pasarse unos minutos...? Quizá, ahora que sabía que habría una fiesta, ¿podía limitarse a ir diciendo que la habían invitado? La mejor opción parecía insinuárselo a Georgie...

Aquel momento de indecisión tocó a su fin con la aparición de Córtese, que se abrió paso hasta su puesto en el foso, y la posterior atenuación de las luces. Georgie, sin darle más oportunidades a su amiga, se apresuró a volver a su butaca en la platea con la sensación de haber escapado, porque Lucía lo había mirado fijamente con ojos vidriosos, como hacía siempre que quería algo y, en consecuencia, estaba dispuesta a todo por conseguirlo. Sintió que se había equivocado enormemente al imaginar que Lucía había cambiado: seguía siendo la misma, idéntica, solo que elevada a una esfera superior. Había florecido en todo su esplendor: por raro que pareciera, en Riseholme apenas había brotado. «Me pregunto cómo lo hará —pensó Georgie de vuelta a su sitio—. Tiene unas ganas tremendas de venir».

La ópera terminó entre una algarabía triunfal de vítores, regresos al escenario y reverencias. Se trataba de una ocasión especial, siendo como era la primera noche de la temporada operística y el estreno de Lucrecia en Londres, de ahí que Olga tardara en salir rodeada de flores. La fiesta, que en un principio ni siquiera aspiraba a tal nombre, apenas una cena sencilla con Córtese y un par de cantantes, se había multiplicado prodigiosamente conforme avanzó la velada, pues Olga había recibido mensajes y felicitaciones de amigos a los que no había podido sino invitar a que se pasaran. Como consecuencia, cuando Georgie llegó con ella a Brompton Square, la primera curva estaba repleta de vehículos.

—¡Cielo santo! Parece que me he pasado invitando gente... Es igual, será divertido. No sé si habrá sillas suficientes, pero, si no, nos sentaremos en el suelo, y no creo que haya tampoco comida para todos... Pero sé que hay un jamón asado y ¿qué mejor que jamón? Ay, Georgie, ¡qué contenta estoy!

Enfrente, al otro lado de la estrecha plaza, Lucía había estado siguiendo de cerca la llegada de todos aquellos coches. Para verlos mejor, se había apostado en el balcón de su salón de visitas, desde donde había escrutado a los ocupantes con sus binoculares. Estaban lord Limpsfield, la embajadora italiana, el señor Garroby-Ashton, Córtese y una mujer que fue saludada con una reverencia del diputado y una genuflexión de la señora de este. Subían a la casa en una corriente imparable. Y luego se había presentado la duquesa de Whitby —Marcia, según la había oído llamar—, que subió por las escaleras y también se postró, pero Olga y Georgie seguían sin aparecer. Resultaba extraño que hubieran llegado tantos invitados ilustres antes que la anfitriona, pero Lucía entendió al instante que aquella era la informalidad más chic que podía concebirse.

Sin duda el señor Shutdeworth estaría allí para recibirlos... ¡Pero qué maravilla! Y entonces pensó que iba a ver llegar a Olga, y Georgie estaría con ella, y sintió que se ponía verde de la envidia y la impotencia. ¡Georgie entre aquel plantel! Era imposible que él estuviera y ella no, pero eso era lo que sin duda pasaría si no se le ocurría algo pronto para remediarlo. Su amigo regresaría a Riseholme, describiría aquella reunión y contaría que Lucía no había asistido: mucho se temía que no había sido invitada.

Pero entonces concibió un plan: corrió escaleras abajo y salió a la calle. Seguían llegando más y más coches, pero tal vez no fuese demasiado tarde. Se apostó en la sombra central de una farola de gas que había cerca de la puerta de Olga y esperó.

Por la entrada de la plaza apareció otro vehículo, y pudo distinguir que estaba lleno de flores. Olga se apeó entonces y Lucía salió disparada hacia ella.

—Oh, señora Shuttleworth. ¡Espléndida! ¡Gloriosa! ¡Maravillosa! ¡Ojalá Beethoven estuviera vivo! No podía irme a la cama sin pasarme a agradecerle haberme hecho vivir una revelación. ¡Georgie, querido! Solo quería darte la mano: eso es todo. ¡Todo! No os retendré. ¡Veo que da una fiesta, oh, prodigiosa Reina del Bel Canto!

A Olga le perdía su buen corazón. Intercambió una mirada rápida con Georgie.

—Ah, no, pero venga, por favor. No hace falta invitación, puede venir cualquiera. Georgie, sé un cielo y ayúdame a llevar todas estas flores adentro. ¡Qué detalle que haya venido, señora Lucas! Sé que sabrá disculpar que me adelante porque ya han llegado todos (o espero que sean todos) mis invitados, y no hay nadie en casa para recibirlos.

Lucía siguió su estela de cerca y, sin echarle más cuentas a Georgie, se coló tras ella en el salón, que era minúsculo y estaba ya abarrotado. ¿Cómo no había previsto aquello? ¿Por qué no le había mandado ese mismo día una nota a Olga para decirle que podía disponer de su casa como si fuera la suya propia y dar la fiesta en su espaciosa sala de música...? ¡Habría sido un acto de pura hermandad vecinal! Pero la amargura de ese reconcomio pronto se desvaneció en la extraordinaria dulzura del presente, y no tardó en estar conversando con la señora de Garroby-Ashton, repartiendo sonrisitas y saludos con la cabeza a todo el que conocía mínimamente. Junto a la chimenea estaba la supuesta dama de la realeza, que, de momento, suponía su única desazón, porque no tenía ni la menor idea de quién era. Georgie, cual puesto ambulante de flores, apareció a continuación, y con él llegó una segunda desazón leve cuando Olga lo condujo hasta la dama de la realeza y se la presentó. Pero no pasaba nada, porque así podría conseguir fácilmente que su amigo le dijese quién era sin necesidad de preguntarle directamente. En esas, el pobre Georgie hizo una especie de reverencia muy torpe, tiró un montón de flores al suelo y soltó uno de sus «¡qué fastidio!».

Lucía logró dar esquinazo a la señora de Garroby-Ashton y se posicionó cerca de la duquesa de Whitby. Al principio Marcia no pareció reconocerla, pero Lucía le puso rápido remedio y, tras una agradable charla, invitó a la duquesa a comer a su casa con Olga y se grabó a fuego en la mente la necesidad de invitar a esta última para ese mismo día, con la idea de que coincidiera con la duquesa de Whitby. Después, arimándose más al centro de atracción, pescó a lord Limpsfield con el cebo de la queridísima Aggie, a quien debía recordar llamar al día siguiente temprano por la mañana para invitarla a comer y que coincidiera con lord Limpsfield.

De momento bastaba, y decidió abandonarse ya a los goces de la velada. Hubo

entonces un movimiento generalizado hacia la planta baja, para cenar, y Lucía, pegada a lord Limpsfield como una lapa, fue arrastrada en volandas azules hasta el diminuto comedor de Olga. Al instante vio que no había sillas para todos ni por asomo. Dos mesitas redondas y ahí se acababa la historia: los demás tendrían que quedarse de pie y abrevarse en el pequeño bufé dispuesto a lo largo de la pared.

—Es el juego de las sillas —dijo alegremente Olga—: los más rápidos cogerán sitio y los demás tendrán que aguantarse. Tony, ve ahí a sentarte al lado de la princesa; Córtese, ponte en la otra punta. En algún momento todos comeremos algo. Georgie, sé bueno y quédate al lado del bufé para echar una mano con lo que puedas, y, ¡ah!, antes sube corriendo y tráeme los cigarrillos... Alivian los calambres del hambre. Bueno, nos las vamos ingeniando de maravilla. Marcia, cariño, solo queda una silla. Corre a sentarte.

Lucía se había quedado un momento rondando por la puerta para invitar a Olga a comer a su casa dos días después, y esta le había dicho que iría encantada, de modo que tenía por delante una maravillosa fiestecita que organizar. Para culminar su alegría lo único que necesitaba era que le presentasen a la hasta el momento desconocida princesa y le dijeran su nombre. En un hábil gesto, le recogió el abanico y lo admiró detenidamente, mientras le hacía una reverencia, asegurándose así unas preciosas palabras con ella; el nombre, sin embargo, se le seguía resistiendo. Preguntárselo a alguien sería reconocer su ignorancia, y eso era impensable.

A la mañana siguiente, cuando Olga se fue a ensayar al Covent Garden, Georgie se pasó, como decían todos en Riseholme, por casa de Lucía y se encontró a su amiga en la sala de música, muy entretenida con su Stravinski. En el Times no habían mencionado la fiesta de Olga, toda una contrariedad, pues Lucía seguía sin saber cómo se llamaba la princesa. Si bien la noche anterior había vivido la velada más gratificante hasta la fecha, era más apropiado hacer creer a Georgie que cosas así estaban a la orden del día y no hablar del tema hasta pasado un rato.

—¡Ah, Georgino! ¡Qué bien que te hayas pasado! La *buona* fortuna ha querido que tenga una hora libre esta mañana antes de que Sophy Alingsby (la querida Sophy, una mente prodigiosa) venga a recogerme para ir a no sé qué visita privada, así que podemos charlar un buen rato. Sí, esta es la sala de música y, antes de entrar, tengo que pasearte por el resto de nuestra humilde morada. Todas las habitaciones quedarán bien... Mira, los famosos sillones estilo Chippendale... En cuanto adecemos esto un poco más, ya daré alguna que otra velada musical. Tienes que venir.

—Me encantaría.

—Qué revuelo ha sido todo, y cada día es peor —prosiguió Lucía—. A veces Pepino y yo salimos juntos, pero no es extraño que él vaya a cenar a una casa y yo a otra... En Londres es de lo más corriente, ¿lo sabías?, y hay días que casi no lo veo. Esta mañana, por ejemplo, no lo he visto, y ahora acaban de decirme que ha salido. Como él disfruta tanto, a mí no me importa el cansancio que me supone. ¡Ay, dichoso teléfono! ¡No para de sonar! A veces pienso en desinstalarlo de una vez por todas,

porque así no hay manera de descansar. Siempre parece haber alguien que nos necesita, a Pepino o a mí.

Con todo, salió corriendo con considerable presteza hacia el aparato. En realidad, ni se le había pasado por la cabeza quitar el teléfono, porque acababan de instalarlo. La llamada, sin embargo, resultó ser una decepción, ya que solo estaba relacionada con un par de zapatos de calle que les estaban arreglando. Sin embargo, Georgie no tenía por qué saberlo, de modo que, llevándose un dedo a la frente, dijo:

—Sí, a las tres y media puedo. —Y, con este sinsentido para su interlocutor, colgó—. No tengo un momento de paz. ¡Ring, ring, ring de la mañana a la noche! Pero, venga, Georgie, cuéntame cosas de Riseholme. Seguro que eso me llena de una exquisita sensación de tranquilidad. Madre mía, pero ¿quién nos interrumpe ahora?

Era solo Pepino, que parecía bastante ocioso, y que, sin que nadie le preguntara, explicó que solo había salido a comprar un cepillo de dientes en la farmacia de Brompton Road. Lo llevaba en un paquetito de papel.

—Ah, y hoy por la mañana viene el del teléfono, Lucía. Querías el supletorio en el dormitorio, ¿no?

—Sí, querido. Ya que lo hemos puesto, por lo menos que esté en un sitio cómodo. La de kilómetros que hago subiendo y bajando escaleras, como estaba diciéndole a Georgie.

Pepino soltó una risotada.

—Los puso firmes, Georgie. Para Lucía el relajo londinense no es excusa. Logró que nos instalaran el teléfono en un tiempo récord. No los dejó en paz hasta que lo consiguió.

—Una mujer muy lista —convino con tacto Georgie—. Así es como se hacen las cosas. Bueno, te cuento cosas de Riseholme. La verdad es que hemos estado muy entretenidos.

—¡Bendito pueblo el nuestro! Cuéntamelo todo.

Georgie se debatió consigo mismo sobre si debía mencionarle o no lo del museo. Optó por no hacerlo, pues, siendo justos, el museo, más allá de lo conveniente que era para deshacerse de basura interesante, había nacido de una conspiración, como una acción política de venganza contra Lucía por su desertión y una demostración de lo divinamente que se las arreglaban sin ella. Habría sido, por tanto, una torpeza de un conspirador muy insensato darle información a aquella contra la que iba dirigido el ardid en cuestión.

—A ver..., pues Daisy ha estado haciendo unos experimentos bastante interesantes. Se compró una tabla de güija y una *planchette* (usamos sobre todo esta última), y muy pronto resultó evidente que estaba recibiendo mensajes de un espíritu guía.

Lucía rio con un frío retintín metálico de timbre algo hostil.

—La querida Daisy. Ojalá tomara por guía el sentido común... Supongo que será un astrólogo de Caldea o el mismísimo Nabucodonosor.

—Para nada. Es un egipcio llamado Abfu.

Una punzada momentánea de envidia atravesó a Lucía. Podía imaginarse a la perfección la clase de entusiasmo que invadía Riseholme, y que Georgie se habría pasado para contárselo, y también ella se habría comprado una güija y habría conseguido el doble de mensajes que Daisy. Odiaba pensar que esta tenía la exclusividad sobre Abfu, y soltó otra risita gélida.

—Daisy no tiene desperdicio. ¿Y qué le ha dicho Abfu?

—Fue muy raro. La mañana que recibí tu carta Abfu escribió «c de L», y si eso no significaba «carta de Lucía» no sé qué más podía significar.

—Pues podría buenamente significar «caramelos de Leamington» —dijo Lucía con desgana—. ¿Y qué más?

Georgie tuvo la impresión de que la conversación empezaba a rayar peligrosamente en el museo, de modo que intentó una incursión en un tema más liviano.

—Ah, pues nada, cosas por el estilo. Y luego lo ha pasado fatal con lo del jardín... Despidió a Simkinson por hacer crucigramas en vez de cortar el césped y se propuso hacerlo todo ella sola. ¡Plantó coliflores en el arriate circular que tiene bajo la ventana del comedor!

—¡No! —exclamó Pepino, que estaba escuchando las crónicas con desmayos de nostalgia.

—Sí, y polemonios en el huerto. —Georgie miró a Lucía y, al darse cuenta de que su amiga estaba dedicándole su típica mirada penetrante, se temió haber hecho una transición demasiado ansiosa de Abfu a la horticultura. Prosiguió como si tal cosa—: Y arrancó todo lo que había plantado Simkinson y podó las raíces de la morera, que probablemente ha muerto. Después, la semana pasada, o no, la otra, hizo muy buen tiempo, y volví a salir con mis pinturas y estoy haciendo un dibujo de mi casa desde la plaza. Foljambe está muy bien y..., y... —Solo le venía a la cabeza el museo.

Lucía esperó hasta que su amigo se quedó sin palabras.

—¿Y qué más dijo Abfu? —Quiso saber—. No creo que el mensaje de «c de L» os haya tenido mucho tiempo entretenidos.

Georgie tuvo que reconsiderar si era sensato callar. Resultaba evidente que Lucía se olía algo, y si iba un fin de semana al pueblo y se encontraba con que todo Riseholme estaba enfrascado en los asuntos del museo, su reticencia a hablar, si persistía en ella, se vería muy sospechosa.

—Ah, sí, el museo... —dijo como si no tuviera importancia—. Abfu nos insinuó que montásemos un museo, y la verdad es que no va nada mal. Está en la colecturía del coronel Boucher. Y Daisy ha donado todas las cosas con las que iba a hacerse la rocalla, y yo, mi cristal romano y dos dibujos, y el coronel, su *térta sigillata* y un mapa cartográfico, y tenemos muchos fósiles y algunas monedas.

—¿Y un comité?

—Sí: Daisy, la señora Boucher y yo, y también hemos invitado a Robert a

participar —dijo afectando despreocupación.

Una nueva punzada de origen no identificado atravesó a Lucía. Ausente o presente, ella tendría que haber sido la presidenta del comité para decirles justo lo que había que hacer y cómo. Pero sin duda podría remediarlo con tan solo un fin de semana en Riseholme. Entretanto, bastaba con haberle arrancado el secreto a Georgie, como si lo hubiera descorchado, con un sonoro plop y la consecuente efusión del contenido.

—¡Qué interesante! Tengo que pensar qué puedo donar yo al museo. Bueno, bueno, esto sí que es un buen cotilleo...

Georgie no se decidió a contarle que ya habían trasladado los cepos de tortura de la plaza del pueblo a la colecturía, pues creyó recordar que Lucía y Pepino se los habían regalado al concejo municipal, que a su vez los había donado al museo, razón de más para que fuese el propio concejo y no él quien encarase a los donantes.

—Un buen cotilleo, sí, señor. Y qué fiesta más agradable anoche, ¿verdad? Yo solo me había pasado para felicitar a la buena de Olga por la gran acogida, ¿qué digo?, ¡buenísima!, de su Lucrecia, porque pensé que se sentiría dolida (los artistas son muy sensibles) si no añadía mi pequeño tributo. Y ya viste cómo se negó a que me fuera y me insistió para que entrara. Y me pareció muy agradable: se encuentra una con tantos amigos... Me alegró poder pasarme a saludar.

Aquel discurso manifestaba a la perfección lo que Lucía quería transmitir: no pretendía en modo alguno poner a Olga en su sitio, sino a sí misma, a los ojos de Georgie, en el lugar que le correspondía. Por pura bondad se había limitado a pasarse para felicitar a Olga, y luego la habían arrastrado dentro. Era una lástima que Georgie no se creyese una sola palabra: ya había decidido que Lucía le había tendido una emboscada a la cantante, solo había que recordar la presteza y la puntualidad con la que había salido de la sombra de la farola en cuanto habían llegado. Decidió contestarle por tanto en la misma tónica; Lucía se daría perfectamente cuenta...

—Fue un detalle por tu parte —contestó con entusiasmo—. Estoy seguro de que Olga agradeció enormemente que fueras a verla. ¡Qué despiste por su parte no haberte invitado antes! Y respecto a la gran acogida de Lucrecia, para mí fue el éxito más deslumbrante que pueda imaginarse.

Lucía tuvo la sensación de no haber producido con su actitud la impresión deseada. Si bien no quería que Georgie —ni Riseholme— pensara que ella se sumaba a la adulación ciega de Olga, tampoco deseaba en modo alguno que su amigo le dijera a la cantante que no era así. Y, además, seguía queriendo saber el nombre de la princesa.

—Sin duda, querido Georgie, fue un gran éxito. Y qué voz, qué asombrosa, puro encanto. Como sabrás, yo soy muy crítica, pero no me importa reconocerlo. Sí, y su fiesta fue una delicia. Cuánta gente agradable... Por cierto, vi que estabas bromeando con la princesa.

Pepino, que dormía cuando Lucía había regresado por la noche y aún no la había

visto esa mañana, no sabía nada de la princesa.

—Anda, ¿y qué princesa era esa? —le preguntó a su mujer.

Pepino siempre fastidiando. Pero esa mañana el espíritu guía de Lucía —mejor que el pobre Abfu de Daisy— debía de estar muy atento a sus necesidades porque, apenas hubo formulado esa pregunta incómoda, sonó el teléfono. Lucía aprovechó para salir corriendo a responder, protestando por las fastidiosas interrupciones, y dejar que Georgie contestara.

—Sí, al habla la señora Lucas. ¿Covent Garden? Sí. Comuníqueme, por favor... Es la querida Olga. Seguro que es por La valquiria de la semana que viene...

Georgie sintió una onda cerebral. Tuvo la certeza de que, de haber sabido el nombre de la princesa, Lucía habría contestado al instante a la pregunta de Pepino. Se había fijado en que la noche anterior su amiga, a pesar de sus merodeos, no había conseguido ser presentada a la insigne dama, y le llegó a la cabeza la onda cerebral: Lucía ignoraba su nombre. También se dio cuenta de que esta no solo estaba prestando una atención desmedida al teléfono, sino que tampoco perdía ripio de lo que él decía. Si quería saberlo —y no le cabía la menor duda al respecto—, tendría que tragarse su orgullo y preguntarle directamente...

—Sí, mi querida diva, soy yo. No he podido pegar ojo, con Lucrecia toda la noche retumbando en mi cabeza. Una maravilla. ¿Me has llamado? —Se le cambió la cara—. ¡Oh, qué decepción que no puedas venir! Mira que eres mala. Voy a tener que regalarte una agenda para que apuntes las cosas...

El guía de Lucía volvió a aparecérselo, y a esta se le iluminó la cara con una luz que adquirió la dimensión de una radiación sobrenatural cuando escuchó las disculpas de Olga y la posterior propuesta.

—¿El domingo por la noche? Déjame que piense... Sí, el domingo estoy libre. Menos mal que es el domingo, porque el resto de noches las tengo ocupadas. Estupendísimo. ¡Y qué alegría poder volver a ver a la princesa Isabel! Adiós. —Colgó de golpe el auricular con aire triunfal—. ¿Qué me habías preguntado, Pepino? Ah, sí: era la princesa Isabel. Olga me ha insistido para que vaya a cenar el domingo y vuelva a coincidir con ella. ¡Qué mujer más agradable...!

—Yo creía que este domingo íbamos a ir a Riseholme... —comentó Pepino.

Lucía puso una pequeña mueca de desesperación.

—¡Ay, qué cabeza la mía! Soy yo la que tendría que llevar una agenda atada con una cadena. ¿Qué voy a hacer? No me gustaría decepcionar a Olga... Pero ve tú igualmente, Pepino. Sé que estás deseando una bocanada de aire campestre. Georgie te invitará a cenar una noche, estoy segura, y la otra irá a cenar contigo. ¿No, Georgie? ¡Qué bueno eres! Pero ¿quién podría ocupar mañana el lugar de Olga? Podría ser la señora de Garroby-Ashton. Ay de mí, son casi las doce, Sophy va a regañarme por hacerla esperar. ¡Cómo se va la mañana! Apenas he podido empezar a ensayar cuando ha llegado Georgie y ya casi ha pasado la hora y no he podido hablar con él. Del correo de la mañana no sé qué habrá sido. Pero insisto en que vayas a

tomar esa bocanada de aire campestre el domingo, Pepino. Yo estaré entretenida con todo lo que tengo pendiente.

Antes de salir, Lucía debía escribir sin falta una nota, de modo que mandó a Pepino que le enseñara el resto de la casa a Georgie mientras la garabateaba, la remitía al señor Stephen Merriall, a las oficinas de la *Evening Gazette*, y la mandaba entregar en mano. Justo acababa de terminar cuando llegó la señora Alingsby, y allá que se fueron juntas a una visita privada de la exposición de los poscubistas, donde se deleitaron con las obras de esos notables artistas. Había tantos retratos como paisajes, y por lo general era fácil distinguir los unos de los otros, porque un escrutinio cuidadoso revelaba en los primeros un ojo acá o una boca errabunda allá, y en los segundos un árbol o una casa. Lucía se mostró especialmente entusiasmada con un cuadro del puente de Waterloo, pero se había equivocado con el número del catálogo y resultó ser un retrato de la mujer del artista. Por suerte, no le había leído en voz alta a Sophy que se trataba del puente de Waterloo, aunque sí que había comentado algo sobre el río, pero pudo disimularlo fácilmente con los elogios.

—¡Qué maravilla cómo consiguen llegar a la mismísima alma de las cosas! ¿Qué era lo que decía Wordsworth? «El mismísimo pulso de la máquina». Palpitante, ¿no le parece?

La señora Alingsby era alta, extraña y vehemente, y vestía como un ave del paraíso a la que le hubiera pillado un vendaval, pero estaba muy bien relacionada. Tenía una larga melena lisa que le caía sobre la frente y a veces, incluso, se le metía en los ojos, e iba tocada con una gorra de *jockey* escarlata con un inmenso camafeo en la parte de delante. Abominaba de toda forma artística anterior a 1923, y de un buen montón de las posteriores. En música, por el contrario, era «primitiva», y creía que con Bach empezaba la decadencia. En literatura, su gusto iba más por los relatos sin relato y los poemas sin metro o significado. Pero había ido congregando a su alrededor un interesante grupo de proscritos, en el que los hombres parecían mujeres y las mujeres no se parecían a nada, y aunque nadie sabía nunca de qué conversaban, de ellos sí que se hablaba. Lucía había estado en una de sus fiestas, en la que todos se hacieron en una habitación con las paredes negras escuchando música italiana muy antigua de una espineta, mientras alimentaban con incienso un brasero de picón en una chimenea azul... La opinión general que tenía de ella Lucía era que en algún momento podía serle útil, pues no cabía duda de que suscitaba interés.

—¿Wordsworth? —preguntó—. ¡Ah, sí, ya sé de quién me hablas! El de los lagos de Westmoreland. Menudo aguafiestas. —Acto seguido, se caló sus grandes anteojos de asta para admirar el retrato de la mujer del artista y empezó a balancear el cuerpo con un movimiento circular—. ¡Maravilloso! ¡Qué ritmo! Sigismund es el más rítmico de todos. Tiene que retratarte. Te convertiría en algo divino. Un andante, o casi un adagio. El domingo va a venir a casa. Ven y te lo presento. Desayuno a las doce y media. Vegetariano con cócteles.

Lucía aceptó con avidez aquella invitación excepcional a una comida interesante

y progresista. En esas primeras semanas, se había propuesto experimentar. Pretendía atraer a su red todo aquello que pudiera de algún modo conferir distinción e ir ordenándolo por grados. No era una esnob en el sentido más estricto de la palabra; le habría causado gran descontento que su lista de visitas estuviera solo compuesta de gente de alta cuna. Esta, por supuesto, era una garantía —resultaba imposible equivocarse invitando a una duquesa a tomar el té, porque, dentro del gremio, una duquesa siempre daba distinción—, pero no habría bastado con tener duquesas: una merienda con todo el salón lleno de ellas habría sido un fiasco. Lo que ella quería era ser lo más de lo más, estar en la cresta, pero de la ola más brillante que cabalgaba el mar. Cualquier cosa que demostrara ser medianamente oleosa se prestaba a ser su presa, así como todo lo que mostrara algún indicio de convertirse en ola, incluso si entrañaba un almuerzo vegetariano con cócteles o cabía la posibilidad de que la pintaran como a la mujer del artista, con una ceja en una punta del cuadro y un emplasto con aspecto de coliflor disecada en el centro. Siempre había sido así: sin importarle lo que pudieran pensar los graciosos lugareños de su querido Riseholme, no había tenido problema en cautivar a un malabarista, a un profesor de yoga, a un geólogo o a un psicoanalista y exprimirlos hasta hacerlos estallar.

Pepino, sin embargo, no era de mente tan ágil. Había estornudado con el incienso en casa de Sophy y había roncado con las melodías primitivas de la espineta; esa fue toda la edificación que le procuraron. En consecuencia, aunque a Lucía no le importaba morir de cansancio, porque Pepino estaba viviendo una época muy interesante, no le supuso ningún problema que se fuera el domingo a descansar a Riseholme, mientras ella tomaba un almuerzo vegetariano con poscubistas y cenaba con una princesa. Se sentía literalmente incapaz de decidir qué esperaba con más ilusión: lo de la princesa era jugar a lo seguro, pero los poscubistas, si bien una apuesta más arriesgada, podían acabar siendo más gratificantes. Era imposible hacerse con el monopolio de una princesa —eran gentes demasiado independientes—, mientras que, por su parte, si el poscubismo acababa causando furor, ya se imaginaba la sala de música e incluso los famosos sillones estilo Chippendale pintados de negro y el cuadro de Sargent de la tía arrumbado en el desván. No podía convertirlos ella misma en el último grito de la temporada, porque —de momento— no era el árbitro supremo que había sido en Riseholme, pero, en caso de ponerse de moda, seguramente no dudaría en insinuar que ella era quien los había descubierto.

Entre la correspondencia y el teléfono, Lucía pasó una tarde extenuante y después se acercó a casa de la señora Sandeman para tomar un té, del que estaba más que necesitada. Allí descubrió que no hacía falta poner a la queridísima Aggie al corriente de la fiesta de la noche anterior en casa de Olga, porque ya había leído la *Evening Gazette*, donde aparecía un relato de la velada descrito con el estilo inigualable de Hermione. La cronista de sociedad se había encontrado la coqueta residencia de la *prima donna* en Brompton Square llena de amigos —sus tres íntimos—, que habían acudido para celebrar el enorme éxito de Lucrecia y para felicitar a la señora

Shuttleworth. Había estado la princesa Isabel, con sus maravillosas turquesas, que había charlado con el compositor, el *signor* Córtese —la princesa hablaba un italiano perfecto—, y, entre otros amigos, Hermione destacaba la presencia de la duquesa de Whitby, de *lord* Limpsfield, de la señora de Garroby-Ashton y de la señora de Philip Lucas.

Capítulo 5

EL misterio de aquella noche de viernes de la última semana de junio cobró dimensiones asombrosas en la mañana del sábado...

Era innegable que el viernes había llegado un coche a The Hurst proveniente de la estación, pero, con la oscuridad de la noche, no se sabía quién se había apeado de él. Con anterioridad, la mañana de ese mismo día, se habían limpiado diligentemente las ventanas de The Hurst. Esto último podía haberse atribuido al mero hecho de que necesitaban un buen repaso, pero si habían sido Pepino o Lucía en persona quienes habían llegado en el coche —de haber sido ambos, lo habrían hecho sin duda en su propio vehículo—, de seguro el ojo colectivo o el oído de Riseholme ya habrían detectado alguna señal de su presencia. El piano, sin embargo, no había sonado, de eso Daisy estaba segura; ni tampoco el timbre del teléfono requiriendo a nadie. Por lo demás, cuando miró por la ventana a eso de las diez y media de la noche, y una vez más al subir a acostarse, seguía sin haber luz en la casa. Pero alguien había llegado, y, puesto que las habitaciones del servicio daban a la parte posterior, probablemente solo se trataba de uno o varios criados. La curiosidad tenía tan inquieta a Daisy que había bajado y se había pasado un cuarto de hora desmatando para ver si Abfu podía decirle algo. No logró formular ninguna conjetura satisfactoria por su cuenta, y Abfu, tras escribir «museo» un par de veces, había recaído en su rauda e ininteligible árabe. No corrió a llamar a Georgie para pedirle ayuda en la resolución del acertijo porque quería hacerlo sola para poder luego contarle la solución.

Volvió a subir a su dormitorio y, tras hacer un par de respiraciones profundas y aplicarse alternativamente agua caliente y fría en los pies para propiciar la somnolencia, se sintió más despierta que nunca. Su mente obediente cabalgó a medio galope siguiendo rastros que no llevaban a ninguna parte, y se vio incapaz de encontrar alguno que llevase a algún lugar. De Lucía no se sabía nada nuevo, salvo lo que estaba al alcance de cualquiera que se gastase un penique en la Evening Gazette. No le había escrito a nadie, no había dado ningún tipo de señal y, salvo por la gaceta, en lo que a Riseholme respectaba, podía buenamente estar muerta. Pero la Evening Gazette les demostraba que estaba viva, dolorosamente viva, si daban crédito a Hermione. Se la había visto acá, allá y acullá en Londres: la cronista la había visto charlar con unos amigos por Hyde Park, compartir su palco con otros tantos en la ópera, de compras por Bond Street, en un partido de polo —¡caramba, pero si en sus tiempos no sabía distinguir un caballo de una vaca!— en Hurlingham, e incluso en una batea en Henley. También había dado recepciones en su nuevo hogar: almuerzos y veladas musicales, y había cenado en tantas casas que Daisy las había ido sumando con la esperanza de descubrir que había vivido más noches que noches había habido,

pero, para su gran decepción, las cuentas cuadraban. Por lo demás, Sigismund estaba pintándole un retrato, y a Riseholme ni le había escrito una palabra ni le había dejado ver siquiera un asomo de su persona... Por supuesto, Georgie la había visto cuando se quedó en casa de Olga, pero su relato había sido de todo menos tranquilizador. Había dicho que no le importaba cansarse tanto mientras Pepino estuviera disfrutando de Londres de esa manera. «¿Por qué entonces —pensó Daisy con una sensación de indignación incrédula— vino Pepino hace un par de domingos, él solo, y hecho unos zorros?».

—A eso lo llamo yo raro —masculló Daisy dándose la vuelta en la cama.

Todo era raro, y Pepino había estado igual de raro. Había cenado una noche en casa de Georgie, y al día siguiente este le había devuelto la visita en The Hurst, pero Pepino no había contado nada de Lucía que no hubiera pregonado ya Hermione a los cuatro vientos. Aparte de eso, no se le había visto el pelo en todo el domingo, salvo cuando la señora Antrobus, que se había sentido indispuesta en medio de los salmos del domingo por la mañana, había salido y lo había visto mirando de puntillas por la ventana del museo que daba a las antigüedades romanas. Para cuando el otro se percató de su presencia, la señora —que se sintió mucho mejor nada más salir al aire libre— se le había acercado bastante, y entonces, con tan solo un saludo de lo más escueto, como si ella formara parte del comité del museo, se había alejado a paso tan rápido que la mujer no había podido más que concluir que quería estar solo. También era raro, y de una honorabilidad dudosa, que hubiera curioseado por la ventana de esa manera, y resultaba evidente que se había ausentado de la iglesia a tal efecto, creyendo que nadie lo vería. Daisy no dudó ni por un momento de que había ido a espiar por órdenes de Lucía, y de que esta le había instruido para que se limitara a recabar información y no dijera nada, porque, aunque sabía que Georgie pertenecía al comité, se había cuidado mucho de no tocar el tema del museo en ambas cenas *tête-à-tête*. Era probable que hubiera iniciado su espionaje nada más empezar la misa, y si la señora Antrobus no hubiera sufrido aquel vahído providencial, nadie se habría enterado de nada. Por lo que sabían, quizá hubiese mirado por todas las ventanas para cuando lo vio, y conociera ya el contenido de todo el museo. Desde ese día, había sido inaugurado oficialmente por lady Ambermere, quien había prestado —que no donado— unos mitones que, según ella, habían pertenecido a la reina Carlota —era imposible demostrar lo contrario—, y luego el comité había colocado unas cortinas de lo más desconcertantes que pondrían fin para siempre al espionaje.

De aquel fisgoneo degradante hacía ya tres semanas —el domingo—, y por tanto Lucía debía de saber todo sobre el museo desde hacía tres semanas —el lunes—. Pero no les hizo llegar una sola palabra al respecto: no había exigido un puesto en el comité ni había donado el espetón isabelino que tan a menudo había hecho humear la chimenea de su sala de música, ni tampoco les había dicho cómo hacer las cosas de otra manera completamente distinta. Nadie que conociera a Lucía podía dudar de que tuviera un plan, una postura con respecto al museo, pero su política —que hasta la

fecha estaba envuelta en misterio— podía ser ignorada por completo y por los restos. Sería realmente terrible que pretendiera seguir ignorándolo, pero Daisy insistía en que alguien de su posición y de su personalidad dominante no sería capaz de semejante autodominio inhumano. No: pretendía hacer algo a su regreso, pero nadie acertaba a saber qué ni cuándo pensaba volver.

Daisy no paraba de dar vueltas en la cama mientras removía en su cabeza esos asuntos espinosos. Tenía claro que Lucía los castigaría por montar el museo en su ausencia y no pedirle consejo ni rogarle que fuera la presidenta, y que se la llevarían los demonios cuando supiera el éxito que estaba teniendo. Había empezado la temporada turística, cuando los charabanes pasaban en una procesión infinita por Riseholme, y grupos enteros acudían a visitarlo tras almorzar en el Ambermere Arms. Solo en la primera semana se habían contado ciento veintiséis visitantes, lo que suponía el correspondiente ingreso en chelines, sin contar los catálogos de seis peniques. Incluso el comité pagaba entrada cuando iban a ver su propia exposición, y se había montado una escenita cuando lady Ambermere, acompañada por un grupo de The Hall, había intentado entrar sin pagar con la excusa de que había prestado al museo los mitones de la reina Carlota. Georgie, que estaba colgando otro de sus cuadros, lo había oído todo y se había escondido detrás de una cortina. El muchacho encargado del torniquete de la entrada —que habían comprado por una nimiedad a un circo en bancarrota—, pese a estar temblando de miedo, se había negado rotundamente a dejarles pasar hasta que pagaran la cantidad estipulada, y poco le importó de quién eran los mitones que lady Ambermere había dado en préstamo, y cuando esta, tras embolsarse un catálogo sin pagarlo, lo había amenazado con informar de su actitud al comité, el intrépido muchacho la había perseguido sin parar de decirle: «Seis peniques, por favor, señora», hasta que alguien del grupo, para evitar montar un escándalo en un lugar público, le había entregado la insignificante cantidad. Y si Lucía pretendía entrar sin pagar, con la excusa de que Pepino y ella habían donado los cepos de tortura al concejo municipal, que a su vez se los había prestado al museo, estaba muy equivocada. Por fin, tras el esfuerzo de calcular a cuánto ascendería el total de los ingresos anuales si unas ciento veintiséis personas pagaban su entrada por semana, Daisy se sumió en un agitado sueño aritmético.

A la mañana siguiente —sábado—, el misterio de la llegada a The Hurst la noche anterior adquirió unas dimensiones desproporcionadas. Aunque se creía que solo había llegado una persona, no cabía duda de que por la puerta trasera de la casa habían entregado varias libras de salmón, docenas de huevos —«Docenas literalmente, que he visto la cesta», aseguró la señora Boucher—, dos pollos y una pierna de cordero, así como un sinfín de otras provisiones no identificadas; una auténtica cenefa de recaderos se desplegaba por la plaza. Incluso aunque el misterioso visitante fuera la propia Lucía, no podría comerse sola todo eso antes del lunes, a no ser que el revuelo y la mundanidad de su vida londinense le hubieran desatado extrañamente el apetito. Y, además, ¿por qué no había llamado ni a Georgie ni a

nadie, ni tampoco había abierto la ventana de su dormitorio en esa calurosa mañana? ¿O sería otra vez Pepino, enviado por ella para una cura de reposo y un atiborramiento de su cuerpo macilento? Pero, en ese caso, no se habría presentado por las buenas, sin algún asistente o similar para cuidarlo... Riseholme no salía de su asombro; sus poderes de razonamiento inductivo nunca se habían visto tan en jaque, porque, pese a todo lo que entraba en The Hurst, solo salían recaderos con cestas vacías. Georgie y Daisy estaban mirándose de hito en hito, sumidos en una ignorancia total, a ambos lados de la empalizada del jardín. Pero cuando, desesperados por no encontrar una respuesta, buscaron el consejo del oráculo de Abfu, este no les respondió más que en un árabe vacilante.

—¡Lo que demuestra —dijo Daisy apartando enojada la *planchette*— que ni siquiera él lo sabe, o no nos lo quiere decir!

Cuando llegó la hora de comer, el apetito en Riseholme era escaso —a excepción de aquel Gargantúa al que nadie conocía—. Pero el pueblo entero habría preferido morir de una muerte lenta y dolorosa antes que acercarse a The Hurst, llamar a la puerta y preguntar si la señora Lucas estaba en casa, con tal de que esta no pensara que tenían el más mínimo interés en cualquier cosa que hubiera hecho, estuviera haciendo o fuera a hacer.

A eso de las tres Georgie estaba en la plaza, enfrente de su casa, terminando el dibujo que, por desgracia, los asuntos del museo le habían obligado a descuidar. Lo había puesto bocabajo en el caballete y estaba extendiendo algo más de azul en el cielo cuando oyó el claxon de un coche. Al levantar la vista sin pensar, lo que vio le hizo torcer la mano tan violentamente que estampó un rayón de cobalto en medio de su casa de ladrillo rojo: el auto de los Lucas se había detenido delante de The Hurst, a menos de cien metros, y de él se apeaban Lucía y Pepino. Su amiga le ordenó algo al chófer y luego, sin reparar en él —o tal vez no queriendo verlo—, siguió a su marido a la casa. Georgie se paró lo justo para quitar como pudo el grueso del cobalto de la casa, y luego corrió a la de Daisy y le contó lo que había pasado.

—¡No! —exclamó su vecina, y ambos volvieron a salir juntos y se apostaron bajo la sombra de la morera para ver qué sucedía a continuación.

El árbol se había recuperado de la poda radical —de modo que no era esa la muerte que Abfu había anunciado— y les daba buen cobijo.

Pero no sucedió nada.

—Es imposible —dijo Daisy hablando en una especie de murmullo conspirativo—. Ya me resulta raro que se haya presentado aquí sin avisar a nadie, pero ahora seguro que llama.

Georgie se devanaba los sesos.

—Lo que va a pasar ahora es que los criados llegarán de la estación con el equipaje. Estarán aquí en cualquier momento; acabo de oír el silbido del tren de las tres y veinte. Ellos han venido en coche.

—No me extrañaría. Pero, aun así, ¿qué hay de los pollos y de esa enorme

cantidad de huevos? Georgie, tuvo que ser la cocinera la que llegó anoche (ellos cenaban fuera) y encargó todas esas provisiones esta mañana. ¡Pero había suficiente para una semana! Y tres pintas de nata, me han dicho, y hielo como para montar una pista de patinaje y...

Fue entonces cuando Georgie tuvo una revelación que recordaría para siempre. Iba más allá del razonamiento inductivo.

—Va a dar una fiesta de fin de semana para algunos de sus amigos elegantes de Londres —dijo lentamente—. Y no nos quiere en ella.

Daisy parpadeó ante aquel descubrimiento asombroso. Acto seguido miró con desconfianza hacia The Hurst.

—¡Esa mujer! ¡Y su pelo a lo *garçon* y sus aljofares! No hace falta más.

Al cabo de un minuto llegó el coche de la estación con una pirámide de maletas. De él bajaron cuatro personas: tres mujeres y un hombre.

—El mayordomo —dijo Daisy y, sin mediar más palabra, regresó a la casa para preguntarle a Abfu al respecto. Este se manifestó al instante y escribió un «esnob» que ocupó toda la página.

No había razón para que Georgie no terminase su dibujo, de modo que volvió a su sitio y empezó a quitar el resto del cobalto sobrante. Estaba tan convencido de la veracidad de su profecía que se limitó a dejar que se cumpliera por sí misma, y en la siguiente hora trabajó más absorto que nunca en su obra. Sabía que Daisy había salido de la casa a paso rápido, y se la imaginó encaminándose a difundir la noticia y a predecir lo que seguiría. Aunque, más allá de estar segurísimo de que iba a llegar un grupo de Londres para el fin de semana, no podía hacerse una idea de en qué acabaría todo aquello. Cabía la posibilidad de que Lucía los invitara a cenar a él o a Daisy o a algún otro de sus viejos amigos, pero, de haber querido hacerlo, ya lo habría hecho... La única alternativa posible era que pensara ignorar a todo Riseholme en bloque. Pero, poco después de la llegada del tren rápido de Londres a las cuatro y media, su profética calma empezó —al fin y al cabo, era humano— a sentirse violentamente zarandeada, y fue a tomarse el té ante la ventana del salón de visitas, que tenía una buena vista al jardín delantero de The Hurst, dejando a mano sus binoculares. Era una ventana grande y en arco desde la que se veía claramente el telescopio de bronce de Robert oteando por la ventana correspondiente de la casa vecina.

Una vez más, se oyó el claxon de un coche y, a continuación, apareció el auto de los Lucas por la verja. De él se apeó la señora de Garroby-Ashton, seguida de aquella insólita criatura radiante que había llevado a Lucía a la visita privada de los poscubistas. Georgie no podía pararse en esos momentos a rebuscar en su cerebro el nombre olvidado, pues la observación era su principal preocupación, y de repente vio al lado a lord Limpsfield, a quien había conocido en la fiesta de Olga. Por último apareció un hombre de mediana edad, alto y delgado, enfundado en unos pantalones Oxford, por el que Georgie sintió al instante un profundo recelo. Tenía una espesa cabellera cobriza, pues no llevaba sombrero, y hacía muchos aspavientos al hablar. Se

cubría los hombros con una pequeña capa. Lucía salió entonces de la casa dando saltitos con su falda corta y su pelo a lo *garçon*, y todos se pusieron a hablar, se besaron, pegaron grititos y señalaron en distintas direcciones, hasta que pasaron del jardín al interior de la casa. La puerta se cerró y el extremo del telescopio de bronce de Robert desapareció.

Estos penosos acontecimientos acababan de ocurrir cuando sonó el teléfono de Georgie. Podía ser Daisy para comparar notas, pero también Lucía, para invitarlo a tomar el té. La idea lo desgarró por dentro: una lasciva curiosidad lo tentaba poderosamente a ir, pero la dignidad lo disuadía. Barajando todavía ambas opciones, se dirigió hacia el aparato, que seguía sonando. Estaba seguro de que era Lucía, y ¿qué diablos iba a decirle? Se quedó allí parado tanto rato que Foljambe entró corriendo en la habitación, creyéndolo ausente.

—Mira a ver quién es, Foljambe.

La camarera cogió el auricular con una calma pasmosa.

—Conferencia.

Georgie se pegó el aparato a la oreja y, al poco, escuchó una voz conocida.

—¡No! ¿Eres tú? ¿Qué pasa?

—Voy a ir mañana por la mañana en coche —le dijo Olga—, y es probable que me acompañe la princesa Isabel, aunque todavía no me lo ha confirmado. Pero cuenta con ella, a no ser que te llame mañana para decirte lo contrario. ¿Serías tan amable de recibirnos para comer? Porque vamos a llegar más bien tarde. Y luego ya vienes tú a cenar a casa. Mucha prisa. Adiós.

—¡No, espera! ¡No cuelgues! —chilló Georgie—. Por supuesto que sí, pero tengo que contarte que Lucía acaba de aparecer con un grupo de Londres y no nos ha invitado a ninguno.

—¡No! Entonces no le digas que voy. Se ha convertido en una pesada. Todos los días me invita a comer y a cenar. ¡Pero qué emocionante, Georgie! ¿A quién ha llevado?

De pronto le vino a la cabeza el nombre de la insólita fémina radiante.

—A la señora Alingsby.

—¡Caray! ¿Y a quién más?

—A la señora de Garroby-Ashton...

—¿Cómo?

—Ga-rro-by Ash-ton —dijo Georgie separando las sílabas—. Y a lord Limpsfield, y a un hombre alto con el pelo cobrizo y pantalones Oxford.

—Cualquiera diría que es tu doble. ¿Y tiene una pequeña capa como la tuya?

—Sí —contestó con cierta frialdad.

—Creo que puede ser Stephen Merriall —concluyó Olga tras una pausa.

—¿Y quién es ese?

—El amante de Lucía —dijo Olga recalcando mucho las palabras.

—¡No!

—Pues claro que no. Pero no se separa de ella. En realidad creo que es Hermione, pero no estoy segura. ¡Georgie, vamos a pasar un domingo antológico! Adiós, mañana entre las dos y las tres para comer y entre dos y tres para comer. Menudo chismoso estás hecho. —Oyó la risa exquisita de su amiga, seguida del clic del auricular.

Georgie estaba demasiado emocionado incluso para resollar. Se quedó muy quieto mientras respiraba lentamente. Lo alegraba, pues suponía un honor para Riseholme que tal vez fuera a comer a su casa una princesa, pero, quitando eso, habría preferido mil veces que Olga apareciera sola. El «affaire Lucía» era mucho más emocionante que cualquier otra cosa, pero quizá no fuera del interés de la princesa Isabel, y entonces se verían obligados a hablar de otras cosas más aburridas, como reyes y cortes... De pronto dio un respingo en la silla: solo había una pata de cordero y tarta de manzana para la comida del domingo, nada más. ¿Qué iba a hacer? A esas horas todas las tiendas estarían cerradas.

Llamó a Foljambe.

—Mañana viene la señorita Olga a comer y, posiblemente..., puede que una amiga. ¿Qué vamos a hacer?

—Que yo sepa a nadie le disgustan una pata de cordero y una tarta de manzana —dijo con severidad la camarera.

Dicho de esa forma, a Georgie le pareció una verdad innegable, de modo que se esforzó por apartar el asunto de su mente. Pero no podía parar quieto: ¡era todo tan emocionante! Así que, después de cambiarse los pantalones Oxford para minimizar cualquier parecido con el odioso señor Merriall, salió para darse un garbeo por la plaza, desde la cual, no importaba el ángulo, podía seguir cualquier progreso importante en The Hurst. Todo Riseholme estaba haciendo lo propio, y el paseo se vio interrumpido por muchas y agradables paradas. Ya se sabía que Lucía y Pepino habían llegado al pueblo, que los criados y el equipaje aparecieron a las tres y veinte, y que el coche de Lucía había ido al encuentro del tren de las cuatro y media y había vuelto cargado de gente apasionante. En consecuencia, Georgie se vio muy solicitado porque era el único que estaba en posición de proporcionarles los nombres de toda esa gente apasionante, y además podía divulgar una primicia: Olga llegaba al día siguiente y comería con él en su casa, y luego él iría a cenar a la suya. No dijo nada de una posible princesa. Si al final no aparecía, todos abrigarían la vaga sospecha de que se lo había inventado. En cambio, si acudía, sin duda firmaría en su libro de visitas y todos podrían verlo con sus propios ojos.

El resentimiento contra Lucía alcanzó cotas altísimas, y, como siempre que Riseholme sentía algo en su fuero interno, poco se dijo en voz alta, si bien se dejaba ver en las caras tensas y enfadadas y en las bocas parlanchinas de muchas parejas. Pero más alto aún llegó la curiosidad, así como las conjeturas sobre qué haría Lucía o

qué dejaría de hacer Olga. Todavía no habían recibido ninguna señal de The Hurst: no habían invitado a un alma a comer, cenar o siquiera al té. Desde luego, si Lucía parecía avergonzarse de la alta sociedad de Riseholme ante sus amigos importantes, sin duda la alta sociedad de Riseholme estaba igualmente avergonzada de ella...

Y entonces un silencio mortal recayó sobre tales discusiones, e incluso quienes caminaban más rápido impulsados por la indignación se detuvieron en seco: de la puerta delantera de The Hurst salió un río de «gente apasionante» acompañada por sus anfitriones. Estaban Lucía, sin sombrero, con su pelo a lo *garçon* y su falda corta, y el Ave del Paraíso, la señora de Garroby-Ashton, Pepino, lord Limpsfield y el señor Merriall, todos enfrascados en animadas conversaciones salpicadas de ocasionales estallidos de risas sardónicas. Atravesaron a paso lento la plaza, camino del pequeño estanque en torno al cual estaba reunido todo Riseholme, pasando a menos de cincuenta metros de ellos y, ni aunque Lucía hubiese sido la mismísima Gorgona, habría dejado a Riseholme más petrificado. También ella pareció no reparar en ellos, tan absorta iba en la charla, y siguió caminando con el grupo en dirección al museo. Justo cuando pasaban por delante de la casa del coronel, la señora de este salió en su silla de ruedas y, sin aminorar un ápice la marcha, atravesó por en medio del apasionante gentío. Después se detuvo en un lateral de la plaza, bajo el gran olmo.

El grupo entró en el museo. Como las ventanas estaban abiertas pudieron escuchar los estallidos de risa que les llegaban desde el interior. La cosa se alargó unos diez minutos y luego... volvieron a salir todos juntos. Algunos llevaban catálogos, y el señor Merriall iba leyendo uno en voz alta.

—Un par de mitones de estambre —anunció—, pertenecientes a la reina Carlota, donados por lady Ambermere.

—¡Por favor —dijo Lucía—, no te rías de nuestro pequeño museo, Stephen!

Mientras volvían sobre sus pasos bordeando la plaza, Riseholme recobró la movilidad. Lucía había dejado clara su posición con respecto al museo. Georgie se acercó a la silla de la señora Boucher, que tenía la cara rojísima y las manos temblorosas.

—Buenas tardes, señor Georgie. Otro grupo de forasteros, por lo que veo, visitando el museo. Parecen gente muy rara. Espero que no echemos nada en falta. ¿Alguna novedad?

Era una manera muy digna de tomárselo, y Georgie respondió con el mismo talante.

—Nada de nada, que yo sepa, salvo que Olga viene mañana.

—¡Qué buena noticia! Ella siempre es bienvenida en Riseholme.

Daisy se les unió.

—Buenas tardes, señora Quantock. ¿Alguna novedad?

—¡Y tanto! —dijo Daisy casi sin aliento—. ¿No los habéis visto? ¿A Lucía y su pandilla?

—No —negó rotunda la señora Boucher—. Seguramente estará en Londres.

¿Algo más?

Daisy lo captó al instante: ignorar por completo la presencia de Lucía en Riseholme era una maniobra cuando menos noble.

—Me habré equivocado. Ah, por cierto, mi morera se está recuperando bastante bien.

—¡No! —exclamó la señora Boucher al más puro estilo riseholmense—. Me alegro. Me atrevería a decir que la poda le hizo bien. Y el señor Georgie acaba de contarme que nuestra querida Olga, ¿o debería decir la señora Shuttleworth?, viene mañana, aunque todavía no me ha dicho a qué hora.

—Entre las dos y las tres, me dijo —contestó Georgie—. Viene en coche y se pasará a almorzar en cuanto llegue.

—¡Claro! Entonces te aconsejo que prepares algo frío, que no se estropee con la espera. Un poco de fiambre de cordero asado, por ejemplo. No hay nada mejor en un día caluroso.

—¡Qué buenísima idea! Yo iba a servirlo caliente, pero eso es mucho mejor. Mandaré que lo hagan esta noche.

—Y una buena ensalada de tomate —sugirió la señora Boucher—. Y si no te quedan, yo puedo darte alguno. Que venga a casa Foljambe y yo te la mando de vuelta con media docena de tomates maduros.

Georgie se apresuró a regresar para poner en marcha esas nuevas disposiciones y, cuando el coronel Boucher se alejó con Piggy, su mujer pudo hablar sin tapujos con la señora Quantock... Y bien que lo hizo.

Lucía, que a la mañana siguiente se despertó muy temprano, había pasado la noche con una conciencia intranquila como compañera de cama, y se valió de lo que le parecieron unos argumentos muy razonables para acallarla. No habría tenido sentido escribirle ni a Georgie ni a nadie para contarles que iba a llevar a unos amigos el fin de semana y que estaría ocupada con ellos todo el domingo. Con tantos invitados, tampoco iba a tener tiempo de tocar duetos con su vecino, ni de asistir a una exhibición de güija de la pobre Daisy, ni de tomar el té con la señora Boucher, que se pondría a contarles largas historias de interés meramente local que en ningún caso entretendrían a gente como lord Limpsfield o la rara de Sophy. Había sido muy sabio por su parte mantener separado Riseholme de Brompton Square: no combinaban bien. Además, como sus huéspedes se iban el lunes por la mañana y ella tenía planeado quedarse hasta el martes, pretendía ser a partir de entonces extremadamente amable, evitando toda condescendencia. Invitaría a un par de vecinos a comer, y a otro par a cenar, y le dedicaría a Georgie una hora entera de duetos. Por supuesto, si Olga estuviese en Riseholme, sí la habría avisado para que fuese el domingo, pero no contaba con ella porque había tenido función la noche anterior. Lucía había hablado de la soprano sin parar durante la cena, dando la

impresión de que se pasaban la vida la una en la casa de la otra, tanto en el pueblo como en la ciudad, y había lamentado su ausencia.

—¡Qué lástima! —había dicho—. La querida Olga adora cantar en mi sala de música. Nunca olvidaré el día que se pasó por una fiestecita que había organizado en el jardín y nos agasajó con el despertar de Brunilda. ¡Hasta tú, querida Sophy, con tu pasión por lo primitivo, lo habrías disfrutado! Y cantó aquí Lucrecia, antes de hacerlo para el gran público. Córtese vino a traerle la partitura en cuanto la tuvo terminada... Ah, aunque creo que eso fue en su casa, estábamos solo Pepino y yo, y tal vez un par de personas más... Si hubiera venido, la habríamos tenido aquí mañana todo el día...

Así, una vez que hubo planeado tener esos detalles con Riseholme el lunes, Lucía se sintió mucho más tranquila respecto a la displicencia que pensaba seguir mostrando ese día, y entonces su conciencia sacó a colación el tema del museo. En eso se defendió con uñas y dientes: ella no sabía nada del museo —salvo por lo que había visto Pepino por la ventana hacía unos domingos—. No le habían consultado al respecto y tampoco pertenecía al comité, y era de lo más normal que llevase a sus amigos a verlo. Ella no podía impedir que estallaran en risas al ver los mitones de la reina Carlota o las cañerías de Daisy, de la misma forma que no podía evitar unirse a esos estallidos de risa, porque sin duda era la colección de basura más ridícula que jamás se había reunido: una urna de cristal con los mitones reales, una montaña de fósiles igualitos a los que ella había extraído con un simple pico en la vieja cantera, algunos fragmentos de cristal —esperaba más sensatez por parte de Georgie—, unas cuantas colchas, una docena de monedas prestadas —¡solo prestadas!— por la pobre Daisy... De hecho, el único objeto que despertaba cierto interés eran los cepos de tortura que Pepino y ella habían comprado para la plaza del pueblo. Ya se encargaría de ese asunto cuando volviera en agosto. Les obligaría a devolverlos a su sitio. Y luego estaba/el catálogo: ¿cómo no reírse con un catálogo que describía con el lenguaje más pomposo del mundo el contenido de aquel vertedero? No tenía nada por lo que inquietarse. Y en cuanto a la señora Boucher, que había atravesado el grupo sin siquiera un arqueado de cejas a modo de saludo, ¿qué importaba? Tampoco ella le había dedicado ningún arqueado de cejas a la dama: de haberlo hecho, la señora Boucher se habría parado a contarles a todos historietas sobre sus espárragos o sobre que su Elizabeth le había roto una bandeja. Sin embargo, había que reconocer que era bastante raro que la señora Boucher no se hubiera parado..., y ¿no era raro también que, a pesar de haber visto por el rabillo del ojo que todo Riseholme estaba en la plaza en esos momentos, nadie le hubiera hecho el menor gesto de bienvenida? Ciertamente que prácticamente los había rehuido —si a una acción realizada a cincuenta metros de distancia podía llamársele rehuir—, pero no estaba tan segura de que le gustara ser ella el objeto de esa misma acción. Probablemente no significaba nada, simplemente habían visto que estaba ocupada con sus amistades y, con muy buen criterio, no habían querido entrometerse.

Aunque la mayoría de sus invitados prefirieron desayunar en sus habitaciones, a

media mañana ya habían bajado todos. Lucía había traído el retrato que le había pintado Sigismund, que Sophy calificó como una obra maestra del adagio. Estaba aconsejándole que despejase el resto de cuadros de la sala de música y lo colgara allí solo, como un prodigioso movimiento lento, cuando entró el señor Merriall con el periódico del domingo.

—Anda, ha llegado el diario. ¿No os parece de lo más riseholmense? Aquí nunca nos llega el dominical hasta mediodía.

—Más vale tarde que nunca —terció el señor Merriall, que estaba enviciado con los dichos y los refranes—. Acabo de leer que la señora Shuttleworth viene hoy. Anda, invítala a cenar, a ver si nos canta algo.

Lucía hizo una pausa de un segundo y luego dio una palmada.

—Ah, ¡qué divertido sería! Pero no sé yo si será cierto. La querida Olga se pasó..., ¿o fui yo la que me pasé por su casa?, ayer por la mañana, en la ciudad, y no me dijo nada. Seguramente aún no había decidido venir. Por supuesto, la llamaré en cuanto llegue y le reñiré por no haberme dicho nada.

Lucía se enteró por la guardesa de Olga que esperaban que llegara con una amiga, pero la mujer también sabía que no podrían ir a almorzar con ella porque habían quedado a comer en casa del señor Pillson. No podía «decirle con seguridad» quién era la amiga, pero le prometió que le daría el recado de que la señora Lucas esperaba que ambas fueran a cenar... Lo siguiente era llamar a Georgie y comportarse como un dechado de cordialidad.

—Georgino mío? ¿Es el nene?

—Sí. —No tuvo que preguntar quién era, ni tampoco estaba por la labor de hablar como un crío.

—Georgino, ayer no te vi en todo el día. ¿Por qué no viniste a verme?

—Porque no me invitaste —dijo con firmeza Georgie— y porque nunca me avisaste de que venías.

—Ay, lo chiento mucho. Pero la nena ha estado muy liada y atareada en la ciudad. ¡Una delicia estar de vuelta en Riseholme!

—Una delicia.

Lucía hizo una pausa antes de preguntarle:

—¿Georgino ya no me quiere?

—En absoluto —dijo él alegremente—. ¿Por qué?

—No, por nada... Y ya me he enterado de que Olga va a ir a tu casa a comer con una amiga. Tenía la esperanza de que pudieran venir a cenar conmigo esta noche. Y pásate tú luego. Ya somos ocho, si no te invitaría a ti también a la cena.

—Muchas gracias, pero vamos a cenar en su casa.

Una pausa.

—Bueno, pues entonces venid los tres a casa. Es una gente divertidísima... Te haré un hueco.

—Me temo que no puedo aceptar por Olga. Y voy a cenar con ella, como te he

dicho.

—Bueno, ¿y por qué no venís después de comer? ¿O para el té?

—No sé qué les va a apetecer hacer, pero se lo diré.

—Eso. Luego llamaré, a la hora de comer, para charlar con la niña Olga. ¿Quién es la amiga?

Georgie vaciló, pero concluyó que lo mejor era no revelarlo todavía. Ya se enteraría a su debido tiempo.

—Oh, nadie... Alguien con quien puede que venga —dijo, y colgó.

Lucía empezó a olerse un ligero misterio, y no le gustaban nada salvo cuando los sembraba ella misma. La guardesa de Olga no podía «decirle con seguridad» y Georgie —Lucía sí lo sabía con total seguridad— no quería hacerlo. Volvió pues con sus invitados y, con mucha prudencia, les comunicó que Olga aún no había llegado y después les regaló los oídos con un relato maravilloso de su cena íntima con Olga y la princesa Isabel. ¡Qué mujer tan encantadora y divertida! Tenía que presentarles a la princesa Isabel algún día, cuando volvieran a la ciudad...

Lucía y sus invitados, a excepción de Sophy Alingsby, que siguió tocando al piano melodías primitivas con un solo dedo, fueron a dar un paseo por la plaza antes del almuerzo. La señora Quantock pasó de largo con el gesto torcido y, por supuesto, todos quisieron saber cómo era aquella Reina Roja de Alicia en el país de las maravillas. Lucía los amenizó con una brillante exégesis de la tabla de güija y la historia de la morera de la pobre Daisy.

—Son todos un encanto. ¡Pero para morirse de la risa! Y luego no tuvo otra cosa que hacer que plantar brócoli en vez de polemonios. Estas cosas solo pasan en Riseholme. Tenéis que venir todos en agosto y quedaros una temporadita, así os introduciremos en la vida local. Yo lo adoro, ¡es que lo adoro! Siempre hay algo emocionante que nos tiene arrebatados... Y el vecino de al lado es Georgie Pillson. ¡Un buenazo! Lo tengo en un altar. Borda, y fue él quien donó los cristalitos rotos al museo. Y al final de la calle está la casa de mi querida Olga...

Justo cuando Lucía mandaba un beso con la mano hacia Oíd Place, su ojo de halcón divisó un coche que se dirigía a casa de Georgie. Cuando se bajaron dos mujeres, no tuvo dudas sobre su identidad. En cuanto abrieron la puerta de la verja, el anfitrión salió a la entrada principal como el cuco de un reloj e hizo una profunda reverencia. Al ver todo aquello, Lucía se quedó un momento petrificada, pero no tardó en recobrar la compostura y dar media vuelta bruscamente.

—Bueno, será mejor que volvamos a casa —dijo con una voz algo ahogada—. Es hora de comer.

El señor Merriall no se volvió tan rápido, se quedó observando las tres figuras en la puerta de Georgie.

—A veces las apariencias engañan, pero ¿no son esas Olga Shuttleworth y la princesa Isabel?

—¡No! ¿Dónde? —dijo Lucía mirando al lado contrario.

—Acaban de entrar en esa casa..., la de Georgie Pillson, ¿no se llama así?

—No será verdad... ¡Qué tonta, no las he visto! ¿Me acerco ahora? No, creo que mejor las llamo luego, a no ser que cuando llegemos ya me hayan llamado ellas.

Aunque intentaba capear el temporal como podía, no se la veía nada cómoda. Todo parecía una intriga contra ella, no podía ser de otro modo: Olga no le había dicho que iba a ir a Riseholme y Georgie no había querido contarle que la princesa Isabel era la amiga que la acompañaría. Con todo, aún podría pensar una estrategia durante el almuerzo. Sin embargo, si bien habló sin parar y con bastante sarcasmo sobre Riseholme, no volvió a decir una palabra más sobre la *prima donna* y la princesa...

A Lucía le habría agradado saber —o tal vez no— lo mucho que había dado que hablar, y con qué locuacidad, durante el selecto almuerzo en casa de Georgie. En esa última semana la princesa Isabel —en esos momentos con la boca atiborrada de tomates de la señora Boucher— había sido víctima de un bombardeo constante por parte de Lucía y había sabido de buena tinta que esta iba llamándola por ahí «Isabel, la querida princesa Isabel».

—Y no pienso ir a su casa —sentenció—. Esto es un país libre, y yo elijo no ir a su bonita morada. No dudo de que sea muy buena persona. Pero cuénteme más cosas de ella, porque me tiene fascinada. Igual que vuestro Riseholme. Estaba usted hablándonos del museo.

—Sí, Georgie, sigue contándonos lo del museo —lo animó Olga.

—Bueno, como os iba diciendo: igual que entraron, salieron todos juntos, y uno iba leyendo en voz alta mi catálogo (lo redacté yo) y, entonces, todos estallaron en risotadas.

—Pero a lo mejor es porque el catálogo es muy gracioso, Georgie —sugirió Olga.

—No lo creo. El señor Merriall estaba leyendo el texto de los mitones de la reina Carlota que nos donó lady Ambermere.

—¡No!

—¡Interesantísimo! Era tía mía, bueno, tía segunda, creo, ¿no era eso? No, mi tía abuela..., eso es. Vayamos luego al museo a ver los mitones. También quiero conocer sin falta a la dama que asesina moreras. Olga, ¿puedes pedirle que se traiga la *planchette* y sus profecías?

—Georgie, llama a Daisy e invítala a tomar el té en mi casa. Tenemos que desmolar.

—Y que dar un paseo en coche, y que pasear por la plaza, y quiero comer más de esta rica tarta de manzana.

Georgie acababa de levantarse para llamar a Daisy cuando Foljambe entró con la noticia de que la señora Lucas estaba al aparato y que quería hablar con Olga.

—Anda, dile que estamos comiendo todavía, haz el favor, Foljambe. Que deje un

recado. ¿Y has dicho que Stephen Merriall también está, Georgie?

—No, lo dijiste tú. Yo solo te lo describí.

—Bueno, estoy casi convencida de que es él, pero podrías pasarte en algún momento de la tarde para averiguarlo. Si es así, tiene que ser Hermione, que siempre escribe sobre Lucía en la Evening Gazette. ¡Para morirse! Ya sabes, Georgie, tienes que acercarte unos minutos para asegurarte.

Foljambe volvió para preguntar si la señora Lucas podía pasarse por allí a presentarle sus respetos a la princesa Isabel.

—Qué amable por su parte, pero no querría molestarla... —contestó la princesa.

Foljambe se retiró y apareció una tercera vez con una sonrisa firme pero alicaída.

—La señora Lucas llamará a la señora Shuttleworth dentro de un cuarto de hora.

La princesa se terminó la tarta de manzana.

—Y, ahora, vayamos a ver ese museo.

Georgie se quedó en casa para llamar a Daisy y explicarle a Lucía, cuando volvió a llamar, que Olga había salido y que él iba a ir de visita a The Hurst. Creer que todo este asunto no le divertía habría sido malinterpretarlo de cabo a rabo. Lucía se había presentado en el pueblo con su grupo de gente elegante y no les había hecho el menor caso a los riseholmenses, y ahora dos personas un millón de veces más elegantes habían aparecido al mismo tiempo, gracias a una coincidencia claramente providencial, y no estaban haciéndole el menor caso a ella. En lugar de eso, estaban codeándose con gente como él y Daisy, a quienes Lucía había dado de lado. Además, se había reído del museo, sobre todo del catálogo y de los mitones, y ahora la sobrina nieta de la dueña de la prenda en cuestión había ido a echarle un vistazo. Aquello era un buen pescozón, es más, todo lo era, y Lucía se lo tenía bien merecido.

Lo hicieron pasar a la sala de música y, antes de que Lucía y el señor Merriall entrasen a toda prisa, tuvo el tiempo justo de ver, encima del escritorio, un sobre impreso dirigido a la Evening Gazette.

—Georgino mió! —dijo con efusividad Lucía—. ¡Qué bien que hayas venido! Pero ¿no has traído contigo a las damas? Ah, este es el señor Merriall.

«Hermione, de la Evening Gazette, queda demostrado», pensó Georgie.

—Han creído que ya eráis muchos —dijo con opulencia. (Ahí iba otro pescozón).

—¿Era la princesa Isabel a quien he visto en su puerta? —preguntó el señor Merriall mirando sin querer de reojo hacia el escritorio. (Lucía no la había mencionado desde entonces).

—¡Ah, sí! Han venido en coche y hemos picado algo ligero.

—¿Qué les has puesto? —preguntó Lucía olvidándose por un momento de sus angustias.

—Bah, solo cordero frío y tarta de manzana.

—¡No! Tendrías que haberlas traído a comer aquí. Ay, Georgie, mi cuadro, ¡mira!

Es de Sigismund.

—Ah, fíjate. ¿Qué es?

—*Cattivo!* ¿No ves que es un retrato mío? Sigismund, como sabrás, causa furor en Londres. Todo el mundo anda loco por que lo pinte.

—Y ponen cara de locos cuando lo hace. El mundo está loco, señores míos.

—¡Niño malo! ¿No te parece maravilloso, Georgie?

—Sí. Supongo que es muy audaz. Sin duda lo es, muy audaz.

—Me gustaría enseñárselo a la querida Olga, y seguro que a la princesa también le interesará. El otro día, cuando fui a comer con Olga, estuvo hablando de arte moderno. Me pregunto si vendrán a tomar el té, o a cualquier otra hora.

—Me temo que lo veo complicado, porque ha invitado a Daisy Quantock a tomar el té y vamos a desmolar. Y también quieren dar un paseo en coche en algún momento.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Lucía. Era horrible tener que enterarse del paradero de sus amigas íntimas por boca de Georgie, pero ¿cómo, si no, iba a averiguarlo?

—Han ido al museo. Estaban muy interesadas.

El señor Merriall hizo un aspaviento, muy parecido a los que hacía Georgie.

—¡Ay, ese museo! ¡Y esos mitones! ¿Me recuperaré algún día de tal visión? Lucía dice que va a donar el próximo cordón de zapato que se le rompa.

—Sí. Precisamente la princesa tenía especial interés en ver esos mitones. La reina Carlota era su tía abuela. Les conté la gracia que os hicieron a todos los mitones.

Lucía había estado presionándose un dedo contra la frente, en un gesto de concentración. Se levantó para volver con el resto de sus invitados.

—¿Pasamos al jardín? —preguntó, y se escabulló de la sala.

—Así que van a hacer una sesioncita con la güija —comentó el señor Merriall—. A mí la güija me tiene fascinado. Se producen fenómenos realmente curiosos. Extraños pero ciertos.

A Georgie le vino otra idea. Lucía no había aparecido al otro lado de la ventana que daba al jardín, de modo que fue a escudriñar por la que miraba a la plaza: allí estaba, caminando derechita hacia el museo.

—Es maravillosa, sí —le dijo al señor Merriall—. La verdad es que aquí también hemos tenido unos resultados muy curiosos.

El señor Merriall estaba moviéndose con mucha delicadeza por la estancia, mientras Georgie se preguntaba si sería posible convertir unos pantalones Oxford en unos normales. Era un horror pensar que Olga, aunque en broma, hubiese sugerido que aquel hombre era su doble. Y además estaba también lo de la capa...

—Reconozco que su Riseholme me tiene encandilado.

—Todos lo adoramos —dijo Georgie sin prestarle mucha atención, concentrado como estaba en el avance de Lucía por la plaza. ¿Las alcanzaría en el museo o ya se habrían ido? Su silueta y sus piernas relucientes se fueron haciendo cada vez más

pequeñas y, por fin, atravesó la carretera y se perdió tras el seto que rodeaba la colecturía.

—Parece todo tan hogareño e íntimo... «Hogar, dulce hogar», diría yo... Nos han estado contando que la señora Shuttleworth adora cantar en esta sala.

Al instante Georgie volvió a subir la guardia. Era justo y necesario que tarde o temprano Lucía recibiera un escarmiento, y por supuesto sería de dominio público en Riseholme, ya que sería el propio pueblo quien se lo administrara. Pero otra cosa bien distinta era hacerla quedar mal delante de gente de fuera.

—¡Ah, sí! Canta aquí muy a menudo. Nos pasamos el día entrando y saliendo de las casas de los demás. Pero ya es hora de que vaya volviendo a la mía...

El señor Merriall estaba deseoso de que lo invitaran a la pequeña sesión de güija en casa de Olga. Hasta el momento su anfitriona no había tenido mucha suerte en su intento por pescar a alguna de las personalidades ilustres que visitaban el pueblo, pero no perdía nada por probar...

—¿No podría llevarme a casa de la señora Shuttleworth para el té? —preguntó.

—No, me temo que no podría hacer algo así. Adiós. ¡Espero que nos veamos pronto!

Entretanto Némesis había estado pisándole los talones a Lucía, con más éxito del que esta había tenido persiguiendo a Olga. Había ido al museo, tal y como había presenciado Georgie, y había vuelto a pagar un chelín para entrar a aquella exhibición de horrores. Para entonces estaba bastante lleno, porque habían acudido en bandada los turistas que acababan de comer en el Ambermere Arms. Un buen gentío se apretujaba alrededor de los mitones de la reina Carlota, entre ellos, la propia lady Ambermere, que había ido en coche desde The Hall con dos invitados deprimidos a los que había obligado a acompañarla. Se puso sus impertinentes y se quedó mirando a Lucía.

—¡Vaya, señora Lucas! —dijo con la peculiar franqueza que la caracterizaba—. Por un momento, con ese pelo, no la había reconocido. Es una moda con la que no me congracio en absoluto. Habrá venido, por supuesto, a ver los mitones de su difunta majestad, porque lo cierto es que no hay mucho más que ver por aquí.

Por norma general, Lucía no mostraba ningún reparo en rebajarse ante lady Ambermere y urdía todo tipo de maniobras para invitarla a almorzar o a cenar. Pero ese día le importaba un pito, y mientras esta le dirigía aquellas severas observaciones, sus ojos repasaron como locos la habitación en busca de las dos mujeres por las que le habría vuelto la espalda a lady Ambermere sin la menor vacilación.

—Sí, querida lady Ambermere. Es tan interesante pensar que los llevó puestos la mismísima reina Carlota... Ha sido todo un detalle por su parte habérselos donado a nuestro pequeño museo.

—¡Prestado! Son una herencia familiar. Pero me gusta que otros puedan disfrutar

de su visión. Y fíjese qué casualidad, acabo de tener el privilegio de enseñárselos a una pariente de su antigua dueña: a la princesa Isabel. Me he ofrecido a abrirla la urna para que se los probase, pero ella, muy gentilmente, ha dicho que no era necesario.

—¡Ah, sí, la querida princesa Isabel! Me habían dicho que había venido. ¿Sigue por aquí?

—No, se ha ido con la señora Shuttleworth. A dar un paseo en coche antes del té, si no he entendido mal. Les he sugerido, por supuesto, que vengan de visita a The Hall, que estaría encantada de recibirlos. ¿Dónde han comido?

—Con Georgie Pillson —contestó con acritud Lucía.

—Por supuesto. Me pregunto por qué no me habrá avisado el señor Pillson. ¿Usted también ha comido con ellas?

—No, tengo invitados. Unos amigos de Londres: lord Limpsfield, la señora de Garroby-Ashton...

—¡Qué bien! Tenía pensado volver directamente a The Hall para el té, pero cambiaré mis planes y pasará a tomar una taza con usted, señora Lucas. Tal vez pueda pedirle a la señora Shuttleworth y a su distinguida invitada que se pasen, así se la presentaré. Tiene usted un jardincito muy mono, si no recuerdo mal. Pintoresco. Tómese la libertad de decir que voy a tomar el té con usted. Pero ¡quédese! Si se han ido a pasear en coche, todavía no habrán vuelto. No importa: esperaremos en su jardín.

Esto, en circunstancias normales, habría sido todo un honor para Lucía, pero, ese día, lady Ambermere seguía siendo la misma, aunque no así su valor. Si Olga no hubiera aparecido con la que Lucía casi estaba a punto ya de llamar «la princesa del demonio», habría sido enriquecedor, glorioso, que lady Ambermere se pasase a tomar el té. En cualquier caso, mucho mejor que nada, pensó Lucía, y tras inspeccionar el libro de visitas del museo, donde Olga y la princesa habían registrado sus nombres y lady Ambermere hacía lo propio en esos momentos —muy pegado al último, como para dar la impresión de que habían ido juntas—, salieron del museo.

Fuera estaba aparcado el coche de la aristócrata, con su dama de compañía, la dócil señorita Lyall, que iba en el asiento delantero cuidando del doguillo estertóreo de lady Ambermere.

—Déjeme ver. ¿Qué sería lo mejor? A Pug le vendría bien un paseo antes de su merienda. Toma leche tibia con una galleta migada. Señorita Lyall, póngale por favor una correa a Pug. Así podremos ir todos juntos andando por la plaza hasta la casita de la señora Lucas. El auto puede dar un rodeo, por la carretera, y esperarnos allí. Esa es la casita de la señora Shuttleworth, ¿no? ¿Sería usted tan amable de acercarse y dejarles un recado para que vengan a tomar el té explicándoles que yo también asistiré? Nosotras nos adelantaremos a paso lento, y seguro que nos alcanza por el camino.

Un discurso cien por cien ambermeriano: todo el mundo en Riseholme tenía una «casita» en comparación con The Hall; todo el mundo tenía un «jardincito».

Igualmente ambermeriana era su total confianza en que sus deseos eran órdenes para los demás, y Lucía reflexionó con desmayo que en realidad ella misma tampoco le había dado nunca muestras de lo contrario. En esos momentos, en cambio, si bien consideraba a la aristócrata un claro segundo plato, que parecía una pequeña locomotora de viajeros con nariz romana y un perro gordo, la desdichada Lucía estaba desesperada por que alguien «se pasara», y, en consecuencia, le confiriera cierto estatus ante sus invitados —qué infortunio que la hasta hace poco reina de Riseholme tuviera que encontrarse en esa tesitura—. Siempre le quedaría hablar de lo aburrida que era lady Ambermere en cuanto saliera por la puerta...

Desdichado era también su recado: sabía que Olga y la princesa del demonio iban a ir a la sesión de güija con Daisy y Georgie, y su invitación sería fútil, y en cuanto a la sugerencia de la anciana chocha de que su presencia en The Hurst atraería a Olga, era consciente de que si a la soprano le faltaba alguna excusa para negarse a ir, le bastaría la propia presencia de la aristócrata. Olga había ido una vez a cenar a The Hall y la habían obligado a cantar mientras su anfitriona jugaba al solitario y hablaba con su Pug.

Y entonces a Lucía se le ocurrió una idea: no muy brillante, pero mucho mejor en comparación. Podía firmar con su nombre en el libro de la princesa; algo era algo. De modo que, cuando le abrieron la puerta y le confirmaron, como ya sabía, que Olga no estaba, dejó la invitación desesperada para que fuera con su acompañante a tomar el té, donde podrían encontrarse con lady Ambermere, y pidió el libro de la princesa.

La doncella de Olga parecía no entender.

—¿Se refiere la señora al libro de crucigramas? Creo que su alteza no ha traído más libros, y ese se lo ha llevado para el paseo.

Lucía volvió arrastrando los pies. Por el camino vio a Georgie y a Daisy Quantock atravesar la plaza con un gran tablero de pintar o algo parecido bajo el brazo, avanzando apresuradamente en su dirección. Sabía adonde iban e intentó hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban.

—Queridísima Daisy, ¡no hay quien te vea estos días! Nada, unos amigos que han venido de Londres... ¡Es agotador! Pero mañana me pasaré por tu casa, porque me quedo hasta el martes. ¿Vas a hacer una sesión de güija con Piggy y Goosie? Ojalá pudiera ir, pero lady Ambermere me ha acorralado para que la invite al té y tengo que apresurarme si quiero alcanzarla. Acabo de estar en vuestro estupendo museo. ¡Qué mitones más maravillosos! ¡Qué maravilloso todo! Pepino y yo queremos buscar algo para donar.

—Muy amables —dijo Daisy. Bien podía haber hablado el mismo Polo Norte.

Pug, la señorita Lyall, lady Ambermere y sus dos deprimidos invitados fueron recibidos en The Hurst antes de que Lucía los alcanzara, de modo que se los encontró sentados como convidados de piedra en la sala de música, donde Stephen Merriall había estado terminando su correspondencia oficial. Bien sabía Lucía sobre qué había escrito: posiblemente un par de líneas sobre The Hurst y sobre el grupo que había ido

a pasar el fin de semana, pero se temía que no constituyera más que un mero *post scriptum* para sueltos mucho más exaltados. Se apresuró a presentarle a lady Ambermere y a la señorita Lyall, pero no tenía ni idea de quiénes eran los invitados de la dama y sospechaba que se trataba de unos parientes pobres, pues no se los había presentado a nadie.

Pug soltó una ristra de ladridos que más bien parecían estornudos.

—¡Qué hombrecito más listo! Está pidiendo su merienda. Ladra así cuatro veces cuando quiere la merienda.

—Pues se la vamos a dar... ¿Dónde andan los demás, Stephen?

El señor Merriall se concentró al oír el nombre de lady Ambermere: añadiría una frase sobre ella...

—Lord Limpsfield y la señora de Garroby-Ashton han ido a jugar al golf. Un arrebatado de energía de lo más bárbaro, ¿no le parece, lady Ambermere? ¡Pero qué perrucho más mono!

—A Pug no le gustan los desconocidos. Y es una terrible decepción no poder ver a lord Limpsfield. ¿Esperamos a la señora Shuttleworth y a la princesa?

—Les he dejado el recado —informó Lucía.

Los ojos de la aristócrata terminaron de escrutar al señor Merriall y siguieron repasando el resto de la estancia.

—¿Qué es ese cuadro tan curioso? Me tiene totalmente desconcertada.

La anfitriona soltó una risita vivaracha: estaba siendo una tarde horrible, pero tenía que mantener alto el pabellón.

—Es sorprendente, ¿verdad? Mi querido Benjy Sigismund insistió en retratarme. Tuve que posar un montón de veces.

Lady Ambermere miró a uno y a otra.

—No le veo ningún parecido. De hecho, yo diría que no se parece a nada en absoluto. ¡Ah, el té! Un poco de leche tibia para Pug, señorita Lyall. Échele también un chorrito de agua caliente, frío del todo no le sienta bien. Y me gustaría ver al señor Georgie Pillson. Supongo que no habrá problema en avisarle de que estoy aquí.

La situación empezaba a ser desesperante: Lucía no podía traer a Olga ni a la princesa, ni a lord Limpsfield ni a la señora de Garroby-Ashton para complacer a lady Ambermere, y sabía que tampoco podría traer a Georgie, que a esa hora estaría ya en casa de Olga. Lo único que podía hacer era decirles a lord Limpsfield y a la señora de Garroby-Ashton cuando volvieran que se habían perdido a lady Ambermere. En cuanto a Riseholme... Mejor no pensar cómo estaba quedando con el pueblo al que el día anterior había resuelto quitarle toda importancia. Ojalá los hubiera invitado a todos a comer, a merendar o a cenar antes de llegar...

Al poco recibió el recado de que el señor Pillson había ido a tomar el té a casa de la señora Shuttleworth. Después de cinco minutos llegaron las disculpas de Olga, que esgrimió que tenía a amigos en casa y tampoco podía ir. Lady Ambermere se comió en silencio el bizcocho de alcaravea. La señorita Alingsby, que entretanto había

pasado la tarde en su habitación, apareció entonces con un batín de zaraza y unas chilenas marroquíes. El flequillo le caía sobre los ojos como a un terrier escocés. Al ver a Pug pegó un gritito estremecido.

—No soporto a los perros. Saca de aquí a ese chuchó, Lucía, querida. ¡Quémalo, ahógalo! Me dijiste que no tenías perros.

Lady Ambermere la miró con una cara que podía haberla petrificado si la otra hubiera tenido algún sentimiento. Pug nunca había sido objeto de tal escarnio. Se levantó con el último trozo de bizcocho todavía en la boca.

—¡Al parecer estamos molestando a sus invitados, señora Lucas! Pug y yo nos vamos. Señorita Lyall, la correa. Tenemos que volver a The Hall. Ya me acercaré yo a ver a la señora Shuttleworth y firmaré en el libro de la princesa. Adiós, señora Lucas. Gracias por el té.

La aristócrata ignoró a conciencia a la señora Alingsby y encabezó la cenefa sombría que desfiló por la puerta. Lo único que consoló a Lucía fue pensar que la mujer iba a encontrarse con tan solo un libro de crucigramas en el que dejar su firma.

Capítulo 6

LOS invitados de Lucía se fueron con el primer tren de la mañana y la dejaron allí, como Mario entre las ruinas de Cartago. Pero, al contrario que aquel senador pusilánime, ella no tenía intención de lamentarse: su primera función sería reconstruir, y comprendió entonces que el trabajo de reconstrucción debía empezar por los mismísimos cimientos. De telón de fondo estaba el hecho de que su fiesta de fin de semana no había sido ningún éxito arrollador precisamente: en Londres se había dedicado a contar que Riseholme era un entrañable pueblecito anticuado e insólito donde todo el mundo la adoraba y Olga se pasaba el día en su sala de música cantando actos y más actos de las óperas de más relumbrón; también había pintado a la princesa Isabel como a una querida amiga íntima, y resultaba que estas dos amigas suyas del alma habían rechazado amable pero rotundamente todas sus invitaciones a «pasarse». Lady Ambermere, todo hay que decirlo, sí se había pasado, pero nadie pareció mínimamente impresionado por su presencia, y Lucía se había alegrado mucho cuando, tras los hirientes comentarios de Sophy sobre Pug, la aristócrata se había marchado, librando a la atónita poscubista de tener que preguntar de quién era aquel saco de pulgas asqueroso. Por supuesto, se trataba de un bochorno pasajero que superaría a su regreso a Londres, pero sin duda requería cierta obliteración.

Lo que le hizo detenerse a pensar fue el efecto que su fin de semana había tenido sobre Riseholme. Era consciente de que todo el pueblo sabía ya que Olga y la princesa habían tomado cordero frío con Georgie y no se habían acercado ni de lejos a The Hurst, y Riseholme, conociéndolo como lo conocía, tendría sin duda algo que decir al respecto. Sabían también que Lucía y su pandilla habían estado carcajeándose en el museo, mientras que la princesa había sido tan cortés de firmar el libro de visitas después de contemplar reverencialmente los mitones de su tía abuela. Pero ¿qué más había pasado? ¿Seguía Olga allí? ¿Qué habían estado tramando Daisy y su güija? ¿Quién había cenado —si hubo alguien más aparte de Georgie— en casa de Olga la noche anterior? No tenía ni la menor idea, y no le quedaba otra que averiguar todas las respuestas por su cuenta, porque algo le decía que nadie iba a pasarse por su casa para contárselo. Y, ante todo, ¿qué estaba diciendo Riseholme sobre ella? ¿Cómo se lo estaba tomando?

Seguía empeñada en dedicar ese día a sus viejos amigos, de modo que llamó a Daisy para invitar a los Quantock. Esta, sintiéndolo mucho, dijo que tenía un compromiso previo, y colgó con tanta premura que —fue fácil adivinarlo— tiró el auricular al suelo, soltó un «carámbanos» y volvió a colocarlo en su sitio. Lucía llamó entonces a la señora Boucher y al coronel para invitarlos a cenar. La interpelada contestó con mucho énfasis que esperaba a unos amigos para comer en su

casa. Aquello significaba, por supuesto, que Daisy Quantock iba a comer con ella; es más, parecía una explicación de lo más natural, pero, por alguna razón, distó mucho de satisfacer a Lucía.

Se sentó a pensar y el ingrato resultado de sus pensamientos fue una ligera sospecha: tal y como ella había decidido ignorar a Riseholme mientras su elegante pandilla de Londres había estado en casa, Riseholme albergaba la suficiente maldad para querer tomar represalias. Era ciertamente una conducta muy vil, muy infantil por parte de sus vecinos, pero no había que descartarla por completo. Decidió tomárselo con deportividad y llamó a Georgie. Por la celeridad extraordinaria con la que respondió, Lucía se preguntó si estaría esperando su llamada o la de otra persona.

—Georgino mió!

El entusiasmo con el que Georgie había preguntado: «Sí, ¿quién es?» pareció diluirse en su voz.

—Ah, eres tú... Buenos días.

Lucía no se dejó amilanar.

—Voy a acercarme a tu casa para que charlemos un buen rato. Se han ido todos mis invitados, menudo fastidio, Georgie... Y yo me quedo hasta *domani*. ¡Me alegro tanto de haber vuelto!

—Sí, ya, sí.

La ligera sospecha adquirió un cariz más definido.

—Venga, pues ahora voy.

Lucía se puso en marcha y, al salir a la plaza, llegó a tiempo de ver a Daisy Quantock escabullándose de la casa de Georgie y saliendo disparada a la suya como un obeso conejito de cara roja. Le resultaba en cierto modo desconcertante: se requería muy poco razonamiento inductivo para formular la teoría de que Daisy había ido a casa de Georgie para contarle que Lucía la había invitado a comer y se había negado. También debía de estar presente cuando Georgie recibió su llamada y, en lugar de esperarse y unirse al buen rato de charla, se había escaqueado. Le exigía por tanto un pequeño esfuerzo mantener la tónica alegre y juguetona e ignorar como si tal cosa que hubiera podido ocurrir algo negativo. Al llegar, encontró a Georgie cosiendo en la pequeña habitación a la que llamaba estudio porque era donde bordaba. A Lucía le pareció que se había recubierto de una fina capa de hielo, y concentró toda su efusividad en intentar derretirla.

—¡Ay, qué bien! Tenemos mucho que chismorrear... ¡Qué bien estar de nuevo en Riseholme! Y ¿no soy una canalla? Casi me ha alegrado ver que mis invitados se iban por fin hoy, y me he prometido a mí misma pasar un auténtico día riseholmense. Son todos un encanto, es verdad, y están tan *en vogue*... ¡Menudas charlas y discusiones hemos tenido! Ayer me pasé el día entero ocupada, que si charlando con uno, paseando con otro, y estaba todo el tiempo deseando hacer una escapadita para venir a veros a ti, a Daisy y a los demás. ¿Alguna novedad, Georgie? ¿Qué anduviste haciendo ayer?

—Pues yo también estuve muy ocupado. Mucho jaleo. Vinieron dos invitadas a comer y luego yo fui a casa de Olga a tomar el té...

—¿Sigue aquí? —preguntó Lucía, que no pretendía hacerlo pero no pudo evitarlo.

—Sí, claro. Piensa quedarse dos o tres días más, porque no tiene que cantar en Londres hasta el jueves.

Lucía quería preguntarle si también se había quedado la princesa, pero tuvo el autodominio suficiente para no hacerlo. Tal vez surgiera de otra forma...

—¡Mi querida Olga! —dijo con efusividad Lucía—. Desde luego hay que reconocer que ya es una auténtica riseholmense.

—Desde luego —dijo Georgie, resuelto a no dejar que se le derritiera el hielo—. Sí: tomé el té en casa de Olga y luego tuvimos una estupenda sesión de desmalaje. Solo ella, la princesa, Daisy y yo.

Lucía soltó una de sus carcajadas argentinas, que sonó como si se hubiera «agriado» un poco con el calor o se hubiera deslustrado ligeramente.

—¡La buena de Daisy! ¿A que es impagable? ¡Lo mucho que le gustan sus trucos de prestidigitación y sus magias potagias! Cuéntame. Un espíritu guía egipcio..., ¿se llamaba Abfu?

Georgie creyó conveniente no decirle a Lucía todo lo que Abfu les había confiado, a no ser que le insistiera mucho, porque el egipcio había escrito cosas verdaderamente sarcásticas sobre ella en un inglés perfecto y a una velocidad de vértigo. Había vuelto a llamarla esnob y había dicho que ahora era demasiado fina para sus viejos amigos, por no hablar de unos comentarios muy descorteses sobre su peinado a lo *garçon*.

—Sí, Abfu. Estaba en plena forma, y Olga ha enviado un telegrama para encargarse su propia *planchette*. Abfu le reveló que era muy extrasensorial y que tenía grandes dotes de médium. El caso es que la sesión se alargó bastante.

—¿Y qué más dijo Abfu? —Quiso saber Lucía, que taladró a Georgie con la mirada.

—¡Ah, pues habló mucho de los asuntos del pueblo! Estaba al tanto de que la princesa había ido al museo porque la había visto allí. No sé si sabrás que fue él quien sugirió lo del museo. No paraba de escribir «museo», aunque al principio creíamos que ponía «mosca».

Lucía estaba más que convencida de que Abfu había estado diciendo cosas de ella. Aunque, tal vez, como era Daisy la que lo manejaba, sería mejor no preguntar qué exactamente. No era una cuestión de «ojos que no ven, corazón que no siente», pero ver podía resultar en ese caso bastante doloroso. Y el hielo de Georgie no se derretía, precisamente: se mostraba cortés y reservado y, además, lejos de parlotear, estaba poniendo mucho cuidado en qué salía de su boca. Tenía que conseguir ponerlo de un humor más confidencial.

—Lo que me recuerda que Pepino y yo todavía no hemos donado nada al museo. Tengo que mandaros el espetón isabelino de la sala de música. Dicen que es el más

perfecto que existe. Ni sé lo que pudo llegar a pagar por él Pepino...

—Muy amable por tu parte. Transmitiré tu oferta al comité. Olga hizo ayer una donación extraordinaria: el manuscrito de Lucrecia que le dio Córtese. Lo he llevado directamente al museo después de desayunar y lo he puesto en la vitrina que hay justo al entrar.

Lucía estuvo tentada una vez más de ser tan sarcástica como Abfu y de preguntar si el comité también había tenido que reunirse para decidir si debían aceptarlo. Georgie pareció percibir algo de esto, porque se apresuró a seguir con su relato.

—Bueno, el caso es que el desmalaje se alargó tanto que solo tuve tiempo de volver a casa para cambiarme para la cena y volver donde Olga.

—¿Quién más fue?

—Solamente el coronel Boucher y su señora. Y después de cenar Olga cantó para nosotros. ¡Qué divina! Y la acompañé al piano. Tocamos muchas canciones de Schubert.

Lucía empezaba a enfermar de la envidia. Se imaginó la gloria que habría supuesto llevar a sus amigos a casa de Olga tras la cena de la noche anterior, haber tocado el acompañamiento en lugar de Georgie —al que se le daba fatal—, y que luego la hubieran convencido para interpretar el pequeño fragmento de Stravinski, que se sabía ya de memoria. ¡Qué fantástico habría sido todo! ¡Qué suntuoso suelto habría escrito Hermione sobre su fin de semana! Pero, en lugar de eso, Olga había cantado para los viejos Boucher, que no sabían diferenciar una nota de otra, ni les importaba lo más mínimo la distinción que suponía oír a la *prima donna* cantando en su propia casa. Y ya no pudo ocultar más la amargura que la invadía.

—¡Oh, mis queridas viejas canciones de Schubert! —dijo con una acritud extraordinaria—. ¡Qué antiguallas más graciosas...! Supongo que la Widmung...

—No, esa es de Schumann —respondió Georgie irritado por el tono de la otra, aunque imaginaba su suplicio.

Lucía sabía que su vecino estaba en lo cierto, pero tenía que aferrarse a su desafortunado error.

—Oh, yo diría que es de Schubert. Tanto da. Y luego, como decía el bueno de Pepys, ¿a la cama?

—¡Qué va! No nos acostamos hasta bien tarde. Pero no te habría gustado nada estar allí, porque luego pusimos el gramófono...

Lucía torció ligeramente el gesto. Era por todos conocida su opinión sobre los gramófonos, una parodia profana de la música.

—Sí, yo habría salido corriendo.

—¡Encendimos el gramófono y nos pusimos a bailar! —exclamó con aplomo Georgie.

Fue lo peor del relato hasta el momento. Volvió a imaginarse lo que podía haber sido la velada de la noche anterior. La idea de haberse pasado tras la cena con su grupo, de escuchar a Olga cantar, y de haber bailado improvisadamente con una

prima donna y una princesa... Aquello le resultaba angustioso: no lo podía soportar.

Soltó una risita ahogada.

—¡Qué curioso! No me lo puedo ni imaginar. La señora Boucher en su silla de ruedas tuvo que ser una pareja difícil de manejar, Georgie. ¿No estás muy tenso esta mañana?

—No, la señora Boucher no bailó —dijo Georgie con una literalidad que daba miedo—. Se limitó a mirar y a darle cuerda al gramófono. Solo bailamos los cuatro: Olga, la princesa, el coronel Boucher y yo.

Lucía estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener la compostura. No dudaba que Georgie sabía que ella habría dado cualquier cosa por haber llevado a sus amigos, y mostrarse sarcástica al respecto y fingir que le parecía ridículo solo empeoraría aún más las cosas —en caso de que eso fuera posible—. Resultaba evidente que Olga la había dado de lado, a ella y a sus amigos, igual que había hecho Lucía con Riseholme respecto a aquel asunto de su fiesta de fin de semana. Sin embargo, no era muy inteligente burlarse de los bailes del coronel Boucher. Ya había dejado claro que estuvo muy atareada con sus invitados y, salvo por aquel desafortunado incidente —la llegada de Olga—, ese día no habría sucedido nada relevante en Riseholme, excepto lo que ella les había proporcionado. Tuvo mala suerte, pero debía superarlo, y si el viejo Riseholme estaba ofendido con ella, no le quedaba otra que apaciguarlo.

—Seguro que os lo pasasteis en grande. ¡Qué improvisación tan repentina y deliciosa! Y con canto: desde luego, una noche redonda, Georgie. Pero vamos a hacer algún plan bonito para hoy. Pásate ahora por casa, y vente a tocar algo y... ¡quédate a almorzar con la nena!

—Me temo que acabo de prometerle a Daisy que iría a comer con ella.

Aquello era otro mal augurio, pues no cabía duda de que Daisy, tras esgrimir que tenía un compromiso, había corrido a casa de su vecino a cerrarlo.

—¡Qué bien! Bueno, ¡pues entonces ven a cenar conmigo! De verdad, Georgie, estás más atareado que un londinense.

—¡Qué fastidio...! Olga va a venir a casa.

—¿Y la princesa? —preguntó Lucía, que no pudo ya contenerse.

—No, la princesa se ha ido esta mañana.

«Algo es algo», pensó Lucía. Al menos se había ido de Riseholme una persona distinguida. Esperó, con una confianza que iba mermando paulatinamente, que Georgie la invitara. Tal vez también invitara a Pepino y, si no, su marido se quedaría tan contento con su telescopio y sus crucigramas. Pero era raro y de mal gusto esperar a que alguien de Riseholme la invitara a cenar en lugar de que todos quisieran que los invitase ella.

—Sí, se fue en el tren de las diez y media —dijo Georgie tras una pausa espantosa.

Lucía ya había aprendido ciertas lecciones en Londres. Si te hacían un *desaire* —y aquello tenía todos los visos de serlo—, el único curso posible era no darse por

aludida. De modo que, aunque la idea de estar recibiendo un *desaire* de Georgie a punto estuvo de provocarle un patatús, no se dio por aludida.

—¡Qué tren más genial! —exclamó, ignorando soberanamente el hecho por todos conocido de que paraba en todas las estaciones y, entre medias, iba a paso de tortuga.

—Sí, excelente —corroboró Georgie con convicción.

No tenía ni la menor intención de pedirle a Lucía que fuera a cenar, porque quería tener un *tête-a-tête* con Olga. Les quedaba mucho de lo que hablar, y además sería un fastidio tener allí a Lucía, porque seguro que no pararía de parlotear sobre su maravillosa vida en Londres, su sala de música, sus sillones estilo Chippendale y, para no variar, de dar órdenes. Por lo demás, merecía un castigo por su abominable conducta para con sus viejos amigos durante el tiempo que había estado con su pandilla de Londres, y debían hacerle entender que ellos estaban siendo mucho más listos que ella.

Lucía mantuvo la dignidad hasta el final.

—Bueno, Georgie, debo irme ya. Aún tengo que visitar a mucha gente. Pásate a verme cuando te quede un minuto libre. Me voy mañana. ¡Esta semana Londres es un auténtico revuelo!

En lugar de proceder con su larga lista de visitas, se fue derecha a su casa. Allí, en el jardín, con unas ropas muy viejas, estaba Pepino, fumando una pipa y disfrutando horrores de la total ausencia de cosas que hacer. Era consciente de que oficialmente estaba encantado con el bullicio londinense, pero le daba un placer enorme sentarse en el jardín a fumarse una pipa y, sobre todo, haberse librado de esa gente tan intensa, que no había parado de hablar como loca todo el santo domingo. Se había dado por vencido con el crucigrama y estaba pensando en el material para un soneto sobre el sosiego cuando Lucía salió a buscarlo.

—Pepino, querido, me preguntaba si no sería más agradable regresar a la ciudad esta misma tarde. Así aprovecharíamos el frescor del atardecer para viajar, y la verdad es que, ahora que se han ido todos los invitados, y ya que teníamos pensado irnos mañana, las horas que quedan se nos van a hacer algo tediosas. Estamos malacostumbrados, caro, a la vida tan plena que llevamos allí, en la que el teléfono puede sonar en cualquier momento con una hermosa invitación. Ya regresaremos en agosto, por supuesto, y volveremos a sumirnos en nuestra vieja rutina pintoresca, pero ahora es perder el tiempo.

Pepino estaba perplejo, y con razón. No hacía ni media hora Lucía había salido, irradiando entusiasmo por recoger esos «cabos sueltos», y en esos momentos lo único que parecía querer era soltar esos mismos cabos lo más rápido posible. Aunque se sabía incapaz de seguir los movimientos raudos y excéntricos de la mente de su mujer, sí podía sumar uno más uno. El día anterior había tenido la vaga sensación de que las cosas no iban precisamente como Lucía habría querido, y era consciente de que sus esfuerzos por atraer a Olga y a su invitada a la casa habían dado menos frutos que la higuera de la parábola, pero había algo más. Pese a no ser un hombre con

mucha imaginación —salvo para pensar que algunas palabras rimaban cuando en realidad no era así—, se le ocurrió que Riseholme se había enfadado con su mujer y que se lo estaba dando a entender de una manera un tanto inusual.

—¡Caramba, querida! Yo creía que ibas a invitar a gente a comer y a cenar, a encargarse que llevaran el espetón al museo y a estar todo el día tremendamente ocupada.

Lucía guardó la compostura. Por un momento, sintió el impulso de confiarse a su marido, de contarle todos los acontecimientos ominosos de aquella última hora: que Daisy le había dicho que tenía un compromiso para comer y que la señora Boucher esperaba a unos amigos en su casa, y que Georgie había invitado a Olga a cenar aunque a ella no, y que el munífico regalo del espetón tenía que ser sometido a la aprobación del comité. Pero hacer eso habría sido reconocer no un desaire, sino muchos, lo que iba en contra del principio de conquista victoriosa en sí. Jamás debía confesar, ni siquiera a Pepino, que las ruedas de su carruaje parecían avanzar pesadamente, ni que Riseholme no estaba en esos momentos esperando expectante a recibir señales de su favor. No debía confesárselo ni a sí misma, así que hizo una *volte face* rauda y completa.

—Haremos lo que gustes, caro. Si prefieres pasar aquí un día tranquilo, no has de privarte de él. Por lo que a mí respecta, todavía no me has visto cruzada de brazos en esta vida, ¿verdad? Me quedan por escribir un montón de cartas, y luego está ese piano que me mira con ojitos de reproche porque no he tocado sus queridas teclas desde que llegué, y también quiero echarle un vistazo a Enrique VIII, porque vamos a ver la obra mañana. Yo tengo entretenimiento de sobra y tú puedes disfrutar de tu día al sol y al aire libre. Se me había ocurrido que tal vez quisieras volver a la ciudad hoy, en lugar de esperar hasta mañana. Bueno, no me retengas más aquí con tu charla.

En ese día funesto, Lucía demostró de qué madera estaba hecha. Tocó el piano con su concentración habitual, leyó Enrique VIII, escribió sus cartas y, hasta que no llegó la *Evening Gazette*, no se permitió un momento de relajación. Volvió las páginas a toda prisa, sin pararse ni en el crucigrama ni en noticias de interés internacional, hasta que llegó a la columna de Hermione. Había temido —y con un grito ahogado de alivio vio lo infundados que habían sido finalmente sus temores— que el cronista hubiera dedicado su pluma pintoresca a Olga y a la princesa y solo les hubiera reservado a ella y a su grupo el final de su último suelto, pero se había inquietado en vano.

Olga no le había echado cuentas, y ahora —¿qué podía ser más justo?— él no le echaba cuentas a la cantante. Se limitaba a mencionar que tenía una «bonita casita de campo» en Riseholme, donde acudía algunos fines de semana, y luego había tres largos y suntuosos sueltos sobre The Hurst y el señor Philip Lucas y esposa, quienes habían albergado a *lord* Limpsfield, a la señora del diputado Garroby-Ashton y a la señora Alingsby. *Lady* Ambermere y unos acompañantes habían ido a tomar el té desde The Hall, y todo había sido esplendoroso y muy distinguido. Hermione había

demostrado ser un auténtico amigo, y no había escrito ni una palabra sobre la comida de Olga y la princesa en casa de Georgie, ni sobre Daisy y su absurdo desmalaje... Lucía leyó las succulentas líneas dos veces y luego, como solía hacer, mandó su ejemplar a Georgie para ayudarlo a reajustar sus valores. Casi al mismo tiempo, Daisy envió a De Vere con su copia para él y la señora Boucher hizo otro tanto, resaltando aquellos sueltos abominables con lápiz azul y rojo y un buen puñado de exclamaciones alrededor de cada uno.

Riseholme volvió a sumirse en su extenuante vida en cuanto Lucía se fue a la mañana siguiente para retomar su anodina existencia en Londres. Ya no estaban enfadados con ella, porque le habían dado su «escarmiento», y se mostrarían más que dispuestos a acogerla de nuevo, siempre y cuando volviese con otro espíritu y se comportara debidamente. Además, incluso con sus propios e infinitos intereses que atender, en la intimidad, el pueblo echaba de menos a la vieja Lucía, la que les daba ejemplo en todo, aunque fuera una dominante y tuviese manías absurdas, por mucho que siempre hiciera como si lo supiese todo de todo y estuviera siempre metiéndose donde no la llamaban. Pero no añoraba a la nueva Lucía a lo *garçon* la que había llegado con un grupo de nuevos amigos, se había reído en el museo y había repudiado de plano a sus viejos amigos hasta que se había enterado de que Olga y la princesa estaban en el pueblo: cuanto menos le vieran el pelo a esa Lucía, mejor. También se creía que se había quedado un día más para apaciguar a quienes había tratado como parias y rebajarse a volver a prestarles atención, pero si había algo que Riseholme no toleraba, y no pensaba tolerarle a nadie jamás, era la condescendencia. No había por tanto nada inapropiado en que Daisy y la señora Boucher tuvieran compromisos previos para comer ni en que Georgie se negara a invitarla a cenar... Como miembros del comité del museo, esa mañana se reunieron para auditar las cuentas de la semana y discutir cualquier otro asunto relacionado —o no— con su cargo. No había, por supuesto, necesidad alguna, dado lo pequeño e íntimo del organismo, de tener un presidente, y se limitaban a golpear la mesa con los nudillos cuando querían que se los escuchase.

La señora Boucher estaba contando con gran avidez los chelines que habían sacado de la caja, mientras Georgie hacía otro tanto con los resguardos de las entradas.

—Ciento veintitrés: ¡casi la mejor semana que hemos tenido hasta el momento!

—Y quince más cuatro son diecinueve, y cuatro más son veintitrés, lo que suma exactamente seis libras y tres chelines. Bueno, yo a eso lo llamo una buena semana. Y tengo entendido que nos han hecho una donación estupenda. ¡Qué generosa nuestra querida Olga! Creo que no solo deberíamos agradecerse, sino que tendríamos que pedirle que se uniera al comité. Yo siempre he dicho que...

Daisy tamborileó sobre la mesa.

—Abfu es de la misma opinión —interrumpió—. Esta mañana he tenido sesión y no paraba de escribir «comité». Me he traído el papel conmigo porque iba a proponer justo eso. Pero antes hay otro asunto: el tema del seguro. Robert me dijo que iba a asegurar el edificio y su contenido aparte, por mil libras cada cosa. Por supuesto, tendremos que pagar una póliza. ¡Ah, mirad, aquí tengo el mensaje de Abfu! Ha escrito tres veces «Comité», ¿lo veis? Estoy convencida de que se refería a Olga.

—No le ha puesto tilde, pero supongo que querrá decir eso —opinó Georgie—. Hay otro asuntillo que debemos evaluar antes: me han ofrecido un nuevo objeto para el museo y he dicho que remitiría la oferta al comité antes de aceptarlo. Lucía vino ayer por la mañana y me pidió...

—El espetón isabelino —le cortó la señora Boucher—. Por mi parte, no sé qué interés puede tener para nosotros y, si he de ser sincera, yo le daría las gracias muy educadamente y le rogaría que se lo quedara. Muy amable, por supuesto. Una pena rechazarlo, como le dije ayer mismo cuando me invitó a comer. Seguro que pensaba ponerme los muslos fríos de los pollos cuyas alitas se habían comido sus amigos de Londres.

—A mí también me invitó y le dije que no —intervino Daisy—. ¿Se ha ido ya?

—Sí, sobre las diez y media —precisó Georgie—. Quería que la invitase a cenar anoche.

Daisy había escrito «comité» varias veces sobre el papel secante. Quedaba muy raro sin tilde, tendría que habérsela puesto...

—Creo que Abfu tiene razón en escribir como ha escrito «comité», y aunque no fuera así, el sentido está claro. Pero veamos lo del seguro. Robert solo recomienda que aseguremos contra incendios, porque dice que ningún ladrón con dos dedos de frente...

La señora Boucher golpeó los nudillos contra la mesa.

—Pero eso era antes de tener el manuscrito de Lucrecia. Y yo sí creo que a cualquier ladrón no solo con dos, sino con cinco dedos de frente le parecería un buen botín. Si estuviéramos hablando de asegurar un espetón isabelino...

—A mí lo que me gustaría saber es qué quiere el comité que responda al respecto —concluyó Georgie—. ¡Ah!, por cierto, cuando vayamos a hacer una nueva edición del catálogo, tenemos que actualizarla. Hay que incluir el manuscrito de Lucrecia.

—Si queréis saber mi opinión —intervino la señora Boucher—, lo único que quiere es deshacerse de él porque le humea la casa entera. ¡Dile que mande limpiar la chimenea y se quede con su espetón!

—Ha colgado un retrato suyo en la sala de música —les contó Georgie—, de un tal Sigismund. Cualquier parecido con la realidad...

—Todo el mundo tiene derecho a cortarse el pelo a lo *garçon*, por supuesto —dijo la señora Boucher—, se tenga la edad que se tenga; ninguna ley lo prohíbe.

Daisy golpeó los nudillos en la mesa.

—Estábamos considerando la posibilidad de pedirle a la señora Shuttleworth que

se una al comité.

—También cantó de maravilla el domingo por la noche —terció Georgie—, y ¡qué bien nos lo pasamos bailando! Ah, y Lucía pidió el libro de la princesa para firmarlo, ¡pero resulta que el único libro que esta había traído era el de crucigramas!

—¡No! —exclamaron ambas damas a la vez.

—De verdad: la camarera de Olga se lo dijo a Foljambe y...

—¡Ver para creer! —dijo Daisy—. Seguro que se las arregló para salirse con la suya. ¿Qué hizo, escribir Lucía en vertical y Pepino en horizontal?

—Yo, desde luego, no tengo nada que decir en su contra —dijo la señora Boucher—, aunque, por lo general, la gente recoge lo que siembra. Pero sí, aseguremos el museo si es lo más conveniente, y, en cuanto a lo de pedirle a Olga que forme parte del comité, caray... ¡Eso ya lo decidimos hace horas! Yo no tengo nada más que decir sobre el espetón. Si queréis quedaros con él, bien; yo, desde luego, no pienso asegurarlo más de lo que aseguraría un catarro. Me parecen igual de inútiles. Además, ¡toda esa historia sobre la grácil castellana de The Hurst en la *Evening Gazette*! Mi marido lo leyó y lo único que pudo farfullar fue un «¡Tate!»... Un «¡psé!» y un «¡tate!», fue lo que farfulló.

La opinión pública empezaba una vez más a calentarse contra Lucía, de modo que a Georgie no le quedó más remedio que intervenir.

—Creo que eso es todo antes de la reunión. De modo que aceptamos el manuscrito de Lucrecia y desestimamos el espetón. No me cabe duda de que ambas donantes han sido muy amables. Y a Olga se le pedirá que forme parte del comité. Bueno, hemos echado una buena mañana de trabajo.

Mientras tanto, Lucía regresaba en coche a Londres, donde pretendía pasar una semana muy ocupada. Iría dos noches a la ópera, en la segunda de las cuales Olga cantaría en La valquiria, y, en lugar de plantearse despreciar su canto o abstenerse de ir a modo de venganza por el desaire sufrido, muy al contrario, su intención, aunque cantara cual lechuza chillona y actuara como un palo, era decir que jamás se había hecho una interpretación más perfecta de Brunilda. No concebía hacer algo tan necio como defenestrar a Olga porque no hubiese ido a su casa o no le hubiera permitido entrar en Old Place: eso habría sido el colmo de la locura.

De momento estaba —o eso creía— en el buen camino, un camino hacia arriba que solo podía escalar mediante laboriosidad y reconocimiento. Cuando llegara a la cumbre, todo sería muy distinto, pero por ahora era un valor, un punto a su favor, mencionar en sus conversaciones a la buena de Olga y las entradas y salidas de casas que sucedían a diario en Riseholme. Además, sabía también mucho de lo que había hecho la diva el domingo y podía serle de utilidad. «Siempre hay que apreciar, siempre que admirar —iba diciéndose para sus adentros mientras despertaba a Pepino de una profunda siesta al llegar a Brompton Square—. Mantente ocupada: trabajo,

trabajo, trabajo».

Era plenamente consciente de que tenía un arduo trabajo por delante antes de conseguir llegar donde quería llegar, pero apartó la ligera decepción que le había reportado el fin de semana como si fuera una dichosa mosca que le impidiera concentrarse. Quien aspira a progresar nunca ha de mirar atrás —¡que se lo dijeran, si no, a la esposa de Lot!— y jamás, a no ser que se esté seguro de que no sirve para nada, debe darse una patada a una escalera que ha llevado a alguna parte o puede hacerlo en el futuro. Ya había aprendido una lección al respecto, porque con tan solo haberle dicho a Georgie que iba a ir el fin de semana y haberlo invitado a comer, cenar o lo que fuera, él habría conseguido que Olga se pasase por The Hurst, o le habría dicho a esta, en esa fatídica noche de domingo, que no podía cenar con ella porque iba a hacerlo con Lucía, y luego sin duda la soprano los habría invitado a pasarse por su casa. Había sido un error darle una patada a Riseholme, un error garrafal, y jamás volvería a caer en algo así. También era una equivocación hacer comentarios sarcásticos sobre alguien hasta no estar seguro de que no podía ayudarte, y ¿quién podía estarlo? Incluso la pobre de Daisy y su ridículo Abfu habían resultado tener tal atractivo para Old Place que Georgie apenas había tenido tiempo de volver y vestirse para la cena, y una Daisy benigna, en lugar de la típica Daisy combativa y maligna, le habría resultado de mucha utilidad. «Todo ayuda», pensó Lucía mientras cogía las libretas que había al lado del teléfono y repasaba las llamadas que se habían producido en su ausencia.

Ahogó un buen grito ante la asombrosa conveniencia de un mensaje que había recibido solo hacía diez minutos. Marcia Whitby esperaba que pudiera ir a cenar esa misma noche; el recado debían dárselo en cuanto llegara a casa. Era obvio que se trataba de una invitación de última hora: tal vez le hubiera fallado alguien y en total sumaban trece. No debía ver ningún cumplido en todo aquello, pues Marcia, calibró Lucía, ya habría intentado encontrar a otra mujer por todos los medios y, en su desesperación, había recurrido a ella... Tenía, por supuesto, las entradas para Enrique VIII, y era la noche del estreno, pero tal vez pudiera conseguir que alguien acompañara a Pepino... ¡Ajá! ¡Recordó que Aggie Sandeman se había lamentado de no haber podido encontrar entradas! Sin perder un momento, llamó a la duquesa de Whitby y le transmitió lo encantada que estaba de ir a cenar esa noche. ¡Qué suerte la suya!, ¡qué afortunada era! Una vez que se hubo comprometido, llamó a Aggie y cruzó los dedos, pero esta aceptó al vuelo la entrada para Enrique VIII y, entonces, por último, se lo contó todo a Pepino.

—Caro, han abusado de mi bondad —le dijo, entrando aguadamente en la sala de música donde tomaba el té su marido—. La pobre Marcia Whitby está en un aprieto.

—Ay, Dios, ¿qué ha pasado? —preguntó Pepino.

—Que le faltaba alguien, una mujer, para la cena de esta noche: me ha suplicado que vaya. Pero tú puedes ir a la obra sin problema, y podrás llevar a una encantadora mujercita contigo. ¡Adivina! No, mejor te lo digo: ¡Aggie! Estaba deseando ir, así que

son todo bondades. Tendrás a alguien más emocionante con quien hablar que tu pobre esposa, y la queridísima Aggie verá su obra y Marcia me lo agradecerá de por vida. Me perderé el teatro, pero iré cualquier otra noche, a no ser que no te parezca buena...

Aunque no era de esperar que la Evening Gazette trajera más noticias sobre la castellana de The Hurst, Lucía buscó la columna de Hermione con cierta ansiedad, porque tal vez apareciera algo sobre la cena ducal de esa noche. Hermione no parecía estar al tanto pero, si lo invitaba a comer al día siguiente, se lo contaría todo. Lo llamó por teléfono...

La bondad de Lucía para con Marcia Whitby halló múltiples recompensas. Llegó a la casa de la duquesa bastante temprano, como tenía por costumbre hacer en Londres, para así poder oír el nombre de los invitados conforme iban llegando, y Marcia, agradecida de corazón —pues había probado con decenas de mujeres para evitar una cena de trece comensales—, la tuteó directamente en lugar de usar el «señora Lucas». A Lucía no le resultó difícil abrazar a su vez tal intimidad con toda la naturalidad del mundo —al fin y al cabo, llevaba semanas aludiendo a la duquesa como «Marcia»—, y en ese momento las sílabas le vinieron a los labios con la familiaridad acostumbrada.

—¡Qué detalle haberme invitado, querida Marcia! Pepino y yo acabamos de llegar de Riseholme hace un par de horas, y mi marido ha llevado a Aggie Sandeman al teatro en mi lugar. ¡Qué domingo más encantador en Riseholme: tienes que reservarte un fin de semana y venirte a vegetar! También estuvo Olga Shuttleworth, con la princesa Isabel, y cantó divinamente el domingo por la noche, y luego, ¿puedes creerlo?, encendió el gramófono y bailó.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Marcia—. Resulta que voy a dar un pequeño baile esta noche y va a venir la princesa Isabel. Aunque no será tan chic como vuestros bailes de Riseholme.

La duquesa fue a la puerta para recibir a los invitados que empezaban a llegar, mientras Lucía, con los oídos bien abiertos para captar los nombres, tuvo tan solo cierta inquietud pasajera por haber dado justo la impresión que quería dar: la de que había sido ella la que había estado bailando al son del gramófono de Olga. Fue solo un momento, y justo entonces llegó la princesa, a la que la anfitriona fue conduciendo por la sala para recibir reverencias.

—Y por supuesto ya conoce a la señora Lucas. Estaba contándome que el domingo bailaron con el gramófono en su casa.

Lucía se incorporó de su reverencia.

—No, Marcia, querida. En realidad fue en casa de Olga...

La princesa le clavó una mirada regia antes de pasar de largo, como si hubiera comprendido.

Pero aquella fue la única catástrofe, ¡y qué minucia! A la princesa le gustaban los personajes curiosos, de ahí que Marcia hubiera invitado a una estrella de cine y a un

distinguido novelista, además de a una mujer con una piel como de arenque ahumado, porque, al parecer, según le dijeron, había atravesado dos veces a pie el Sáhara y había cruzado el Atlántico a nado un par de veces o algo por el estilo. También andaban por allí un caricaturista de sociedad y un joven caballero muy esbelto y con una voz melosa que resultó ser el púgil más sangriento del siglo, así como el primer ministro, dos embajadoras y la magnífica señora Beaucourt, quien acababa de asombrar al mundo entero con su escandaloso volumen de memorias puramente imaginarias. Todos y cada uno podían ser un brillante centro de mesa en cualquier cena, y a Lucía la idea de quemar todas las naves a un tiempo le parecía casi un delito: en realidad, ella era el único barquito visible. Antes de que la cena acabase, había conseguido que sus dos vecinos de mesa, el púgil y la estrella de cine, se comprometieran para cenar con ella en noches consecutivas de la semana siguiente, y andaba repasando mentalmente su lista de amigos para ver qué grupo conformar a su alrededor. Al parecer, Alf Watson, el púgil, cuando no andaba noqueando gente, se pasaba el tiempo tocando la flauta para amansar a su fiera interior, mientras que Marcelle Periscope, cuando no encarnaba a amantes apasionados, jugaba con su cachorro de león medio domesticado. Lucía le rogó a Alf que llevase la flauta, y así prepararía una pequeña velada musical, pero no extendió la invitación al cachorro de león, que se le antojaba algo ligeramente bolchevique... Más tarde, consiguió echar el guante a Herbert Alton, el caricaturista de sociedad, quien le prometió almorzar con ella el domingo. No logró, sin embargo, cerrar negocio con la dama del Sáhara, que se iba al día siguiente para cruzar a nado un nuevo mar o atravesar otro desierto. Después empezaron a llegar los invitados al baile, y Lucía, medio intoxicada ya por tanto famoso, se dejó caer embelesada en una silla en lo alto de las escaleras y escuchó el catálogo de nombres grandilocuentes. Un desfile de estrellas, jarreteras y tiaras, y cuando se sintió con más fuerza, se pegó como una lapa a lord Limpsfield, que parecía conocer a todo el mundo, y fue embolsándose presentaciones.

Aunque Lucía no volvió a casa hasta las tres de la madrugada —ya que había tenido que renunciar a la obra por hacerle un favor a Marcia, mejor hacerlo a conciencia—, a las nueve de la mañana ya estaba ocupada escribiendo invitaciones para las dos cenas que daría la semana siguiente. Pepino iba a almorzar al club, donde posiblemente viese al astrónomo real y charlara con él sobre constelaciones, pero la llamaría a las dos y cuarto para ver si ella le había concertado alguna cita para la tarde. Esta idea le ocupó la mente mientras rellenaba las tarjetas de invitación con su exquisita caligrafía menuda. Tenía un teléfono en el comedor, y empezó a visualizarse cuando Pepino la llamase, mientras seguían a la mesa las dos o tres amigas que iban a ir a comer con ella. Sería al final del almuerzo: estarían tomando café, que siempre preparaba ella misma en una máquina de cristal con una lamparita de alcohol que, cuando parecía a punto de explotar, indicaba que el café estaba listo. Los criados no estarían, de modo que ella misma atendería el teléfono... Y oiría la voz de Pepino, pero sería la única. Las demás no sabrían quién estaba al otro lado de

la línea, y no le costaría fingir que no era su marido sino... Daría una respuesta ininteligible, que pudieran oír sus invitadas, aunque apartaría un poco la boca para que Pepino no comprendiera nada y colgara el auricular... Sin duda su marido pensaría que se había equivocado de número y volvería a llamar, y entonces le diría lo que tuviese que comunicarle. Mientras garabateaba, la idea tomó forma y sustancia: seductora, le sonreía.

Terminó con las invitaciones para las cenas en torno a la estrella de cine y al boxeador flautista, y se planteó entonces a quién invitar para que coincidiera con Herbert Alton el domingo. El dibujante le había contado que estaba ocupadísimo trabajando para terminar la pequeña exposición de caricaturas con la que todos los años agasajaba a Londres, y que la inauguraría en dos semanas. Era un humorista satírico consagrado, y todo Londres iba siempre en bandada a su exposición para observar con regocijo en qué los había convertido, y qué pequeñas observaciones, ingeniosas y mordaces, había añadido a sus monstruosas efigies. También daba mucho caché ser caricaturizado, pues denotaba que se atraía atención y se era una figura destacada. Podía —es más, siempre lo hacía— pintarlo a uno como a un auténtico pelele, y sus epígrafes sin falta se reían de algún rasgo característico, pero al menos daba publicidad. Lucía se preguntó si aceptaría encargos: si podría convencerlo para que hiciera una caricatura de Pepino o de ella, o de ambos, por una cantidad generosa, con la condición de que la incluyera en su exposición. No lo veía descabellado, de modo que abordaría el tema el domingo. En cualquier caso, invitaría a una o dos personas simpáticas para que coincidieran con él y cruzaría los dedos.

La pequeña reunión para el almuerzo de ese día estaba formada tan solo por cuatro personas. Según Lucía, los almuerzos eran para íntimos: se ponían los codos en la mesa y charlaban todos juntos, se comunicaban las novedades..., igualito que en la plaza de Riseholme. Los almuerzos muy numerosos se le antojaban farragosos; eran de locos y, con el esfuerzo de asimilar más noticias de las que era posible digerir, uno acababa olvidándose de la mitad. Ese día, por tanto, solo estaban Stephen Merriall, Aggie Sandeman, la misma que había ido al teatro con Pepino la noche anterior, y la prima de esta, Adele Brixton —a quien Lucía estaba deseando conocer—. Lady Brixton era una acaudalada estadounidense espigada e inteligente que había comprendido que vivía mucho mejor sin su marido. Pero como lord Brixton prefería residir en los Estados Unidos y ella en Inglaterra, no habían tenido problema en llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos. Ella iba de vez en cuando a ver a sus parientes americanos, y él escogía esas mismas fechas para visitar a sus parientes en Inglaterra.

Con toda la tranquilidad del mundo, la dama le explicó la situación a Lucía, quien se había precipitado al preguntarle por su marido.

—De hecho, nos lanzamos besos el uno al otro desde las cubiertas de transatlánticos en sentidos opuestos; esté en calma o agitado, nos mareamos en el

mismo océano.

Desde luego algo así jamás se habría dicho en Riseholme y, en caso contrario, se habría considerado de muy mal gusto y lo habrían acogido fríamente con una sonrisa forzada, seguida de un cambio radical de conversación. En esos momentos, por la fuerza de la costumbre, Lucía esbozó una sonrisa forzada, pero luego recordó que no se podía juzgar Londres con los puritanos valores de Riseholme. Convirtió la sonrisa forzada en una genuina.

—¡Qué gracia! Tengo que contárselo a Pepino.

—¿A Pe qué? —preguntó lady Brixton.

Se le explicó. También se le explicó que Aggie había ido al teatro con él la noche anterior. De hecho, se dieron demasiadas explicaciones por mor de la tranquilidad social, y Lucía pensó que era hora de contarles todo lo que había hecho la noche anterior. Y lo hizo de una manera muy peculiar.

—Querida lady Brixton —le dijo—, desde que ha llegado he estado preguntándome dónde la había visto antes. ¡Pero, claro, fue anoche, en el baile de nuestra adorable Marcia!

Aquello pareció introducir el tema deseado, y aunque distaba mucho de ser cierto, era una baza maravillosa.

—Sí, allí estuve. ¡Qué jaleo! Mormonismo puro: un hombre para cincuenta mujeres.

—¡Qué mala es usted! Yo es que estuve cenando allí antes, con un grupito reducido. La princesa Isabel, que vino el domingo a nuestro querido Riseholme y se quedó en casa de Olga... ¡Qué coincidencia! —Lucía se detuvo justo a tiempo. Se disponía a describir el baile improvisado en casa de Olga el domingo por la noche cuando recordó que Stephen sabía que no había estado allí, por lo que dejó a un lado la coincidencia y prosiguió rápidamente—: La buena de Marcia me insistió para que fuera, así que, como una verdadera amiga, renuncié a la obra y fui. ¡Qué cena más divertida! Marcelle... Marcelle Periscope, el primer ministro, la embajadora italiana y, por supuesto, la princesa Isabel, y Alf, y unos cuantos más. ¡No hay nadie como Marcia para montar fiestecitas de ese tipo, tan maravillosas como inesperadas! Alf también fue un encanto.

—¿No será Alf Watson? —Quiso saber lady Brixton.

—Sí, me sentaron a su lado en la cena, y va a venir a casa a cenar la semana que viene, ¡y se traerá la flauta! Le encanta tocar la flauta. ¿Podría convencerla para que nos acompañase, lady Brixton? El jueves..., un momento, ¿era el jueves? Sí, el jueves. Algo discreto, solo unos cuantos viejos amigos y música. Tengo que buscar duetos para piano y flauta: Alf me hizo prometerle que lo acompañaría al piano. Y Dora, Dora Beaucourt. ¡Qué vida más movida la suya! Y Sigismund..., no, creo que Sigismund no estaba; eso fue en lo de Sophy. Qué retrato más maravilloso me ha hecho..., ¿no es estupendo, Stephen? Lo recordarás de Riseholme. ¡Qué divertida estuvo Sophy, al insistir en que quitara el resto de cuadros de la sala de música!

Tengo que decirle que venga el jueves después de cenar; la flauta tiene algo primitivo. ¡Qué teocritano!

Lucía recordó de pronto que no debía dar patadas a escaleras, y se volvió hacia Aggie. Esta le había sido de mucha ayuda a su llegada a Londres, y bien podía volver a servirle, pues conocía a multitud de gente cabal. Si bien sus fiestas carecían de lustre, eran muy respetables: a ellas acudía la gente a la que Sophy llamaba los «viejos posos».

—Aggie, querida, en cuanto llegues a casa, apúntate el miércoles para cenar conmigo, y si ya lo tienes comprometido, que será lo más seguro, táchalo e invéntate una gripe o algo parecido. Marcelle..., Marcelle Periscope va a venir, aunque al cachorro de león no lo he invitado. Un leoncito: qué pintoresco... ¿Y quién más había? Ay de mí, me hago un lío... ¡Con tanta gente como se cruza una...!

Naturalmente, nunca se hacía ningún lío: no había nadie con la mente más despejada que ella, pero tenía que enrollarse un poco porque Pepino estaba tardando en llamar. Habían traído el aparato del café, y, como ausente, no paraba de apartar la lamparita de alcohol justo antes de que hirviera, porque tenían que estar sentados en el comedor cuando llamase. Pero, mientras se lamentaba de su mala memoria, sonó el timbre del teléfono. Ensayó rápidamente en la cabeza lo que iba a decir.

—¡Ay, dichoso teléfono! —dijo levantándose apresuradamente para cogerlo antes de que volviera algún criado—. Muchas veces le digo a Pepino que voy a desinstalarlo, porque es que nunca tiene una un momento de paz. Sí, sí, ¿quién es? —Lucía se quedó a la escucha un segundo y entonces hizo una reverencia—. Ah, ¿es usted, alteza? —dijo ladeando el auricular ligeramente—. Sí, soy la señora Lucas.

Un sonido algo bronco, la voz de Pepino claramente, llegó desde el aparato, pero confió en que las demás no pudieran oírlo, y no tardó en intervenir de nuevo hablando muy acelerada:

—Oh, es muy amable de su parte, su alteza. Sería una maravilla. Mañana: encantada, un placer.

Colgó el auricular y al instante retomó la conversación por donde la había dejado.

—Sí y, por supuesto, también estaba Herbert Alton. Inaugura su exposición dentro de dos semanas, y ¡cómo nos vamos a desternillar cuando vayamos todos a su visita privada y nos riamos con las caricaturas de los demás! ¿Qué es lo que dice Rousseau...?, (¿era Rousseau?) ¿de que nunca nos apenamos del todo por las desgracias ajenas? ¡Qué gran verdad! Aunque a veces Bertie se pasa de malo, pero aun así se le perdona todo. Ay, el café por fin está hirviendo...

Tal y como Lucía había previsto, Pepino volvió a llamar casi al instante, y su esposa le dijo que se había perdido un almuerzo de lo más encantador por haberse ido al club. Aunque sus invitados, por supuesto, ardían en deseos de saber a quién le había hecho la reverencia, Lucía no dio ningún dato al respecto. Adele Brixton y Aggie se fueron entonces a una mariné, pero Stephen se quedó. A Lucía le pareció muy oportuno, porque se había fijado en que a menudo un hombre apuesto y

tolerablemente joven se quedaba con la anfitriona cuando los demás invitados se iban. Tenía algo de chic. Si se repetía con mucha frecuencia, o si se encontraban en otra casa y se iban juntos, empezarían las habladurías —muy respetuosas, por supuesto— sobre su devoción por ella. Georgie había ejercido muy bien de su *cavalier servente*. Stephen, por su parte, no era en absoluto consciente de esos destellos que iluminaban la mente de Lucía: lo único que sabía era que para un hombre sin compromiso resultaba de lo más apropiado tener siempre una casa agradable a la que ir, una casa donde sin duda oiría cosas del interés de Hermione.

—Un almuerzo estupendísimo. ¡Qué mujer más encantadora es lady Brixton!

—La querida Adele —dijo Lucía con tono soñador—. Encantadora, ¿verdad? ¡Cómo le ha gustado la idea de poder conocer a Alf! Pásate después de la cena esa noche, Stephen. Ojalá pudiera invitarte a cenar, pero creo que va a llenarse. ¡Ya sé! Vente el miércoles: déjame ver... Esa noche viene Marcelle. ¡Qué jaleo voy a tener la semana que viene!

Stephen aguardó a que mencionara al dueño de la voz ante la que se había postrado, pero la espera fue en vano.

Capítulo 7

AQUEL delicioso almuerzo íntimo había excitado sobremanera la imaginación de Adele Brixton: se había emocionado hasta el tuétano con la reverencia de Lucía al teléfono.

Pero, querida, ¡esa mujer es maravillosa! —le dijo a Aggie—. Es un caso de estudio. ¡Es cósmica! ¡Ese teléfono, esa reverencia...! Nunca he visto nada igual. Por el amor de Dios, ¿por qué no nos habrá dicho quién era su alteza? No parecía muy reservada cuando ha hablado de toda la gente a la que había conocido: que si Alf y Marcelle, que si Marcia, que si Bertie... Aunque con lo de Bertie se ha equivocado. Conozco a Herbert Alton desde hace años y jamás nadie lo ha llamado así. Llamarlo «Bertie» ha sido un error, pero no se lo digas. Adoro a tu Lucía. Llegará lejos, óyeme lo que te digo, y me apuesto lo que sea a que ya está refiriéndose a mí como Adele. ¿No ves lo asombrosa que es? Yo he sido una trepa toda mi vida, y las reconozco a la legua. ¡Pero yo era un caracol comparada con ella!

Aggie Sandeman se sentía ultrajada por no haber sido invitada a la fiesta de Alf.

—No hace falta que me digas lo asombrosa que es —comentó con cierta aspereza—. No hace ni dos meses que se mudó a Londres y no conocía a un alma. La primera noche vino a cenar a mi casa y, desde entonces, se ha anexionado a toda la gente que le presenté.

—No esperaba menos —dijo la otra con admiración—. ¿Y quién era el hombre al que parecían haber etiquetado por error como «hombre» al nacer pero deberían haberle puesto «mujer»? Nunca he visto una dama más perfecta, aunque ahora mismo solo sé que se llama Stephen. Lucía dijo solo: «Stephen, ¿conoces a lady Brixton?».

—Stephen Merriall —le explicó Aggie—. Es solo uno de esos que sale todos los días a tomar el té..., uno sin ataduras.

—Pues ya te digo yo que ella acabará atándolo. Ay de mí, qué venenosa soy, ¡encima de que voy a ir a su casa la semana que viene a conocer a Alf! Pero no creo ser venenosa... Lo que siento es un interés desmesurado: la adoro. Y nosotras aquí, en el teatro, ¡qué aburrimiento! ¡Anda, Tony Limpsfield! Tony, ven a ayudarme. Hemos estado almorzando con la más maravillosa...

—Supongo que te refieres a Lucía. Estuve el domingo con ella en Riseholme.

—Hizo una reverencia al teléfono —empezó a contarle Adele.

—¿Quién estaba al otro lado? —inquirió Tony con curiosidad.

—Eso es lo que no nos dijo.

—¿Por qué?

Adele se apeó ágilmente del coche, seguida de Aggie.

—No me lo explico. Ah, ¿conoces a la señora Sandeman?

—Sí, por supuesto. Y no ha podido ser la princesa Isabel.

—¿Por qué no? Estuvo con ella anoche en casa de Marcia.

—Ya, pero la princesa salió huyendo de Lucía. Y lo mismo hizo en Riseholme. Es más, dijo que jamás iría a su casa. No puede haber sido ella. Eso sí, atrapó al boxeador...

—Alf Watson. Lo llamó Alf, a secas, y voy a coincidir con él el jueves en casa de Lucía.

—Entonces es muy poco amable por tu parte ponerla verde, Adele.

—No estoy poniéndola verde. Simplemente me interesa sobremanera. Bueno, ¿y tú qué tal? Pasaste todo un domingo con ella en Riseholme.

—Ah, y a ti te llama Tony —intervino Aggie para meter cizaña, aún resentida por lo de la fiesta de Alf.

—No, ¿de veras? Bueno, aunque yo la llamo Lucía cuando no está delante. Ha sonado la campana, por cierto: han debido de subir ya el telón.

Adele se apresuró a entrar.

—Ven a mi palco después del primer acto, Tony. Llevo años sin estar tan interesada en algo...

Adele no le prestó la menor atención al lúgubre drama de Chéjov. Tenía todos sus pensamientos puestos en Lucía, y no tardó en inclinarse hacia Aggie para susurrarle:

—Creo que quien la llamó fue Pepino.

Aggie frunció el ceño un momento.

—No puede ser. Él llamó justo después.

A Adele se le cambió la cara. Al no poder pensar con tanta clarividencia como Lucía, no encontró respuesta posible al acertijo, de modo que recayó en la meditación lucianiana hasta que bajaron el telón y Tony Limpsfield entró en el palco.

—No tengo ni idea de qué va la obra, pero no puedo pasar sin contarte por qué estaba anoche en lo de Marcia. Ayer mismo, por la tarde, un par de mujeres plantaron a Marcia y la dejaron con trece...

—Ya quisiera Marcia —bromeó Aggie.

Tony no hizo caso del chiste tonto.

—Así que llamó a media ciudad —prosiguió.

—Salvo a mí —dijo con acritud Aggie.

—Anda, déjalo estar. El caso es que llamó a todo el mundo, pero no conseguía a nadie. Hasta que llamó a Lucía.

—Que, por supuesto, al instante le respondió que no tenía ningún compromiso y me llamó a mí para que fuera al teatro con Pepino —volvió a intervenir Aggie—. Me oía algo parecido, pero, como quería ver la obra, no iba a tirar piedras contra mi propio tejado para fastidiar a Lucía.

—Además, si no, habría conseguido a otra persona o incluso habría mandado solo a Pepino. Y te equivocas de medio a medio, Aggie: nadie pretende fastidiar a Lucía. Todos queremos que viva una época gloriosa.

—Aggie está contrariada porque cree que ella inventó a Lucía —comentó Adele—. Y esa no es la actitud. Cuéntame cosas de Pep.

—La verdad es que no hay mucho que decir de él. Lleva pantalones y sombrero, tiene un telescopio en la terraza de Riseholme y, cuando hablas con él, enseguida te das cuenta de que recuerda lo que han dicho los titulares del Times de esa mañana. No introduces temas sin importancia, Adele.

—Pero los maridos son importantes... Al menos, todos menos el mío. Son parte del cuadro. ¿Y qué hay de Stephen?

—Ah, es el típico que pasa los bollos en todas las meriendas. Tampoco tiene importancia.

—A lo mejor sí que la tiene, si el marido no...

Tony estalló en una carcajada.

—No vas bien encaminada. No irás a ninguna parte si intentas menospreciar la personalidad de Lucía. Además, de entrada, ¿cómo va a tener tiempo para un amante? Si piensas eso es que no la has calado en absoluto.

—Sería tremendamente pintoresco.

—No, lo fastidiaría todo... Puff, ya está empezando la obra dichosa... Santo cielo, ¡mira allí!

Siguieron su dedo y vieron a Lucía atravesar el pasillo central del patio de butacas, con Stephen detrás, hasta dos localidades de primera fila. Justo cuando llegaba a su asiento, se volvió para repasar al respetable y los vio. En ese momento se apagaron las luces, y su cara se perdió en la penumbra.

Aquel pequeño coloquio en el palco de Adele fue la verdadera constitución de la Sociedad Secreta de los Lucialófilos, una institución cuya membresía empezó a aumentar rápidamente según fueron pasando los días. Aggie Sandeman no podía hacerse socia, porque para pertenecer a ella era condición *sine qua non* plena buena voluntad hacia Lucía. Aggie sentía cierto resquemor en su fuero interno cuando pensaba que había sido ella quien le había proporcionado su gambito a Lucía, y estaba empezando a ser relegada a los segundos círculos de su escala de prioridad social. Era cierto que la había invitado a cenar con Marcelle Periscope, pero también resultaba evidente que la fiesta con Alf y su flauta sería la más elegante de las dos. Por el contrario, Adele y Tony Limpsfield eran miembros de pleno derecho, así como lo fue Olga cuando apareció al cabo de unos días. Marcia Whitby era otra que seguía vorazmente su carrera y, al igual que los demás, cada vez que se encontraban, intercambiaba con ellos noticias emocionantes. Había, por supuesto, otro bando que reunía a quienes Lucía bombardeaba con amables invitaciones que —de momento— rechazaban. Presumían de no conocerla y de no interesarse lo más mínimo por ella, lo que, según Adele, daba muestras de una estrechez de miras deplorable. Los caracteres y las personalidades impactantes como Lucía, que perseguían impertérrita e

infatigablemente su objetivo en la vida, eran escasos y, cuando se daban, había que estudiarlos con un afecto reverencial... A veces alguno de los miembros fundadores de los lucialófilos descubría a otro: si cuando se mencionaba el nombre de Lucía asomaba una luz ansiosa y cándida a sus ojos y decía en un cuchicheo: «¿Te has enterado de quién estuvo en su casa el jueves?», se revelaba entonces como auténtico lucialófilo... Fue todo un movimiento gradual pero en crecimiento constante, al compás de la impresionante carrera de Lucía, pues pocos eran los días en que no quedaba consignado algún logro gratificante por su parte en las columnas siempre veraces de Hermione.

Cierta tarde, Lucía volvía en coche a casa tras pasar el día en el tribunal de divorcios. Había conocido hacía poco al presidente y lo había invitado a cenar la noche antes de cierto juicio —que en esos momentos era la comidilla de la ciudad—, y al tercer intento había logrado que le guardase un asiento en la sala. El juicio duraba ya tres días; y nadie parecía pensar en otra cosa, mientras los periódicos se llenaban de pruebas conmovedoras y sorprendentes. Era cierto que Babs Shyton —la dama de la que su marido quería librarse— había escrito unas cartas de lo más insólitas a «Guauguau», también conocido como lord Middlesex, y viceversa: Lucía no podía imaginar que alguien fuera capaz de escribir tales cosas, y se habría sorprendido enormemente si a ella le hubiesen escrito cartas como las de Guauguau a Babs. Pero, a medida que avanzaba el juicio, Lucía simpatizaba cada vez más con la mujer. Su marido, el coronel Shyton, debía de haber sido una persona imposible, con la que no se podía convivir: se pasaba días enteros en la cama, se levantaba por la noche, desayunaba a las ocho de la tarde, almorzaba pasada la medianoche y tomaba una cena copiosa a las ocho y media de la mañana. ¡Era normal que cualquier mujer con un marido así necesitara una especie de Guauguau que la cuidara! En los fragmentos de la extraordinaria correspondencia entre ambos que se leyeron en el juicio, tanto Babs como él se referían al coronel Shyton como «S. P.», que Babs confesó con mucha franqueza —entre sonoras carcajadas— que era la abreviatura de «Su Pestilencia»; y tampoco podía negarse que Babs le había dicho en una carta a Guauguau que estaba en la cama, con mucho sueño y los cables cruzados, pero que le gustaría que Guauguau estuviera meneando la colita en la alfombra de la chimenea. Desde luego, aunque era una indiscreción, nada tenía de incriminatorio y, en cuanto a la sarta de cruces que seguía a la firma de Babs, esta explicó con mucha franqueza que significaba que se le habían cruzado los cables. Volvió a estallar la risa entre la concurrencia, e incluso el juez esbozó una sonrisa amplia mientras amenazaba con que, si volvían a formar semejante bullicio, desalojaría la sala entera. Babs había causado una impresión estupenda: estaba tan guapa y había respondido con tanta alegría... Y Guauguau había estado igualmente imponente... Era un inglés callado y robusto y, cuando le preguntaron si había besado alguna vez a Babs, respondió con un

«¡Eso es mentira!» con una voz tan fiera que a los miembros del jurado les dio la sensación de que más les valía creerlo si no querían recibir una paliza. Se esperaba el veredicto para el día siguiente, y si fallaban a favor de Babs, Lucía la invitaría a su casa sin perder ni un minuto.

En la sala hacía un calor horrible y el aire estaba viciado, de modo que Lucía ordenó a su chófer que diera un rodeo por el parque antes de volver a casa. Había invitado al té a un par de personas a las cinco, y a un par más a y media, pero le quedaba algo de tiempo para darse antes una vuelta y, al desviar su mente de las particularidades de ese caso a las generalidades de ese tipo de casos, pensó en la publicidad tan alucinante y sin parangón que suponían para cualquier mujer. Por supuesto, si fallaban en su contra, tal publicidad podía convertirse en un asunto muy desagradable, pero, siempre y cuando el jurado decidiera no considerarla culpable, Lucía podía incluso imaginarse envidiando a dicha mujer. No era que quisiera verse en esas circunstancias, por supuesto, aunque sin duda la situación de la mujer llevaba aparejada una notoriedad que no podía lograrse ni con muchos años de pacientes esfuerzos... Babs debía de tener la impresión de que, allá donde iba, no había una sola persona que no la reconociera, que no lo supiera todo sobre ella y, de ser inocente, podría paladear bien a gusto el resultado. Naturalmente, Lucía solo envidiaba la conclusión de tal experiencia, no la experiencia en sí, porque eso habría entrañado una vida miserable con Pepino —y estaba convencida de que las cenas a las ocho y media de la mañana tenían que ser de lo más indigestas—. Pero habría sido maravilloso ser tan popular como Babs.

Otra cuestión que la había asombrado, tanto en el propio juicio como en los torrentes de habladorías que se habían desatado sobre el caso durante los últimos días, era la cálida simpatía del mundo en general por Babs, independientemente de su culpabilidad o su inocencia. «Todo el mundo ama siempre a los que aman», pensó Lucía, y la imagen de Guauguau meneando su cola en la alfombra de la chimenea del cuarto se le antojaba hermosa.

De repente, sus pensamientos tomaron un cariz más personal. Toda su naturaleza se revolvía ante la idea de tener un amante real, por no hablar de que no sabía de quién podría echar mano. La reputación de tener un amante, en cambio, era algo totalmente distinto: no presentaba las mismas objeciones ni dificultades y, sin la menor duda, ver a una mujer siempre en compañía de un hombre que parecía profesarle una gran devoción le daba cierto caché. Ya había coqueteado vagamente con la idea en alguna ocasión, pero en ese momento tomó una forma más definida y, en cuanto a la elección de un amante de ese tipo, supo que no había complicación alguna. Hasta la fecha no había hecho nada por alentar esa idea, más allá de tener mucho por casa a Stephen, pero entonces se vio asumiendo sobre él un aire de dueña y señora; se vio hablándole en una esquina, e incluso poniéndole la mano sobre la manga, llegando con él a una cena o yéndose juntos de ella —porque Pepino odiaba salir de casa después de cenar—.

Pero en los primeros compases era necesaria cierta cautela, pues sería difícil explicarle a Stephen qué tipo de relación pretendía, y tampoco se imaginaba diciéndole: «Vamos a hacer como si fuéramos amantes sin serlo». Sería un horror que la malinterpretara y que, de buenas a primeras, le plantara los labios en la boca, o incluso un beso libidinoso y acalorado en la mano, pero hasta entonces no había dado la más mínima muestra de querer hacer nada de eso. De hacerlo, se vería incapaz de volver a verlo, y probablemente la gente diría que él la había dejado. Sabía que no podía explicarle lo que pretendía y que él tendría que adivinarlo por su cuenta: predicaría con el ejemplo y se encomendaría a la inteligencia de Stephen y a la ausencia en él de cualquier inclinación amorosa insospechada. Empezaría poco a poco, en cualquier caso, y lo invitaría a cenar siempre que estuviera en casa. Y sin duda para él sería muy agradable, porque tenía por delante unas semanas muy entretenidas; toda vez que no cediera ante uno de esos impulsos impetuosos y turbulentos de los varones, la cosa iría bien. El propio Georgie lo había hecho estupendamente, hasta que Olga se había interpuesto entre ambos —o eso se decía Lucía—, y Stephen se parecía bastante a él. En cuanto a ella, sabía que podía confiar en que sus latidos lentos y firmes jamás se descompasarían alocadamente por nadie.

Cuando llegó a casa, Adele ya estaba allí y, tras detenerse tan solo para decirle a la criada que llamara a Stephen y le pidiera que viniese *ipso facto*, subió las escaleras.

—Queridísima Adele, mil perdones. Llevo todo el día en el tribunal de divorcios. ¡Qué emocionante! Babs, la buena de Babs Shyton, ha estado estupenda. No le han sacado nada.

—No: *lord* Middlesex ya se lo había quitado todo —comentó Adele.

—Ay, pero ¿cómo dices eso? *Lord* Middlesex o, lo que es lo mismo, Guauguau ha estado igual de estupendo. Estoy convencida de que el jurado los creerá. ¡Ay, la buena de Babs...! Tengo que conseguir que venga una noche de estas: daré una pequeña y amigable fiesta en su honor. ¡Piensa en ese viejo espantoso aficionado a cenar a medianoche! Sería un horror tener que volver con él. Ay de mí..., ¿dónde vive?

—Es posible que no tenga que volver con él —le dijo Adele—. Y en tal caso, con un «a la atención de Guauguau» bastará para encontrarla.

Adele no estaba de muy buen humor. Su marido le había anunciado su intención de ir a visitar a sus amigos y parientes en Inglaterra, pero ella no se sentía por la labor de hacer el correspondiente viaje a los Estados Unidos. Sin embargo, conforme Lucía proseguía, se olvidó de esos problemas menores y empezó a emocionarse. Aunque seguía hablando de Babs y Guauguau, Adele tenía claro que eran solo símbolos, como los sueños de los psicoanalistas.

—Yo me solidarizo por completo con la buena de Babs. Piensa en su situación, con esa horrible antigualla por marido... Deberían exonerar a esa mujer, por mucho

que el jurado no crea lo que...

—Por supuesto que sí —dijo Adele en un último arranque de mal humor—. Lo que no se le perdona es que la hayan descubierto.

—De verdad, hablas como hablaban todos en esa desasosegante obra que fui a ver ayer. La buena de Olga estaba allí... Canta mañana, ¿no es cierto? Y estás dando por sentado que Babs es culpable. ¡Cuánto me alegro de que no formes parte del jurado, Adele! Yo soy de la opinión contraria: una mujer con un hogar destrozado como ese debe tener a un hombre al que poder llamar amigo. Creo que el afecto entre Babs y Guauguau era puro y hermoso. Cualquiera mujer, aunque estuviera felizmente casada, estaría orgullosa de disfrutar de algo así. No cabe duda de que *lord* Middlesex siente verdadera devoción por ella, y, en realidad (espero que esto no te conmocione), la relación que pudieran tener es cosa suya. Ya se sabe: George Sand y Chopin, o Nelson y *lady* Hamilton. *Sir* Andrew Moss, el juez del caso, estuvo cenando aquí la otra noche y estoy segura de que es un hombre abierto de miras. Me dio un pase para entrar a la sala... Ah, Stephen, has venido. Pasa, querido. Conoces a *lady* Brixton, ¿no es cierto? Estábamos hablando de Babs Shyton. Acerca la silla. Déjame pensar, ¿sin azúcar, verdad? ¡La regañina que me echaste el otro día cuando me equivoqué y te eché en el té!

Acto seguido le cogió la mano a Stephen un poco más de lo que lo habría hecho cualquiera o, en palabras de Browning, la retuvo «solo un instante más», y Adele reparó en la mirada de vaga sorpresa que se dibujó en la cara del hombre: no había en ella alarma ni embeleso, solo sorpresa.

—¿Has estado allí? Supongo que todavía no hay veredicto.

—Hasta mañana, nada. Pero ya veremos qué pasa. Adele la ha puesto a escurrir, mientras que yo he estado defendiéndola a capa y espada. Tengo que invitarla pronto a cenar sin falta, y tú podrías venir, si tienes una noche libre, pero a Adele no vamos a invitarla. Cuéntame las novedades, Stephen. Llevo todo el día en el juzgado.

—Lucía no me ha entendido bien. Yo me solidarizo por completo con Babs: solo la culpo por haberse dejado descubrir. Si usted y yo tuviéramos un *affaire*, señor Merriall, recibiríamos la solidaridad envidiosa de todos, hasta que nos llamaran a capítulo oficialmente. Y entonces no nos quedaría otra que aceptar hasta el escarnio de nuestra encantadora Lucía. Y si usted tuviera un *affaire* con quien sea (como seguro que tiene cientos), cualquiera (incluso yo misma) se mostraría encantado e interesado hasta... Subraye ese «hasta». Bueno, tengo que irme, así podréis hablar de mí a vuestras anchas.

Lucía se levantó profiriendo unos murmullos afectuosos para que no se fuera, aunque sin mucha convicción.

—¿De verdad tienes que irte, Adele? Déjame ver, ¿qué hago yo mañana...? Stephen, ¿qué es mañana y qué tengo que hacer? Ah, sí, por la mañana es la visita privada a la exposición de Bertie Alton. Seguro que nos vemos allí, Adele. El muy pillo ha dibujado unas caricaturas mías y de Pepino. Me siento como si me fueran a

hacer trizas delante de todo Londres. *Au revoir*, pues, querida Adele, si tan cansada estás de nosotros... Y luego, por la noche, ópera: no estaré ni para asomar la cara. ¿Tienes aquí tu auto? Llama, Stephen, haz el favor. ¡Qué visita más corta!, y espero que Olga se pase de un momento a otro. Un montón de recados para ella, supongo. Vuelve cuando quieras, Adele, preséntate sin más.

Ya en las escaleras de la calle, Adele se encontró con Tony Limpsfield. Le hizo entrar a toda prisa en su coche y le dijo al chófer que no arrancara.

—¡Novedades! Lucía va a echarse un amante.

—¡No! —exclamó Tony al más puro estilo Riseholme.

—Como lo estás oyendo. Está con ella ahora mismo.

—Entonces no querrán que entre. Aunque ella me dijo que me pasara sobre las cinco y media...

—Pamplinas, querido. Claro que quieren que vayas, los dos... Ay, Tony, ¿es que no lo ves? ¡Es una farsa!

El lord adoptó la expresión embelesada de los lucialófilos cuando reciben una información nueva y sustanciosa.

—Cuéntamelo todo.

—Estoy convencida de que no me falta razón. Su perrito faldero acaba de llegar y ella le ha cogido la mano como solo saben cogerla las mujeres, y le ha hecho que acerque la silla a la suya, y ha dicho que él le regañó. No sé hasta qué punto Stephen es consciente aún. Pero me he dado cuenta de que se olía que Lucía tramaba algo. Me pregunto si tendrá la inteligencia suficiente para hacerlo debidamente... Ojalá te hubiera escogido a ti, Tony... Habrías sido el amante perfecto. Tienen que aparentar que son amantes, ¿no lo entiendes? Todo el mundo debe pensar que lo son, mientras que en realidad entre ellos no pasa nada. Es una farsa, una comedieta... ¡gloriosa!

—Pero tal vez haya algo de cierto —dudó Tony—. No creo que deba entrar.

—Tony, confía en mí: Lucía tiene menos intención de agenciarse un amante real que de comprarse un chimpancé. Es más casta que la nieve, un solo beso la abrasaría. Además, no tiene tiempo. Le pidió a Stephen que fuera para que yo lo viera, y tú también. Un plan de lo más estupendo, y es estupendo que yo me haya dado cuenta tan rápido. Entra, ahí no está pasando nada íntimo; de hecho, está sedienta de público.

La confianza de Adele alentó la de Tony, a quien, naturalmente, le corroía la curiosidad. Se apeó, le dijo al chófer de Adele que arrancara y subió las escaleras. Stephen ya no estaba sentado en la silla cerca de Lucía, sino en el sofá al otro lado de la mesa de té. Daba la impresión de que Adele tenía razón: cuadraba con la idea de que eran amantes en público, pero desde luego no en privado.

—¡Querido lord Tony! —Esa denominación estaba a medio camino entre el lord Limpsfield y Tony, aunque, salvo en su presencia, solía prescindir del lord—. ¡Qué bien que te hayas pasado! Adele acaba de salir. Stephen, ¿conoces a lord Limpsfield?

Lucía le sirvió el té y, al poco de levantarse, volvió a sentarse como si tal cosa en el sofá, al lado de Stephen. Al principio se le pegó demasiado, de modo que reculó y se apartó ligeramente.

—¡Qué obra más estupenda de Chéjov la del otro día! ¡Qué atmósfera más extraña y miserable! Salimos con la sensación, ¿verdad, Stephen?, de habernos sumergido en un sueño remoto. Te vi, lord Tony, con Adele, que había estado almorzando conmigo.

Tony estaba al tanto: ¿acaso no había sido aquel el momento del nacimiento de los lucialófilos?

—Pues para mí fue un sueño del que no me importó en absoluto despertar. Me pareció muy aburrida.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? ¡Fue toda una experiencia! Sentí como si la miseria de un milenio entero se abalanzara sobre mí, una vieja angustia que tenía ya olvidada. Aunque también causó en mí el efecto de querer vivir más plena e intensamente que nunca, hasta que el ocaso se cierna sobre mí.

Stephen hizo un aspaviento con las manos, lo que aprovechó para apartarse un poco más de Lucía. A su amiga le pasaba algo raro ese día. En los pocos minutos que habían estado a solas se había comportado con total normalidad, pero antes, con Adele, y en esos momentos, tras la aparición de lord Limpsfield, parecía estar afectando cierta intimidad a la que se sentía en la obligación de responder.

—¡Qué imaginación más mórbida la tuya! —dijo—. No te dejaré ir a más obras de Chéjov.

—¡Niño malo, malo! —dijo para provocarlo—. Los hombres sois todos iguales. Queréis que las mujeres sean alegres, hermosas y sin seso, y que no tengan otra cosa que hacer que divertirlos. No volveré a hablaros de mis sentimientos reales a ninguno de los dos. Hoy vamos a hablar del juicio. Me solidarizo plenamente con Babs, lord Tony. Y estoy segura de que tú también lo haces.

Cuando se fue, el lord dejó allí a Stephen. Tras un cuarto de hora de conversación más ligera, y, como no esperaba más visitas, Lucía se limitó a invitar a su amante a cenar dos o tres noches de la semana siguiente y a que se encontrara por la mañana con ella en la visita privada a la exposición de Herbert Alton, y luego lo dejó marchar con cierta perplejidad rondándole la cabeza.

Stephen recorrió a paso lento Brompton Road mirando escaparates e intentando descifrar lo ocurrido. Lucía le había cogido la mano de forma extraña, se había sentado a su lado en el sofá, había blandido una decena de pequeñas señales de intimidad que daban credibilidad a una suposición que, aunque no le helaba la sangre, tampoco se la hacía hervir... Eran muy buenos amigos, compartían muchos gustos, pero Stephen prefería dejar de verla antes que tener un idilio con ella. Para empezar, no era muy diestro en lo que a aventuras amorosas se refiere y, aunque lo hubiera

sido, no podía pensar en una mujer menos susceptible de ser cortejada que Lucía. «Hasta los castos Galahad y Artemisa lo harían mejor que Lucía y que yo», masculló para sus adentros, y se volvió rápidamente para alejarse de un escaparate lleno de refinada ropa interior de mujer. En vano repasó los recuerdos incólumes de su relación con Lucía: no podía sentirse culpable de ningún pensamiento, palabra u obra que hubieran podido provocar en ella la trastornada fantasía de que la contemplaba con ojos libidinosos.

«Dios sabe que soy inocente», se dijo para sus adentros, y se quedó helado del horror ante la repentina visión de un gran tablón de noticias en el que había impreso un titular en mayúsculas: BABS QUIERE A GUAUGUAU EN EL FELPUDO.

Sabía que el galanteo no era de su agrado, y tenía la certeza moral de que tampoco del de Lucía... ¿Qué pretendía entonces con esas bromitas y esos roces? Al analizarlos una segunda vez, le sobrevino con más fuerza que antes la constatación de que solo se había permitido esas pequeñas licencias cuando había habido alguien más presente. Por poco que supiera de las maneras de los amantes, siempre había imaginado que tales muestras de afecto se intercambiaban sobre todo en privado, y solo se dejaban ver en público cuando las pasiones tenían que encontrar una pequeña válvula de escape. Por lo demás, si Lucía hubiera planeado atentar contra su virtud, sin duda, al quedarse a solas con él, les habría dado órdenes a sus criados para que dijeran que no estaba y no habría dejado pasar a lord Limpsfield... Quedaba claro que Lucía andaba tramando algo, pero, para su poco afilado seso masculino, de momento todo estaba envuelto en misterio. No quería renunciar a esos encantadores detalles que tenía con él aunque debía mostrarse muy circunspecto.

Con todo, a la mañana siguiente la esperó sin muchos recelos a la puerta de la pequeña galería Rutland, pues, en un acto tan público como una visita privada, no tenía nada que temer. Cuando apareció Lucía, solo habían llegado algunos visitantes más madrugadores que ellos, y, cuando mostró las dos invitaciones —la suya y la de Pepino, encarnado en Stephen— al pasar por el torniquete de entrada, pidió que se las devolvieran porque solo pensaba dar una vuelta rápida y regresar más tarde. Aún no había visto las caricaturas que Bertie Alton —seguía reincidiendo en su pequeño error— había aceptado hacer por encargo, y se abrió paso hasta los números 39 y 40, que según el catálogo eran los correspondientes a los señores Lucas. Bajo sus nombres estaban los textos, y leyó emocionada lo que se suponía que estaba diciendo Pepino: «No me importa el coste personal, tengo que estar a la altura de Lucía», mientras que en el número 40 la atractiva frase era: «¡Ay, las duquesas! ¡No la dejan a una en paz!»... Pepino aparecía con los bombachos cortos del traje de recepción real, tropezándose con la espada, que se le había enredado en las piernas, y un bicornio echado hacia atrás, con los ojos muy separados, sin nariz y un agujerito agónico por boca... Y ella salía con un montón de cartas abiertas en el suelo y otro montón sin abrir en la mesa. No se le veía mucho la cara porque estaba hablando por teléfono, pero tenía la falda muy corta, al igual que el pelo, y la rodeaba un aura de resignación

hastiada en su porte lánguido.

Tras estudiarlas con mucho detenimiento, dio un largo suspiro de felicidad colmada. Aquel fue su comentario irreprimible: ¡no podía imaginar nada más ideal! Después emitió una risita tintineante.

—¡Hay que ver, Stephen! Bobbie..., Bertie, quiero decir, ¡es malo con ganas! De verdad, ¡qué ultraje! Estoy furiosa con él, pero al mismo tiempo no puedo evitar reírme. ¡Pobre Pepino..., y pobre yo! A Marcia le va a encantar. Siempre dice que últimamente no hay manera de dar conmigo.

Después le dio un repaso rápido al resto de la colección, para poder reconocerlos a todos sin necesidad de consultar el catálogo cuando volviese más tarde, como pretendía. En esos momentos apenas había nadie, pero sin duda la exposición se llenaría una hora antes del almuerzo, cuando tenía la intención de hacer su supuesta primera visita y reconocer al punto a todos los que representaban las caricaturas —pues Bertie, en su entusiasmo por la caricatura, a menudo prescindía del parecido—, estallar en risotadas al ver la suya y la de Pepino, y decir que tenía que comprarlas, cosa que por supuesto ya había hecho. Stephen se quedó allí ya que Hermione tenía que hacer una crónica detallada de la exposición, pero prometió esperar hasta que Lucía regresara. Esa mañana no había dado la menor muestra de enamoramiento. Sus temores se vieron considerablemente aliviados, y tuvo la impresión de que no se le exigiría ningún arrebató de pasión.

—¡Miles de cosas que hacer! A ver, déjame pensar, a las once y media, las doce..., sí, volveré a las doce pasadas y les daremos un buen repaso. ¿Vienes a almorzar? Seremos muy pocos.

Antes de su regreso la galería se llenó hasta los topes, y Hermione estuvo atareado tomando nota de a quiénes veía charlar con amigos o con un aspecto estupendo o encantados con su nueva casa en Park Lañe o recibiendo felicitaciones por el compromiso de una hija. No cabía duda de qué dibujos provocaban más interés, y pronto hubo una cola constante para ver los números 39 y 40. La gente se quedaba mirándolos con gravedad, consultaban luego sus catálogos, y rompían entonces en risotadas sonoras y volvían a mirar hasta que el peso creciente de la cola los desplazaba. Una de las que estuvo más rato contemplándolos y defendió mejor su terreno fue Adele, quien, cuando por fin la hicieron a un lado, rodeó la cola y fue empujando a su vez hasta que volvió a colocarse delante. En ese momento vio a Stephen.

—¡Anda!, entonces Lucía no debe de andar muy lejos —observó con malicia—. ¿No le ha encantado? ¿Dónde está?

—Ya ha venido, pero regresará en un rato. Tiene que estar al caer. ¡Ah, mírala!

Fue una estupidez por parte de Stephen: tendría que haber adivinado que la segunda aparición de Lucía pretendía ser oficialmente la primera. Lo comprendió cuando la vio abriéndose camino a empujones entre el gentío y lo saludó como si no lo hubiera visto esa misma mañana.

—Y mi queridísima Adele. ¡Qué jaleo! Dime, rápido, ¿dónde están mi caricatura y la de Pepino? Me muero de ganas de verlas, pero seguro que en cuanto las vea querré que me trague la tierra.

La luz de la lucialofilia se encendió en los inteligentes ojos de Adele.

—Vamos a buscarlas juntas. Mira, la 39 y la 40. Tienen que estar más adelante.

Lucía ejerció una presión constante e infatigable sobre quienes la precedían hasta que logró hacerse fuerte en la delantera.

—¡Habrase visto! ¡Pero bueno! Ay, ¡aunque Pepino es clavado! ¿Cómo se habrá enterado Bertie de que se le enredó la espada en las piernas de esa manera? Y mira lo que dice... ¡Ay, y mírame a mí! ¡Y solo porque lo conocí en la fiesta de Marcia y la gente me preguntaba como loca cuándo tenía una noche libre! ¡Qué impertinente! ¡Voy a tener que regañarle!

En su bendita ignorancia, Lucía lo hizo de maravilla, pues no sabía que Adele estaba al tanto de que era la segunda vez que iba. Rio, volvió a mirar y volvió a reír. —«La señora Lucas y lady Brixton muertas de risa ante los dibujos de los señores Lucas», pensó Hermione.—

—Ay, ¡y ese es lord Hurtacombe! Seguro que es él, aunque no lo he visto muchas veces... Y, mira, Olga, no hay duda, ¿no? ¿Cómo lo hace?

Era una identificación muy inspirada para no haber estudiado previamente el catálogo, pues su cara consistía básicamente en una gran boca abierta y un asomo de barbilla que bien podría haber sido la cara de cualquiera bostezando. Tenía los brazos muy abiertos y estaba al lado de un hombrecito con pantalones cortos al que le sacaba una cabeza.

—Es la última escena de Sigfrido, seguro. ¿Qué dice el catálogo, Stephen? Sí, tenía razón. «¡Sigfrido! ¡Brunilda!». Qué malo, ¿no te parece? ¡Pero descacharrante! ¿Quién puede enfadarse con él?

Todo aquello suponía un material estupendo para los lucialófilos: ¡era alucinante cómo reconocía a todo el mundo al primer vistazo! Por lo demás, la galería estaba llena de «queridos» y «tesoros», algunos con tan solo unas semanas de vida y, mucho antes de terminar el recorrido, completó una pequeña cena para el martes siguiente. No se despegó en todo el tiempo de Stephen, mirando su catálogo, poniéndole una mano en el brazo para llamar su atención sobre algún dibujo y hasta le quitó de la manga una mota de algo entraño... Durante todo el tiempo, Adele, medio en trance, cada vez se convencía más de que ella sola había llegado al fondo de aquella adorable situación. Lo único que la angustiaba era hasta qué punto Stephen habría llegado también. Aunque no lo pareciera, podía estar recibiendo aquellas pequeñas muestras de afecto como señales de algo más y, al encontrarse a solas, intentar besarla, lo que arruinaría aquel hermoso plan. Por suerte, su comportamiento distaba del de un pretendiente agraciado con los favores de su dama; por el contrario, más bien era el de un pretendiente que temía esos favores... Pero si ese pusilánime se asustaba, la situación también podía arruinarse. ¡Y pensar que la obra más perfecta de lucialofilia

dependía de la limitada percepción de Stephen! Mientras los tres avanzaban lentamente, escuchando las brillantes identificaciones de Lucía, Adele quiso que Stephen comprendiera y proyectó un perfecto torrente de sugestión hacia la mente del hombre. Debía..., tenía que entender...

El deseo ferviente nunca es yermo, afirman todos los parapsicólogos, transmite parte de su anhelo a la consciencia a la que se dirige. Y entonces lo que había resultado evidente a la sensibilidad femenina de Adele, más fina, empezó a hacer mella en aquella insulsa mente masculina. Una vez más, en aquel baño de masas, Lucía no paró con los roces y las bromitas, y su significado se elevó, como un sol pálido y austero naciendo en su interior, sobre los sentidos nublados de Stephen. La situación se le reveló, y vio que podría manejarla fácilmente. Sus siniestros temores se disiparon, y se percató entonces de que no habría necesidad, cuando volviera a quedarse en Riseholme, de echarle el pestillo a la puerta del dormitorio —una práctica que abominaba, por miedo a que estallara de pronto un incendio en la casa—. La noche anterior había tenido una pesadilla en la que le había ocurrido algo horrible por no haber cerrado con llave la puerta en The Hurst. Pero por fin pudo apartar esa idea de su cabeza. Aquellas intimidaciones de Lucía eran solo de cara a la galería.

—Lucía, tenemos que irnos —dijo en voz alta y confiada—. Pepino va a preguntarse dónde nos hemos metido.

Su amiga suspiró.

—Me maneja a su antojo, Adele. Tengo que irme: *au revoir*, querida. El martes que viene: solo un par de intimes.

El alivio de Lucía no fue mucho menor que el de Stephen. Si este hubiera estado planteándose cometer alguna indiscreción, seguramente no habría dicho algo tan indiscreto, y no temía que sus prisas por irse se debieran a ningún deseo apasionado de besarla en la intimidad del coche. Comprendió que él había entendido, y su suposición se confirmó cuando este le propuso que fueran con las ventanillas abiertas precisamente.

En las últimas tres semanas de progresos sociales, Riseholme no había estado en la primera fila de los pensamientos de Lucía; la segunda, en cambio, sí que había estado plenamente ocupada por el pueblo, porque, comoquiera que el futuro se perfilaba vagamente tras el presente, su plan era ir a principios de agosto, pasar allí ese mes, y hacer unas cuantas excursiones geniales hasta que el otoño Londres se volviera a poblar. Había albergado la esperanza de hacer una escapadita a Aix, donde se daría cita mucha gente agradable, pero Pepino había sido categórico: la contabilidad no lo soportaría. Lucía se lo había tomado con una deportividad muy sincera, lamentándose alegremente cuando le preguntaron qué pensaba hacer en agosto: «Ay, vosotros los ricos sois unos afortunados con dinero para derrochar...

Nosotros tenemos que irnos al pueblo y llevar una vida tranquila —solía repetir—. Pero estoy encantada, por mucho que vaya a echaros de menos. Riseholme, mi querido Riseholme, como sabéis, es adorable, y allí tengo un montón de amigos divertidos que me miman exageradamente. Pasaré unos bonitos días de sosiego, corriendo por la plaza para ir a encargar pescado, parándome a charlar por el camino, y con mis libros y mi piano, y una silla en el jardín, y acostándome temprano en vez de a estas horas imposibles. Una vida de anacoreta, pero si alguno tenéis una semana libre entre Aix, el yate o Escocia, ay, ¡sería estupendo que al menos nos mandarais una postal!».

Sin embargo, antes de convertirse en anacoretas, Pepino y ella iban a disfrutar de un puente en las vacaciones de agosto, y Lucía ardía en deseos de que llegara con una emoción fuera de lo normal. Adele sería la anfitriona, y el escenario, la enorme casa solariega que tenía en Essex. Al parecer iría todo el mundo, pues había dicho que iba a llenarse; y sería la reunión definitiva de los espíritus elegidos antes de la dispersión anual. La señora de Garroby-Ashton estaba deseando que la invitaran, pero no fue el caso, y, pese a que Lucía sentía profundamente la decepción de la querida Millicent, no podía por menos que verlo con cierta condescendencia, desde una posición superior, como a una especie de escalón muy por debajo de ella que demostraba lo vertiginosamente que había ascendido. Pero no tenía intención de dejar caer a la buena de Millie, que daba saltitos desde abajo: tenía que ir un domingo sin falta a The Hurst; le vendría muy bien y así podría ponerla al día de todo lo acontecido en la fiesta de Adele.

Pero para eso todavía quedaban diez días, y la mañana tras el triunfo del *affaire* en la galería Rutland, llegó hasta Lucía el rumor vago, que no provenía de ningún sitio en concreto, de que Marcia Whitby iba a dar un maravilloso bailecito para despedir la temporada. Llevaba un tiempo sin verle el pelo o, para más señas, ninguna parte de su fisonomía, y había rechazado las tres últimas invitaciones de Lucía, una a través de su secretaria y las otras dos por teléfono. Ella, en cambio, había seguido hablando de la duquesa con una familiaridad y un afecto inquebrantables. Al día siguiente, el rumor tomó más cuerpo: Adele dejó caer algo sobre el baile de Marcia, pero se apresuró a disimularlo charlando sobre su fin de semana. Lucía la miró por unos instantes con unos ojos penetrantes que al parecer no lograron penetrar nada:

Adele siguió parlotando sobre su propia fiesta y no se dio por aludida en ningún momento.

El parloteo de la dama, sin embargo, era en realidad una maniobra desesperada y frenética por apartar el tema del baile de Marcia, que no era muy lucialófila. En lugar de sentir un placer transido por los éxitos y los fracasos de Lucía, por sus tejemanejes, sus logros y sus ambiciones, en los últimos tiempos Marcia se había posicionado en las filas de la oposición.

—Adele, esa mujer es de chiste —le había dicho—. Tengo entendido que tiene un libro de recortes y va pegando postales y fotografías de casas de campo, y anotando

debajo las fechas de su visita.

—¡No! ¡Qué encanto! Tengo que verlo, ¿o te lo has inventado?

—Claro que no —había repuesto una herida Marcia—. Y ha añadido una foto del jardín con foso de Whitby con fecha de hace dos domingos, cuando di una fiesta a la que no la invité. Además, ella estaba en Londres. Y una del jardín del palacio de Buckingham, con fecha de la última recepción. ¿La invitaron?

—Que yo sepa, no.

—Ten por seguro que no. Es de chiste, te lo digo, y no pienso invitarla a mi baile. Me niego, no... ¡Me niego! Solo la semana pasada me invitó tres veces a comer. No es justo: ¡eso es acoso! Una persona más pusilánime habría cedido ya, pero yo no soy así y no voy a permitir que me acosen. ¡No me obligarán a ir a comer y no pienso invitarla al baile! ¡Ya está bien!

—No seas tan desagradable. Además, tendrás que verla en mi casa unos días después y va a ser un poco incómodo. Estará todo el mundo.

—Bueno, así podrá fingir exclusividad —dijo bruscamente Marcia—, y eso le gustará.

Los rumores se materializaron en hechos y para su horror, Lucía se vio pronto en la obligación de concluir que el baile de Marcia se celebraría sin su presencia. Era una idea intolerable, y decidió darle una última oportunidad a la duquesa, llamándola e invitándola a cenar esa noche —como para recordarle que no le había dicho nada del baile—, pero la voz pétrea de Marcia contestó que por desgracia ella también tenía invitados en casa. Allá donde iba —y ¿dónde no iba Lucía?— oía hablar del baile y de la plétora de príncipes y princesas que iban a asistir.

Por un momento, pensar en princesas aligeró lo deprimente de aquel tema. La princesa Isabel estaba muy enferma con una gripe, de modo que Lucía, al pasar en coche por Park Lañe, pensó que no estaría de más acercarse a preguntar cómo estaba, pues se había fijado en que a veces los periódicos registraban el nombre de quienes preguntaban. La salud de la princesa Isabel no le importaba ya lo más mínimo. Su humor se había agriado de tal manera que, en realidad, le traía sin cuidado que muriera o se recuperase, pues la querida Isabel no le había hecho el menor caso durante todas esas semanas. Con todo, la puerta de entrada estaba abierta, porque había más visitantes en el umbral, y Lucía se les unió. Sacó su tarjeta y preguntó con voz temblorosa qué novedades había, a lo que le contestaron que la princesa no mejoraba. Bajó la cabeza, resignada, y entonces, tras vacilar un momento, se recompuso y con paso firme volvió al auto.

Tras aquel interludio su mente volvió a la horrible cuestión. La esperaban en una pequeña reunión en casa de Sophy Alingsby para escuchar una charla sobre psicoanálisis, y no tenía la menor gana de ir. Pero seguro que habría cantidad de gente interesante, y la propia charla podía ser de cierto interés, de modo que no tardó mucho en verse en el comedor negro que habían despejado para la ocasión. El público, con los instintos retraídos de los ingleses, había dejado libre la primera fila

de sillas, de modo que se hizo con un buen sitio. La charla acababa de empezar, y su entrada pasó inadvertida. Stephen también estaba y, mientras se acomodaba, le hizo una seña con la cabeza y dio una palmadita en la silla vacía que había a su lado para que se acercase. Su amante, en consecuencia, fue de puntillas y tomó asiento.

Lucía apartó el pensamiento de temas tan efímeros y frívolos como los bailes e intentó prestar atención al profesor Bonstetter, el ponente. Tenía la sensación de haber llevado una vida demasiado frenética últimamente: el mundo y sus vanidades huera le habían pasado factura, y necesitaba un tónico intelectual. Hacía mucho que no iba a ninguna exposición, salvo a la de Bobbie —¿o era Bertie?— Alton, no escuchaba música, llevaba semanas sin tocar el piano, no cogía un libro y, como mucho, había leído por encima reseñas de las últimas novedades para estar al día y poder reproducir un par de críticas breves pero contundentes si la charla derivaba en literatura. No debía dejar que las banalidades de la vida ocultaran por completo con su titilante embriaguez espumosa el verdadero brebaje de debajo. Allí tenía a Sophy, con el flequillo sobre los ojos y la barbilla sobre la mano, vestida con un arcoíris deslustrado, de un extraño indescriptible, pero arrebatada por la concentración, mientras ella permitía que la idea de un baile al que no había sido invitada, y al que claramente no iba a asistir, se cruzara como una neblina entre ella y esos datos cósmicos sobre sueños y el yo inconsciente. Qué curioso que soñar con un conejo hervido significase que en algún momento de tu tierna infancia te había besado un cazador furtivo en el vagón de un ferrocarril, ¡pero se te había olvidado por completo! ¡Qué tema tan magnífico para una emocionante investigación habría sido el psicoanálisis en esos días de fervor intelectual riseholmense...! Con una vaga añoranza, recordó su sencillez y su entusiasmo absorbente: las horas que había pasado con Georgie tocando duetos al piano, la güija y la *planchette* de Daisy Quantock, el museo y sus mitones... Riseholme se le representaba ahora como una morada de dulce paz, donde no existían las decepciones ni la acidez de estómago, pues tarde o temprano siempre conseguía hacer su voluntad y constituirse en la sacerdotisa del interés general... De pronto le sobrevino la solución a la dificultad que tenía en esos momentos. Riseholme. Iría a Riseholme: eso explicaría su ausencia en el estúpido baile de Marcia.

La charla tocó a su fin, y, como los demás, pasó un rato zumbando alrededor del profesor Bonstetter, e intercambió un par de palabras con la anfitriona.

—¡Qué interesante! Una maravilla, ¿no te ha parecido, Sophy? ¡Conejos hervidos! ¡Qué curioso! Y el afloramiento del inconsciente en los sueños. Explica mucho sobre las fobias: esa gente que no puede montar en metro. Me alegro mucho de haber venido. ¡Anda, mira, ahí está Aggie! ¡Aggie, tesoro! Qué delicia, ¿verdad? Una bocanada de aire fresco comparada con nuestros bullicios y nuestras idas y venidas, una vuelta a los orígenes. Tengo que irme volando, pero no quería perdérmelo. Esta tarde se acumulaban los compromisos, ¡qué horror!, y la pobre princesa Isabel no mejora. Aunque me he pasado por su casa cuando venía de

camino, no me han dejado verla. Stephen..., ¿dónde está Stephen? Ve a ver si ha llegado mi auto, querido. ¡*Au revoir*, querida Sophy! Nos veremos muy pronto. ¿Vas a lo de Adele la semana que viene? ¿No? Vaya, qué fastidio. ¡Una charla estupenda! ¡Y relajante!

Fue saliendo de la estancia con esas despedidas apresuradas, porque se moría por volver a casa. Se encontró con Pepino, que estaba solo tomando tranquilamente el té, y se hundió agotada en un sillón.

—Ponme una taza de té, y bien cargado, Pepino. Llevo todo el día sin parar y estoy que no puedo más. La verdad es que no sé cómo voy a superar estos dos o tres días que quedan. ¡Y Londres es sofocante! Tú también pareces agotado, querido.

Pepino lo reconoció. En el último par de días apenas había tenido tiempo de ir al club y había estado reflexionando sobre la enorme fortaleza del sexo débil. Pero que Lucía confesara su propio agotamiento era algo prodigioso: no recordaba que hubiera pasado jamás.

—Bueno, no quedan muchos días. Tres más y luego la fiesta de *lady* Brixton.

Pepino estornudó varias veces con fuerza.

—¿Resfriado? —preguntó Lucía.

—O algo extraordinariamente parecido.

Volvió a ponerse alerta. Le preocupaba el resfriado de su marido, pero le daba un gambito perfecto para lo que había decidido hacer.

—Ya está bien, querido. No te quiero ver corriendo por Londres con un resfriado así. Mañana te llevo a Riseholme.

—Ay, pero, querida, tú no puedes. Tienes la agenda llena los próximos tres días.

—Bah, ¡no son más que pamplinas! Y, de verdad, si te soy sincera, yo también estoy rendida. A los dos nos hará bien descansar un par de días. No, no me protestes. Déjame ver lo que tengo que hacer.

Tenía los días muy llenos, —aunque, por desgracia, la noche del jueves estaba deplorablemente vacía— y Lucía se pasó una buena media hora al teléfono. Les dio la misma excusa a sus invitados, así como a quienes la habían invitado a ella: se le había aconsejado —por ella misma— dos o tres días de reposo absoluto.

Llamó a The Hurst para avisar de que llegarían al día siguiente, con los sirvientes de rigor, y luego telefoneó a Georgie —porque no pensaba caer dos veces en el mismo error— y, en una mezcla de lenguaje infantil e italiano, que al otro le costó bastante entender, lo invitó a cenar al día siguiente. Por último garabateó un párrafo corto para los principales periódicos de la mañana con el fin de comunicarles que a la señora de Philip Lucas le habían aconsejado irse dos o tres días de Londres para una cura de reposo. Por un momento vaciló en la elección de palabras, porque en realidad Pepino necesitaba mucho más descanso que ella, pero habría sido bastante ridículo decir que los dos necesitaban reposo absoluto... Mandó entregar los anuncios en mano para que no hubiera ningún percance y pudieran aparecer sin falta a la mañana siguiente. Y después, en el último momento, se le ocurrió llamar a Daisy Quantock e

invitarla a almorzar con Robert al día siguiente.

Y entonces se sintió mucho más feliz: oficialmente no podría ir al cruel baile de Marcia porque estaría descansando en el campo.

Capítulo 8

UNOS minutos antes de que el coche de Lucía y Pepino saliera de Brompton Square a la mañana siguiente, Marcia contempló el comunicado de Lucía en el *Morning Post*. La duquesa era una mujer de buen talante, pero Lucía la había provocado. En cambio, ahora que Lucía ya no podía volver a hacerlo por un tiempo, no vio impedimento alguno en invitarla al baile. Pensó en telefonarla, pero cabía la posibilidad de que todavía no se hubiera ido, de modo que le mandó una tarjeta al 25 de Brompton Square diciendo que daría una recepción, con baile, en la que tendría el honor de conocer a una pléthora de excelsos personajes. De haber llamado, nadie sabe lo que habría pasado, si Daisy hubiera ido a almorzar ese día o Georgie a cenar esa noche o qué excusa les habría puesto Lucía..., Adele y Tony Limpsfield, los lucialófilos más adeptos, discutieron posteriormente el tema con mucho acaloramiento, aunque no llegaron a ninguna solución que les pareciera satisfactoria. En cualquier caso, lo cierto es que Marcia no telefoneó...

Por supuesto la noticia de la inminente llegada del matrimonio se propagó por todo Riseholme a los pocos minutos de que Lucía llamara a Georgie. Este se hallaba en su estudio cuando sonó el teléfono, con los pantalones Oxford de color beis, cuyas proporciones monstruosas había mandado recortar. Ahora le quedaban mucho mejor, aunque había sido una lástima el desperdicio de tela. Robert Quantock, el bromista que había bailado una *hornpipe* cuando Georgie había aparecido con la voluminosidad original, volvió a bromear cuando vio la prenda abreviada y, *à propos* de nada en particular, dijo: «Vuelve al hogar el marinero, vuelve del mar», y ese fue el epitafio a los pantalones Oxford.

Georgie llevaba una tarde muy atareada en casa: había estado arreglándose el pelo, que todavía no se le había secado y aún olía al tinte cobrizo. Pero la llamada era una conferencia y, seco o no, tenía que responder. Desde que Lucía desapareciera tras aquel fin de semana, le había mandado unas líneas en un par de ocasiones para decirle que tenían que fijar de una vez por todas cuando iba a ir a pasar unos días a Londres, pero nunca se había rebajado a la sórdida mención de las fechas.

Una conferencia, por lo que él sabía, solo podía ser de Lucía o bien de Olga: la primera sería interesante, y la segunda, placentera. Resultó ser la interesante y, pese a la dificultad de comprensión por culpa de la mencionada mezcla de lenguaje infantil e italiano, sin duda la intención de la interlocutora era evidente.

—Toy cansadita, y sería divino volver a Riseholme. Anda, ven a ñam-ñam con papi y mami mañana, Georgino. Me encantaría oír todas las nuevecitas...

—¿El qué?

—Todas las novedades.

Georgie se sentó al aire libre —ese día hacía mucho calor— hasta que se le secó el tinte cobrizo. Sabía que Daisy y Robert Quantock estaban jugando al *clock-golf* al otro lado de la empalizada del jardín porque se habían oído voces. Últimamente Daisy no se había dedicado mucho a desmalezar, porque le había dado por el golf, y dado que todas las autoridades decían que las contiendas se ganaban o se perdían en el campo, ella, con su habitual sabiduría, se consagró al componente victorioso del juego. De momento, aprendería a hacer *drives* o *approachs* y a utilizar el *niblick* y ese tipo de cosas, y luego ya verían... Se preguntó cuán buena sería en realidad la señorita Wethered.

Georgie, con el pelo ya seco, atravesó el jardín y gritó:

—¿Puedo pasar? —Eso significaba, por supuesto, que miraría por encima de la empalizada para charlar.

Daisy falló un golpe muy corto por culpa de la interrupción.

—Sí, claro —contestó con frialdad—. Supongo que me lo contarás por válido, Robert.

—Supones mal —contestó el marido, que iba dos puntos por delante.

Georgie pisó unos pensamientos muy bonitos.

—Lucía viene mañana —anunció.

Daisy dejó caer el palo.

—¡No! —exclamó.

—Con Pepino —siguió Georgie—. Dice que está muy cansada.

—Tantas duquesas... —La caricatura de Robert Alton se había reproducido en un semanario ilustrado, pero, hasta el momento, Riseholme había callado como una tumba al respecto; no merecía su atención.

—Y me ha invitado mañana a cenar.

—Ah, ¿entonces no viene acompañada?

—¡Qué!, ¿piensas seguir jugando o te das por vencida?

—¡Puff! —dijo Daisy, como si tal cosa—. Pero ¿cansada, Georgie? ¿Qué significa eso?

—No lo sé, pero eso ha dicho.

—Hay algo detrás. No sé decirte qué, pero no significa eso literalmente. Supongo que habrás dicho que tenías un compromiso.

—No, la verdad.

De Vere salió en ese momento de la casa. Con aquel tiempo seco sus tacones no dejaban hendiduras en el césped.

—Una conferencia, señora —anunció.

—¡Qué fastidio de interrupciones! —dijo Daisy corriendo al interior con gran presteza.

Georgie no se movió del sitio. Quería saber de quién era aquella conferencia, y estaba dispuesto a quedarse con la cabeza por encima de la empalizada hasta que volviera su vecina. Así que, para hacer tiempo, decidió pegar la hebra.

—Tenéis el césped mejor que el mío —elogió a Robert.

Este estaba enfadado por la demora.

—Eso no es difícil —comentó.

—Bueno, es un hecho —dijo Georgie algo molesto—. Pero he visto que han empezado a salir larvas de tulpas. Para mí que dentro de poco no os quedará una brizna de hierba.

Robert cambió de conversación: había calvas en el césped.

—El seguro del museo. He contratado esta mañana la cobertura para incendios. El contenido es propiedad de los cuatro administradores: la señora Boucher, Daisy, tú y yo. El edificio es del coronel, y está asegurado aparte. Si tuvierais una pizca de iniciativa, cogeríais una cerilla, les meteríais fuego a los mitones y rezaríais.

—Eres muy molesto y muy cansino —dijo Georgie—. Yo preferiría coger una cerilla y prenderte fuego a ti.

Detestaba las conversaciones descorteses, pero, cuando Robert estaba de ese humor, era mejor seguirle la corriente. En cualquier caso, no pensaba abandonar su posición en la empalizada hasta que Daisy regresara.

—Aparte de los mitones —empezó a decir Robert— y, por supuesto, esos tres dibujos tuyos que me atrevería a decir que son obras maestras...

Daisy salió como una exhalación del comedor y bajó los escalones a tal velocidad que a punto estuvo de aterrizar en el arriate circular donde había plantado el brócoli. (La reseda que había salido era más bien escasa).

—A la una y media, dos —dijo entusiasmada con la noticia y al mismo tiempo incapaz de suprimir su don para el sarcasmo mordaz—. Comida mañana. Solo un picnic, claro, en cuanto llegue. ¡Qué amable por su parte! Ya es más caso del que me prestó la última vez.

—¿Lucía? —preguntó Georgie.

—Sí. A ver..., ¿me tocaba a mí tirar?

—Si a eso lo llamas tirar —terció Robert, que no solía superarla por dos puntos y pretendía sacar el máximo partido.

—Entonces supongo que habrás dicho que tenías ya un compromiso —comentó Georgie.

Daisy no se molestó en responder. Se limitó a seguir con el juego. Así se manejaban las preguntas de los curiosos.

La noticia pronto recorrió todo Riseholme, y a la mañana siguiente tuvo su continuación en los extraordinarios comunicados del *Times*, el *Morning Post*, el *Daily Telegraph* y el *Daily Mail* que anunciaban que la señora de Philip Lucas dejaba Londres para una cura de reposo de dos o tres días. A Riseholme aquello se le antojaba increíble, pero bien podía ser cierto y, como había dicho Daisy, tal vez se había saturado de tanta duquesa. —La sarcástica vecina no andaba muy desencaminada, porque era total y literalmente cierto que una duquesa había podido con ella...— Fuera como fuese, Lucía iba a volver y, aunque Riseholme seguía algo

resentido y reacio, el hecho de que Georgie y Daisy aceptasen las invitaciones a cenar y a almorzar era síntoma del sentir del pueblo. Lucía había sido una necia al abandonarlos, solo había ido una vez por allí tras la fatal consecución de su fortuna y, en esa ocasión, había aparecido en compañía de la panda de *yahoos* —no había otra palabra para calificar a la señora Alingsby— y había fingido descaradamente no ver a ninguno de sus viejos amigos. Para colmo, se había reído de su museo, y había recurrido a la vulgar publicidad de la prensa para dejar constancia de sus movimientos por Londres. Riseholme, sin embargo, estaba muy dispuesto a olvidar y a perdonar, siempre y cuando Lucía rectificara su comportamiento. Porque, si bien nadie lo habría confesado abiertamente, cada vez la echaban más de menos. A pesar de todos sus modales monárquicos y abusones, tenía iniciativa, y aunque, entre el entusiasmo por el museo y las sagas de Abfu habían estado un tiempo bastante entretenidos, en realidad el interés de tales empresas también estaba relacionado en cierto modo con Lucía. Desde entonces hasta el propio Abfu había caído en repeticiones vanas, y ya nadie se emocionaba cuando tachaba a Lucía de esnob, una y otra vez. Era una mujer con personalidad y, de haber estado allí y haberse entregado al golf, Riseholme se habría emocionado con su destreza, y se habría regocijado con sus anhelos, mientras que las estupendas puntuaciones de Daisy en el *clock-golf* —aunque no estaba en su mejor día— no provocaban interés alguno en nadie. Por lo demás, por muy degradante que fuera el registro de los movimientos de Lucía en las columnas de Hermione, Riseholme se había emocionado —si bien con indignación—, porque las protagonizaba Lucía y, aunque solo iba para una cura de reposo —significara lo que significase—, su presencia ya haría que las cosas bulleran. Aparte, esa vez se había portado bien —tal vez había aprendido la lección— y había anunciado su llegada e invitado a sus viejos amigos.

El perdón y la excitación eran por tanto las emociones que prevalecían a la mañana siguiente en el parlamento matinal de la plaza. La señora Boucher fue la única que expresó serias dudas sobre el asunto.

—Yo no me creo que esté mala. Si lo estuviera, yo lo sentiría mucho, pero no me lo creo. Si es verdad, señor Georgie, estoy dispuesta a aceptar su donación del espetón al museo, porque sería muy descortés no hacerlo. Puedes escribirle y decirle que el comité lo ha reconsiderado y que estará muy contento de tenerlo. Pero esperemos primero a ver si está enferma. De hecho, primero a ver si viene...

Piggy llegó zumbando con novedades, mientras Goosie iba gritándoselas a su madre en la trompetilla. Antes de que la primera pudiera dar la primicia, el anuncio de la otra se oyó en toda la plaza.

—¡Ha llegado un taxi de la estación a The Hurst, madre —chilló—, con la cocinera y la criada y un montón de equipaje!

—Ay, señora Boucher, ¿ya se ha enterado? —le preguntó jadeando Piggy.

—Sí, querida, acabo de oírlo, y todo apunta a que van a venir. Eso es lo más que puedo decir. Y si la cocinera ha llegado a las once y media, no veo yo por qué no

pueden ponerte un almuerzo como Dios manda, Daisy. No hay necesidad de un tazón de consomé o de un emparedado, que es lo que te habría esperado si no hubieran llegado noticias, puesto que te han invitado a un picnic. Pero si ya ha llegado la cocinera...

Daisy estaba demasiado emocionada para volver a casa y ponerse a darle a la pelota seriamente, de modo que se fue derecha al museo. El señor Rushbold, el vicario, acababa de donarles su exclusiva colección de bastones y, si bien el comité creyó una descortesía no aceptarlos, tampoco sabían qué hacer con ellos. No podían apilarlos todos juntos en un bastonero enorme, porque así no se apreciarían. Había muchos con mangos de labrados curiosos, con cabezas de gárgolas o monstruos sacando la lengua y mirando con lascivia, otros con imágenes de pájaros y peces, y había también uno muy poco decoroso de un joven y una muchacha abrazándose muy apasionadamente... Por otro lado, si se apoyaban espaciados contra la pared, cualquier mínima molestia podía perturbar el equilibrio de uno, que entonces se caería contra el siguiente hasta que todo el conjunto se fuera al suelo como un grupo de bolos. De hecho, el muchacho del torniquete decía que se pasaba todo el día recogéndolos. A Daisy se le ocurrió que podían extender una vieja red de tenis contra la pared y enredarlos grácilmente entre las mallas...

Esa mañana, Riseholme se quedó en la plaza hasta bien pasada la una, que era la hora habitual de comer, y justo a y veinticinco recibieron su recompensa. Pepino se apeó del auto enfundado en un grueso abrigo y una gran bufanda. Estornudó dos veces mientras tendía el brazo para ayudar a bajar a Lucía, que le agarró la mano y, apoyando el peso encima, atravesó con paso vacilante el jardín de Perdita hasta internarse en su casa. De modo que sí que estaba enferma...

Al cabo de diez minutos Daisy y Robert Quantock estaban almorzando con ellos. En realidad, Lucía tenía un aspecto estupendo y se lo comió todo sin el menor reparo, aunque hablaba con una voz ligeramente apagada, como correspondía a alguien que había acudido al pueblo para una cura de reposo.

—Pero Riseholme, mi querido Riseholme, va a hacer que me recupere enseguida. ¡Qué alegría regresar! ¿Alguna novedad, Daisy?

Lo cierto es que no había mucho que contar. La mujer repasó los asuntos que habían interesado al pueblo en esas últimas semanas y tuvo la sensación de que lo único que había atraído realmente, con fervor, la atención de Riseholme había sido el registro de los movimientos de la propia Lucía. Aparte de eso estaba solo su afición por el golf y la bochornosa donación de los bastones al museo... Pero entonces recordó que el comité había autorizado la aceptación del espetón isabelino si Lucía mostraba síntomas de enfermedad, y decidió a salto de mata que no había mentido y que estaba lo suficientemente enferma.

—Bueno, hemos estado muy atareados con el museo.

—¡Ay, el querido museo! —dijo melancólica Lucía.

Aquello terminó de decidir a Daisy.

—Nos gustaría aceptar el espetón isabelino, si todavía puede ser. Sería una adquisición muy importante.

—Por supuesto, encantada. Haré que os lo envíen. ¿Alguna donación más?

Daisy siguió con los bastones, sin mencionar en ningún momento el más indecoroso en presencia de los caballeros, y describió la dificultad de colocarlos satisfactoriamente. Eran ochenta y uno —incluido el indecoroso— y una red de tenis apenas podría soportar el peso. La inválida no se interesó en demasía por esta cuestión, y la nueva afición de Daisy tampoco despertó un entusiasmo mayor. Pero pronto recuperó los ánimos y fue más ella. De hecho, antes de que terminase el almuerzo, Daisy comprendió que quien realmente estaba enfermo era Pepino, y no Lucía. No cabía duda de que tenía un resfriado de campeonato y hablaba en un susurro gutural apenas audible. Se preguntó si no se habría precipitado al aceptar el espetón, pues era como dejar que Lucía pusiera un pie en el museo y campase por allí a sus anchas.

Se recuperó aún más cuando sus invitados se hubieron marchado, y su energía habitual empezó a imponerse. Había hecho su impresionante entrada de inválida en Riseholme, justificando así el anuncio en la prensa; ahora, poco a poco, debía volver a ponerse en movimiento. Y tenía que empezar por librarse, sin más dilación, del fastidioso espetón.

—Creo que voy a salir a dar una vuelta en coche, Pepino, aunque, yo que tú, me cuidaría ese resfriado para estar bueno el sábado para lo de Adele. Estoy pensando que el jardinero podría sacar el espetón de la chimenea y meterlo en el coche. Yo me pasaré a dejarlo en el museo. Creo que quieren tenerlo pronto... Y lo del *clock-golf* de Daisy me parece entretenido; es ideal para una tarde de domingo si tenemos invitados. Creo que ha dicho que pueden comprarse los bártulos en los almacenes. Podría ser divertido organizar pequeños campeonatos.

No costó mucho sacar el espetón. Tras escribir a los almacenes para encargarse un juego de *clock-golf* lo mandó cargar en el coche y lo llevó al museo. Una cosa menos. Agitó la mano para saludar a Piggy y a Goosie, que estaban brincando por la plaza, y se internó en la campiña, satisfecha por haber tenido la inteligencia de abandonar Londres antes de que Londres la abandonase a ella. Aparte de eso, había sido también una buena estrategia volver a Riseholme para dejarles saborear la madera de la que estaba hecha, antes de retomar en agosto, como sin duda pretendía hacer, su antigua influencia. Por la parquedad de las novedades que le había dado la cotilla mayor del pueblo, la querida Daisy, imaginó que se habían aburrido soberanamente en su ausencia y, aunque había cometido un error lamentable aquel fin de semana con sus invitados, con un poco de mano izquierda pronto lo arreglaría. Y Daisy no le había contado nada nuevo sobre Abfu: parecían haberse cansado del egipcio. Pero tal vez reviviera: entre el *clock-golf* y un renacimiento de la güija, agosto empezaría maravillosamente. Aunque habría preferido Aix, su marido había sido bastante claro al respecto...

Cuando fue a cenar, Georgie recibió una grata sorpresa al ver que su amiga volvía a ser la de siempre. Pepino, cuyo resfriado seguía haciendo de las suyas, se acostó poco después de la cena, y ellos dos pasaron directamente a la sala de música.

—Primero una charlita, Georgie, y luego insisto en que toquemos algo. Últimamente no practico nada, ya verás lo desentrenada que estoy, pero no me regañes. Sí, ya no está el espetón: la buena de Daisy dijo que el museo estaba deseando exhibirlo, de modo que lo he llevado yo misma esta tarde. Buscaré a ver si encuentro algo más que esté a la altura.

Era maravilloso. Lucía tenía una manera espectacular de ignorar de medio a medio el pasado y mirar siempre hacia el futuro.

—¿Y tú, has estado tocando mucho?

—Apenas nada. No tengo a nadie con quien tocar. Piggy quería que hiciéramos unos duetos, pero le dije: «No, gracias».

—Georgie, como no has tenido a nadie que te ponga firme te has dejado llevar por la pereza. ¿Y Olga? ¿No ha vuelto?

—No..., desde aquel domingo en que vinisteis ambas.

—Muy mal por su parte abandonar así Riseholme. Aunque igual que yo, dirás tú. En fin, pongamos nuestras cabezas a trabajar juntas y hagamos grandes planes para agosto. Voy a estar aquí todo el mes, acosándote. Solo nos queda hacer una visita, para ver a la buena de Adele Brixton este sábado, y luego seré toda tuya, no me moveré. ¿Londres? Sí, muy divertido, aunque al final no conseguimos fijar una fecha para que vinieras unos días. Será ya en otoño, cuando volvamos en noviembre. Pero, ay, ¡qué cansada estaba ayer cuando decidimos dejar la capital! No me quedaba aliento. Un montón de compromisos, claro, y tuve que cancelarlo todo. Pero la gente se apiadará de mí y me perdonará. Y a veces tengo la sensación de haber estado perdiendo tremendamente el tiempo. No he hecho nada más que ver gente, gente y más gente. De todo tipo, desde el púgil Alf Watson...

—¡No! —exclamó Georgie empezando a sentir de nuevo la emoción de Lucía.

—Sí, vino a cenar conmigo, qué majo es, y trajo su flauta. Se habló mucho sobre la fiesta que di en honor de Alf, ¡y las mujeres lo rodeaban como moscas!

—¿Quién más? —preguntó sediento Georgie.

—Querido..., ¿quién no? Marcelle..., Marcelle Periscope, sí, vino otra noche, Adele, Sophy Alingsby, Bertie Alton, Aggie..., tengo que decirle que venga a verme; Tony..., Tony Limpsfield..., y mil más. Y por supuesto la buena de Marcia Whitby, muy a menudo. Mañana por la noche da un baile. Me habría gustado ir, pero estaba finito. Ah, y tu amiga la princesa Isabel. ¡Qué gripe más horrible! No te olvides de llamarla, Georgie, para preguntar cómo está. Me pasé ayer a verla. ¡Qué lástima! Pero hablemos de cosas más alegres. El *clock-golf* de Daisy: tengo que acercarme mañana a verla jugar. Seguro que se le da estupendamente. He encargado un juego en los almacenes, y echaremos buenas partidas.

—Lleva semanas que no hace otra cosa. Me atrevería a decir que se le da muy

bien, pero nadie se interesa por el tema. Se ha puesto un poco pesada...

—Georgie, no digas eso de la pobre Daisy. Tenemos que montar pequeñas competiciones, con premios. ¿Tienes pareja? Podemos ser pareja mixta de golf. ¿Y qué hay de Abfu?

A Georgie le parecía estar con la auténtica Lucía, la de siempre, y sin duda lo era: una vez más, intentando apoderarse del pasatiempo que estaba de moda y reclamarlo como suyo. Era hurto, un hurto intelectual y físico, sin duda, pero Lucía alentaba vida en esos huesos muertos y los hacía interesantes. Resultaba muy fatigoso ver a Daisy tantear la bola con el palo y luego intentar batir su marca sin que a nadie le importase lo más mínimo si lo conseguía. Y su vecina incluso lo llamaba para contarle sus hazañas más prodigiosas, y a nadie le importaba lo prodigiosas que fueran... Pero sería bien distinto si Lucía fuese la diosa del hoyo en uno.

—No ha desmatado desde hace una eternidad. Me da que lo ha dejado.

—Pues vamos a tener que retomarlo todo —contestó con brío Lucía—, y se te va a acabar esa pereza, Georgie. Vendrás y haremos duetos. ¡Mi querido piano! ¿Qué tocamos?

Tocaron infinidad de cosas, y luego Lucía interpretó el movimiento lento de la sonata Claro de luna y Georgie suspiró, como siempre, hasta que su amiga lo acompañó afuera, hasta la verja del jardín. Había muchísimas estrellas y, como siempre, citó el «Mirad la bóveda celeste tachonada^[1]», y dijo que lo llamaría por la mañana, tras una buena noche de descanso.

En el salón de visitas de los Quantock había luz y justo al pasar por delante, Daisy, que llevaba un buen rato esperando, oyó sus pasos y se asomó a la ventana.

—¿Eres tú, Georgie? —preguntó, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Sí. ¿Qué haces despierta tan tarde?

—¿Qué tal Lucía?

A Georgie se le olvidó por un momento que estaba en plena cura de reposo.

—En excelente forma. ¡Cómo hemos charlado y tocado!

—¡Ajá, ahí lo tienes! No le pasa nada de nada. Si ella quiere reposar, yo soy la luna. ¿Qué significa, Georgie? Grábate lo que te digo: ¡hay algo más!

Ciertamente al día siguiente Lucía no pareció tener necesidad alguna de reposo absoluto. Se pasó por casa de Daisy poco después de desayunar y le pidió que le enseñase a lanzar. Su vecina le hizo una demostración y le explicó cómo coger el palo y dónde colocar los pies, y le dijo que era fundamental quedarse quieta como una piedra y concentrarse. Nadie podía lanzar bien si había alguien hablando. Por fin le permitió probar, y se colocó de la peor forma posible, agarró el palo como si fuera un paraguas y embocó con el palo más largo en medio de una frase. Luego echaron una partida y Daisy le propuso concederle cuatro golpes de ventaja por vuelta, a lo que Lucía se negó. La primera, nerviosa por la emoción y la superioridad, no logró dar

pie con bola. Lucía le ganó de mano, con Robert de espectador, y alabó el juego de su oponente y el hermoso equilibrio de la partida, aunque Daisy no sabía de dónde se habría sacado aquella expresión.

—Y, ahora, debo irme volando... Aunque habrá que echar la revancha en algún momento. ¡Qué divertido! He encargado un juego, y tendrás que darme clases. Adiós, querida Daisy. El domingo estaré en casa de la buena de Adele Brixton, pero después nos instalaremos de nuevo en Riseholme. ¡Qué maravilla! Y tampoco olvides enseñarme tu güija. Esta mañana me siento muy descansada. ¿Quieres que luego te ayude con los bastones?

Daisy regresó a sus palos con cierta intranquilidad: era horrendo que Lucía, con sus maneras de aficionada, hubiera ganado a una más que sería exponente de ese arte y, adelantándose sombriamente a los acontecimientos, vio a Lucía convertida en valedora del *clock-golf* en Riseholme y dedicándose a popularizarlo. Debía aprender sin más demora a hacer *drives* y *approachs*, y haría que Riseholme se entregara al golf de verdad, y no solo a aquel sucedáneo.

Lucía se pasó luego por el museo y colocó el espetón en un hueco destacado, entre los fósiles de Daisy y los fragmentos de *térra sigillata* del coronel. Asistió al parlamento matinal de la plaza del pueblo y paseó al lado de la silla de ruedas de la señora Boucher. Chilló en la trompetilla de la señora Antrobus, mató el tiempo con Piggy y Goosie, y ni se le ocurrió mencionar a una sola duquesa. Parecía concentrar todos sus pensamientos en Riseholme; solamente le quedaba por delante una visita fastidiosa, y luego, ay, la alegría de volver a instalarse en el pueblo. Incluso la señora Boucher se sintió desarmada: aunque jamás se lo habría imaginado, no todo en Lucía era esnobismo.

Georgie se pasó por su casa sobre la hora del té. Hacía bastante fresco esa tarde, de modo que Lucía mandó encender fuego en la chimenea de la sala de música, que, ya sin el espetón, tiraba con fuerza. Pepino, aletargado por el resfriado, se acomodó cerca, mientras los otros dos tocaban duetos. Lucía ya había quitado el retrato de Sigismund y había vuelto a colocar sus acuarelas al lado del piano. Tuvieron una buena discusión sobre el dueto de Mozart: Georgie prometió ensayarlo, y Lucía hizo otro tanto y lo llamó perezosillo, y él a ella niña vaga, como en los viejos tiempos... Mientras, Pepino dormitaba. Justo entonces llegó el correo de la tarde, con el diario correspondiente, y Lucía lo cogió para ver qué había dicho Hermione sobre su partida de Londres. Estaba volviendo la página cuando sus ojos recayeron en dos o tres cartas que le habían remitido desde Brompton Square. La de arriba venía en un gran sobre cuadrado, de esos de papel bueno y grueso que suelen llevar una tarjeta de invitación de lujo, de modo que la abrió. Al instante pegó un brinco en el asiento.

—¡Pepino, querido! —gritó—. ¡Marcia! El baile. ¡El baile de Marcia es hoy! Su marido se incorporó ligeramente.

—¿Baile? ¿Qué baile? No hay baile. Estamos en Riseholme.

Lucía pasó al lado de Georgie, que estaba sentado en la banqueta regulable, sin

parecer notar su presencia.

—No, querido, claro que tú no vas a ir. Pero ¿sabes qué...?

Creo que yo debería ir y pasarme, aunque sea una hora. Georgie vendrá a cenar contigo, ¿no? Y luego te acuestas temprano. ¡Las seis y media! Sí, puedo estar en Londres a las diez. Me da tiempo de sobra. Me vestiré en Brompton Square, y me llevaré un emparedado para comérmelo en el coche. —Revoloteó alrededor de Georgie, y pulsó el timbre en medio de su circunvolución—. ¡Marcia Whitby! Para despedir la temporada. No me cuesta nada ir, y la querida Marcia se sentirá dolida si no me presento. Déjame pensar... ¿Tiene sentido que regrese mañana, Pepino? A lo mejor es más sencillo que me quede y mande el coche de vuelta. Tú puedes venir tranquilamente al día siguiente y ya desde allí nos vamos juntos a lo de Adele. Tengo que hacer un montón de cosas mañana en Londres. Hay una comida en casa de Aggie. La telefonaré para decirle que al final sí voy. ¡Mi doncella, mi chófer! —le dijo al mayordomo, como una versión femenina de Shylock—. Quiero mi doncella, mi chófer y mi coche. Que se dé prisa en cenar..., o no, que cene luego en Brompton Square. Dile que venga inmediatamente.

Georgie estaba completamente boquiabierto viendo a su amiga ir de un lado para otro como una posesa. Mozart, la güija, el golf, el espetón isabelino; todos los goces sencillos de Riseholme se apagaron como fuegos artificiales humedecidos. También se esfumó por completo su necesidad de reposo absoluto: nunca la había visto más llena de vitalidad pura y dura, latente y salvaje.

—¡La buena de Marcia! Desde el principio pensé que debía de tratarse de un despiste pero, aunque somos tan buenas amigas, Georgie, no se me pasaba por la cabeza recordárselo. ¡Qué bendición que mi delicioso día en Riseholme me haya servido para reposar tanto: podría ir a cincuenta bailes sin desfallecer! ¡Qué casa más maravillosa, Georgie! Cuando vengas a vernos en otoño, te llevaré. Pepino, ¿no te parece una suerte que solo haya traído lo justo para un par de noches y que lo dejase todo en Londres para cuando pasásemos camino de lo de Adele? La familia real en pleno, creo, o casi, y todo el cuerpo diplomático: mi Gioconda va, seguro. ¡Menudo espectáculo! Aunque no es que vaya a ser un gran baile, no: no será uno de esos grandes tinglados promiscuos que tanto odio. ¡Todo el mundo ha estado acosando a Marcia para que lo invitase! ¡Qué vulgar es la gente, y qué agobiante! Adiós, no descuides a Mozart, Georgie. Ah, y dile a Daisy que mañana no podré echar otra deliciosa partidita con ella. Tendrá que ser el martes, después del fin de semana en donde Adele, y luego vendrán semanas y semanas en mi querido Riseholme. ¡Cuánto queda! Iré a meterle prisa a la criada.

En cuanto se hubo ido, Georgie fue corriendo a ver a Daisy y le narró a la indignación boquiabierta de su vecina aquella escena alucinante.

—Y lo de la cura de reposo que le habían recomendado... Yo no me creo que le recomendaran reposo de ningún tipo. Lo que creo...

Daisy dio un graznido triunfante: el razonamiento inductivo la condujo al

mismísimo punto en el mismísimo momento.

—Pero ¡por supuesto! Siempre supe que lo de la cura de reposo era una excusa. Te dije que había gato encerrado. No la habían invitado y por eso...

—Y por eso se vino aquí a descansar —dijo Georgie alzando la voz. Estaba decidido a ser el primero en exponerlo—. Porque no la habían invitado...

—Y en cuanto la han invitado se ha ido volando. Más claro que el agua. ¡Se acabó el reposo, a Dios gracias!

—Es maravillosa. ¡Tan interesante!

Lucía voló en la noche estival con una misión, la de su propio indulto, demasiado emocionada para comer y demasiado feliz para preguntarse cómo había sucedido todo. ¡Qué inteligente también por su parte haberse mordido la lengua y no haber cedido a lamentos apasionados sobre su exclusión del paraíso hacia el que ahora se precipitaba! No había pronunciado una palabra maledicente contra Marcia, ni tampoco le había pedido a nadie que intercediera: había participado en todas las charlas sobre el baile como si fuera a acudir, y al final había hecho que le fuera imposible ir, anunciando que le habían recomendado varios días de reposo absoluto. Podía explicar —y pensaba hacerlo— su aparición perfectamente: había notado una gran mejoría —los médicos siempre se lo tomaban todo a la tremenda— y, en el último momento, había hecho un pequeño esfuerzo, y allí estaba.

Una fuerte explosión interrumpió esas reflexiones placenteras y el coche se detuvo. Habían pinchado una rueda, pero, como llevaban la de repuesto, y aunque la demora le pareció larguísima, pronto se pusieron de nuevo en marcha. Recorrieron otras diez millas y entonces, en el noreste, el resplandor seductor de Londres enrojeció la monotonía de la noche estival. Las estrellas brillaban con fuerza y se imaginó a Pepino con su telescopio... No, Pepino estaba demasiado resfriado, estaba en cama y no con el telescopio. Luego se escuchó una segunda explosión —¿eran esas estrellas dichasas en sus trayectorias las que se aliaban en su contra?— y, una vez más, el coche se detuvo en la cuneta de la carretera vacía.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Lucía con voz angustiada.

—Otra rueda menos, señora —le explicó el chófer—. Nunca he visto cosa igual.

Lucía miró el reloj. Eran las diez. Debería estar ya en Brompton Square. No les quedaban más ruedas de repuesto, y había que quitar la pinchada y arreglarla. Los minutos pasaban como segundos... Lucía, guardando la compostura por fuera, se sentó en una manta de viaje a la vera de la carretera e intentó sin éxito no maldecir a la Providencia Divina. La luna asomó como una grajea de gelatina.

Empezó a contar las horas que mediaban entre el presente trágico y, pongamos, las cuatro de la mañana, y decidió que, independientemente de los desastres que pudieran sucederle aún, se presentaría en casa de la duquesa, aunque fuera en un carretón de basurero... Mientras existiera la posibilidad de que quedase un solo invitado, iría...

Y, durante todo ese tiempo, ojalá lo hubiera sabido, las estrellas estaban luchando

a su favor, no en su contra. Arreglaron la rueda y llegó a Brompton Square exactamente a las once y cuarto. Abrió los armarios de par en par, rebuscó en los cajones y la criada maltratada se echó a llorar. Rodeó su cuello con las perlas de la tía Amy, se puso el relicario de agallones de oro con el pelo de Pepino, que en otros tiempos había sido de Beethoven, y a las doce y cinco subió corriendo la gran escalinata de la casa de los Whitby. Justo cuando llegaba a la puerta del salón de baile, salió la cabecera de la comitiva, que bajaba a cenar. Marcia se quedó mirándola por un momento como si fuera un fantasma, pero Lucía estaba tan ocupada postrándose que no le dio mayor importancia. Hizo siete reverencias consecutivas. Casi lo tomó por costumbre, y a punto estuvo de hacerle una a Adele, que, como era habitual en ella, la siguió en el acto.

—¡Acabo de llegar de Riseholme, queridísima Adele! Me sentía muy descansada..., ¿cómo está, lord Tony?, así que he hecho un pequeño esfuerzo. Pepino me ha insistido para que venga. ¡Qué alegría verla, su excelencia! ¡Millie! ¡Querida Olga! ¡Cuántos amigos! ¿Cómo está la pobre princesa Isabel? Marcia está guapísima. ¡Radiante! ¡Qué paseo más agradable en coche! Me he sentido obligada a pasarme y...

Capítulo 9

AL día siguiente el resfriado del pobre Pepino, en lugar de ir a mejor, había empeorado notablemente. Tenía dolores y un gran malestar, y se sentía febril, de modo que mandó llamar al médico, quien le ordenó imperiosamente que guardara cama. No era en absoluto alarmante, pero habría sido el colmo de la locura ir a cualquier fiesta de fin de semana. Cama.

Pepino telegrafió a lady Brixton con mucho pesar ante lo inevitable y luego llamó a Lucía. El estado de su voz dificultaba la comprensión de la comunicación, pero su mujer entendió sin problema que no había nada de lo que preocuparse y que esperaba que fuera sin él a lo de Adele. La voz de Lucía, por su parte, era de una nitidez asombrosa, y Pepino escuchó la larga enumeración de las desgracias que habían tenido una conclusión tan brillante la noche anterior. Siguió una sarta de siete nombres de pila, y Lucía le contó que habían permitido hacer una fotografía con *flash* durante la comida; creía haber salido en ella, aunque más bien al fondo.

Lo lamentaba muchísimo por Pepino, pero, tal y como le habían ordenado, no sintió preocupación alguna. También tuvo la sensación de que su marido tampoco se perdería mucho en lo personal al no poder asistir, pues se trataba de una fiesta muy concurrida, y Pepino —bendito él— a veces se mareaba un poco en esas reuniones tan luminosas. No asimilaba quién era la gente con la velocidad y la certidumbre necesarias, y se contaba que en cierta ocasión le había estrechado la mano a un eminente literato y le había dicho lo mucho que admiraba su bonito cuadro de la Academia. —Lucía también incurría constantemente en ese tipo de deslices, pero luego salía por sí sola de los hoyos en los que se metía, con una maniobra tan brillante que lo demás no importaba, mientras que Pepino lo único que hacía era marearse aún más con sus meteduras de pata—. Por lo demás, sabía que la presencia de su marido en cierto modo lastraba su estilo: no podía ser la brillante mundana con la mirada paciente y orgullosa de Pepino puesta en ella y, cuando él no estaba, era sin falta el centro de atención. Siempre tenía la sensación de que él la prefería en su encarnación de Riseholme, en sus duetos con Georgie y en su interpretación del movimiento lento de la sonata Claro de luna, y en su forma de adueñarse de todas las proezas de Daisy. Lo electrificaba como una mariposa soberbia, pero las descargas venían acompañadas de leves conmociones y sorpresas. Cuando se refería por su nombre de pila a alguna mujer cuyo único lazo con ella era haber rechazado cenar en Brompton Square, Pepino quedaba aturdido... En otoño tendría que ser algo más serio, dar algunas cenas tranquilas con gente corriente porque, hasta la fecha, no había habido apenas una persona «corriente» en Brompton Square, que, en cambio, había visto atrapados entre sus paredes a insignes nobles de todas las especies. Y la

fiesta de Adele iba a ser de lo más insigne: el mundo elegante se daría allí cita, así como el intelectual y el político, y era consciente de que tendría que darlo todo, y citar sin parar, y fingir saber lo que no sabía, y dar la impresión de nadar con tranquilidad en aguas tan distinguidas. El bueno de Pepino no estaba a la altura de tales circunstancias, no sabía manejarlas, y ella las manejaba mejor sin él... En medio de ese pensamiento vanidoso es probable que Némesis clavara su mirada inexorable en Lucía.

Esta, ajena a ese escrutinio letal, se concentró en sus asuntos más inmediatos. Su agenda le informó con placer de que tenía muchas cosas que hacer el mismo día en que le había sobrevenido la necesidad de reposo absoluto, y procedió entonces a pregonar por teléfono la feliz noticia de que podía almorzar aquí, pasarse por allí y cenar con Aggie. Recuperó sin problema todas sus citas y rellenó el día entero, al igual que el siguiente hasta la hora de la partida hacia casa de Adele. Tras despachar ese placentero asunto, estaba a punto de llamar a Stephen para encajarlo en los tres cuartos de hora libres que le quedaban, cuando sonó el teléfono y la voz del propio Stephen la saludó.

—Stephano mío, ¿cómo has sabido que había vuelto?

—Porque acabo de llamar a Riseholme y me han dicho que estabas en la ciudad. ¿Fuiste anoche?

No había necesidad de decir adonde. La noche anterior solo había existido un sitio en todo Londres.

—Sí, un baile exquisito. Justo iba a llamarte para ver si podías pasarte a charlar un rato a las cinco menos cuarto. Estoy libre hasta las cinco y media. ¡Qué divertido todo! Hasta hicieron una fotografía con *flash*.

—¡No! —dijo Stephen al más puro estilo riseholmense—. Estoy deseando que me cuentes. ¿Y es verdad que había siete?

—Ni más ni menos —dijo ella con magnificencia.

—¡Qué maravilla! Pero a las cinco menos cuarto no voy a poder. ¿No puedes darme otra hora?

—Imposible, querido. Ya sabes cómo está Londres estos últimos días. ¡Menuda escaramuza!

—Bueno, entonces nos vemos ya mañana.

—Por desgracia, mañana voy a lo de Adele.

—Sí, pero yo también. Me ha invitado esta mañana. Me preguntaba si podría ir contigo, si vais con vuestro coche. ¿Habrá sitio para los tres?

Lucía evaluó rápidamente la situación. Le resultó evidente que Adele había invitado a Stephen en el último momento para rellenar el hueco de Pepino. Pero naturalmente no se lo había dicho, y Lucía decidió no hacerlo tampoco. Sería como quitarle la ilusión —o al menos la suya propia—... Y qué entrada más estupenda para ella —y osada— llegar allí sola en coche con su amante. Ya le contaría lo de la indisposición de Pepino al día siguiente, como si hubiera sido cosa de última hora.

—Sí, Stephano, hay sitio de sobra. Encantada. Pasaré a recogerte, ¿te parece?, poco después de las tres.

—Angelical. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar!

Y es probable que en ese preciso momento Némesis se relamiera sus labios resecos y pensara: «¡Ja!».

Marcia Whitby estaba entre los invitados. Llegó por la mañana y almorzó a solas con Adele. El principal tema de conversación era obvio.

—Leí su comunicado en el *Morning Post* —explicaba fuera de sí Marcia—, donde decía que se iba unos días al campo para una cura de reposo, y, claro, me creí a salvo. Estaba empeñada en que no viniera a mi baile y al ver aquello pensé que le sería imposible. Así que, en un acto de pura bondad, le mandé una invitación, para que pudiera decirle a todo el mundo que la había invitado. Jamás se me ocurrió que hubiera ni la más remota posibilidad de que viniese. Pero, en vez de eso, hizo la entrada más llamativa que pudo. Yo creo que lo cronometró todo: seguro que se quedó esperando en las escaleras hasta que vio que bajábamos a cenar.

—¡No me extrañaría! Eso es genio, diría yo. Y además hizo siete reverencias seguidas. Yo no podría hacer eso sin que estas viejas rodillas me crujieran como locas.

—Y se quedó hasta el final. Yo diría que fue la última en irse. ¡No volveré a hacer algo así en mi vida!

—Eres muy mala con ella —la regañó Adele—. Además, ¿qué ha hecho? La invitaste y fue. Una no se enoja con sus invitados cuando aceptan la invitación. No te gustaría que no se presentasen.

—No es lo mismo. No me extrañaría nada que hubiese hecho el anuncio de su cura para tenderme una trampa.

Adele suspiró y sacudió la cabeza.

—Ay, querida, eso habría sido soberbio. Aunque me parece demasiado, incluso para ella. Yo más bien diría que se fue al campo porque no la invitaste, lo que también fue una buena jugada. Pero lo otro, no. De todas formas, le preguntaremos a Tony qué opina él.

—¿Y qué tiene que ver Tony?

—Pues que está aún más obnubilado con ella que yo. No piensa en otra cosa.

Marcia se quedó un momento callada. A continuación, una especie de luz más suave asomó a sus ojos enojados.

—Cuéntame más cosas sobre ella.

Adele dio una palmada.

—¡Ay, qué divino! ¡Estás ablandándote! No sé qué haríamos sin nuestra Lucía. No sé de qué podríamos hablar.

—Pero si es absurda —dijo Marcia reculando ligeramente.

—No, no tienes que verlo así. Jamás te rías de ella. Lo mejor es disfrutarla con ganas.

—¡Es una esnob! —exclamó Marcia como si eso fuera un descubrimiento tremendo.

—Igual que yo, y que tú, y que todo el mundo. Aquí todos corremos detrás de gente distinguida como... Alf y Marcelle. La diferencia entre Lucía y tú está a favor de ella, porque tú finges no ser una esnob, mientras que ella va con la verdad por delante. Además, ¿para qué servís las duquesas sino para darles placer a los esnobs? Ese es tu trabajo en el mundo, tesoro; para eso te enviaron. No rehúyas tu responsabilidad o cuando seas vieja sufrirás las agonías del remordimiento. Y tú también eres una esnob. Te encantó tener a siete (¿o eran setenta?) miembros de la realeza en tu baile.

—Bueno, cuéntame más sobre Lucía —repitió Marcia, bastante impresionada por aquella ingeniosa presentación del caso.

—Te diré y te contaré: me encantaría que te convirtieras a la lucialofilia. Hoy van a suceder cosas maravillosas. Vas a conocer al amante de Lucía...

—¡Eso es harto improbable! —dijo Marcia con rotundidad.

—Anda, no me interrumpas. Por supuesto, solo es un amante oficial, público, y se llama Stephen Merriall. Es una perfecta dama. Resulta que Pepino, su marido, que iba a acompañarla, ha pillado un resfriado terrible y me ha avisado de que no podía venir. La verdad es que me he alegrado:

Lucía brilla más..., acapara más la atención cuando él no está. Así que en su lugar he invitado a su amante...

—¡No! Prosigue.

—Mira, querida, lo hacen mejor que en cualquier obra que haya visto. ¡Qué interpretación! Se dedican miraditas y sonrisas, y cuando les cazas se ponen a hablar apresuradamente con otros. Por supuesto, ambos son castos como la nieve, o más, de ser posible. Creo que fue el caso de la pobre Babs lo que le metió en la cabeza a Lucía la idea de que en este mundo de picaros a una mujer le da caché tener fama de poseer un amante. Y puede estar tranquila, porque no se arriesga a que descubran nada. Solo se comportan como amantes estrictamente en público. Cuando empezó esta historia temí que el señor Merriall pensara que ella quería algo de él e intentara besarla estando a solas, y que extirpase así el delicado brote, pero estoy convencida de que ya se ha dado cuenta.

—¡Qué ideal!

—¿Verdad? ¿Te sientes ya más lucialófila? Seguro que sí. Aprende a disfrutarla: hay que tener muy poco humor para enfadarse con ella. Y además me he tomado muchas molestias para traer a gente con la que se deleitará. Viene el primer ministro, tú, Greatorex (el único pianista que sabe tocar a Stravinski), el profesor Bonstetter (el psicoanalista), además del embajador italiano, su amante, Tony... No sigo. Ah, y tengo que acordarme de decirle que Archie Singleton es el hermano de Babs, o puede

soltar cualquier inconveniencia. Y luego habrá muchos que se deleitarán a su vez con Lucía, y yo la primera. ¡Le tengo adoración, te lo digo en serio, Marcia! Tiene personalidad, y una voluntad de hierro, y me gustan mucho más las mujeres fuertes y parlanchinas que los hombres fuertes y callados.

—Sí, voluntad tiene. Se empeñó en venir a mi baile y bien que vino. Cierto que se lo puse en bandeja...

—Esas cosas se le ponen en bandeja solo a la gente con talento. A la gente corriente no.

—¿Y si me dedicara a flirtear descaradamente con su amante? —preguntó Marcia.

Los ojos de Adele se encendieron mientras pensaba.

—No quiero ni imaginar de lo que sería capaz. Estoy segura de que haría algo sorprendente; si no, no sería Lucía. Pero mejor déjalo estar.

—Solo una noche; un par de horas como máximo. No sería como robárselo, porque su amante no es en realidad su amante, es solo un farsante.

Adele flaqueó.

—La verdad es que sería maravilloso ver qué hace. Y es bien cierto que es solo un farsante. A lo mejor un par de horas mañana, pero luego se lo devuelves.

Adele no esperaba a ningún invitado hasta la hora del té, de modo que ambas se retiraron para una siesta postprandial. Llevaba ya cuatro o cinco días en la casa, había ido al baile de Marcia y regresado a primera hora de la mañana, y tres días antes ya tenía organizado todo lo relacionado con la fiesta: había asignado las habitaciones, había discutido cuestiones de gran importancia con su chef y había dispuesto que fueran a recoger a la estación a todos los invitados posibles. En consecuencia, Stephen Merriall, puesto que la casa estaba llena, habría de ocupar el espacioso vestidor, acondicionado como dormitorio, que había junto a la habitación de Lucía y que en un principio había destinado a Pepino. Adele le explicó al mayordomo que el señor Lucas no iría, pero que su cuarto lo ocuparía el señor Merriall; no le dedicó más atención y olvidó cambiar la tarjeta de la puerta. Ambos cuartos estaban hacia la mitad de un largo pasillo de dormitorios y baños que se extendía todo a lo largo de la casa, un espacioso corredor revestido en roble, bastante oscuro y con una amplia escalera al fondo. Abajo quedaban las estancias públicas, con una biblioteca al final, una gran sala de música, un salón alargado como una galería y el comedor. Todas estas habitaciones daban a una terraza pavimentada con vistas a los jardines y a la pista de tenis, y fue allí, con la sombra de la casa cerniéndose fríamente por encima, donde los invitados empezaron a congregarse. Algunos habían llegado en coche desde Londres y otros en tren, y allí estaban ya, en grupos o aislados. Pero hasta que no hubo una docena, entre ellos los lucialófilos más acérrimos, no hizo su aparición el objeto de su devoción, en compañía de su amante y claramente en plena forma.

—¡Mi queridísima Adele! Qué delicia regresar otra vez al frescor del campo. ¡Marcia, querida! Qué aventuras pasé de camino a tu baile: dos ruedas pinchadas... ¡Creí que no llegaría nunca! ¿Cómo está, excelencia? Lo vi en casa de la duquesa, pero no pude hablar con usted. ¡Aggie, tesoro! ¡Oh, *lord Tony*! Sí, me encantaría tomar una taza de té; sin azúcar, Stephen, gracias.

Lucía no había reparado en todo el mundo. Había un par de personas algo apartadas de la mesa del té, pero no parecían ser gente de importancia, y el primer ministro no estaba entre ellas. Como buen amante, Stephen se quedó rondando detrás de la silla de Lucía, que se puso a hablar con el embajador italiano.

—He venido todo el camino con miedo a tener un accidente de tráfico porque ayer soñé que rompía un espejo. Los sueños son cosas pintorescas, aunque en realidad los psicoanalistas que los interpretan son más pintorescos aún. El otro día fui a una charla en casa de Sophy, la buena de Sophy Alingsby..., estoy segura de que su excelencia conoce a Sophy Alingsby..., y era precisamente sobre ese tema. Déjeme pensar: conejo hervido. Si uno sueña con un conejo hervido...

Lucía se dio cuenta de pronto de que se había producido cierta tensión. Solo eso. Se apresuró a mirar en rededor y reconoció a uno de los hombres a los que no había prestado atención. Se levantó de un respingo de la silla.

—Profesor Bonstetter. ¿Cómo está? Sé que no me recordará, pero tuve el honor de estrecharle la mano tras su apasionante charla del otro día. Venga y cuénteles a su excelencia y a mí misma un poco más al respecto. Me quedé con tantas preguntas que hacerle...

Adele quiso aplaudir, pero tuvo que contentarse con cruzar la mirada con Marcia. ¿No era grandiosa Lucía? También Stephen: ¡con qué perfección le había tendido ella la taza vacía cuando se la había acabado, sin mediar palabra, y con qué perfección él la había cogido! «¿Más?», se había limitado a decir, y Lucía solamente había sacudido la cabeza sin apartar la atención del profesor Bonstetter. Luego llegó el primer ministro, y le dijo lo bonita que debía de estar en esa época la preciosa Chequers Court. Ella no se lo anexionó, se limitó a rondarlo e insinuarse, y no le hizo ninguna sugerencia directa. Por supuesto, el político no tardó ni cinco minutos en preguntarle si había estado en Chequers. Desde luego que sí, aunque solo como turista..., y entonces una cosa llevó a la otra. Sería una buena parada en el largo camino hasta Riseholme el martes, una escala para almorzar, y a solo un desvío de menos de setenta kilómetros.

La gente se dispersó, se paseó por la terraza, se volvió a reunir y algunos subieron a sus habitaciones. Lucía dio un pequeño paseo con el embajador y habló con mucho tacto sobre Mussolini, y luego dio otro con lord Tony, y al poco tiempo dejó que Stephen se les uniera. Pero cuando se perdieron por el jardín, y se les vio muy juntos hablando en voz alta sobre una flor, Lucía se fijó en que estaban siendo observados y llamó a Adele para saber si era una argamula. No tardaron en volver, y entonces Stephen subió a su habitación mientras Lucía se quedaba abajo. Adele le enseñó la

biblioteca, la sala de música y el salón alargado y luego se perdió sin más. Lucía se quedó gravitando por la sala de música, abrió el piano y empezó a tocar el movimiento lento de la sonata Claro de luna.

Cuando iba por la mitad, se dio cuenta de que alguien había entrado en el cuarto. Pero tenía los ojos clavados con pose soñadora en el típico punto al filo del techo, de modo que sus dedos siguieron despachando sin errar los triplete lentos. Emitió un suspiro al terminar, se presionó los ojos con las yemas de los dedos y se despertó lentamente como de una anestesia melódica.

Era un hombre, que había entrado y se había sentado no muy lejos del teclado.

—¡Hechizante! Gracias.

Lucía no recordaba haberlo visto en la terraza: tal vez acababa de llegar. Tenía la vaga idea, sin embargo, de haberlo visto antes, en la terraza o en cualquier otra parte. Dio un pequeño y lindo respingo.

—Ah, no sabía que tenía público. Si no, no habría osado seguir tocando. Llevo tanto tiempo sin ensayar...

—Pues entonces siga ensayando —le pidió el cortés desconocido.

Pasó las manos, como alas de mariposa, sobre las teclas.

—¿Un aperitivo de Stravinski? —propuso Lucía.

Fue en medio de ese fragmento cuando Adele entró y se encontró a Lucía tocándole Stravinski a Greatorex. La situación le pareció inabarcable, lejos de su órbita, y tuvo que esperar sin perder la fe en Lucía para ver qué pasaba cuando esta descubriese para quién estaba tocando... Se trataba, por lo demás, de un fragmento largo: más un primer plato que un aperitivo, y tenía también mucho de farragoso. Por fin Lucía hizo un intento optimista con la escala cromática doble en divergencia, terminó entonces y rio con alegría.

—Ay, mis pobres dedos. Un piano exquisito, querida Adele. Me encantan los Bechsteins... Y eso era un pequeño aperitivo de Stravinski. Algo errático, ¿no les parece? Aunque muy fiel a la idea moderna: leves incursiones febriles, pequeños fragmentos de melodías, y nada elaborado. Pero siempre digo que Stravinski tiene algo si se estudia con paciencia. La de tiempo que le he dedicado a esta piececilla, y mucho me temo que estoy lejos de perfeccionarla.

Lucía tocó otro pequeño compás con la mano derecha mientras se devanaba los sesos para recordar dónde había visto antes a ese hombre. A continuación, se giró sobre la banqueta. Estaba segura de que era un artista, y no quería pedirle a Adele que se lo presentara, porque daría la impresión de que no conocía a todo el mundo. Probó entonces con la pintura.

—En pintura siempre pienso que la escuela de Stravinski está representada por los poscubistas. Nos dan pautas con líneas, igual que Stravinski nos da pautas con notas, y el poeta moderno, pautas con palabras. El otro día asistí a una fiesta de pautas en casa de Sophy Alingsby. La querida Sophy... ¡qué curiosa mezcla de gustos! Solo le interesa lo ultra-primitivo en música y lo ultramoderno en pintura.

Justo antes de entrar Adele, estaba intentando recordar el primer movimiento del Claro de luna de Beethoven, esos tripletes que, aunque parecen fáciles, hay que saber hacer uniformes. Y aun así a Sophy Beethoven le parece de lo más decadente. Tendría que haberla llevado al concierto de la diva, la Dalrymple, porque les aseguro que, en comparación con el resto del programa, Stravinski sonaba clásico. Fue por lo demás una interpretación muy encomiable. Por el señor..., ¿cómo se llamaba?, por el señor Greatorex.

Ya había dicho la palabra cuando su cerebro hizo la conexión. Dio una de sus típicas carcajadas contenidas.

—¡Ay, qué pillines! —chilló—. Una intriga, sin duda alguna. Señor Greatorex, ¿cómo ha podido? Adele le ha dicho que entre cuando me ha oído empezar con mis aporreos, y le ha dicho que se quede para animarme. ¡No lo niegues, Adele! Sé que ha sido así. Pienso contarle a todo el mundo lo mala que has sido, a no ser que el señor Greatorex venga aquí ahora mismo y, por arte de magia, devuelva a la vida lo que yo acabo de masacrar.

Adele no negó nada. De hecho, no hubo tiempo de negar nada porque Lucía obligó al músico a sentarse en la banqueta y, al instante, puso su cara de arrebató musical, con la barbilla en la mano y la mirada soñadora perdida en el techo. Habría pensado que Némesis estaba dándole estocadas, pero no era rival para la asombrosa agilidad de Lucía. Esquivó el golpe y contraatacó, y allí —qué recuerdo futuro más memorable— estaba el señor Greatorex tocándole Stravinski, ante un público conformado solo por ella y Adele, que realmente no contaba, porque la única melodía que le gustaba era el *Land of Hope and Glory*... ¡Qué grande era Lucía!

Adele los dejó, no sin antes advertirles que era hora ya de ir a cambiarse para la cena, pero Stravinski continuó sonando un poco más para los oídos de Lucía. La anfitriona le había indicado por dónde se iba a su cuarto y que su nombre estaba en la puerta, de modo que lo encontró sin problemas. Era un dormitorio bonito, con un baño anexo y una magnífica cama Carlos II con un tapiz de lana drapeado en el cabecero. Quizá algo moderno para su gusto por lo isabelino. El gran guardarropa estilo Chippendale era aún más moderno. El papel de las paredes estaba decorado con motivos chinos, y el suelo, cubierto por bellas alfombras persas, y aunque podía haber criticado la decoración resultaba fácil admirarla. Ella se había llevado un vestido muy elegante y, como adorno, las perlas de la tía Amy y el broche de Beethoven. Sin embargo, en el último momento decidió evitar toda competencia y devolvió las perlas al joyero. El broche, estaba convencida, no tenía por qué temer rival.

Lucía tenía la impresión de que la cena, por lo que a ella respectaba, estaba siendo un gran éxito. A Stephen le tocó sentarse justo enfrente, y de tanto en tanto intercambiaban sonrisitas distantes. A un lado tenía a lord Tony, a quien le encantó su historia de Stravinski y Greatorex. Le contó también lo que había dicho el embajador italiano sobre Mussolini, y el primer ministro sobre Chequers: iba a pasarse a

almorzar cuando fuera camino de Riseholme, después de ese exquisito fin de semana. La conversación cambió entonces, y Lucía se volvió hacia su izquierda para hablar con el único hombre cuya identidad no había logrado aclarar. Pero, como asunto que era de dominio público, empezó a hablar sobre la pobre Babs, y su propia admiración por la conducta de la mujer durante aquel horrible juicio que tan desastrosamente había acabado. Y una vez más volvió a notar una ligera tensión.

Siguieron partidas de *bridge* y de *mahjong*, y una conversación densa y cuajada de referencias, todo acompañado por la sensación, tan querida para Lucía, de estar en el centro del *summum* de la distinción. Cuando las mujeres subieron, pasó rápidamente por su cuarto para ponerse algo más sencillo y luego buscó al fondo del pasillo la habitación de Marcia, que la había invitado para charlar un rato. Adele también estaba, así como la querida —y bastante ubicua— Aggie, que le dio mucha coba con las seis filas de perlas Whitby. Lucía se alegró de haber limitado sus galas al broche de Beethoven.

—¿Cómo no te has puesto tus perlas, Lucía? —le preguntó Adele—. Tenía ganas de verlas. —(Había oído hablar de las perlas de la tía Amy, pero no las había visto la noche del baile de Marcia).

—¡Ah, mis pequeños aljofares! No son más que piñones comparados con las canicas de Marcia. ¡Nada más que baratijas!

Aggie las había visto y sabía que Lucía no estaba exagerando su menudencia. Como lucialófila fiel, cambió a un tema menos bochornoso.

—Quítate esos adornos de Navidad. No son más que enfermedades de un molusco común que se come cuando está sano y se viste cuando tiene tumores... Qué espanto pensar que ya no nos vamos a ver a diario, como veníamos haciendo. Adele, que se va a los Estados Unidos, y Marcia, a Escocia... ¡Qué sitio más feo, Marcia! Anda, vente mejor conmigo a Marienbad. ¿Y tú qué vas a hacer, Lucía?

—Ay, querida, ¡lo que me gustaría poder ir a Aix o a Marienbad! Pero Pepino me ha dicho que es imposible. Tenemos que quedarnos y llevar una vida tranquila en Riseholme. Los monís, los fastidiosos monís.

—Mírala, hablando de Riseholme como si fuera una horrible penitencia a la que la hubieran condenado —intervino Adele—. ¡Pero si Riseholme te encanta, Lucía! Y si no es así, debería. Olga se pierde por ese pueblo. Dice que nunca es del todo feliz cuando no está allí. ¿Cuándo piensas invitarme?

—¡Adele!, como si no supieras que eres siempre bienvenida.

—¿Y yo qué? —preguntó Marcia.

—Mi casa está siempre abierta para las dos. Querida Marcia, ¡qué amable que quieras venir! Yo me voy el martes y me quedo allí. Pero, es verdad, me encanta. No hay bailes ni fiestas, solo mis queridos arcadios. Son de ver para creer. La vida en su forma más sencilla, queridas.

—No puede ser más sencilla que en Escocia. Allí todo es matar pájaros y peces por el día y comértelos por la noche. Poco más.

Es posible que en todos esos meses de esfuerzo extenuante Lucía no hubiera hallado mayor recompensa que en ese momento. Había pasado la noche hablando en un *deshabillé* mental, sin esfuerzo alguno, con los grandes del país, los nobles, los distinguidos, los triunfadores, y ahora ahí estaba, en el dormitorio de una duquesa, charlando para clausurar la noche. ¡Aquel era un nirvana más cercano aún que el baile de Marcia! Y las tres mujeres parecían agrupadas a su alrededor: a la espera — no cabía la menor duda— de escuchar algo que ella tenía que contarles, igual que Riseholme solía aguardar sus órdenes. Sintió que estaba lográndolo de verdad, reposó la barbilla en la mano y miró un poco hacia arriba.

—Cuando vuelva a Riseholme me temo que se apiadarán de mí: van a ponerme en mi sitio. Estoy convencida de que piensan que he estado malgastando el tiempo en frivolidades ociosas. Es posible que hayan visto en algún periódico vespertino que he ido a la fiesta de Aggie, a casa de Adele o al baile de Marcia, y os aseguro que eso sería muy sospechoso por mi parte. Como si yo no supiera que todas esas cosas espléndidas son símbolos...

Adele tenía la mirada cataléptica de una figura de vidriera, tan embelesada estaba. Pero quería entenderlo en toda su extensión.

—Lucía, no seas tan tremendamente inteligente. Estás diciendo cosas que superan mi raciocinio: eres como el zumbido de un aeroplano. Explícame qué quieres decir con eso de los símbolos.

Lucía estaba jugueteando con una mano con la sarta de perlas Whitby, que su dueña seguía agarrando, mientras que había colocado la otra sobre la rodilla de Adele. Tuvo la sensación de que se esperaba de ella una gran frase.

—Ya sabes, querida mía. Todas nuestras idas y venidas, nuestros divertimentos, son un símbolo de afecto: nos encanta vernos porque nos alimentamos los unos de los otros. Gente interesante, distinguida, oscura, corriente..., deseamos atraerlos a nuestras vidas para expandir nuestros horizontes. Aprendemos, o intentamos aprender, otras aficiones más allá de las nuestras. Tendré que hacerle entender a Riseholme que el bueno de Alf tocando la flauta en mi casa o media docena de príncipes comiendo perdices en la mansión de Marcia son todo partes de la misma cosa, ¿no? Es nuestra manera de conocer el punto de vista de púgiles y príncipes. Y a mí me parece, tengo la impresión... —La mirada de Lucía se perdió aún más en el vacío—. Me da la impresión de que expandimos nuestras propias almas cuando las dejamos fluir en otras vidas. ¡Qué mal me expreso! Pero cuando Eric Greatorex (qué hombre más encantador) me ha tocado esos fragmentos espléndidos hoy, antes de cenar, he sentido que estaba cruzando una especie de frontera hacia Stravinski. Eric ha sellado mi pasaporte. Una multiplicación de experiencias: creo que me refería a eso. —Ninguna de las presentes habría sabido expresar con precisión a qué se refería Lucía, pero el sentido general parecía apuntar a que una hora con un ladrón o con un caníbal merecía la pena por lo que suponía de expansión del alma—. Y son tipos insólitos. ¡Qué bien sienta entrar en contacto con algo tan remoto! Marcelle...

Marcelle Periscope..., lo conociste en mi casa, ¿no, Aggie?

—¿Por qué no se me invitó? —preguntó Marcia.

Lucía emitió una risita rápida, como ante la dulce interrupción de un crío.

—Marcia, tesoro, ¿por qué no me lo pediste tú? Creo que tenemos confianza suficiente para eso. Sí, Marcelle, un actor de cine. Un horizonte nuevo, y una actitud nueva hacia la vida. Es estupendo para mí: me ayuda a ampliar mis miras. Dio mió! Cuánto rezo por no ser así. ¡Y dejarme impresionar! ¡Qué impresionante que te impresionen! Si cada una tuvieseis cincuenta amantes por cabeza, solo pensaría que es un privilegio conocerlos a todos.

A Marcia le sobrevinieron unas ganas terribles, casi con la imperiosidad de un estornudo, de referirse abiertamente a Stephen. Levantó los ojos medio segundo para buscar la mirada de Adele, la sacerdotisa de ese culto al que supo que estaba convirtiéndose a pasos acelerados. Pero si alguna vez se ha expresado, sin palabras, una negativa más enfática a alguien que tantea el terreno, fue en esa ocasión. Si Lucía decidía contar algo sobre Stephen, sin duda sería maná, aunque preguntar... ¡jamás! Aggie, sentada a un lado, no había visto aquel telegrama y habló sin pararse a pensar.

—Si cualquier mujer de una belleza corriente me dice que no tiene un amante, o al menos un hombre que pretenda serlo, yo le diría: «¡Embustera!». Por supuesto que sí. Anda, Lucía, empieza tú a contarnos algo de tus amantes.

Nada pudo ser más desafortunado. Adele habría sido capaz de tirarle a la cara a Aggie las seis sartas de perlas Whitby. Lucía no tenía ningún amante, solo uno fantasma, sobre el que nunca había que dirigir una luz directa. Si hubiera reflexionado mínimamente, Aggie se habría dado cuenta. El efecto de su descuido fue que Lucía se sintió visiblemente abochornada, miró el reloj y se levantó con una urgencia brusca.

—¡Santo Dios! ¡Qué tarde se ha hecho! ¿Quién habría dicho que nuestra charlita había durado tanto? Sí, querida Adele, sé dónde está el cuarto, a la izquierda y con mi nombre en la puerta. Ni se te ocurra acompañarme.

Lucía repartió pequeñas caricias, besos y carantoñas y, ciñéndose al cuerpo su elegante batín azul claro, se deslizó con mucho sigilo por el pasillo con sus zapatillas. Era tarde, y la casa se encontraba sumida en el silencio; solo un cuarto de hora antes se habían oído los crujidos de las pisadas de los hombres al subir a sus habitaciones. Las luces principales estaban apagadas, solo aquí y allá a lo largo del pasillo silente ardía una llamita aislada. Pasó de puntillas por delante de media docena de puertas hasta que llegó a una en la que solo vio el nombre de Philip Lucas, precedido por un jeroglífico borroso que, por supuesto, era un «Sra. de». Giró el pomo y entró.

Delante, a dos metros, de pie a un lado de la cama, estaba Stephen, voluptuoso en su pijama color miel. Por un segundo de terror —porque estaba convencida de que aquella era su habitación (¡al igual que él!)—, se quedaron mirándose en medio de un

silencio sepulcral.

—¿Cómo te atreves? —le preguntó Stephen, tan alterado que apenas podía formar las sílabas.

—¿Cómo te atreves tú? —siseó Lucía—. Sal de mi habitación inmediatamente.

—¡Sal tú de la mía!

La mirada indignada de Lucía abandonó la cara horrorizada de su amigo y repasó la habitación. No había motivos chinos en las paredes, sino un bonito papel Morris; tampoco había cama Carlos II con tapiz, sino un sofá con una especie de baldaquín de bronce; ni había un guardarropa estilo Chippendale, sino un mueble funcional comprado en Tottenham Court Road. Dio un pequeño chillido, con un timbre entre la música de la tiza y la del murciélago, y volvió a cerrar la puerta. Fue tambaleándose hasta la puerta de al lado, donde también se leía la leyenda «Philip Lucas», entró a toda prisa y cerró con llave. Corrió hasta la puerta de comunicación entre la fatal habitación vecina y la suya y, mientras la cerraba, oyó al otro lado un pestillo que se corría con fuerza.

Se sentó en la cama en un estado de agitación punzante. Su incursión en la estancia fatal había sido un error espantoso, garrafal: nadie lo sabía mejor que ella, aunque ¿cómo explicárselo a su amante? Llevaban semanas publicitando la culpa de su relación inocente, pero en esos momentos se le antojaba imposible retomar la farsa. Cada vez que le dedicara a Stephen algunas de esas sonrisitas o miraditas, a las que no le había costado aficionarse, asomaría a su mente ese momento de horror tácito, y su sonrisa se convertiría en una mueca trágica, y su mirada saldría huyendo de él, espantada. Y lo peor: ¿cómo iba a hablarle del tema o a defender apasionadamente su inocencia ante Stephen? Este había debido de pensar que Lucía se había colado en su cuarto —cosa cierta— cuando la casa estaba en silencio, con un siniestro recado de amor, y por mucho que cuando él la había repudiado ella había hecho otro tanto, su amante había dado muestras de una indignación enrocada. Si en ese mismo momento hubiera mantenido la cabeza fría, si solo hubiera dicho en el acto: «Te ruego que me perdones, me he equivocado de habitación», todo habría ido bien, pero ¿cómo reunir ahora valor para decírselo? Y a pesar de la integridad total de su naturaleza moral, que era puritana, rayana en la mojigatería, no le había gustado nada —como no le habría gustado a ninguna mujer— el espanto indisimulado de su amigo ante su irrupción.

En la puerta de al lado Stephen no se encontraba en predicamentos menores. Había sufrido un tremendo varapalo. Lucía llevaba semanas alentándolo a hacer aquel papel de amante, pero en esos instantes se preguntaba con horror si esa placentera farsa pública se habría convertido en una realidad para ella, en una necesidad de su naturaleza. En cuanto él la había repudiado sin vacilar, Lucía había dejado claro que había entrado en la habitación por error, pero ¿sería mentira y en verdad habría entrado con un horrible propósito? Con todo, le tocaba a ella explicarse e insistir en su inocencia —en caso de ser inocente, claro—, y él agradecería

sobremanera poder creerla. De momento, y sin esa confirmación, la idea de retomar el comportamiento de amantes en público se le antojaba algo verdaderamente inalcanzable. Podía volver a darle alas... Aunque estaba ya seguro con las puertas cerradas con llave y pestillo, sabía que no podría dormir, de modo que se tomó una buena dosis de aspirinas, a ver si podía calmarse.

Lucía era mucho más concienzuda: nunca aparcaba las dificultades, las afrontaba. Tiempo después de que los nervios de Stephen se calmaran, ella seguía sentada al borde de la cama dándole vueltas a todo, mientras iba también tranquilizándose poco a poco. Por el momento, las relaciones pseudoadúlteras en público se le antojaban impensables... Era una suerte que dentro de un par de días tuviera que confinarse en Riseholme. Pero entonces, en un destello de genialidad, se le ocurrió que podía adoptar una interesante actitud en el intervalo: se comportaría como si hubiesen tenido una pelea de amantes. Cuanto más lo pensaba, más recomendable veía la opción. La gente se daría cuenta y se preguntaría a qué se debía, y su curiosidad nunca se vería satisfecha porque Lucía tenía claro, por el horror dibujado en la cara de Stephen, que tanto él como ella harían como si ese encuentro en plena noche jamás hubiera sucedido. No debía parecer desdichada: por el contrario, tenía que mostrarse más viva y ansiosa que nunca, e ignorar por completo a Stephen. Pero no pensaba llevarlo en coche de vuelta a Londres: tendría que decirle que volviera en tren.

Al día siguiente los dos examantes bajaron muy tarde por temor a encontrarse a solas, de modo que pasaron media mañana en habitaciones contiguas. Stephen estaba atareado con trabajo de Hermione, porque aquella reunión daría para varios sueltos, pero, por muchos que escribiera, estaba más que decidido a no mencionar a Lucía en ninguno. Hermione sabía, sin embargo, que el señor Stephen Merriall se encontraba allí, y así lo contó... Por uno de esos golpes maliciosos que llueven sobre aquellos a quienes Némesis quiere castigar, salieron de sus habitaciones en el mismo preciso instante y tuvieron que bajar juntos, mientras se felicitaban fríamente por lo hermosa que era la mañana. Por suerte, había gente en la terraza; entre ellas, Marcia, que pensó que se le presentaba una oportunidad excelente para empezar su flirteo con Stephen. Al instante se lo llevó hacia el huerto, pues, si no comía uvas espinas el domingo por la mañana, moría. Lucía no pareció percatarse en absoluto de su partida y se unió a un selecto corrillo en torno al primer ministro. Entre una discusión sobre el problema de la vivienda con este, un paseo con lord Tony —que le rogó que prescindiera del «lord»— y un poco más de Stravinski a solas con Greatorex, la corta mañana pasó muy agradablemente. Pero, al volver algo tarde para el almuerzo, vio que Marcia y Stephen no habían regresado de coger uvas espinas. Quedaban tres sitios vacíos contiguos en la mesa, y tuvo claro que Stephen se sentaría a su lado.

Iban ya por la mitad del almuerzo cuando los dos que faltaban aparecieron, con

Marcia deshaciéndose en disculpas.

—¡Qué falta de urbanidad por mi parte, querida Adele! No teníamos ni idea de que se había hecho tan tarde, ¿verdad, señor Merriall? Fuimos a por uvas espinas y..., supongo que no tendríamos que haber seguido. Es culpa mía, señor Merriall... Los hombres pierden siempre la noción del tiempo.

—¿Quién no, duquesa, con usted al lado? —respondió muy diestro Stephen.

—¡Qué encanto! Bueno, pero prosiga. Estaba contándome algo muy emocionante. Y, por favor, Adele, que no nos espere nadie. Veo que estáis todos casi terminando de almorzar, y yo todavía no he empezado y las uvas, como siempre, me han abierto enormemente el apetito. ¿Decía, señor Merriall?

Cuando a lo largo de la tarde Marcia siguió enseñoreándose del amante de Lucía, Adele buscó en vano la mínima seña de resentimiento o inquietud en esta. No había nada de nada: era imposible detectar algo que simplemente no existía. Parecía totalmente ajena a aquella anexión o, en suma, a la existencia de Stephen. En esos momentos estaba sentada con ella y con Tony hablando del baile de Marcia y del último libro de memorias osadas, de las que había leído una reseña en el periódico del domingo, y del cuarto oscuro de Sophy, y de Alf: nunca había estado más preparada para abordar cualquier tema, más prósperamente en el centro de todo. Si Marcia había creído que provocaría alguna muestra de emoción en Lucía, pensó Adele, estaba recibiendo una magnífica lección. Los amantes se entendían a la perfección... O, cayó entonces, ¿se habrían peleado? Ciertamente daba esa impresión. Aunque Tony y ella disfrutaban de una gran sesión de lucialofilia, casi prefería que Lucía se fuera para poder someter a escrutinio aquella posibilidad apasionante. Y con qué naturalidad soltaba ya un «Tony» aquí y otro allá: seguramente habría estado practicando con su criada.

En algún punto de la casa sonó un teléfono y, al poco, un criado salió a la terraza.

—Lucía, seguro que es para ti. Allá donde vas alguien te requiere al teléfono. Si estuvieras en mitad del Sáhara, sonaría un teléfono en medio de las dunas del desierto. ¿Sí? ¿Para quién es? —le preguntó al criado.

—Para la señora Lucas, señora.

Lucía se levantó, muy complacida.

—Siempre estás tomándome el pelo, Adele. ¡Qué engorro de teléfono! No descansa una. Pero será solo un momento.

Se fue a toda prisa.

—Tony, tenemos mucho de lo que hablar —se apresuró a decirle Adele—. Bueno, ¿cuál es la situación entre los amantes?

¿Comprensión perfecta o pelea? ¿Y quién la habrá llamado? ¿Qué te apuestas a que ha sido...?

—Alf —propuso Tony.

—Lo dudo. Tony, lo de los amantes. Creo que hay algo. Nunca he visto una indiferencia más perfecta. ¡Cómo me voy a reír de Marcia! No está consiguiendo

nada de nada. Lucía ni se ha inmutado. Sabía que lo haría perfecto. Anoche tuvimos una charla estupenda en la habitación de Marcia, hasta que Aggie metió la pata. Ya vuelve. Ahora nos enteraremos.

Lucía atravesó corriendo la terraza.

—Adele, querida, ¿me matarías si me voy esta tarde? Me han llamado de Riseholme. Georgie. Mi Pepino no se encuentra nada bien. No es muy grave pero está en cama y solo. Creo que será mejor que me vaya.

—¡Pero, queridísima, haz lo que tengas que hacer! Lo sentiré muchísimo, igual que todos si te vas. Aunque si crees que así te quedarías más tranquila...

Lucía dio un repaso a todos los corrillos radiantes. Se iba de la fiesta más maravillosa: era el escalafón más alto al que había llegado. Por lo demás, se dejaba al amante, algo positivo. Pero en realidad no estaba pensando en nada de eso:

—Mi pobre Pepino querido... Debo irme, Adele.

Capítulo 10

ESE día, el último de agosto, fue el primero en que dejaron salir a Pepino, dar un paseo tranquilo de media hora por el jardín y sentarse al sol. La enfermedad que había provocado el regreso de Lucía había sido seria e incluso derivó en una grave neumonía. Tras pasar por un bache crítico, había mejorado satisfactoriamente.

Lucía, que había demostrado un comportamiento admirable durante esas semanas, había querido acompañarlo en su paseo, pero el médico, tras examinar a Pepino, le había dicho que quería tener una charla con ella de unos veinte minutos en la sala de música. Cuando el doctor se marchó, Lucía se quedó un rato más para aclararse las ideas antes de salir a reunirse con su marido.

—Una charlita de lo más alegre, caro. No ha habido nunca un convaleciente..., vaya palabra, querido..., más perfecto que tú. Eres un paciente de primera. Lo único que debes hacer es seguir así, y avanzar muy poquito a poco, cada día más, y verás como dentro de un mes te encontrarás más fuerte que nunca. Tienes una constitución estupenda.

—¿Y nada de viajes por mar? —preguntó Pepino. La temible perspectiva lo acechaba desde hacía un tiempo.

—No, a no ser que crean que un mes o dos en la Riviera en invierno te vendrían bien. Pero como mucho sería el paso de Dover a Calais, nada más. Sí, sé lo que estás pensando. Me dijiste que no podíamos permitirnos ir a Aix en agosto, de modo que ¿cómo vamos a pasar dos meses en Cannes? —Lucía se detuvo un instante—. Ay, me viene a la cabeza esa historia encantadora de la buena de Marcia sobre unos primos suyos que tenían que economizar y que después de hablarlo mucho decidieron que el máximo ahorro al que podían aspirar era a no tomar café después del almuerzo. Pero nosotros sabremos ingeniárnoslas mejor... —Hizo otra pausa. Pepino ya había tenido movimiento suficiente para ese día y se habían sentado en el soleado cenador, junto al reloj de sol, que tenía labrados en piedra muchos lemas respetables—. El médico me ha dicho también que te aconseja que durante un período largo de tiempo te olvides de vivir en Londres. La niebla, la falta de sol, la oscuridad húmeda: nada recomendable. Y sé también lo que ese buen corazón tuyo está pensando. Crees que yo adoro Londres, y que puedo pasar allí uno o dos meses en otoño y luego, en primavera, volver aquí los fines de semana. Pero no tengo la menor intención de hacer nada parecido. No pienso irme allí a vivir sola. Además, ¿de dónde vamos a sacar los monís, como dice Alf, tan gracioso él, de dónde vamos a sacar los monís para nuestra Riviera?

—¿Sugieres que alquilemos la casa en invierno? —preguntó Pepino.

—Una idea excelente, siempre que podamos asegurarnos de arrendarla. Pero no

podemos, y luego está el goteo de impuestos, de tasas y de guardeses. Sería un fastidio andar siempre pendiente de eso, y teniendo que contar los monís. He estado repasando lo que hemos gastado este verano en Londres, caro, y casi me da un vahído. Yo votaría por venderla. No pienso usarla sin ti y tú tampoco vas a usarla para nada. Ya sabes las ganas que yo tenía de vivir allí, por ti, por tu club, por la sala de lectura del Museo Británico, por el astrónomo real, pero ahora todo eso está kaput, como dice Tony. Podemos traernos aquí lo que esté más íntimamente ligado a la buena de la tía: su retrato de Sargent, por supuesto —aunque los Sargent están alcanzando unos precios increíbles—, o el buró de avellano o los sillones estilo Chippendale chino y aquella mantita raída de su dormitorio, pero yo voto por venderlo todo, librarnos de cargas, de los muebles, de todo. ¡Como si no pudiera yo ir cuando quisiera a lo de Claridge, el día que me apetezca almorzar con todos nuestros amigos! Y así se nos terminarían las preocupaciones, y si nos recomiendan alejarte del frío y la humedad, no agobiarnos porque esté por encima de nuestras posibilidades. Eso sería odioso: no debemos caer en eso.

—Pero nunca volverás a estar a gusto, satisfecha, en Riseholme. Después de tus bailes, tus fiestas y todo eso, ¿qué entretenimiento vas a encontrar aquí?

Lucía le clavó su mirada taladradora.

—Muy necia tengo que ser para no encontrar nada que hacer en mi propia casa. ¿Acaso me veías tan desocupada y ociosa antes de irme a Londres? ¡Santo cielo!, pero si aquí siempre estaba atareadísima. No te preocupes por eso ni por un momento, Pepino, porque si no, pensaría que no me conoces en absoluto. Y nuestro querido Riseholme, déjame que te diga que se ha relajado demasiado en nuestra ausencia... Está mustio, y me siento muy culpable. No hay vida: no queda nada de la efervescencia, el burbujeo y el esplendor de antaño. Están vegetando, ¡marchitándose!, y, por si fuera poco, Georgie está engordando. Ya nunca hay novedades. Lo más llamativo que pasa es que Daisy manda la pelota de golf por la plaza cuando practica por las mañanas, y luego va al campo de arena por la noche, y la única novedad del día siguiente, sin falta, es si ha bajado de mil golpes, signifique lo que quiera que signifique eso. —Lucía dio un pequeño suspiro de indulgencia—. No te niego que a veces a la buena de Daisy se le ocurran buenas ideas. Como lo de la güija, y lo del museo, y, aunque dijera que había sido cosa de Abfu, fue ella quien lo inventó a él. Y el golf también fue cosa suya. Pero no ejecuta sus ideas con la viveza necesaria para estimular el interés de la gente y mantenerlo en estado de ebullición. ¡De ebullición! Así es como deberíamos estar todos, con miles de cosas que hacer que parezcan inmensamente importantes, y que lo son porque lo parecen. Se requiere cierto tacto para saber darles importancia a las cosas, y la buena de Daisy no lo tiene. Haga lo que haga, todo parece trivial. ¡Pero se van a enterar de que he vuelto a casa! ¿Qué me importa a mí ir a un baile de Marcia o acompañar al piano a Alf o jugar al golf con Daisy o tocar duetos con el pobre de Georgie —al que se le han puesto los dedos que parecen todos pulgares—, siempre y cuando me resulte

emocionante? Si lo encontrara anodino, caro, sería una necia de remate, como dijo una vez Adele. Ay, Adele siempre con ese pequeño deje de ordinariez...

Lucía encontró más oposición en Pepino de la que había esperado, porque este estaba muy orgulloso de la triunfante campaña estival de su mujer en Londres y, si bien en ocasiones se había sentido algo apabullado y zarandeado en medio de ese vendaval de actividad social y había tenido, por así decirlo, que cerrar sus ojos llorosos y agarrarse el sombrero, se había regocijado con su soplar incesante e infatigable, que arrancaba los frutos elegidos de los árboles. Creía, en suma, que podían arreglárselas, sin superar los márgenes financieros, para mantener la casa abierta un año más: reconoció que quizá se había pasado de prudente en el asunto de Aix, e incluso aludió a los recuerdos de la tía Amy, que se enroscaban como una hiedra y que le daría mucha lástima podar en el 25 de Brompton Square. Pero Lucía, tras esa charla con el médico, había tomado una decisión: rechazaba de plano la idea de continuar su victoriosa carrera en Londres si tenía que estar todo el tiempo siendo cuidadosa y ahorrativa, y, lo que era aún más importante, si tenía que dejar a Pepino en Riseholme. Era impensable: el afecto, más incluso que la decencia, lo hacía imposible, de modo que, una vez resuelto el asunto, se dispuso a conseguir su objetivo con su energía de rigor. Además, conocía bien el valor del ataque incesante: Alf, un ganador nato, por ejemplo, cuando encajaba un golpe útil en la cara de su rival, no esperaba a que se recobrase, sino que al instante lanzaba otro y otro hasta que su víctima se derrumbaba y perdía por *nocaut*. Lucía se comportó exactamente igual con Pepino: hizo un montón de cuentas para demostrarle que estaban viviendo por encima de sus posibilidades, y citó —o se inventó— algo que había insinuado el primer ministro sobre la posibilidad de un aumento de los impuestos. Daba por hecho que irían a la Riviera, y se quedó de piedra al ver el precio de los billetes del Train Bleu y las tarifas de los hoteles.

—¡Y con la de amigos de Londres, Pepino —dijo en el *round* decisivo de ese combate—, que se mueren por venir a Riseholme a pasar un fin de semana con nosotros, los gastos se nos dispararán! Que no se te olvide. En octubre será un no parar de visitas, es más..., hasta que nos vayamos al sur. Y luego está el prado al fondo del jardín: todavía no lo hemos comprado, y eso sí que no lo perdono. Un jardín de primavera, con un sinfín de narcisos y un caminito pavimentado. Me lo prometiste. Le conté a Tony cómo iba a quedar y se puso verde de la envidia. La verdad es que no me extraña. Y tu telescopio nuevo. Insisto en lo del telescopio, y te aseguro que no sé de dónde vamos a sacar el dinero. Y mi viejo piano, el pobre: está en las últimas, no le queda mucho tiempo, y sé que no esperas que viva, que literalmente siga con vida, sin un piano bueno en casa.

Pepino empezaba a flaquear. Ni aun cuando se mostraba bien firme y fuerte era rival para ella, y a todas luces aquella lluvia de golpes estaba haciéndole tambalear.

—No quiero apremiarte, caro —prosiguió—. Sabes que nunca te insisto para que hagas lo que no te parece lo mejor.

—Pues para mí eso es apremiar...

—Pero solo para que hagas lo que te parezca mejor. Y en cuanto a los recuerdos de la tía Amy en Brompton Square, no debes dejarte llevar por una falsa sensiblería. No habías vuelto a verla en esa casa desde que eras niño y, si te traes aquí su retrato, y la mantita de lana que recuerdas que se ponía en las rodillas, yo diría, sin querer apremiarte, ojo, que con eso bastaría... ¡Qué mañana más deliciosa! Ven al fondo del jardín e imaginemos cómo sería el prado con un caminito pavimentado y un manto de narcisos... Los sillones Chippendale..., creo que lo mejor es venderlos.

En realidad, Lucía no quería tampoco el retrato de la tía Amy, porque era consciente de que había hablado mucho, en más de una ocasión, sobre las perlas de la difunta, que aparecían en el cuadro: un pequeño collar de aljofares enanos retratados al detalle. Pero resultaba que Georgie lo había visto aquella noche en la ópera y Lucía sabía que, conociendo como conocía Riseholme, a esas alturas todos estarían al tanto de la naturaleza y del poco valor de las perlas de la tía Amy. Las perlas también sería mejor venderlas, pensó, aparte del retrato que le había hecho Sigismund, ya que al final los poscubistas no habían causado tanta sensación.

El factor determinante para el abandono de su carrera en Londres, del que en unos días, tras un vapuleo incesante, había logrado convencer a Pepino, era su propio marido: no podría valerse con Lucía en Londres, y ella no lo dejaría solo en Riseholme una semana tras otra —porque, si una pretendía hacer algún progreso serio en aquella ciudad, menos de eso no merecía la pena—. Sin embargo, otro factor no menos determinante fue descubrir lo poco que le importaba en aquellos momentos a Riseholme, y eso no podía tolerarlo. El pueblo la había depuesto: no pensaba dejarse gobernar desde Brompton Square. El trono estaba vacío, porque ni la pobre Daisy ni, ya puestos, el pobre Georgie eran de la clase de personas que ocupan tronos. Deseaba volver a ser la reina, y si bien era consciente de que tendría que poner en ello todas sus energías, ¿para qué le servían si no para conseguir lo que quería?

Ahora no significaba nada para Riseholme: la habían compadecido por lo malo que había estado Pepino, pero, conforme este progresó en su convalecencia, y ella empezó a llamar a la gente, a pasarse por sus casas y a hacer planes con ellos, se dio cuenta de que les importaba tanto como Piggy o como Goosie... Desde la ventana del vestíbulo divisó en la plaza a Daisy, que andaba haciendo molinillos con los brazos como una loca y pegándole a una pelota con un palo que tenía una hoja de acero en la punta, y vio con espanto que Georgie estaba a su lado, intentando hacer lo mismo. ¿Estaba Daisy cobrándose por fin la recompensa a su persistencia al conseguir que alguien se interesara por el golf? Y, ¡por Dios santo!, ahí estaban también Piggy y Goosie, lanzando. No cabía duda de que Riseholme se consagraba de lleno al golf.

—Voy a tener que aprender a jugar. ¡Qué aburrimiento! ¡Qué deporte más tonto!

Y en ese momento una pelotita blanca saltó por encima de su seto de tejo y golpeó elegantemente la puerta de la calle.

«Pues sí que han mandado lejos la pelota —pensó—. Me pregunto quién habrá

sido».

Pronto se despejó la incógnita porque Daisy apareció por el jardín brincando detrás de la pelota y Lucía, toda sonrisas, salió a encontrarse con ella.

—Buenos días, querida Daisy. ¿Has sido tú la que has golpeado esa pelota desde tan lejos? ¡Qué maravilla! No ha causado ningún daño. ¡Pero tienes que ser una jugadora estupenda...!

—Lo siento mucho —se disculpó jadeando la vecina—, pero estaba probando a golpear con un *driver*. Mala decisión: no tenía ni idea de que llegaría tan lejos ni de que se desviaría tanto.

—Un golpe magnífico. Recuerdo lo bien que lanzabas. ¿Todo esto también es parte del golf? Anda, déjame ver otra vez cómo lo haces.

Daisy no supo reproducir aquella obra de arte en concreto, pero mandó la pelota bien alto por el aire, y luego dio otro golpe a ras del suelo, y le explicó que el primero era un golpe con *loft* y el otro un *windcheater* con efecto.

—Me gusta más el *windcheater* —dijo Lucía—. Déjame ver si yo puedo.

Intentó dos veces darle a la pelota sin éxito, hasta que, de la nada, le salió un *windcheater* precioso, aunque Daisy le explicó que, en realidad, había sido un «top». Esta tenía tres palos, dos de los cuales ponía en el suelo mientras utilizaba el tercero, pero se los había dejado en la plaza, y volvieron a por ellos... Y allá que apareció Georgie, que también estaba haciendo *windcheaters*.

—Buenos días, Lucía. Es un fastidio cuando no le das a la pelota pero, una vez que lo consigues, te lo pasas en grande. ¿Ya has instalado tu *clock-golf*? ¿Qué pasa, no te gustó?

Se había olvidado por completo del *clock-golf*. Estaba en un mueble, al que llamaba el armario de los juegos, que contenía cuencos —isabelinos, por cierto—, algunas viejas raquetas de tenis y un bate de *criquet* de cuando Pepino iba al colegio.

—Pensaba montarlo esta tarde. Pásate después de comer, Georgie, y juega una partidita conmigo. Y tú también, Daisy.

—Gracias, pero Georgie y yo íbamos a echar una partida de verdad en el campo de arena —le contestó Daisy con un tono de mucha superioridad.

—¡Qué divertido! —exclamó Lucía lisonjera—. Pues lo mismo me acerco a veros. Creo que tengo que aprender. Nunca he visto nada más interesante que el golf.

Resultaba gratificante: Daisy se mostraba más que dispuesta a enseñarle algo a Lucía, aunque, pensándolo bien, no estaba segura de si le gustaba ese interés repentino por el golf. Ahora que prácticamente todo el pueblo se había aficionado, y ella era la única que les ganaba a todos, tras haber empezado con buen pie, había tenido la esperanza de que Lucía lo despreciara y se quedara sola en esas tardes estupendas. Ahora todos iban al pequeño hoyo nueve después de comer: el vicario —el señor Rushbold— y su mujer, el coadjutor, el coronel Boucher, Georgie, la señora Antrobus —que dejaba atrás su trompetilla para esas gimnasias y nunca oía cuando gritaban: «¡Bola!»—, así como Piggy y Goosie, y a la señora Boucher solían llevarla

en su silla, y aplaudía los buenos golpes que se daban en la última calle. De hecho, Daisy había empezado a dar clases particulares en su jardín, y Riseholme acudía en masa y se entrenaba para hacer *swings* y fijar la vista en una brizna concreta de hierba: es más, el golf prometía volver a tener a Riseholme entretenido y feliz, como en su momento la fundación del museo. Por supuesto, si Lucía estaba decidida a aprender —y al mismo tiempo no aprender demasiado—, Daisy se alegraría de instruirla, pero no podía evitar una cierta inquietud en el fondo de su mente. Se consoló, sin embargo, con la idea de que Lucía volvería a Londres en otoño y con la paliza que le dio a Georgie.

Lucía, sin embargo, no los acompañó por el circuito sino que regresó para acercarse a una pequeña casucha donde habían inaugurado una casa club, con la intención de cosechar información sobre dicha asociación. Era bastante reciente: la habían inaugurado la primavera anterior los comerciantes y los lugareños de Riseholme y de la vecina aldea de Blitton. Luego entabló una agradable conversación con el dueño del Ambermere Arms, que acababa de terminar su ronda y le contó lo contentos que estaban todos de que al populacho le hubiese dado por el golf.

—Gracias a la señora Quantock. Baja todas las tardes y por las mañanas practica en la plaza. Últimamente hay que tener valor para pasearse por allí por la mañana. Nunca he visto más tesón, aunque no hay manera de que le dé a la dichosa pelotita.

—¡Ay, señor Stratton! No debe desanimarnos —replicó Lucía—. Yo este otoño pienso dedicarme de lleno al golf.

—Me juego la cabeza a que a usted se le da mucho mejor —dijo obsequioso el señor Stratton—. Cuentan que la señora Quantock es muy buena cuando está cerca del hoyo, pero que le cuesta demasiados golpes llegar. Se podría decir que pierde el hoyo antes de ganarlo.

Lucía se estrujó los sesos durante un minuto.

—Creo que debería apuntarme ahora mismo. ¿Quién... está en el comité?

—Bueno, tenemos pensado volver a constituirlo en octubre, ahora que las damas y los caballeros de Riseholme están dispuestos a unirse. Nos gustaría que alguna de las mujeres fuese presidenta y contar con algún caballero también.

Lucía no se lo pensó.

—A mí me encantaría que el actual comité me hiciera el honor de pedírmelo. ¿Y qué me dice del señor Pillson? Yo podría sondearlo, si le parece. Pero no debemos decir nada hasta que se reúna el comité...

Una cosa arreglada. El señor Stratton sabía lo mucho que se lo agradecería el comité, y Lucía, mucho antes de que Georgie y Daisy volvieran, ya había comprado cuatro palos y estaba tomando una lección con un *caddie* bajito y nervudo.

Todas las mañanas, mientras Daisy daba bandazos por la plaza, enseñando a jugar a Georgie, a Piggy y a Goosie, Lucía bajaba a hurtadillas la loma y recibía sus clases, mientras que después del té acataba humildemente su turno en las lecciones particulares de Daisy y se quedaba mirando cómo su vecina lo hacía todo mal.

Practicó con su *clock-golf*, se compró un bonito libro ilustrado y se lo estudió, sin contárselo a nadie. En su fuero interno despreciaba el golf con toda su alma, pero en esos momentos estaba de moda, y ella tenía que recuperar Riseholme a toda costa...

Georgie se presentó una mañana cuando ella volvía de su clase y se la encontró embocando desde el puesto más largo.

—Querida, ¡qué golpe más bueno! Me da que estás cogiéndole el gusto.

—Y tanto que sí. ¡Es divertidísimo! A veces bajo al campo de arena y le doy a la pelotita. ¿Por qué no eres un cielo y te vienes esta tarde conmigo...?

Georgie se lo prometió en el acto.

—Por supuesto y, si puedo, me encantará darte un par de consejos. Ayer le gané a Daisy dos hoyos.

—¡Qué listo mi Georgie! ¿Alguna novedad?

Este respondió con ese sonido que se deletrea «tsk».

—Casi se me olvida. Había venido para contártelo. Ni la señora Boucher ni Daisy ni yo sabemos qué hacer.

(«Eso es el comité del museo», pensó Lucía).

—¿Qué pasa, Georgie? A ver si la pobre Lucía puede ayudar en algo.

—Pues verás..., ¿sabes quién es Pug?

—¿El perro ese sarnoso de *lady Ambermere*?

—El mismo. Resulta que ha muerto, no sé de qué...

—De nata, posiblemente. Y de tarta.

—Bueno, es probable. El caso es que *lady Ambermere* lo ha mandado disecar y resulta que esta mañana, en un momento que me he ausentado, me lo ha dejado en casa dentro de una urna de cristal, como regalo para el museo. Y allí está, encima de un cojincito azul, con una oreja ladeada, ojitos llorosos y la punta de su asquerosa lengua entre los labios.

—¡No!

—Te lo juro. Y no sabemos qué hacer. No podemos ponerlo en el museo, ¿no te parece? Pero, si no lo hacemos, tal vez se lleve los mitones. Y, en ese caso, ¿cómo podemos negarnos? Me ha escrito una nota sobre su «querido Pug».

Lucía recordó cuando rechazaron su espetón isabelino, por mucho que después acabaran aceptándolo. Pero no pensaba decírselo a Georgie. Quería conseguir un hueco mejor que el que se había ganado con el espetón isabelino en el museo.

—¡Qué horror! Y, claro, has venido a ver si la pobre Lucía podía ayudarte.

—Bueno, todos nos preguntábamos si a ti se te ocurriría algo.

Lucía estaba disfrutándolo: el museo la necesitaba. Clavó la mirada en Georgie.

—Tal vez pueda sacaros del embrollo. Imagino, Georgie, que lo que queréis es que yo le devuelva ese perro horrible a su dueña. Ya veo lo que ha pasado. Lo ha mandado disecar y luego se ha dado cuenta de que era demasiado espantoso para guardarlo, y por eso se le ha ocurrido ser tan generosa con el museo. No queremos..., bueno, debería decir «queréis», puesto que yo nada tengo que ver con el museo..., no

queréis que se convierta en un vertedero donde la gente eche lo que no quiere en su casa. ¿Verdad?

—Sí, desde luego que no —dijo Georgie. (¿Adónde quería llegar Lucía? Al parecer, a alguna parte).

De pronto esta ganó en energía y locuacidad.

—Si quieres que te diga mi opinión, está claro que más de uno ya lo ha usado demasiado como vertedero. Pero, bueno, esa no es la cuestión, y tampoco es asunto mío. El tema es que no queréis que os echen más basura. Y en cuanto a que os quite los mitones (que en realidad solo están en préstamo, ¿no?), no creo que haya nada que temer. Le encanta llevar a la gente al museo para enseñárselos. Sí, Georgie, os ayudaré: díles a la señora Boucher y a Daisy que os ayudará. Iré esta misma tarde..., ay, no, que he quedado contigo para echar una estupenda partidita... ¡Pues mañana!, y le devolveré a Pug, y le diré que el comité lo siente muchísimo pero que no sois taxidermistas. O, si quieres, puedo asumir yo la responsabilidad. ¡Qué curioso que os asuste una pobre ancianita como *lady* Ambermere! No importa: yo no le tengo ningún miedo. ¡Hay que ver cómo conseguís que haga siempre lo que queréis! Siempre he sido la esclava de Riseholme. Envuelve la urna de Pug en un bonito papel manila, Georgie, porque no quiero ver ese aborto, y no le dediques ni un pensamiento más. Y ahora, venga, vamos a echar una buena partidita antes del almuerzo.

La participación de Georgie en la partida de golf fue totalmente nula, y peor aún por la tarde. Lucía hizo unos *swipes* espléndidos desde el *tee*, y el más modesto de los que consiguió debió de superar de sobra los cien metros. Para Daisy setenta desde el *tee* era ya un lanzamiento de lo más respetable, y consideraba muy positivo meterse en un *búnker* a mayor distancia; decía, además, que habría que ponerlo más lejos, para los que hacían lanzamientos más largos. Y cuando Lucía se acercó al green, clavó ligeramente el hierro 5 en la tierra y logró un golpe sobresaliente, pese a haber rozado el suelo, la pelota describió una bonita curva, mientras que, cuando Daisy le daba al suelo, la pelota ni se movía. Estuvo todo el rato muy parlanchina y de buen humor, e incluso cuando iba a golpear, era capaz de decir: «¡Ay, pelotita mala, mala: Lucía te va a dar una buena azotaina!»; en cambio, cuando Daisy jugaba, su rival y los *caddies* tenían que quedarse mudos y volverse de piedra, mientras la jugadora respiraba hondo y balanceaba el palo como un péndulo sobre la pelota.

—¡Pero si se te da de maravilla! —le dijo Georgie cuando, tres puntos por debajo, llegó al cuarto *tee* de salida y vio la pelota de Lucía pasar por encima de una oveja que parecía muy pequeña desde lejos—. Y eso que solo llevas jugando tres semanas como mucho. ¡Qué lista eres! Creo que hasta podrías ganarle a Daisy.

—Georgie, me temo que eres un adulador. Anda, dale un buen zambombazo a tu pelota, que luego quiero comentarte una cosa.

—A ver... Es despacio hacia atrás, o ¿rápido hacia atrás? Creo que Daisy dice a veces una cosa y a veces la otra.

Daisy y Piggy, que habían empezado por delante de ellos, estaban jugando en

sentido paralelo y contrario. La primera no había tenido suerte con su primer lanzamiento, y muy poca con el segundo. Lucía acababa de salir del tercero cuando Daisy pasó apresurada a su lado.

—¡Menudo *slice*! ¿Cómo te va, Lucía? ¿Cuántos golpes has dado para llegar ahí?

—De momento uno, querida. Pero ¿a que es difícil?

A Daisy se le cambió la cara.

—¿Lino?

Lucía se besó la mano.

—Solo uno. ¿Y te ha contado Georgie que os voy a arreglar el tema de Pug?

Daisy miró alrededor con cara seria. Había empezado a preparar el golpe y nadie debía hablar.

Lucía la vio repetir el gesto y fue luego a reunirse con Georgie, que estaba en un punto «fastidioso», en cuya ejecución salieron volando por el aire varios trozos de césped.

—Georgie, el otro día estuve charlando un rato con el señor Stratton. En octubre van a elegir un nuevo comité de golf, y estarían encantados de tenerte en él. Anda, sé bueno y di que sí. —Georgie no tenía intención alguna de decir otra cosa—. Y quieren que sea yo la presidenta, pobre de mí. Entonces ¿le escribo unas líneas al señor Stratton y le digo que aceptamos? Sería un detalle, Georgie. Ah, por cierto, ¿por qué no vienes hoy a cenar? Pepino mucho mejor, gracias; me ha dicho que te invite. Lo disfrutará. Una de nuestras queridas veladas de siempre, otra vez.

Lucía estaba desplegando toda su artillería, y Georgie era su blanco más inmediato, que no el último. Deseaba pertenecer al comité de golf, estaba muy agradecido a la promesa de desembarazarse de Pug, y se divertía mucho más jugando al golf con ella que con Daisy, que le presionaba continuamente y que a cada golpe le decía cómo tenía que haberlo hecho mejor, pero que nunca se aplicaba el cuento. Un juego no debería ser un sermón.

Lucía pensó que era hora de confiarle el secreto de su deserción de Brompton Square. Le encantaría enterarse de algo que nadie más sabía. Esperó a que fallara al intentar embocar un golpe corto y le cedió el siguiente, cosa que Daisy nunca hacía.

—Espero que volvamos a disfrutar de muchas de nuestras veladas, Georgie. Nos quedaremos hasta Navidad. No, Londres se ha acabado para nosotros, aunque por ahora quiero mantenerlo en secreto.

—¿Cómo?

—Espera un momento —dijo Lucía colocando la pelota para el último hoyo—. Y ahora, pelotita bonita: ¡vuela a casa! ¡Eso es!... —Y la pelotita bonita voló casi directa a casa, pero desde una buena distancia. Luego acompañó a su amigo hasta el *cover-point*, donde también él había llegado—. Pepino no debe volver a vivir en Londres. Lo vamos a vender todo, Georgie: la casa, los muebles y hasta las perlas. ¡Tendrás que volver a aguantar a la pobre Lucía en Riseholme! Todavía no lo sabe nadie más que tú, pero ya está todo decidido. ¿Que si me da pena? Sí, Georgie, por

supuesto. Tantos amigos queridos en Londres... Pero, bueno, también los tengo en Riseholme. Anda, qué pelotazo, Georgie. Casi alcanzas a Daisy. Grita: «¡Cinco!», ¿no es eso lo que se hace?

Lucía sentía que pisaba ya un terreno mucho más seguro. Georgie, untado con un puesto en el comité del club, su admiración por el golf y su nobleza con el tema de Pug, estaba volviendo a ella a grandes pasos, y eso ya era algo. A la mañana siguiente, mantuvo una agitada entrevista con *lady Ambermere*...

Nada más llegar le dijeron que la dama no se encontraba en casa, a pesar de que Lucía había visto su majestuoso rostro por la ventana del salón rosa. De modo que pidió ver a la señorita Lyall, la maltratada dama de compañía, y esperó en el vestíbulo. Su chófer había depositado el gran paquete envuelto en papel manila que contenía a Pug sobre el tan admirado suelo teselado.

—¡Ay, señorita Lyall! Qué lástima que la querida *lady Ambermere* no esté, porque quería darle las gracias de parte del comité del museo por haberle regalado tan generosamente al pobre Pug. Pero tienen la sensación de que no pueden... Sí, eso del paquete marrón es Pug. ¡Qué lindo! ¿Querrá aclarárselo todo a *lady Ambermere* a su regreso?

La señorita Lyall, que parecía un ratoncillo, evaluó cuál era su deber en aquella difícil situación. Sintió que su señora debía conocer la misión de Lucía y tratar aquel asunto en persona.

—Voy a ver si, por casualidad, hubiera vuelto, señora Lucas. Ya tendría que haber regresado. Solo había salido al jardín. Es posible que quiera saber qué ha traído. ¡Ay de mí!

La pobre dama de compañía se escabulló y, al poco, la puerta del salón rosa se abrió de golpe. Tras una pausa imponente apareció *lady Ambermere* con cara de ultrajada. Era evidente que ya le habían comunicado el propósito de aquella asombrosa misión.

—Señora Lucas, creo —dijo, como si no estuviera segura.

Lucía, sin embargo, después de todas sus duquesas, no pensaba aguantar aquello. *Lady Ambermere* podía tener nariz romana, pero carecía de modales.

—*Lady Ambermere*, supongo —replicó. Conque así estaban las cosas...

La dama la miró de tal manera que bien podía haberla convertido en estatua de piedra. Lucía ni se inmutó.

—Tengo entendido que viene con un mensaje del comité de su pequeño museo de Riseholme que he debido de malinterpretar.

Lucía sabía que estaba haciendo lo que ni la señora Boucher ni Daisy en su día más valiente se habrían atrevido a poner en práctica. En cuanto a Georgie...

—No, *lady Ambermere*. No creo que lo haya malinterpretado. ¡Un perro disecado sobre un cojincito! Creen que el museo no es su sitio. Se lo he traído de vuelta con su agradecimiento y sus disculpas. Muy amable por su parte y... muy apenados por la de ellos. Este es el paquete. Eso es todo, creo.

No exactamente...

—¿Es usted consciente, señora Lucas, de que los mitones de la difunta reina Carlota los he prestado yo a su pequeño museo?

Lucía se llevó un dedo a la frente.

—¿Mitones? Sí, creo que hay unos mitones, me suena haberlos visto. Serán esos, sin duda. ¿Y bien?

Brillante: una indiferencia absoluta por parte del comité —al que Lucía tenía claro que pronto pertenecería— hacia lo que *lady Ambermere* creyera oportuno hacer con los mitones.

—El comité tendrá noticias mías —dijo *lady Ambermere*, que volvió con paso majestuoso al salón rosa.

Lucía sintió pena por la señorita Lyall: no tenía por delante un día muy agradable. Con todo, no albergaba temores reales, de modo que le explicó al comité, que aguardaba ansioso su regreso en la plaza, el requisamiento de esas reliquias de estambre.

—Un farol puro y duro. Y, aunque no lo fuese..., te lo aseguro, querida Daisy, es mejor no tener mitones ni Pug que tener ambas cosas. Pug..., lo vi por un agujerillo en el papel marrón..., ese perro habría hecho de vuestro museo el hazmerreír del condado.

—¿Ha sido muy horrible? —preguntó Georgie.

Lucía soltó una risita argentina.

—Sí, querido Georgie, muy horrible. Tú te habrías caído para atrás si te hubiera dicho: «El señor Pillson, creo». ¿No, Georgie? No te hagas el valiente.

—Bueno, creo que todos debemos estarle muy agradecidos, señora Lucas —intervino la señora Boucher—. Y estoy segura de que lo estamos. ¡Yo nunca habría podido plantarle cara de esa manera! Y si se lleva los mitones, yo optaría sin reparos por poner otro par en la urna (porque la urna es nuestra, no suya), con una cartela en la que ponga simplemente: «Estos mitones no pertenecieron a la reina Carlota y no han sido donados por *lady Ambermere*». Eso le servirá de lección.

Lucía volvió a reír alegremente.

—Me alegro mucho de haber sido de ayuda. Y, por cierto, querida Daisy, ¿serías tan amable, como Georgie ayer, de echar conmigo una partidita de golf esta tarde? Para ti no será muy divertido, pero a mí me vendría de maravilla.

El día anterior Daisy había observado algunos de los poderosos golpes de Lucía y, en cierto modo, estaba temiéndose esa invitación, porque para ella no iba a ser divertido, como bien decía Lucía. Por suerte, ya había quedado con Georgie en jugar ese día y, anticipándose a esa temible eventualidad, había comprometido también a Piggy, a Goosie, a la señora Antrobus y al coronel Boucher para jugar con ella el resto de la semana. Entretanto, pretendía entrenar más que nunca. Y, entonces, como un cuervo que presagara el desastre con un graznido, el infame de Georgie la abandonó a su suerte.

—Yo hoy preferiría no jugar. Tengo ganas de pasear un rato contigo.

—¿Seguro, Georgie? —le preguntó Lucía—. Entonces, todo resuelto. ¡Ay, qué nervios!

Daisy hizo un último esfuerzo por evitar su caída ofreciéndole, cuando salieron por la tarde, jugar un *match-play*. Lucía le dijo que conocía esa modalidad, pero ¿no podrían jugar sin ventajas, para que fuese más divertido? Y, cuando empezó la partida, la bondad de Lucía fue casi intolerable. Dijo que se veía que Daisy no estaba en su mejor día, cuando en realidad era uno de los mejores. Si Daisy fallaba golpes cortos, exclamaba: «Ay, ¡qué mala pata!» y le rogaba que recogiera su pelota de entre los arbustos y que no lo contase...

A las cuatro y media, todo Riseholme sabía que Daisy había empatado cuatro hoyos y había perdido los otros cinco. Su breve período como reina del golf tocaba a su fin.

El comité del museo se reunió después del té en casa de la señora Boucher —ese día Daisy no dio su clase de golf en el jardín— y, por una cuestión de tacto, en consideración con la derrota de Daisy, a Georgie le pareció poco oportuno sugerir tan rápidamente el nombre de Lucía como nuevo miembro del comité. La señora Boucher, a la que consultó en privado, estuvo de acuerdo, aunque hizo unos comentarios algo hirientes sobre Daisy, de la que dijo que los había engañado a todos con lo del golf. Por lo demás, la agenda del día versaba prácticamente sobre la propuesta de cerrar el museo durante el invierno. La temporada alta había llegado a su fin, ya no pasaba ningún charabán con turistas y llevaba tres días sin pasar un alma por el torniquete.

—Así que ¿qué sentido tiene pagarle a un muchacho para que controle la entrada al museo si no hay gente que quiera entrar? —preguntó la señora Boucher—. Yo a eso lo llamo tirar el dinero. Vería mucho mejor que se cerrara hasta primavera y nos ahorráramos los gastos, salvo el chelín que le paguemos a la semana para que vaya a abrir las ventanas y airear, los martes y los viernes, por ejemplo, o bien los miércoles y los sábados.

—Yo sugeriría el lunes y el jueves —dijo muy decidida Daisy. Si no podía salirse con la suya en el terreno de juego, al menos haría sentir su voz en los comités.

—Que así sea: lunes y jueves —sentenció la señora Boucher—. Y luego hay otra cosa: está entrando una humedad que bien puede uno desvestirse y quedarse ahí parado o hasta darse un baño. Las paredes están chorreando. Yo sugeriría un par de estufas de aceite, a diario, salvo los días en que se airee. Podría encargarse el muchacho, y que sea media corona en lugar de un chelín. Yo voy a ir mañana a Blitton, así que, si os parece bien, puedo encargarlas. No: me las traeré hoy mismo y mañana por la mañana las enciendo. Porque, a no ser que queráis que en primavera solo tengamos moho para exponer, es mejor no dejarlo más tiempo. Un cultivo de

moho no sería muy atractivo para los visitantes, y lo demás se echaría a perder.

Georgie tamborileó en la mesa con los nudillos.

—Y yo voto por que saquemos el manuscrito de Lucrecia y lo guardemos hasta la reapertura.

—Yo no tengo problema en guardarlo —se ofreció Daisy.

Georgie también quería hacerlo, pero ese día era mejor no contrariar a su vecina. Por lo demás, tenía prisa, porque Lucía le había pedido que llevara a su casa la *planchette* para ver si Abfu necesitaba algo. Nadie había hablado con él en semanas.

—Muy bien, si eso es todo...

—No sé yo si no me quedaría más tranquila si lo guardásemos en el banco —comentó la señora Boucher—. Suponeos que lo roban...

Georgie fue magnánimo y se puso de parte de Daisy: sabía por lo que estaba pasando su vecina. La señora Boucher perdió así la votación, y entonces Georgie se levantó y dijo:

—Si eso es todo, tengo que irme.

Daisy tuvo una especie de certeza de que iba a hacer algo con Lucía, quizá dar una clase de golf.

—¿Te pasas por casa?

—Me temo que no puedo. Estoy ocupado hasta la cena. Y, por supuesto, de vuelta a casa, lo vio corriendo hacia The Hurst con la *planchette* bajo el brazo.

Capítulo 11

ESA tarde, cuando apareció Georgie, Lucía no hizo alusión alguna a su victoria deportiva. No era su estilo: ella se dedicaba a triunfar y luego dejaba que los demás hablasen de ello. Sus principios, no obstante, no le impedían hablar de golf en abstracto.

—Tenemos que volvernos más profesionales cuando pertenezcamos al comité, Georgie. Debemos preparar torneos y realizar apuestas, y yo donaré una pequeña copa de plata, la de la presidenta, para que se compita por ella. Ahora mismo no hay organización, ¿sabes? Mucha diversión pero poca organización. Tenemos que poner las cabezas en marcha. Y *foursomes*: he estado leyendo algo sobre esas competiciones a cuatro, en las que dos personas de un mismo equipo se van turnando para lanzar. Seguro que Pepino dona una copa pequeña para las *foursomes*, la Copa Lucas... Y ¿has traído la *planchette*? Tienes que enseñarme a utilizarla. ¡Qué buen entretenimiento para las noches de invierno, Georgie! Y hay que organizar algún torneo de *bridge*. En tardes de lluvia, y luego un té, y a seguir con las cartas. Pero hablaremos pronto de eso... ¡Ah!, y me gustaría que te inventases todo tipo de distracciones para Pepino. —Lucía dio uno de sus suspiritos—. A Pepino le encantaba Londres, y debemos animarlo, Georgie, y no permitir que se aburra. Busca pequeñas distracciones, todas las que puedas, cosas agradables y efervescentes para estas largas veladas: música, *bridge* y un poco de *planchette*. Y yo puedo montar unas lecturas de Shakespeare, de una selección de sus obras, con un pequeño papel para Pepino y otro para la pobre Daisy. Ya preveo que voy a tener un otoño muy movido. Pero debéis ser buenos y venir a casa a participar en nuestros pequeños entretenimientos. Es una temeridad que Pepino salga después de la puesta de sol. Bueno, pongámonos con la *planchette*. ¡Estoy hecha una parlanchina, Georgie!

Su amigo le explicó la técnica de la *planchette*: lo importante que era no empujar y, al mismo tiempo, tampoco resistirse a sus movimientos autónomos. Mientras hablaba, Lucía leyó por encima las instrucciones que había traído consigo Georgie.

—A lo mejor no conseguimos nada. Abfu era a veces muy frustrante. Podemos seguir charlando; de hecho, es mejor no prestarle mucha atención.

—Entiendo. Pues nada, sigamos charlando. ¡Qué tarde has venido! Te esperaba hace media hora. Ah, dijiste que lo mismo te entretenías con una reunión del comité del museo...

—Sí, hemos decidido cerrarlo en invierno. Solo una o dos estufas de aceite para evitar la humedad. Yo quería..., y la señora Boucher también, la verdad..., pedirte... —Se detuvo, porque la *planchette* había empezado a palpar de una manera muy peculiar—. Creo que va a pasar algo.

—¡No! ¡Qué interesante! ¿Qué hacemos?

—Nada. Dejarle hacer lo que quiera. Concentrémonos: es decir, no pienses en nada.

Desde luego, Georgie se había fijado, y se había congratulado para sus adentros, en la altiva reticencia que había mostrado Lucía a referirse al desastre de Daisy de esa tarde. Con todo, recelaba sobremanera del deseo de su amiga por desmalar, y tenía la certeza de que si Abfu «se manifestaba» y no hablaba solo en árabe, expresaría su desdén por el juego de Daisy. Haría comentarios mordaces, equivalentes a los «esnobs» y esas cosas feas sobre el corte a lo *garçon*, y entonces Georgie no podría quitarse de encima la sensación de que Lucía había empujado. Es probable que ella lo negase, igual que hacía Daisy, pero si Abfu hablaba de golf, iba a ser un descaro. Albergó la esperanza de que no fuese así, porque precisamente la pertinencia de los comentarios de Abfu ya había sacudido antes su fe en el egipcio. Había estado dispuesto a creer que era el subconsciente de Daisy lo que lo inspiraba —o al menos había intentado creerlo— pero no fue capaz de disociar del todo a su vecina de esas críticas virulentas.

La *planchette* empezó a moverse.

—Probablemente hable en árabe. Nunca se sabe. Tienes que vaciar del todo tu mente, Lucía.

Al ver que su amiga no respondía, Georgie alzó la vista. Tenía esa expresión distante que él asociaba con las interpretaciones de la sonata Claro de luna. Al punto, Lucía cerró los ojos.

La *planchette* se desplazaba con un movimiento tranquilo y constante. Cuando se acercaba al borde del papel, corría de vuelta al centro y empezaba otra vez. Georgie sabía que él no la empujaba: lo único que quería era que no perdiera energías al rozar el tapete de la mesa. En cierto momento estuvo casi seguro de que dibujaba la palabra «drive», pero no pudo garantizarlo. Y ¿ponía ahí «comité»? Se desanimó: sería una lástima que Abfu solo hablara del club de golf, que sin duda ocupaba el subconsciente de Lucía, así como su mente consciente... De pronto, se alarmó: su amiga había hundido la cabeza hacia delante y respiraba con una extraña presteza.

—¡Lucía! —le gritó.

Esta levantó la cabeza y la *planchette* se detuvo.

—Ay, querido, qué sueño me ha dado. Sigamos charlando, Georgie. *Lady Ambermere* esta mañana: ojalá le hubieras visto la cara.

—La *planchette* ha escrito.

—¡No! ¿De veras? ¿Podemos mirar?

Georgie levantó el aparato. No había nada en árabe, ni era la letra de Abfu, que, en algunos detalles pintorescos, se parecía a la de Daisy cuando escribía rápido.

—«Vittoria» —leyó—. «Soy Vittoria».

—Georgie, qué tontería... ¿O será la reina?

—A ver lo que dice: «Soy Vittoria. Voy a Riseholme. Como prueba, hay un perro

y una *vecchia*»...

—Eso es italiano... —dijo entusiasmada Lucía—. Mira, Vittoria es italiano y *vecchia* significa..., a ver que recuerde... Sí, claro, es «vieja», «anciana». «Un perro y una anciana que está enfadada». ¡Georgie, has sido tú! Estabas pensando en Pug y en *lady Ambermere*.

—Te prometo que no. Ni se me han pasado por la cabeza. A ver qué más pone. «Y Vittoria viene a hablaros de fuego y agua, de fuego y agua. Los elementos fuertes que queman y calan. Fuego y agua y luna».

—Ay, Georgie, ¡qué galimatías! Es una tontería, como lo de Abfu. ¿Qué significará? ¡Luna! Supongo que habré sido yo, que he empujado pensando en la sonata.

Esa idea retorcida ya se le había pasado a Georgie por la cabeza, pero ¿a qué venía lo del fuego y el agua? De pronto, le sobrevino una interpretación prodigiosa.

—¡Es increíble! Acabamos de tener una reunión del comité del museo y la señora Boucher ha comentado que había una humedad horrible. Hemos decidido comprar unas estufas de aceite para mantenerlo seco. ¡Ahí tienes el fuego y el agua! —Georgie se lo había comentado, pero tan de pasada que se le había olvidado. Lucía no se lo recordó.

—Bueno, bueno, ¡a eso lo llamo yo sorprendente! Pero yo diría que es solo una coincidencia...

—Yo no lo creo en absoluto. Me parece curiosísimo, porque no estaba pensando en eso ni por asomo. ¿Qué más dice? «Vittoria os pide que mantengáis vivos el amor y la lealtad en vuestros corazones. Vittoria ha sufrido y pide que os apiadéis de los que sufren».

—¡Qué curioso! Podría referirse a Pepino, ¿no te parece?... Ay, Georgie, ¡pero claro!, lo teníamos los dos en mente: acabábamos de hablar de eso. No digo que tú hayas empujado adrede, y tampoco insinúes que he sido yo, pero probablemente haya venido de los dos.

—A mí me parece hartamente extraño —reconoció Georgie—. Y, además, ¿qué te ha pasado, Lucía? Tenías cara de estar solo medio consciente. Creo que es lo que en las instrucciones de la *planchette* llaman «hipnosis leve».

—¡No! Hipnosis leve... Eso significa medio dormida, ¿no? La verdad es que me sentía un poco adormilada.

—Se trata de un estado de trance. Vamos a probar otra vez.

Lucía pareció reacia.

—Creo que mejor no, Georgie. Me he sentido muy rara, y no sé si me gusta.

—No puede hacerte nada malo si lo abordas con buena disposición —dijo Georgie citando las instrucciones.

—Por hoy ya está bien, Georgie. Mañana, si acaso. Es interesante, y curioso, y en realidad creo que Vittoria no puede hacernos ningún daño... Parece amable. La verdad es que su mensaje despide cierta nobleza.

—Mucha más que el de Abfu, y más poder. Además, se ha comunicado desde el principio, sin necesidad de páginas y páginas de garabatos. Nunca tuve muy claro que los garabatos de Abfu fueran árabe...

Lucía le sonrió con indulgencia.

—La verdad es que por lo que me contaste no había nada que llevara a concluir tal cosa. De lo único de lo que puedes estar seguro es de que no era inglés.

Georgie dejó la *planchette* en casa de Lucía, por si consentía hacer una sesión al día siguiente, y se apresuró a volver a casa, huelga decirlo, de Daisy, que no a la suya. Vittoria valía dos Abfus, iba pensando... Esa transmisión sobre el fuego y el agua, su bondad para con los sufridores, y, no menos importante, esa forma de mantener viva la lealtad... Lo último le había hecho sentirse bastante culpable, porque sin duda su lealtad hacia Lucía había flaqueado como resultado de la conducta de su amiga durante el verano.

Le hizo un breve relato de lo más destacado de la sesión —omitiendo lo de la lealtad— a Daisy, que adoptó una actitud de superioridad y desdén.

—¡Claro, Vittoria y *vecchia*! Me dirás que no es todo cosa de Lucía, con esa manía por el italiano de andar por casa...

Y Pug y la anciana furiosa. A eso lo llamo yo darse pisto. Vamos, es que no es ni subconsciente: tenía toda la mente puesta en ello.

—Pero ¿cómo explicas lo del fuego y el agua? —le preguntó Georgie—. Se refiere claramente a la humedad del museo y a las estufas de aceite.

Daisy sabía que su puesto como sacerdotisa de Abfu pendía de un hilo. Era cierto que últimamente no había celebrado más misterios, pues Riseholme —y ella misma— se habían hartado del egipcio, pero se la llevaban los demonios solo de pensar que Lucía podía robarle —pues esa era la palabra— su invención y reinventarla como una novedad bajo el auspicio de Vittoria.

—¡Suerte de principiantes! —dijo Daisy—. Si hubiera escrito «cordero» y «música», también le habrías encontrado una interpretación. ¡Qué traído por los pelos!

Georgie empezaba a acalorarse. Recordó la vez que Abfu había escrito «muerte» y cómo lo habían achacado a la morera que Daisy creía haber matado con su poda de aficionada. De modo que si hablaban de cosas «traídas por los pelos», él podía tener algo que decir. Además, la morera en realidad no había muerto, así que si Abfu se refería a eso, se había equivocado. Pero no tenía sentido molestarse en recriminarle nada a Daisy, no solo por una cuestión de paz y tranquilidad, sino porque Georgie entendía perfectamente lo que estaba sintiendo su vecina.

—Pero es que no ha escrito «cordero» ni «música», y por esa razón no estamos hablando de eso. Ah, y luego está lo de la luna. Eso no sé lo que significa.

—¡Qué luna ni qué historias! —exclamó Daisy radiante.

—Vale, pero ponía «luna». Por supuesto, está la sonata Claro de luna, que seguramente Lucía tenía en mente, pero aun así es curioso. Y yo creo que entró en un

estado de hipnosis leve...

—¡Más bien de pamplinitis leve! —replicó Daisy. (¿Cómo no se le había ocurrido a ella entrar en un estado de hipnosis leve cuando estaba abfuyendo? ¡Era mucho más impresionante!)—. Todos sabemos cerrar los ojos e inclinar la cabeza.

—Bueno, yo creo que era hipnosis leve —se reafirmó Georgie—. Fue muy curioso. Espero que consienta en repetirlo, aunque no se mostró muy por la labor.

Daisy deseó con todas sus fuerzas que Lucía no consintiera, porque sentía que el abfuísmo se le escapaba de las manos. En cualquier caso, pensaba resucitar inmediatamente a Abfu para que Vittoria no creyera que podía salirse con la suya. Se levantó.

—Georgie, ¿por qué no vemos si Abfu tiene algo que decir al respecto? —le propuso—. Al fin y al cabo, fue él quien me dijo lo del museo, y al final no ha salido tan mal. Era muy pragmático y sus sugerencias dieron frutos.

Aunque a Georgie se le pasó por la cabeza la idea de que había sido Daisy la que había pensado lo del museo y luego había empujado la *planchette*, tenía algo de razón en lo que decía, porque estaba claro que Abfu había escrito «museo» —o tal vez «mosca»—, y ahí estaba el museo, que tan rentable había resultado ser para el comité.

—Vale, probemos —concedió.

Daisy se levantó rápidamente a por su *planchette*, que estaba llena de polvo, la pobre. Esta empezó a moverse en cuanto le pusieron las manos encima: Abfu estaba en un estado de urgencia muy poco artístico. Y lo cierto es que no fue muy inteligente por parte de Daisy cerrar los ojos y ponerse a roncar: eso sí que era pamplinitis leve. El claro y poco convincente plagio de Lucía acrecentó en Georgie su desconfianza hacia Daisy y Abfu. El lápiz garabateó con furia, saliéndose de tanto en tanto del papel y escribiendo sobre la mesa hasta que Georgie volvía a meter el papel por debajo: evidentemente, Abfu estaba muy indignado, y no había necesidad de preguntarle por qué. Durante un rato a Georgie le pareció que escribía en árabe, pero entonces el lápiz se calmó, y pensó que iba a comunicarles algo en inglés. Por fin Abfu hizo un rayón, como solía hacer cuando terminaba un mensaje, y Daisy levantó la vista con ojos soñadores.

¿Algo?

—Ha estado escribiendo mucho.

Examinaron el papel. Tal y como Georgie había esperado, empezaba con muchas frases en árabe para luego —tal y como también había esperado— pasar a un inglés bastante legible: «Cuidado con los charlatanes. Cuidado con los charlatanes del sur. No todos los espíritus son auténticos y fieles como Abfu, que fundó vuestro museo. Los guías falsos engañan. Una advertencia de Abfu».

—¡Bueno, si eso no es convincente, no sé qué lo es! —dictaminó Daisy.

A Georgie también le pareció convincente.

El estruendo de la batalla empezó a acrecentarse. Esa misma noche se supo, pues el coronel y la señora Boucher fueron a cenar a casa de Georgie, que Lucía y él

mismo —porque no quiso concederle todo el mérito a ella— habían recibido un mensaje notable de Vittoria sobre fuego y agua, y sobre un perro y una anciana furiosa, y todos se mostraron de acuerdo en que Abfu había quedado bastante mal y tenía un talante envidioso. ¿Por qué no había tenido nada mejor que decirles Abfu que lo de que se cuidasen de los charlatanes sureños?

—Además, ya puestos, Egipto está al sur, y los charlatanes pueden venir tanto de Egipto como de Italia. ¡Fuego y agua! Muy notorio. Ahora mismo hay agua, a raudales, y el fuego llegará mañana. Tengo que volver a sacar mi *planchette*, porque la guardé. Me cansé de escribir solo árabe, si es que realmente era árabe. Yo a eso lo llamo extraño. Y Vittoria no ha dicho ni una palabra del golf. Eso me parece lo más importante. Si Lucía hubiera estado empujando, habría escrito algo de su partida de golf con Daisy. ¡Abfu y Vittoria! Me pregunto quién ganará.

Todo cuadraba bastante bien, porque el sentir general era que Abfu y Vittoria no podían dirigir los asuntos de Riseholme desde el otro mundo a la vez, a no ser que actuaran en connivencia; y los comentarios de Abfu sobre los charlatanes del sur y los espíritus falsos hacían que la idea de una coalición pareciera cuestionable. Durante todo ese tiempo, en la consciencia de Riseholme, aunque jamás expresado en voz alta bajo ninguna circunstancia, estaba el sentimiento de que Abfu y Vittoria —aunque importantes por sí solos— eran seudónimos: remitían a Daisy y a Lucía. ¡Y cuánto más elegante y majestuosa, cuánto más dotada era en todos los sentidos Vittoria-Lucía! Esta última había superado rápidamente su animadversión por el desmolar, y de su espíritu exaltado surgían mensajes, si bien poco definidos, de una superioridad moral evidente. Nunca escribía una palabra sobre golf ni tampoco sobre Abfu, y tampoco tenía ninguna pataleta con los espíritus inferiores que eran poco de fiar. Vittoria era clara al respecto —de hecho, probablemente estaba en una esfera superior, a kilómetros por encima de Abfu—, mientras que las páginas del otro —Daisy se pasaba las mañanas con la *planchette* y obtenía hojas del inglés más voluble— estaban plagadas de denuncias contra las inteligencias bajas, terrenales y envilecidas, con advertencias horribles contra quienes confiaban en ellas.

Riseholme jamás había gozado de una cota más alta de actividad efervescente; ni siquiera la llegada de la *Evening Gazette* en aquellas semanas en que Hermione había puesto por escrito tantas cosas sobre la señora de Philip Lucas había despertado tantas emociones como la recepción de un nuevo mensaje de Abfu o de Vittoria. Y una vez más era Lucía la causante de todo: durante meses a nadie le había importado lo que pudiera decir Abfu, hasta que Lucía se convirtió en la receptora de los mensajes de Vittoria. Se había consagrado a la *planchette* con la pasión que le imprimía a todo lo que hacía. Por otra parte, el sentir general era que a Abfu —si bien sin duda se ponía en muy mal lugar con esas recriminaciones envenenadas— había que reconocerle un mérito: Abfu-Daisy había inventado el museo, mientras que Vittoria-Lucía, más allá de expresar sentimientos de moral elevada, no había inventado nada —los sentimientos de moral elevada no contaban como inventos—. Llamaba la atención,

claro está, lo de Pug y la furiosa *lady* Ambermere, pero los hechos ya eran conocidos para Lucía, y en cuanto a la comunicación sobre el fuego, el agua y la luna —pese a las estufas de aceite nuevas que había en el museo húmedo—, no era tan notoria como la invención del museo, y lo de la luna, a no ser que se refiriera a la sonata, no tenía mucho sentido. Lucía estuvo soberbia cuando Georgie, que deseaba alguna confirmación impactante por parte de Vittoria, le expuso con timidez estos reparos.

—Sí, Georgie, no puedo decirte qué significa. Solo soy una humilde escriba. A mí se me antoja también muy misterioso. Personalmente, me contento con ser la médium de Vittoria.

Creo que es un gran honor. A lo mejor algún día se nos da una explicación, y entonces ya veremos.

Y vieron.

Entretanto, dado que nadie puede vivir solo de mensajes de lo invisible, no se descuidaron otras aficiones. Estaban las partidas de *bridge* en The Hurst, mucha música, una lectura de Hamlet en la que Lucía hizo varios de los papeles principales y Daisy se negó a hacer de fantasma; se formó el nuevo comité del club de golf, y en la primera reunión Lucía anunció que donaría la Copa de la Presidenta, y Pepino, la Copa Lucas para *foursomes*. Todo esto se pregonó debidamente en el club, y la cara de Daisy al ver los anuncios fue tan funesta que bien cabía esperar alguna represalia salvaje por parte de Abfu. Justo después de enterarse, salió a echar una partida con el coronel Boucher, que volvió con mirada asustada y llena de preocupación. Daisy se había metido en un *búnker* y prácticamente había destrozado la pelota a palazos... La convalecencia de Pepino seguía viento en popa; Lucía se imponía en el *bridge* subastado, y las estufas de aceite del museo cumplían su labor; sin duda estaban ganándole terreno pared arriba a las grandes manchas de humedad. Una noche, al recordar que no había ido personalmente a inspeccionarlas, Daisy se pasó por el museo justo antes de cenar para verlas. El muchacho encargado de las estufas las había apagado ya, pues solo se encendían durante el día, y saltaba a la vista que cumplían su función. Daisy sintió que no tendría nada que objetar a las estufas en la siguiente reunión del comité, tal y como había esperado poder hacer. Con la intención de acelerar el proceso de secado, las llenó ambas hasta arriba y las encendió, para que ardieran por la noche. Derramó un poco de parafina, pero se evaporó muy rápido. Georgie, que estaba volviendo por la plaza de hacerle una visita a la señora Boucher, se la encontró y ambos regresaron juntos.

Esa misma noche Georgie había cenado en casa y, tras andar enfrascado en terminar un crucigrama, le sorprendió ver lo tarde que se había hecho. Había estado un buen rato dándole vueltas a un mapa de Sudamérica, intentando encontrar un río de siete letras con una pe y una te en el medio, pero decidió dejarlo por esa noche.

—¡Qué fastidio! Si averiguara el río, seguro que conseguía el treinta y uno

vertical.

Fue hasta la ventana y apartó el estor. La luna daba mucha luz esa noche y un viento fuerte empujaba las nubes. Justo cuando se disponía a dejar caer de nuevo el estor, vio una luz rojiza en el cielo por encima del alto seto de tejo de su jardín, y se preguntó qué sería. Su curiosidad, combinada con el hecho de que una brisa de aire siempre es agradable antes de acostarse, lo llevó a abrir la puerta de la entrada para ir a mirar. Ahogó entonces un grito de desmayo y horror.

Un intenso resplandor rojo iluminaba las ventanas del museo. Salía fuego de una de ellas, que parecía rota, y de entre las nubes de humo surgían disparadas lenguas de llamas. Fue corriendo al teléfono y, dando muestras de un gran aplomo, llamó al parque de bomberos de Blitton.

—¡Riseholme! —gritó—. Un incendio en una casa: mande el camión, rápido. — Volvió a correr al jardín y, al ver que todavía había luz en el salón de la vecina (Daisy, seguramente recibiendo expresiones sulfurosas de Abfu), llamó al cristal—. ¡El museo se quema! —chilló, y atravesó a grandes zancadas la plaza en dirección al escenario del incendio.

Para entonces ya lo habían visto más personas, que estaban saliendo de sus casas como hormiguitas negras sobre un mantel rojo. Era evidente que el fuego había cobrado fuerza, y en ese momento se vino abajo un trozo del tejado; las llamas rugieron y se asomaron por encima. En el propio edificio no había ningún artilugio para apagar incendios y, de todos modos, nadie hubiera podido cogerlo. Trajeron una manguera desde el Ambermere Arms, pero no era lo suficientemente larga. No se podía hacer nada, salvo esperar a que llegara el camión de los bomberos de Blitton. Por suerte, el museo estaba retirado del resto de casas y no parecía haber mucho peligro de que el fuego se propagara.

Pronto sintieron acercarse el sonido del camión, pero siguió siendo evidente que nada podía salvarse ya. El resto del tejado cedió y una pared se tambaleó y se desmoronó. Colocaron una manguera más larga y dirigieron el chorro de agua a las ventanas, de un lado a otro, hacia donde el fuego era más fiero, y nubes de vapor se mezclaron con el humo. Pero todo esfuerzo por salvar algo del contenido fue en vano: lo único que podían hacer, conforme el fuego iba aplacándose, era extinguir las brasas del incendio... De pronto a Georgie, que contemplaba la escena, se le vinieron tres palabras a la cabeza:

—Fuego, agua, luna —dijo en voz alta como asombrado... ¡Vittoria la Victoriosa!

Por supuesto, el comité se reunió a la mañana siguiente y pidió la colaboración especial de Robert, como asesor financiero que era. Georgie llegó a casa de la señora Boucher, donde se iba a celebrar la reunión, antes que el matrimonio Quantock, y, de lo emocionada que estaba, la anfitriona apenas lo saludó.

—A esto sí que lo llamo yo extraordinario. Lo del perro y la anciana furiosa nunca me convenció, pero esto lo supera todo. ¡Fuego, agua, luna! Es una profecía, no puede ser otra cosa. En el futuro creeré todo lo que diga Vittoria. En cuanto a

Abfu..., en fin...

Tuvo el tacto de interrumpirse cuando Daisy y Robert hicieron su aparición.

—Buenos días. Y buenos días, señor Robert. Una calamidad, qué duda cabe. Todos los dibujos del señor Georgie, los bastones, los mitones y el espetón... ¡No queda nada!

Robert parecía sorprendentemente alegre.

—Yo no veo tanta calamidad. Suerte que contraté las pólizas. La compañía tiene que darnos dos mil libras, de las cuales quinientas van para el coronel Boucher por su establo..., por el museo, me refiero.

—Bueno, algo es algo. ¿Y el resto? Nunca he entendido los seguros. Siempre han sido como un libro cerrado para mí.

—Pues el resto es de quienes pusieron el dinero para acondicionar el museo; en proporción, por supuesto, a las sumas aportadas. En total, se aportaron cuatrocientas cincuenta libras. Daisy, Georgie y usted, cincuenta por cabeza. El resto... ¡lo puse yo!

Enseguida se hicieron unos cálculos rápidos en silencio. Era duro asumir que Robert se llevara tanto. Los negocios siempre parecían favorecer a los ricos. Pero este no se mostró en absoluto avergonzado al respecto; lo afrontó como algo de lo más natural.

—Los... los tesoros del museo pertenecían casi en su totalidad al comité —prosiguió—. Se donaron al museo, que era propiedad del comité. Muy sencillo. Si hubiera sido una colección prestada..., en fin..., no estaríamos viendo el asunto con tan buenos ojos. Me encargaré del tema del seguro y os traeré unos bonitos cheques. Sin duda la aseguradora tendrá preguntas que hacer sobre el origen del incendio.

—Ah, pues ahí tienen un buen misterio. Las estufas de aceite siempre se apagaban por la noche, después de estar todo el día encendidas, y no logro entender cómo ha podido estallar un incendio en plena noche.

Daisy frunció los labios. Pero no tardó en recobrar la compostura.

—Sí, de lo más misterioso —corroboró, y se puso a mirar como si tal cosa por la ventana, hacia donde seguían humeando los restos del museo.

Seguidamente Georgie dio un respingo y, al instante, se apresuró a cambiar de tema, previo tamborileo en la mesa.

—Hay algo que olvidamos. No todo era de nuestra propiedad. Los mitones de la reina Carlota solo eran un préstamo.

Las caras del comité se ensombrecieron ligeramente.

—Un par de chelines como mucho —dijo esperanzada la señora Boucher—. Yo de lo que me alegro es de que no tuviéramos también a Pug. ¡De la que nos ha librado Lucía!

En el acto todos recordaron las palabras de Vittoria sobre el perro y la anciana furiosa, y el fuego, el agua y la luna, especialmente Daisy. Siguió una pausa breve, que, de haber continuado, habría rayado en la incomodidad. La interrumpió la entrada de la camarera de la señora Boucher, que traía una carta en un gran sobre cuadrado

con un marcado ribete como de esquela y una gran corona en la solapa.

—A la atención del comité del museo, señora.

La dama lo abrió y enrojeció nada más leerlo.

—Se ve que no ha perdido el tiempo. *Lady Ambermere*. Creo que será mejor que lo lea en voz alta.

—Por favor —dijeron todos con voz angustiada.

La señora Boucher procedió:

Damas y caballeros del comité del Museo de Riseholme:

Tengo entendido que su pequeño museo ha sido pasto de las llamas, al igual que todo su contenido. He de recordarles que los mitones de su difunta majestad la reina Carlota eran un préstamo, prestados por una servidora. No hay suma monetaria que pueda reparar la pérdida de esa reliquia irremplazable, pero agradecería saber, a no mucho tardar, qué compensación piensan proponerme.

Se me ha sugerido la cifra de cincuenta libras, y les estaría muy agradecida si me hicieran llegar cuanto antes un cheque.

Atentamente,

Cornelia Ambermere

Siguió un silencio sepulcral, que solo rompió la señora Boucher cuando por fin la indignación le permitió hablar.

—Yo prefiero ir a juicio, apelar si fallan a su favor e incluso llevarlo ante la Cámara de los Lores si hace falta antes que pagarle cincuenta libras por esa basura. Vamos, ¡pero si ni todo el museo entero vale más de...! Bueno, dejémoslo ahí.

La cifra por la que habían asegurado el contenido del museo pasó fugazmente por la mente de todos los presentes. Desde luego, era más decoroso «dejarlo ahí», para que la imaginación no jugueteara con el probable final de la frase de la señora Boucher.

Todos los reunidos se mostraron de acuerdo, pero ninguno, ni siquiera Robert, supo cómo proceder a continuación.

—Yo propongo ofrecerle diez libras —resolvió por fin Georgie—, y ya me parece generoso por nuestra parte.

—Cinco —dijo Daisy como en una subasta a la baja.

Robert se frotó la coronilla, como tenía por costumbre hacer en la perplejidad.

—Es difícil saber qué hacer. No conozco ningún estándar de tasación para ropas viejas de reinas difuntas.

—Dos —dijo la señora Boucher siguiendo con la subasta—, y estoy tirando por lo alto. No quiero ni imaginar lo que nos habría pedido por Pug si nos pide cincuenta libras por dos mitones viejos. Una libra por cada uno, propongo, y ya me parece

monstruoso. Y, si queréis que os diga quién le sugirió a lady Ambermere lo de las cincuenta libras, os lo voy a decir ahora mismo: su nombre es Cornelia Ambermere.

Aquella propuesta de la dama había empañado el entusiasmo secreto del comité, aunque al mismo tiempo insuflaba una agradable sensación de rabia. Cincuenta libras suponía una suma ridícula en comparación con lo que iban a recibir de la aseguradora, pero la sensación de que la aristócrata pretendía imponérselo causó un resentimiento encomiable. Disolvieron la reunión, con la idea de considerar cada uno por separado qué hacer, y fueron a husmear entre las cenizas del museo, todos con la sensación de ser muy ricos. El resto de Riseholme, ni que decir tiene, estaba también allí husmeando, con Piggy y Goosie brincando por los montículos humeantes de cenizas, y la señora Antrobus, y el vicario y el coadjutor, así como el señor Stratton. La única ausente era Lucía, y Georgie, tras comprobar con alegría que no quedaba nada de sus dibujos, se pasó por The Hurst.

Encontró a su amiga leyendo el periódico en la sala de música. Estaba al tanto, por supuesto, de la destrucción total del museo, ese invento ridículo de Daisy y Abfu, pero no traicionó ni un asomo de júbilo.

—Querido, siento mucho lo del museo. ¡Todas vuestras cosas bonitas! Pobre Daisy, también, idea suya.

Georgie le contó el rayito de esperanza que surgía después de la tormenta.

—Pero lo más maravilloso de todo es Vittoria: fuego, agua, luna. Jamás había visto nada más extraordinario. ¡Y yo que creía que se refería solo a la humedad de las paredes y a las estufas de aceite nuevas! Fue profético, Lucía, y la señora Boucher también lo cree.

La interpelada siguió sin mostrar euforia alguna. Era extraño, porque Lucía también había pensado que se refería a la humedad y las estufas, pues ella sí que recordaba lo que Georgie había olvidado, lo que había dicho justo antes de la epifanía de Vittoria. Pero entonces llegó esa culminación a la trasmisión de Vittoria con la que ni siquiera ella había fantaseado. En cuanto a Abfu, era simple y llanamente una pérdida de tiempo dedicarle más pensamientos al pobre egipcio, ese espíritu malicioso. Lucía suspiró.

—Sí, Georgie, es extraño. Eso fue en nuestra primera sesión, ¿verdad? Cuando me sentí tan adormilada y ajena. Desde luego, muy extraño: convincente, quiero creer. Pero dudo mucho de que vuelva a hacer otra sesión...

—¡No!, ¡tienes que hacerla...! Después de toda la basura que...

Lucía levantó un dedo.

—Vamos, Georgie, no seas descortés. Digamos «pobre Daisy» y dejémoslo ahí. Ya está. ¿Alguna novedad más?

Georgie le detalló la monstruosa exigencia de *lady* Ambermere.

—Y, como dice Robert, es difícil saber cuánto ofrecerle —concluyó.

Lucía soltó una risita muy risueña.

—Ay, Georgie, ¿qué haría sin mí el pobre Riseholme? Parece que estoy hecha

para sacaros de apuros. El club de golf mal gestionado, Pug, y ahora esto. Bueno, ¿qué?, ¿quieres que sea tan amable de volver a ayudaros? —Se puso a pasar las hojas del periódico—. Ah, aquí está. Atento, Georgie. Venta en la sala de subastas de Pemberton, en Knightsbridge, ayer. Varios artículos. Autógrafo del doctor Crippen, el asesino (ay de mí, ¡cómo puede haber mentes tan perversas!); broche de madreperla perteneciente a la esposa del poeta Robert Montgomery; un par de cuchillas de afeitar que pertenecieron a Carlyle... Como ves, todo tipo de cachivaches y baratijas varias... Ah, sí, aquí lo tenemos. Un par de polainas de montar, en buen estado, pertenecientes a su majestad el rey Jorge IV. A mí me parece una buena referencia para el valor de los mitones de la reina Carlota, ¿no? Y ¿por cuánto dices que se vendieron? Una suma increíble, Georgie: cincuenta libras no son nada. Alcanzaron los diez chelines y seis peniques.

—¡No! ¡Y *lady Ambermere* pidiendo cincuenta libras!

Lucía volvió a reír.

—Bueno, Georgie, supongo que no puedo evitar mi bondad. Redactaré un breve borrador para que el comité le mande una carta a *lady Ambermere*. ¡Hay que ver cómo abusáis de mí y me esclavizáis! Ayer mismo le decía a Pepino que los meses que pasamos en Londres parecen unas vacaciones comparados con todo lo que tengo que hacer aquí. ¡Ay, mi querido Riseholme! Pero ten por seguro que estoy encantada de ayudarlo a salir de sus baches.

Georgie ahogó un grito de admiración. No hacía más de uno o dos meses todo Riseholme se regocijaba cuando Abfu la llamaba esnob, y ahora volvían a recurrir a ella —salvo Daisy— para pedirle ayuda y orientación en todos aquellos entretenimientos y exaltaciones con los que se deleitaba el pueblo. Campeonatos de golf, torneos de *bridge*, duetos, sesiones reales de espiritismo, la liberación del yugo de *lady Ambermere*, y, ante todo, la excitación que provocaba su personalidad.

Lucía se levantó.

—Bueno, voy a escribir esa cartita y sacaré a relucir el precio de las polainas en buen estado de Jorge IV. ¿Cuánto le ofrecemos..., le ofrecéis, quiero decir? Creo que debéis ser generosos, Georgie, y no calcular la diferencia exacta entre el valor de unas polainas en buen estado que pertenecieron a un rey y ese par de mitones apolillados de una reina consorte. Ofrecedle lo mismo... Es más, creo que voy a adjuntar un pagaré del tesoro por diez chelines y seis sellos de un penique. Eso sería más que generoso, ¡sería munífico!

Lucía se sentó en su buró y, tras unos minutos de deliberación, garabateó un par de carillas en papel de carta con su nítida caligrafía, que en nada se parecía a la de Vittoria. La releyó y dio su aprobación.

—Creo que con esto se arreglará. Si tenéis algún problema más con la *vecchia*, dímelo. Ah, y una última cosa, Georgie, y luego tocamos un poco de música. ¿Cómo crees que se inició el fuego?

Georgie sintió que le clavaba su mirada penetrante. No se lo había preguntado

solo por preguntar. Él intentó contestarle solo por contestar.

—Es muy misterioso. Las estufas de aceite siempre se apagaban a primera hora de la noche y se volvían a encender por la mañana. El muchacho dice que las apagó, como todos los días.

Lucía seguía con los ojos puestos en él.

—Georgie, ¿cómo crees que se inició el fuego? —repitió.

Esa vez se sintió bastante incómodo. ¿Tenía Lucía poderes de adivinación?

—No lo sé. ¿Tienes alguna idea?

—Sí, y tú también. Si quieres te cuento lo que he pensado. Anoche vi salir del museo a la pobre infeliz de Daisy, a eso de las siete.

—Yo también —susurró Georgie.

—Pues bien, las estufas debían de haber estado apagadas bastante antes de eso, ¿no?

—Ajá.

—Entonces ¿cómo es posible que saliera luz por las ventanas del museo? No era mucha, pero alguna había, yo la vi. ¿Cómo te lo explicas?

—No lo sé —reconoció Georgie.

Lucía levantó un dedo censorador.

—Georgie, esta mañana pareces algo lento. Lo que yo deduzco es que nuestra pobre Daisy volvió a encender las estufas. Y es probable que, con su torpeza habitual, derramase un poco de aceite. Tuvo que ser algo así. De hecho, me temo que Daisy incendió el museo.

Se produjo una pausa terrible.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Georgie.

Lucía rio.

—¿Hacer? Pues nada, salvo ignorarlo por completo y por siempre jamás. Sabemos perfectamente que la pobre Daisy no lo hizo adrede. No tiene ni el nervio ni el seso para ser una pirómana. Fue culpa de su manía de toquetearlo todo y de lo despistada que es.

—Pero ¿y el dinero del seguro?

—¿Qué pasa con eso? El incendio fue accidental, da igual que Daisy confiese o no. ¡Pobrecilla! Tenemos que ser buenos con ella, Georgie. ¡Entre lo del golf y lo de Abfu...! Menuda decepción. Creo que le pediré que sea mi pareja en el torneo de *foursomes* de la Copa Lucas. Y tal vez haya otro puesto vacante en el comité de golf y podamos ofrecérselo.

Lucía suspiró y sonrió con melancolía.

—Es una lástima que no sea un poco más avispada. —Conservó por un momento su expresión melancólica hasta que, de pronto, para gran asombro de Georgie, estalló en una risotada.

—Querida, ¿qué ocurre?

Lucía no pudo evitar reírse un rato más, pero después boqueó, se recompuso y se

enjugó los ojos.

—Georgie, ¡definitivamente esta mañana estás lento! ¿No lo entiendes? El despiste de la pobre Daisy le ha dado la gloria a Vittoria y ha acabado con Abfu. Fuego, agua, luna: la profecía de Vittoria. ¡Se lo debe todo a nuestra querida y pobre Daisy!

La risa de Georgie desencadenó de nuevo la de Lucía, y Pepino entró entonces y se los encontró a ambos de esa guisa.

—Buenos días, Georgie. ¡Qué horrible lo del museo! Una triste pérdida. ¿De qué os reís?

—De nada, caro. Solo uno de los chistes de Daisy. No merece la pena repetirlo, pero a Georgie y a mí nos ha hecho gracia. ¡Venga, Georgie, media horita de ensayo con nuestro Mozartino celestial! Últimamente nos ha podido la pereza.



EDWARD FREDERIC BENSON nació en Wellington College (Berkshire, Inglaterra) en 1867. Fue hijo del director de escuela, y más tarde Arzobispo de Canterbury, Edward White Benson, y de Mary Sidgwick Benson («Minnie»), descrita por William Gladstone como «la mujer más brillante de Europa».

A la muerte de su marido, Minnie formaría un «matrimonio de Boston» con Lucy Tait, hija del anterior Arzobispo de Canterbury. Benson fue hermano de una estirpe de escritores: A. C. Benson, Robert Hugh Benson y Margaret Benson, que además fue egiptóloga. Se afirma que los tres hermanos eran homosexuales, incluido E. F. Benson; de hecho, ninguno de ellos se casó. Tuvo otros dos hermanos que murieron jóvenes. En su juventud, E. F. Benson fue un excelente atleta y representó a Inglaterra en diversos campeonatos internacionales en la modalidad de patinaje artístico. Asimismo, fue un precoz y prolífico escritor, y publicó su primer libro cuando todavía era un estudiante. Aunque a él le gustaba considerarse un escritor de relatos de terror, hoy es conocido principalmente por su famosísima serie de novelas protagonizadas por las dos heroínas de la muy *british* burguesía rural, Elizabeth Mapp y Emmeline «Lucía» Lucas, *Mapp y Lucía*, que escribió ya a edad bastante avanzada y que constituyen uno de los ejemplos más notables de comedia social inglesa de la primera parte del siglo xx. La serie consiste en seis novelas, *Reina Lucía* (1920), *La señorita Mapp* (1922), *Lucia in London* (1927), *Mapp y Lucía* (1931), *Lucia's Progress* (1935) y *Trouble for Lucia* (1939), además de dos historias cortas, «The Male Impersonator», que tradicionalmente aparece como apéndice a la novela *Miss Mapp*, y «Desirable Residences».

Benson, escritor victoriano, como M. R. James, es muy conocido también por sus historias de fantasmas, las cuales aparecen frecuentemente en antologías del género. En ellas, Benson evita los típicos escenarios góticos, buscando ámbitos más cotidianos. Cabe reseñar «La confesión de Charles Linkworth», «El terror nocturno» o «Un cuento sobre una casa vacía».

E. F. Benson murió en Londres en 1940.

Notas

[1] En *El mercader de Venecia*, de William Shakespeare para Cátedra, traducción de M. Á. Conejero, J. V. Martínez y J. Talens. <<